

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

**Los jesuitas y el lenguaje**  
Estudios venezolanos, siglos XVII y XVIII

A los padres Fernando Arellano, José del Rey Fajardo y  
Jesús Olza Zubiri, quienes me enseñaron a admirar  
la sabiduría lingüística de los jesuitas.

# Índice

PRELIMINAR	4
1. LA FÁBRICA DE LA TRADICIÓN	7
2. PIERRE PELLEPRAT Y EL NACIMIENTO DE LA FILOLOGÍA JESUÍTICA (1655)	43
3. JOSÉ GUMILLA O LA NARRATIVA DEL LABERINTO FILOLÓGICO (1741)	63
4. EL ESCRITOR Y LEXICÓGRAFO JOSÉ CASSANI, MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1741)	105
5. TÉCNICA LEXICOGRÁFICA ANTIGUA EN EL VOCABULARIO ACHAGUA DE LOS PADRES NEIRA, RIVERO Y DE SU REFUNDIDOR ANÓNIMO (1762)	149
6. EL MODELO LINGÜÍSTICO DE FELIPE SALVADOR GILIJ (1782)	173
7. EL MITRIDÁTICO LORENZO HERVÁS Y LA COSMOLINGÜÍSTICA DEL ORINOCO (1800)	222
POSTLIMINAR	258

# Preliminar

En una carta conservada en la Biblioteca Apostólica Vaticana, fechada en 1783, Filippo Salvatore Gilii le escribe desde Roma a Lorenzo Hervás y Panduro, para manifestarle su agrado por su dedicación al estudio de las lenguas, en referencia al magno proyecto de elaboración del *Catálogo de las lenguas conocidas*, que desde años atrás venía completando el jesuita expulso de Cuenca: «Me agrada mucho, todo lo que V.S. ha tratado acerca de las lenguas. Espero poderle servir en todo lo que Ud. me imponga, con la firme esperanza de que, tal vez, sea Ud. la última ayuda para mis debilidades. Estoy lo suficientemente persuadido de que la gran empresa de dar su justo valor a las lenguas no puede esperarse sino de los hijos de San Ignacio».

La fecha, por muchas razones es clave. Apenas los dos años anteriores han sido publicados los tomos I y II del *Ensayo de historia americana*, obra del ex misionero italiano, y al siguiente verá la luz la versión en italiano del *Catálogo*, del abate Hervás. El planteamiento final con el que Gilii cierra la carta es producto de una verdad científica que él ha conocido y practicado suficientemente y una sentencia fundacional de rango histórico, que convierte a la lingüística en una disciplina central dentro de la tarea intelectual de los jesuitas. El axioma de Gilij afirma el valor fundamental de la filología jesuítica en la conceptualización de la lingüística moderna.

Refiriéndose a la literatura, Roland Barthes asienta en el ensayo que escribe sobre san Ignacio y que hace parte de su libro *Sade, Fourier, Loyola*, en 1971: «Los jesuitas, como es bien sabido, han contribuido mucho a formar la idea que tenemos de la literatura». Se trata de una visión de la historiografía lingüística de largo alcance, esa que busca explicaciones que superan el inmediatismo de las obras y que intenta comprender los procesos complejos que abrieron cauces para la hechura de una lingüística que, sin desmerecer el necesario descriptivismo de las lenguas, fuera capaz de observar el material lingüístico y de descubrir en él sus significativas claves de cultura, estética, filosofía y humanismo.

La labor jesuítica ha sido muy determinante en los estudios lingüísticos coloniales, republicanos, modernos y actuales en Venezuela. Sin embargo, circunscribiéndonos a los siglos XVII y XVIII, los primeros en los que la Compañía de Jesús desarrolla su acción evangelizadora y de cultura, los

saldos más rutilantes vienen vinculados a determinadas figuras, algunas muy conocidas, y, otras, poco o nada percibidas en nuestro país. La lista con sus nombres y obras no puede hoy más que causar admiración por la calidad de lo producido y por la actualidad de los logros aportados. Repasarla constituye un ejercicio de esquematización de una historia siempre ascendente por adentrarse en ese «misterio de las lenguas» del que hablaba Gumilla y la mejor manera para determinar en trazos gruesos la ingente contribución que hicieron para comprender y divulgar el conocimiento de las lenguas de Venezuela. Otra consideración, permitiría observar cómo la lingüística jesuítica del tiempo hispánico se relaciona con procesos posteriores de la ciencia del lenguaje en Venezuela, haciendo que sus logros sean la base de las modernas investigaciones sobre el lenguaje.

*Los jesuitas y el lenguaje. Estudios venezolanos, siglos XVII y XVIII* debe entenderse como la primera parte de una investigación mayor que, una vez concluida, completará el ciclo de la lingüística jesuítica en Venezuela, al cubrir los siglos XIX, XX y lo que va del XXI. Así, esta primera entrega, se ocupará de las contribuciones al lenguaje de Pierre Pelleprat (el fundador de la lingüística indígena), José Gumilla (el primer clasificador de las lenguas del Orinoco), José Cassani (el primer jesuita académico, lexicógrafo indigenista y escritor-historiador), Alonso de Neira y Juan Rivero (los primeros paleolexicógrafos sistemáticos), Felipe Salvador Gilij (el fundador de la lingüística americana) y Lorenzo Hervás y Panduro (el precursor de la filología comparada y nombre mayor del enciclopedismo lingüístico). Los títulos con los que rotulamos hoy el legado científico de estos autores no deben entenderse como lápidas científicas que impidan revisiones o matizaciones posteriores de todo tipo<sup>1</sup>. En nuestra investigación, deben tomarse como

<sup>1</sup> Con Hervás está ocurriendo así, al cuestionarse las afirmaciones eufóricas de Max Müller, Marcelino Menéndez Pelayo y Vilhelm Thomsen, entre otros, que exageraban sobre la asignación de paternidad de la filología comparada, como leemos en trabajos como los de José del Canto Pallarés: «Hervás y sus críticos: Una contribución a la historiografía lingüística española», [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)). Preferimos en nuestra lectura mantener la calificación precursora, cosa que es indiscutible. Tanto, que para Alfonso Reyes, con Hervás la lingüística avanza: «Hubo un tiempo en que los filólogos consideraban las lenguas como corrupciones, decadencias y aproximaciones de alguna mitológica lengua original que sólo conocían en sueños. Y la Lingüística no adelantaba un paso. Pero al comenzar el siglo XIX, el español Hervás y Panduro, y otros después de él, dieron en catalogar las lenguas del mundo y en compararlas unas con otras. Y de un salto, la Lingüística repuso todo el tiempo perdido» (Alfonso Reyes, «Palabras sobre la Nación Argentina» [1929], en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, tomo IX [«Norte y sur»], pág. 28).

indiscutibles logros vivos para la promoción de nuevos estudios y de creativos desarrollos interpretativos sobre sus obras.

Quisiera terminar, agradeciendo a las personas e instituciones que me prestaron un apoyo constante durante las etapas iniciales y finales de esta investigación. A la Biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello, en Caracas. A la Sala «Pedro Manuel Arcaya», de la Biblioteca Nacional de Venezuela, especialmente cuando se encontraba en su primera sede en El Paraíso, a cargo de la señora Arcaya de Mezquita y de la licenciada Carmen Michelena. A la Biblioteca de la Real Academia Española, en Madrid. Finalmente, a doña Susana Benito Villar, de la Secretaría General de la Asociación de Academias de la Lengua Española, quien ha leído con detalle y paciencia el original de este libro, para ponerlo al día de acuerdo con las normas del Boletín de la Real Academia Española.

Madrid, 27 de septiembre de 2021.

# La fábrica de la tradición

## NACIMIENTO DE LA LINGÜÍSTICA EN VENEZUELA

Cada vez que un investigador busca entender la naturaleza de su propia labor confía en que esa comprensión será posible si escudriña el pasado de su especialidad. Amante o no de la historia, conocedor o no de su evolución, este investigador irá a la historia para conocer y para ver con claridad el rumbo de sus investigaciones, para hacer patente la fascinación que su propia pasión es capaz de motivar. Esta verdad, que es demostrable con facilidad para cualquier ámbito del conocimiento, resulta penetrante y viva para el lingüista que dedica sus esfuerzos intelectuales a organizar y construir obras que sean capaces de describir el enigma de las lenguas. Labor solitaria e incomprensida, por desconocida.

En esta idea, el acercamiento más cautivador es siempre el de los orígenes. Aquí las preguntas son siempre las mismas: ¿Por qué interesa descubrir el origen del fenómeno? ¿Importa, más bien, entender la evolución de las técnicas y el sentido de los aportes?, entre otras. Más allá de estas interrogantes, todo investigador se deja llevar por el encanto que tiene tocar –rozar levemente–, el posible nacimiento de una inquietud científica o artística.

Ese encanto, por otra parte, resulta más intenso si se considera para cualquiera de nuestras actividades culturales, científicas o estéticas en Venezuela, ya que casi todos nuestros acercamientos al pasado están envueltos por la impenetrabilidad de la oscuridad que sus abismos generan. En otras palabras, el mundo colonial venezolano como consideración cultural, científica o estética no deja de ser difuso e incierto.

Las primeras incertidumbres nos vienen, justamente, de la consideración sobre la actividad de la ciencia lingüística de este tiempo tan dilatado y de tanta oscuridad para nuestra disciplina. Superando la idea de la inexistencia de producciones, cobijados en el principio de que las cimas conocidas no pueden entenderse como fenómenos aislados sino, al contrario, como resultado previo de intentos y tradiciones en proceso de desarrollo, nos sumimos, sin embargo, en profundos silencios cuando tratamos de comprender la trayectoria de nuestros estudios lingüísticos durante el largo período colonial venezolano. Son, entonces, lagunas y desiertos con

los que nos tropezamos, más que con personajes, obras, escuelas o corrientes que, en los casos en que sí podemos reseñarlos o abordarlos a cabalidad, deben entenderse, apenas, en su condición de islas en el conocimiento organizado de la actividad lingüística y como simples muestras de lo que fue la historia de los estudios sobre el lenguaje, sus fuerzas, sus preocupaciones, sus trabajos y sus logros durante esta época.

Las anteriores consideraciones nos sensibilizan hacia la idea de que lo conocido no es sino una mínima parte de lo producido y de que las conclusiones a las que pueda llegarse sobre la lingüística colonial venezolana son solamente una materia parcial y aproximada; una tenue imagen de lo que en realidad constituyó en su momento. En absoluto, debe pensarse en la falta real de producciones o en la carencia de una verdadera actividad intelectual de reflexión sobre los fenómenos del lenguaje, tomando en cuenta no solo el grado de solvencia de algunas de las piezas conservadas, sino, además, considerando las cúspides que en otras disciplinas de pensamiento la vida colonial venezolana fue capaz de alcanzar.

Teniendo en atención las muestras conocidas puede establecerse que fueron el trabajo lexicográfico y la producción de diccionarios, que describían, especialmente, el léxico indígena y sus conexiones con el español americano, las más centrales de las actividades que se desarrollaron en este momento. La producción de gramáticas se vio también condicionada por las exigencias descriptivas de las lenguas indígenas, en especial hacia el final del período. Los estudios gramaticales clásicos constituyeron, en notable porcentaje, materia de enseñanza más que meta de investigación. En este sentido, son muchos los datos que permiten una evaluación de la enseñanza de la gramática latina.

Pedro de Arteaga pasa por ser el primer preceptor oficial de gramática que hubo en Caracas. Había llegado hacia 1589 y ya ocupa su cargo de preceptor entre 1593 y 1594. Su biografía, llena de oscuridad, permite suponer que con los años se hiciera sacerdote y que se residenciara en El Tocuyo hacia la segunda o tercera década del siglo xvii. La labor de Arteaga fue posible por la creación de la primera cátedra de gramática por real mandato del rey Felipe II. Reza así en la Real Cédula de 1592, el primer documento oficial en la historia de la lingüística venezolana:

*El Rey*

POR QUANTO Por parte de los Vezinos de las ciudades de la Prouincia de Veneçuela se me a hecho relacion que Por no auer en aquella Prouincia Vniuersidad como la ay en otras Partes de las Yndias dexan sus hijos de estudiar y ser enseñados en letras de que se siguirian muy buenos hefetos

ansi p<sup>a</sup> la correccion de sus costumbres y licencia de la juventud como en beneficio de la tierra pues podrían ordenarse con suficiencia para el enseñamiento de los Yndios y predicación evangelica, y que ansi para esto como para el ornato, y noblecimiento de la dha Prouincia conuernia que en ella vuiese vn preceptor de gramatica Proveyendo que de mi caxa real de la dha Prouincia o de los tributos de los Yndios que vuiese vacos o que Primero vacasen de ella se le pagase el slario que vuiese de auer, y auendosi platicado sobre ello por los de mi consejo de las Yndias tuve por bien de mandar dar esta mi cedula por la qual quiero y es mi voluntad que en la dha Prouincia de Veneçuela, aya Vn preceptor de gramatica al qual se le den en cada vn año doscientos pesos la qual cantidad mando a mi gouernador de la dha Prouincia haga poner en mi corona Real de los tributos de los Yndios que vuiese vacos o que primero vacaren en ella prefixando su cumplimiento al de otras qualesquiera cedula que yo vuiese dado para otras qualesquier situaciones y encomiendas porque mi voluntad es, que ansi se haga y que se paguen al dho preceptor los dhos doscientos pesos cada año Por tiempo de seis as. primeros siguientes que corran y se quenten desde que se hiziere la dha situacion en adelante y mando a los Officiales de mi Real hazienda de la dha prouincia que cumplan las libranzas que en ello diere el dho mi gouernador de lo que entrare en su poder de lo procedido de la dha situacion por el tiempo de los dhos seis años, y que tomen cartas de pago del dho preceptor, con las quales y esta mi cedula mando se es reciba en quenta sin otro recaudo alguno fecha en burgos a catorce de setiembre de mill y quinientos y nouenta y dos. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro señor Juan Vasqz.<sup>2</sup>

Esta cédula, cuyo original reposa en el Archivo Arzobispal de Caracas, fue recibida en Caracas al año siguiente, el día 2 de septiembre. Es interesante hacer notar que se invoca en ella un principio muy notable. Se trata de la idea de que el estudio de la lengua y el énfasis que se haga de su uso privilegiado representan un paso en firme en el fortalecimiento de las costumbres de los individuos. La fundación de la cátedra, entonces, no obedece a un objetivo puramente intelectual, sino que, más bien, tiene sus raíces en el beneficio moral que está llamado a hacer prosperar. Con esta impronta a la vista, los subsiguientes intentos vendrían a complementar el de 1592.

En 1605, vemos a Juan de Ortiz Gobantes (también registrado con las grafías «Obantes» u «Hobantes») cumpliendo las mismas funciones que

<sup>2</sup> Caracciolo Parra León, *La instrucción en Caracas (1567-1725)*, en *Obras*, Madrid, Editorial J.B., 1954, págs. 71-72.

Arteaga y en su misma plaza citadina. Ya antes había enseñado en el Nuevo Reino de Granada, en la provincia de Río Hacha y en algunas ciudades bañadas por las aguas del Magdalena. Previo a su periplo caraqueño, había instalado, además, cátedras de gramática en Nuestra Señora de la Paz y en Nueva Segovia, por espacio de cuatro años. El Cabildo de Caracas, el primero de agosto del citado año, lo encarga de la cátedra de gramática invocando el mandato real de 1592 y, según se infiere en los documentos, por ausencia de otro preceptor (es posible que para este momento ya Arteaga se encontrara fuera de Caracas). De nuevo, la disposición del Cabildo acentúa el interés de que se haga la enseñanza de la lengua junto a la de las buenas costumbres<sup>3</sup>.

El escritor Enrique Bernardo Núñez ha dejado una narración sobre esta primera cátedra de gramática y sus momentos iniciales de funcionamiento: «A Pedro Arteaga, profesor de gramática, se le mandó pagar su salario de treinta pesos oro, el que le había fijado el Ayuntamiento, de lo que pagarían las botijas de vino traídas por el navío a cargo del capitán Manuel Romano. Más tarde, el Rey dispuso que del tributo de los indios se pagase el salario del preceptor. Los vecinos de las ciudades de Venezuela habían acudido al Rey para solicitar el establecimiento de esa cátedra de gramática, a fin de que sus hijos pudiesen ser enseñados en letras. Entre otros beneficios, exponían, habría de seguirse el del enseñamiento de los indios y la predicación evangélica. En 1605 aparece Juan Ortiz Obantes. Había enseñado gramática en el Nuevo Reyno, en Río Hacha, Trujillo de N. S. De la Paz y Nueva Segovia de Barquisimeto. Obantes recuerda la disposición del Rey acerca de que haya un preceptor de gramática con 200 pesos anuales pagaderos de su real hacienda, “y pues en esta ciudad no hay ningún preceptor de gramática, ni hasta ahora se ha cumplido el tenor de la real cédula”, suplica lo admitan por tal. Le ofrecen acudir en primera ocasión al Gobernador para que se cumpla la real cédula. Mientras tanto, se le pagarán 50 ps. de oro, de los propios. Se le encarga la enseñanza y buenas costumbres de los discípulos que tuviere. También para los propios se dispuso que por cada “pieza” de esclavo o esclava, de España o África, o de las Indias, se pague un peso de oro fino»<sup>4</sup>. También nos informa que, un año antes, en 1591, ya se «encuentran en las calles de Caracas dos maestros de primera enseñanza: Luis de Cárdenas Saavedra y Simón Basauri». El primero se compromete a «enseñar de balde» a

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 75.

<sup>4</sup> Enrique Bernardo Núñez, *La ciudad de los techos rojos*, Caracas, EDIME, 1963, págs. 43-44.

niños huérfanos de padre y madre; mientras que el segundo, «abre escuela para enseñar a leer, escribir y contar»<sup>5</sup>.

En Coro, para ese momento capital de la diócesis de Venezuela, el obispo fray Antonio de Álcega estableció la cátedra de gramática en 1608, invocando la Cédula antes citada y promoviendo otra en la que se pedía asignar a la cátedra su pago con dineros de la caja real y no con tributos de indios. Han quedado registrados, para esta cátedra que no prosperó por mucho tiempo, los nombres de dos de sus preceptores: Andrés López Carballo (entre 1609 y 1610) y Antonio Sanz Escudero (entre 1610 y 1611). Caracciolo Parra León, en *La Instrucción en Caracas (1567-1725)* (1954), nos provee de algunos pocos datos sobre estos dos preceptores. Para el primero solo un par de señalamientos: «hijo legítimo de Juan López Carballo y de Inés González, comenzó a ganar sueldo de la caja real por razón del preceptorado en 17 de julio de 1609. Durante el lapso de su magisterio [...] obtuvo subdiaconado *ad titulum doctrinae indorum*, y en los primeros meses de 1610, pues el obispo murió en 12 de mayo, fué hecho sucesivamente diácono y presbítero, ya que como tal le hallamos en asiento auténtico del siguiente septiembre. Tuvo la cátedra hasta 30 de junio del mismo 1610 en que, terminada la carrera eclesiástica, pasó probablemente a ejercerla en la conversión de los naturales». Sobre Sanz Escudero se tienen unos cuantos datos más que de su antecesor y de los que, nuevamente, Parra León nos hace fidedigno acopio: «Natural en España del arzobispado de Calahorra, tuvo por padres a Pedro Sanz Escudero y a Gracia García. Pasó de la Península al Nuevo Mundo en servicio del ilustrísimo señor don fray Antonio de Álcega cuando este ilustre prelado vino a ocupar la diócesis de Venezuela. Empezada la penosa visita pastoral, Sanz Escudero acompañó y sirvió fielmente a su señor durante toda ella, e hizo a la vez los estudios teológicos necesarios para la prosecución de la carrera eclesiástica. En Coro, después de riguroso examen ante el deán don Bartolomé Gómez y el franciscano Antonio de Gama, le fueron concedidos el exorcistado y el acolitado por septiembre de 1607; un año más tarde, después de recorrer, ya minorista, a Maracaibo y Trujillo, ganó subdiaconado en Carora *ad titulum sachristiae*; anduvo por el Tocuyo [...], Barquisimeto [...] y Orachiche [...], y en este mismo mes de junio, en la parroquia de Santa Catalina de Quara [...] recibió la orden diaconal. Vuelto a Caracas con el señor Álcega después de la visita de Valencia (julio de 1609), presenció el segundo Sínodo Diocesano de Venezuela. Alguna circunstancia especial (quizá la falta de edad) debió

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 44.

impedirle la coronación de la carrera antes de la muerte de su mitrado protector. Acaecida ésta, el deán y Cabildo Sede Vacante le hizo, según hemos dicho, preceptor de Gramática; en este ejercicio estuvo hasta el 30 de junio de 1611». Parra León cree que después de este momento regresaría a España en vista de la desaparición de su nombre en los documentos del siglo xvii.

Los jesuitas, por su parte, fundaron y dirigieron cátedras afines a partir del año 1628 y hasta el momento de su expulsión de los territorios españoles, en 1767. Asimismo, recibimos noticias del presbítero Gaspar Gutiérrez de Sotomayor como preceptor en Valencia para 1640 y de los frailes franciscanos Benito de Sobremontes y Marcos Montano como preceptores de gramática y moral en Trujillo, en las sucesivas fechas de 1647 y 1665. La Guaira ostentó su cátedra de gramática por fundación del obispo González de Acuña para 1674. Estudios de corte similar se instalaron en otros centros poblados coloniales: en Barquisimeto, en 1678, a cargo de fray Bartolomé de la Rosa; en Cumaná, a mediados del siglo xviii; en Maracaibo, los jesuitas dictaron cátedras desde 1755 y los franciscanos desde 1760; en Nueva Barcelona, hacia 1780, fray Diego González, cumplió similares cometidos; y, en El Tocuyo es posible documentar una cátedra de lengua y cultura latinas en el histórico 1789<sup>6</sup>.

Una síntesis ilustradora de la actividad de estos primeros tiempos la encontramos en *Tapices de historia patria* (1934), de Mario Briceño-Iragorry. Interesa insistir en la difusión territorial de los estudios: «Junto a la obra cultural de las escuelas públicas de primeras letras y de la Cátedra caraqueña de Gramática, los conventos y hospicios tenían abiertos sus claustros para la educación general. En Caracas las casas de Franciscanos, Dominicos y Mercedarios mantenían estudios de Teología, Moral y Filosofía, “con diez Cátedras de calidad Universitaria a cargo de venezolanos en su mayor parte”, más cuatro de Latinidad divididas en sus correspondientes cursos de Retórica y Gramática y de manera indefectible, escue-

<sup>6</sup> Guillermo Morón, *Historia de Venezuela*, Caracas, Italgráfica, 1971, tomo iv, págs. 350-384. José del Rey Fajardo, *La pedagogía jesuítica en la Venezuela hispánica*, Caracas, Academia Nacional de la Historia. José del Rey Fajardo, *Virtud y letras en el Maracaibo hispánico*, Caracas, Alcaldía de Maracaibo/ Universidad Católica Andrés Bello, 2003. José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela [1907-1909]*, México, Editorial Cumbre, 1977, tomo i, pág. 150. Héctor García Chuecos, *Cultura intelectual de Venezuela, desde su Descubrimiento hasta 1810*, Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Merideños, 1963, págs. 223-241. Francisco Javier Pérez Hernández, *Historia de la lingüística en Venezuela, desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 17-18.

las de Primeras Letras. Y al igual de las casas conventuales de Caracas, las de Valencia, Coro, Barquisimeto, El Tocuyo, Guanare, Carora, Trujillo, Maracaybo, Mérida, Cumaná, Margarita y Barcelona, abrían sus aulas a la enseñanza general de los criollos»<sup>7</sup>. En torno a la participación de la Compañía de Jesús, reafirma los aportes fundacionales y su influencia en plazas no jesuíticas: «En Maracaybo por el año de 1682 dirigía un curso secular de Gramática el Preceptor trujillano Lcdo. Juan Díaz de Benavides. Y con el establecimiento en dicha ciudad de la Compañía de Jesús, por 1731, se dieron pasos para la instalación de estudios secundarios fuera de los conventos. En 1753 ya funcionaba a cargo de los Padres Jesuitas una Cátedra de Gramática, y más tarde el Rey concedió Cédula a favor de dicha Orden para la fundación de un colegio en aquella ciudad, igual al que la ilustre Compañía tuvo en Mérida desde 1628 hasta su extinción en 1767. El Ayuntamiento caraqueño, compenetrado de la falta que constituía para el porvenir de la juventud la no consolidación del comenzado Colegio de Jesuitas en esta ciudad, pidió al Rey la erección, con las rentas de aquél, de un Colegio de Nobles»<sup>8</sup>.

En este recuento, una referencia que tiene que privilegiarse es la de la creación, en 1673, en la Universidad de Caracas, de la cátedra de gramática y su funcionamiento en el Colegio Seminario de Santa Rosa de Lima. Su regularidad institucional venía a ser muy remarcada en relación con la periodicidad y el sistema de los cursos: «Por lo demás, la cátedra de Gramática siguió funcionando con absoluta y admirable, si no en el propio edificio del Seminario por no permitirlo la fábrica, a lo que parece en una tienda cercana» (Parra León 1954: 149). Algunos nombres se salvan, también, del cruel anonimato impuesto por estos tiempos: Juan de Heredia Carballo (1673-1676), Juan Gómez Manso (1676-1677), Bernabé de Acuña (1677-1681) y Juan Fernández Algarín (1681-1687), Francisco Barrasa (1697-1700), Juan Rodríguez de Mendoza (1700-1705), Juan Francisco Castellón (a partir de 1705), Juan Jacinto Ondarra (a partir de 1715) y Francisco de la Vega (hasta 1726)<sup>9</sup>.

La enseñanza conventual de la gramática ocupa, también capítulo destacado. Para el convento de San Francisco en Caracas es susceptible de ser reconstruida una auténtica nómina de frailes preceptores y el detalle cronológico de los cursos que impartieron: Francisco González (1643-

<sup>7</sup> Mario Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria. Ensayo de una morfología de la cultura colonial* [1934], Caracas, Talleres Litográficos de Impresos Urbina, 1982, pág. 143.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 144.

<sup>9</sup> Parra León, *ob. cit.*, págs. 149-152 y 222.

1645), Juan de Torres (1645-1647), Francisco de Lugo (1647-1650), Jerónimo de la Parra (1650-1656), Agustín de Boría y Fuentes (1656-1659), Manuel de San Agustín (1659-1662), Miguel de Ponte (1667-1668), Juan Vivas (1668-1670), José de la Vega (1670-1672), Manuel de Silva (1672-1673), Juan de Vivas (1673-1675), Esteban de la Cueva (1675-1678), Juan Gutiérrez (1678-1681), Pedro de Acuña (1681-1686), José de Oñate (1686-1690), Alvaro Suárez (1690-1691), Manuel de Mendoza (1691-1696), Melchor Fernández de la Riva (1696-1699) y, entre los años 1699 y 1725, se establecen las designaciones *ad libitum Provincialis*<sup>10</sup>. Lamentablemente, no se disponen de similares registros para la enseñanza de gramática en los conventos caraqueños de San Jacinto y Las Mercedes.

La minucia de la investigación sobre la enseñanza colonial aporta, para cursos de variada naturaleza, otros nombres que ingresan en los pocos registros de nuestros primeros lingüistas: Juan Francisco Seco de Quevedo y Villegas (1691), Juan Francisco de la Parra (1692-1696) y Juan Dámaso Dávalos y Chirinos (1696-1697), todos en los cursos de «Gramática de menores» del Seminario de Caracas.

Toda esta actividad de creciente profusión debe ser comprendida en su consideración histórica como el mejor argumento frente a las postulaciones sobre la falta de interés del mundo colonial hacia los estudios del lenguaje. En abierto contraste, parecen estas escuetas informaciones querer sostener a la distancia de hoy que, más allá de los inconvenientes para su reconstrucción, estamos en presencia de una vocación singular por el estudio lingüístico, desde los tiempos más iniciales. Esta vocación, de la que solo disponemos de unas cuantas nóminas de archivo y de un registro muy sucinto o inexistente sobre la significación de cada una de estas figuras, hace inclinarnos a pensar que son reveladoras de argumentos que nos expliquen la vocación venezolana por el estudio del lenguaje. Nación de notables gramáticos y lexicógrafos, puede afirmarse que es en estos tiempos iniciales donde toma su residencia esta inclinación especial por comprendernos a través de la lengua y su estudio.

En el espacio de estas inquietudes, tiene que llamar la atención que se ordenaran, especialmente, sobre la base de los principios y métodos establecidos por las obras de Antonio de Nebrija (1444-1522)<sup>11</sup>, el gramático sevillano del siglo xv, padre de la primera gramática castellana y autor de diversas

<sup>10</sup> *Ibidem*, págs. 119-121 y 237.

<sup>11</sup> Los principales títulos de su obra gramatical serían: *Institutiones de gramática latina*, *Diccionario latino-español y español-latino*, *Ortografía castellana*, *Arte de la lengua castellana* y *Vocabulario de romance en latín*.

obras clave para el estudio de la gramática del latín. Serían los textos latinos de Nebrija, más que los dedicados a la gramática castellana, los que se difundirían y utilizarían con más ahínco durante los días coloniales venezolanos. El influjo de este autor, o su sombra, coparía la actividad gramatical y sus concepciones hasta bien entrado el siglo XIX. Las aulas académicas de mediados del siglo XIX debatirían, todavía, en torno a la vigencia de los métodos de Nebrija (tras el que se escondía el jesuita Juan Luis de la Cerda) y a su efectividad educativa. En este sentido, una de las polémicas más sonoras de ese momento daría vueltas en torno a la pertinencia de enseñar latín con los Nebrija, en donde también se daba cabida a textos de otros autores de línea similar o cercana a la del maestro andaluz, o con modernos textos, siendo el más invocado el de Jean Louis Burnouf. Rozaría esta discusión a gramáticos tan notables del siglo XIX como José Luis Ramos, Juan Vicente González y Cecilio Acosta.

Son muchas las referencias que podrían invocarse en refuerzo de la presencia de Nebrija en los estudios coloniales venezolanos. Una de las más significativas la consigna el artículo «Gramáticas», en el repertorio de Juan Antonio Navarrete: *Arca de Letras y Teatro Universal*, en 1783. Apunta el estudioso franciscano en su libro-glosario: «Gramáticas. El Nebrija o Lebrija como otros dicen. El Iriarte es famoso. Pero hablo solamente para la lengua Latina y Española. La obra anónima Gramática de la Lengua Latina y Castellana, tres cuadernos en un Volumen es especial; pero no para principiantes. Otras muchas obritas corren con que cada Maestro se acomodará sin ser preciso decirle aquí más nada»<sup>12</sup>.

Fue tan poderosa la influencia del magisterio de Nebrija en la lingüística colonial que hasta se deja sentir en numerosas gramáticas elaboradas para estudiar las lenguas indígenas del país. A falta de otros modelos descriptivos, los autores coloniales, casi en su mayoría religiosos con una muy solvente formación en gramática latina, emplearon los principios estructurales y conceptuales nebrijanos para ordenar los enredos gramaticales de las lenguas indígenas venezolanas. Una referencias, a estos fines, por demás muy significativa, la que declaran Alonso de Neira y Juan Rivero, en 1762, en el «Prólogo» a los «Rudimentos de la lengua achagua», en los preliminares de su notable *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. La hermandad entre latín y lengua indígena, entre gramática latina y gramática achagua y entre modelo descriptivo latino y modelo descriptivo achagua,

<sup>12</sup> Juan Antonio Navarrete, *Arca de Letras y Teatro Universal*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1962, pág. 82. Prólogo: José Antonio Calcaño. Juan Antonio Navarrete, *Arca de Letras y Teatro Universal*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1993. Estudio preliminar: Blas Bruni Celli. (2 vols.)

parecen obligar el seguimiento al gramático sevillano: «Aunque es verdad que esta lengua no imita en todo a la Latina; pero si se advierte atentamente la imita en mucho, como se puede ver en la colocación y modo de hablar, y en la derivación de varias partes de la oración de una misma Raiz. Por esta misma causa y para mayor facilidad en quien tiene noticia de la lengua Latina, iremos imitando sino en todo, a lo menos en parte, el arte de Antonio Nebrija, con la brevedad que pide este pequeño resumen de lo principal del Idioma»<sup>13</sup>.

El estudio colonial de la gramática no puede dejar pasar que no solo su sentido radicaba en la descripción de tópicos relativos a morfología y sintaxis, sino que, en la generalidad de los casos, la gramática asumía tonalidades totalizadoras del saber, al estilo de la concepción humanista, y se definía en sus acercamientos iniciales a un conjunto muy variado de disciplinas. Literatura, historia, aritmética, geografía, retórica, dialéctica, moral y urbanidad parecían constituir los intereses didácticos que debían recalcarse gracias a una concepción de la lengua que la entendía como vehículo de tan múltiples conocimientos. Comprender el sentido de la lengua a través del estudio de su sistema, pura ocupación de la gramática, adquiriría una dimensión plural al servir de campo fértil para el conocimiento todo. Quizá, más una necesidad de las primeras cátedras por abarcar una multiplicidad de conocimientos bajo el dignísimo rótulo de *gramática*, desconocer este rasgo sería como desvirtuar el carácter palmario que anima a los estudios coloniales sobre el lenguaje: «Si queremos investigar cuáles fueron el carácter y la extensión de la enseñanza gramatical durante aquel período, habremos de recurrir en primer término a lo dicho atrás acerca del estado y evolución universal de la instrucción pública; y luego, y principalmente, a la limitación del medio, a los fines que con la cátedra se pretendían y a la necesidad que le daba nacimiento y era segura y sólida prenda de su permanencia. Si abrevamos en tan fidedignas fuentes, habremos de concluir que dentro de la Gramática, primera de las antiguas siete artes liberales, se estudiaba no sólo la “parte técnica o metódica, que trataba del idioma”, sino también la exegética o histórica, relacionada con el comentario de las obras literarias, fuente principal del curso; amén, naturalmente, de la aritmética y cuentas necesarias para la vida social, algo de geografía, un poco de historia profana y un mucho de historia sagrada y religión. Y no sería aventurado sostener que no existiendo más que una

<sup>13</sup> Alonso de Neira y Juan Rivero, *Arte y vocabulario de la lengua achagua* [1762], en José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, 1971, tomo II, pág. 27.

cátedra global de Gramática, la cual se repetía por cursos indefinidamente, sin distinción de mayores y menores, la enseñanza debió invadir, y no muy por encima, los dominios de la Retórica, y hasta llegar a las primeras nociones de Dialéctica, según el programa que era universalmente admitido por entonces»<sup>14</sup>.

Estas cátedras, concebidas de esta manera y frecuentemente denominadas como de *gramática* o *latinidad*, se ocuparían, en la mejor tradición de la *paideia* humanista, en entenderse como conocimiento del mundo a través del ejercicio de la lengua latina: «Evidentemente, lo principal sería el ejercicio del latín, que no había perdido todavía en Europa el dominio del mundo científico»<sup>15</sup>.

Es, tal vez, este fuerte acento latinista en la concepción de la gramática y su apego a las fuentes del humanismo renacentista, una de las claves para justificar, más allá de sus méritos intrínsecos, la presencia repetida de los textos nebrijanos, en especial los dedicados al latín. En este sentido, los inventarios de las bibliotecas coloniales nos aportan algunos valiosos rastros editoriales de estos trabajos y, ya para el siglo XIX, las sucesivas ediciones que se hicieron de los Nebrija resultan pruebas más que clara del insistente influjo de sus concepciones.

Otra visión sobre las primeras vocaciones de nuestra lingüística nos llevaría, justamente, a su descalificación como trabajo lingüístico mismo y procuraría hacernos ver que se trata más que de estudio de las lenguas o de su dedicación por ellas, de materia ligada a la educación y de terreno de la enseñanza lingüística. En este sentido, sin pretender que estos primeros momentos centrados en esta actividad no pertenezcan a la historia de la disciplina lingüística, debe reconocerse que se enmarcan con más soltura en los de una historia de la educación en Venezuela.

La razón de este interés por la consignación de un repertorio de cátedras de gramática y de los textos más frecuentados para su estudio se debe, y nuevamente estamos en el terreno de las limitaciones de la investigación, al desconocimiento de las obras, por pequeñas o fragmentarias que estas hayan podido ser, que nos permitan comprender los procesos descriptivos o sistemáticos por encima de los divulgativos o de enseñanza. Habría que esperar a 1627 cuando hace su aparición la que, hoy, se toma por la primera piedra de la producción lingüística en la historia de estas materias en Venezuela: la «Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta historia» que fray Pedro Simón anexa a sus celebérrimas *Noticias Historiales*,

<sup>14</sup> Parra León, *ob. cit.*, pág. 93.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pág. 93.

para la comprensión de las voces americanas con las que el lector europeo de su obra habría de toparse para la exacta comprensión de lo contado en este viejo libro.

El último tópico en la reflexión histórica sobre los momentos iniciales de la lingüística en Venezuela y de los problemas que suscita en la investigación sería, quizá también por la falta de refuerzos documentales, el de la primacía de la actividad lexicográfica por sobre las demás subdisciplinas lingüísticas. El estudio del léxico y la producción de diccionarios –tendrá que concluirse–, se entenderán como las primeras tareas en la historia de la lingüística venezolana y la lexicografía como el primero de los géneros lingüísticos ensayados en Venezuela o, al menos, aquél sobre el que es posible documentar el momento más remoto conocido; su datación más distante, si no la primera.

La producción de gramáticas y el abordaje de otras modalidades genéricas sería cosa futura y, en muchos casos, bastante ajena en estos tiempos perpetuamente inaugurales. Teniendo en cuenta estas marcas de la investigación histórica, se propone, ahora, un recuento de la producción, en primer término, de los diccionarios venezolanos más antiguos y, en último, de las más viejas, que no envejecidas, gramáticas.

## LOS PRIMEROS DICCIONARIOS

Casi podría decirse que tanto los unos como las otras, diccionarios y gramáticas corren, con distancias cronológicas muy breves, parejas en el origen de nuestra producción lingüística. En su mayoría, la elaboración de unos suponía la obligatoria confección de las otras. «Arte» y «vocabulario», gramática y diccionario, vendrían, en la concepción del trabajo lingüístico colonial, a constituirse en las dos caras de una misma moneda, en el predestinado anverso y reverso de un mismo proceso de comprensión y descripción de la lengua y de las lenguas en el que el léxico y su funcionamiento orgánico y natural no podían entenderse sueltos o por separado. En otras palabras, que la concepción teórica que anima la producción de estas obras es siempre bifronte, es siempre una interconexión entre la descripción léxica y la descripción morfosintáctica y, en menor escala, fonológica.

Los trabajos coloniales en materia de lexicografía constituyen un universo en sí mismo inabarcable si tomamos en cuenta exhaustivamente la totalidad del catálogo inmenso de obras y textos conocidos o registrados. Sin embargo, para el historiador cobra sentido, más que la totalidad entendida como registro pormenorizado, la selección en sí de los textos

que puedan ser representativos de la evolución histórica. Se privilegian, de esta manera, determinadas producciones sobre otras, considerando solo las que pueden ofrecer evidencias sobre el desarrollo y progreso de la técnica lexicográfica y del ascenso en las preocupaciones científicas en este difuso período histórico.

Las últimas décadas que han sido tan productivas para la investigación cultural de la Venezuela colonial, afectuosa por el estudio de la vida cotidiana, las instituciones, las artes, el pensamiento y las ciencias, lo han sido, también, para la investigación lingüística y lexicográfica. Fundamentalmente, el trabajo ha requerido reconstruir los aportes filológicos de las distintas órdenes religiosas coloniales. En este sentido, sobre la impronta de los numerosos y ricamente documentados trabajos de José del Rey Fajardo, dedicados a la contribución jesuítica, se han podido repertoriar los aportes franciscanos, capuchinos y agustinos, fundamentalmente<sup>16</sup>. Varios estudios, también, han enfocado la mirada hacia algunos textos y hacia algunas figuras claves<sup>17</sup>. Es en estos estudios, por los momentos, en donde tenemos que realizar las exploraciones para el conocimiento de la materia lexicográfica de los primeros tiempos en la historia de la lingüística venezolana.

La profusión de las obras que debe el historiador considerar para cerrar los límites de esta compleja y rica cartografía lingüística y el desconocimiento de una reflexión sistemática sobre la actividad desplegada por los estudiosos del lenguaje y las lenguas durante la Colonia, han hecho imposible que, aún hoy, podamos hacernos una idea, aunque sea aproximada, de lo que significó la Venezuela lingüística de los siglos XVI, XVII y XVIII. En materia de lexicografía no deja de ser este panorama menos desalen-

<sup>16</sup> José del Rey Fajardo, S.J., *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, ob. cit. Fernando Campo del Pozo, *Los Agustinos y las lenguas indígenas venezolanas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979. Buenaventura de Carrocera, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1981. Odilo Gómez Parente, *Labor Franciscana: I. Promoción indígena*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979. Fernando Arellano, S. J., *Una introducción a la Venezuela Prehispánica. Culturas de las naciones indígenas venezolanas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1986.

<sup>17</sup> Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela*, ob. cit. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y Lexicografía Antigua, Meta-lexicografía y Etnolexicografía)*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 15-68. Jesús Olza Zubiri, S. J., *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1989. Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998. Discurso de incorporación como Individuo de Número.

tador. Así, es posible presentar un bosquejo, sin duda parcial y hasta arbitrario, de lo que fue la actividad lexicográfica en el país durante los mencionados siglos.

Centenares de misioneros, cronistas, historiadores y hombres de letras visitaron el país y dejaron constancia descriptiva de lo que vieron, conocieron y oyeron a su paso por tierras venezolanas. Muchos tuvieron intuiciones y un especial y refinado talento lingüístico que les permitió asociar y diferenciar, entender las semejanzas y sopesar las diferencias. El paradigma siempre fue el español de la Península; expresión imperial, sólida y prototípica. Los primeros vocabularios y léxicos recogidos en América iban a servir de trasvase de la lengua americana a la lengua de la Europa hispánica. Había nacido una nueva perspectiva lingüística que sabía de intercambios y de préstamos. La lengua del Imperio triunfaría, pero los sustratos indígenas persistirían como un fluido latente. Esta nueva criatura lingüística, el *español de América*, crecería y se desarrollaría con independencia propia sobre una base de múltiples contactos.

También, aquí, Nebrija vendría a cumplir un papel más que determinante al incorporar por primera vez en un diccionario español una voz americana. No es otra que la representativa voz *canoa*, uno de los paradigmas de las culturas indígenas americanas, que aparece registrada y explicada en su *Vocabulario de romance en latín*, elaborado en 1495 y publicado en 1516, y que es, por otra parte, uno de los registros más antiguos de la lexicografía en lengua española. La explicación de Nebrija, sin saberlo, se entenderá como de carácter inaugural para la comprensión, siempre contrastiva, del español americano frente al español peninsular:

Canoa    nave de un madero    *monoxylum -i*<sup>18</sup>

Tenía, así, el léxico americano entrada natural por primera vez en los diccionarios españoles, adquiriendo jerarquía de tópico de descripción y carta de ciudadanía dentro de la lengua hasta el día de hoy. En el texto de Nebrija no son propias las marcas regionales, en cuenta de que esta manera dialectal no había sido ni considerada en momentos tan previos. Esto, también sin saberlo, hace que la primera incorporación léxica americana en la lexicografía del español nazca sin el rótulo de voz rara o exótica con el que comenzaron a marcarse, un poco después, muchas de las voces americanas en diccionarios españoles.

<sup>18</sup> Antonio de Nebrija, *Vocabulario de romance en latín*, Madrid, Editorial Castalia, pág. 43. Edición: Geral J. Macdonald.

Al mismo tiempo que Nebrija, el *Diario del Primer Viaje*, fechado en 1492, de Cristóbal Colón, consigna e incorpora en la narración de su odisea las primeras voces americanas, en su mayoría asignables al taíno de las antillas. En este sentido, el texto de Colón permite una rectificación sobre la consabida asignación a la voz *canoa* como primera palabra americana, en vista de que la primera consignación recae sobre el topónimo *Cuba*, que Colón escribe con la grafía *Colba*, el día 21 de octubre, y que después él mismo sustituye por la forma actual en el texto del día 23 de octubre. Colón describe los objetos *canoa* y *canalete*, aunque sin consignar su nombre, ya el día 13 de octubre: «Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedaço y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunas venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas, hasta aver d'ellas en que venía un solo hombre. Remavan con una pala como de fornero, y anda a maravilla, y si les trastorna, luego se echan todos a nadar y la endereçan y vazían con calabazas que traen ellos»<sup>19</sup>. El 26 de octubre, trece días después, ya Colón puede darnos el nombre de estas embarcaciones: «Dixieron los indios que llevaba que avía d'ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. (Estas son las canoas)»<sup>20</sup>.

Este nacimiento del léxico americano en los espacios de la cultura occidental vino acompañado con la relación de otras voces que pasaron a considerarse materia medular del haber patrimonial más enfático de lo americano lingüístico: *aje*, *bohío*, *cacique* (y sus variantes *caniba* y *canima*), *cazabe*, *hamaca* y *ñame*. Realidades americanas descritas en la obra de Colón, pero nunca denominadas por los nombres con los que después comenzaron a consignarse, en la medida en que los primeros españoles refinaron su oído lingüístico, muy pronto se erigieron en los primeros monumentos lingüísticos del continente nuevo: *cacao*, *canalete*, *hutía*, *iguana*, *jaiba*, *manatí*, *maní*, *tabaco* y *yuca*.

En cuenta de la importancia de la reflexión sobre la lengua, Colón da cabida a algunas de las más pertinentes, ya desde tiempos tan remotos. Llama la atención sobre la riqueza diferencial de la fauna y la flora americanas, como sabemos, tópico obligado de descripción. De mayor interés, aún, sus observaciones sobre la semejanza lingüística de las zonas recorridas como aproximación a la idea de un fondo lingüístico común

<sup>19</sup> Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, Madrid, Alianza Universidad, 1982. Edición: Consuelo Varela.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pág. 45.

frente a la pasmosa diversidad y complejidad de la lingüística americana, muy subrayada en esos tiempos. Habría que esperar a fray Pedro Simón, en el siglo XVII, y, aún más tarde, a Felipe Salvador Gilij, en el XVIII, para entender el alcance de estos asuntos. Oír el tratamiento de Colón no deja de ser encantador por el carácter enternecedor de observador sobre la fuerza de los sustratos taínos: «Toda la lengua también es una y todos amigos [...] su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de la India, y todos se entienden y todas las andas con sus almadías, lo que no han en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra»<sup>21</sup>.

Estas primeras preocupaciones léxicas se traducirían en la confección de los primeros repertorios generales americanos. Lugar de privilegio para el «Vocabula Barbara» elaborado en latín por Pedro Mártir de Anglería para sus afamadas *De Orbe Novo Decades*, dadas a la luz pública en 1516. En 1608, Pedro Fernández Castro de Andrade redactaría, ahora en español por vez primera, un pequeño glosario contentivo de dieciocho voces americanas al que se le atribuye la autoría del primer registro lexicográfico americano escrito en castellano.

Los intentos de investigación paleolexicográfica nos han permitido, al menos, y en cuenta siempre de los vacíos que la investigación tiene que sortear y de los silencios que se impone ocupar con los tímidos sonidos de un escueto grupo de producciones, ordenar una visión de lo que fue la producción colonial de diccionarios, los intereses descriptivos en los que se ocuparon estos primeros lexicógrafos, las técnicas iniciales que se ensayaron, a semejanza del infante que da sus primeros y tambaleantes pasos, y los logros más rutilantes en un panorama signado por la oscuridad.

La propuesta de una cronología de la lexicografía antigua de Venezuela se afianza en el estudio de un grupo de textos de significación variable y de intereses diversos, pero, en su totalidad, representativos de lo que fue una actividad de estudio léxico, tanto del español como de las lenguas indígenas, de la que estos textos deben entenderse como las cabezas más visibles. No es otra cosa, entonces, que el registro con los primeros intentos por recorrer el confuso panorama de las lenguas indígenas y por comprender los contactos interlingüísticos suscitados durante los primeros siglos venezolanos entre el español y las lenguas indígenas, intentos que prestaron una privilegiada atención a la materia léxica.

<sup>21</sup> *Ibid.*, págs. 49, 56.

**1539-1553:** Galeotto Cey (1513-1579): «De las semillas, raíces y hierbas que tenían los indios en dicha isla y las hay en todas las Indias, con mención de los ganados y otras cosas»; «De las maneras de vivir, vestir, costumbres, religión y otras particularidades de los indios»; «De los árboles, arbustos, hierbas, semillas y raíces de Tierra Firme»; «De los animales»; en *Viaje y descripción de las Indias, 1539-1553*<sup>22</sup>. Se trata de los capítulos III, IX, X y XI de esta relación de viaje a Venezuela. Si bien no constituyen repertorios expresamente lexicográficos, estos capítulos del libro de Cey revelan una clara intención descriptiva de naturaleza lexicográfica. Exhibe, además, una enorme importancia el hecho de que la recolección léxica y la descripción lexicográfica en esta obra permitan algunas de las documentaciones más antiguas que conozcamos para voces venezolanas. Así, los acápites de cada uno de estos capítulos y algunos párrafos del texto parecen funcionar como auténticos artículos diccionariológicos<sup>23</sup>.

**1627:** Pedro Simón (1574 o 1581-1623 o 1630): «Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta historia», en las *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Vocabulario que recoge un total de 156 voces americanas, en su mayoría usuales, casi hasta el presente, en el habla de Venezuela y Colombia y que sirve de compendio mínimo del léxico americano de origen. Revela muy pronto una técnica de redacción lexicográfica sistemática, para los estándares de su tiempo. Ensayo nueve procedimientos de definición (descripción semántica, sinonimia peninsular, definición mixta, uso pragmático, metalengua de signo, sinonimia americana, explicación enciclopédica, remisión simple y remisión por lema registro). Sobre la base de una microestructura esencial, que se compone siempre de un lema y de una definición, se consignan especificaciones sobre la extensión de uso americano de las unidades, la sinonimia americana para los casos en que pueda establecerse, las reflexiones

<sup>22</sup> La obra se conservó manuscrita hasta 1992, cuando se publica la edición italiana a cargo del Consiglio Nazionale delle Ricerche (Roma: Bulzoni Editore). En 1995, formando parte de la Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos (1492-1992; 1498-1998), se publica la edición española, en Caracas, bajo el auspicio de la Fundación Banco Venezolano de Crédito.

<sup>23</sup> Bibliografía lingüística: José Rafael Lovera, «Estudio Preliminar», en Galeotto Cey, *Viaje y descripción de las Indias, 1539-1553*, Caracas, Fundación Banco Venezolano de Crédito/Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos (1492-1992; 1498-1998), 1995, págs. xv-LVIII. Luciana De Stefano, «El viaje de Galeotto Cei. La relación de un viajero italiano en la Venezuela del siglo XVI», en *Montalbán*, Caracas, n.º 30 (1997), págs. 131-156.

etimológicas (en su mayoría de carácter popular), los usos figurados y las corrupciones fonéticas. También, es capaz de ofrecer un manejo de un sistema de remisiones bastante efectivo y funcional<sup>24</sup>.

**1648:** Jacinto de Carvajal (n. ca. 1567): *Relación del Descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*. Incorporadas al texto histórico se ofrecen dos muestras de clara raíz lexicográfica, en una obra cuyo interés central no es la descripción léxica. Se trata de una «lista explicada de aves» que se consigna en la *Jornada quinta decima* y de otra «lista explicada de frutos» en la *Jornada veinte y dos y náutica*, y que se mezclan en el texto sin ningún rótulo que las separe de la propia narración en donde están insertas. La sencillez científica de las muestras no hace imposible que se destaquen algunos logros más allá del mérito que la propia recolección tiene en sí misma. Serían, la organización regular de los elementos de descripción en los artículos: lema, en mayúsculas y separado por una coma, más la definición, que procede siempre por descripción semántica y enumeración de rasgos distintivos y, en algunos casos, la consignación de sinónimos<sup>25</sup>.

**1655:** Pierre Pelleprat (1606-1667): «Términos más necesarios en la conversación de los Galibis», en *Introducción a la lengua de los Galibis, salvajes de Tierra Firme de América Meridional*. Vocabulario bilingüe español-galibi

<sup>24</sup> Bibliografía lingüística: *Fray Pedro Simón y su Vocabulario de Americanismos* (edición facsimilar de la «Tabla para la inteligencia de algunos vocablos» de las *Noticias Historiales*), Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1986. Edición a cargo de Luis Carlos Mantilla Ruiz. Günther Schütz, «Fray Pedro Simón y su “Vocabulario de Americanismos”» (reseña del libro de 1986), en *Hispanorama*, Nürnberg, n.º 46 (1987), págs. 167-169. Francisco Javier Pérez, «Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela», en *Montalbán*, Caracas, n.º 24 (1992), págs. 124-129. Günther Haensch, «Dos siglos de lexicografía del español de América: Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer», en Gerd Wotjak y Klaus Zimmermann (eds.), *Unidad y variación léxicas del español de América*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1994, pág. 42. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 17, 23-37, 41. Bruno Manara, «Sr. Pedro Simón: Su época y su lenguaje», en *Boletín del Centro de Historia Regional de Petare*, Caracas, n.º 5 (1997), págs. 115-127. Francisco Javier Pérez, «Técnica lexicográfica en el “Vocabulario de Americanismos” de Fray Pedro Simón», en *Actual*, Mérida-Venezuela, n.º 41 (1999), págs. 201-221.

<sup>25</sup> Bibliografía lingüística: Francisco Javier Pérez, «Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela», en *Montalbán*, Caracas, n.º 24 (1992), págs. 130-131. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 17-18, 42.

compuesto por 292 unidades léxicas, discriminadas en acápite titulados. En este caso, su sentido está en la ordenación temática del material léxico y su capacidad para entenderse como representativo de los intereses culturales más determinantes de los hablantes de esta lengua de parentela caribe. Así, nos ilustra sobre: Los elementos; Los metales; Los miembros de una familia; Los miembros o partes del cuerpo humano; Pájaros, peces, animales; Los insectos y las serpientes; Los muebles de una choza; Los artículos necesarios a los salvajes; Embarcaciones para navegar; Las armas; Frutos; Dolor, enfermedad; Colores; Trajes; Sus cumplimientos; Víveres; Palabras que significan alguna cualidad; Los espíritus; Algunas palabras que no han podido ser catalogadas bajo ningún título; Algunos verbos y maneras de hablar bastante comunes<sup>26</sup>.

**1680:** Francisco de Tauste (1626-1685): *Arte, y Bocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotos, Cores, Parias, y otros diversos de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía*. Extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto organizado alfabéticamente e integrado con la descripción gramatical, especialmente en cuanto al verbo, al final del texto lingüístico, antes de dar paso al Catecismo y a la Doctrina Cristiana, partes con las que la obra toda queda culminada<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Bibliografía lingüística: José del Rey Fajardo, «Estudio Preliminar», en Pierre Pelleprat, *Relato de las misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las islas y en Tierra Firme de América Meridional*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, págs. IX-LXI. José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo II, págs. 14-22. José del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, págs. 436-438. José del Rey Fajardo, «Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas», en *Montalbán*, Caracas, n.º 9 (1979), págs. 357-478. José del Rey Fajardo, «Fuentes para el estudio de las misiones jesuíticas en la Orinoquia», en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo I, págs. 267-281. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 18 y 42.

<sup>27</sup> Bibliografía lingüística: Julio Platzmann, *Algunas obras raras sobre la lengua cumana-gota*, Leipzig, B.G. Teubner, 1888, vol. I, págs. 5-43. Aristides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. J. A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera, *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927), Cumaná, Universidad de Oriente, 1980, t. II, págs. 367-390. Buenaventura de Carrocera, *Lingüística indígena venezolana y los Misioneros Capuchinos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexi-*

**1683:** Matías Ruiz Blanco (1643-1705): «Diccionario de la Lengua de los Indios Cumanagotos, y Palenques», en Manuel de Yangües, *Principios, y reglas de la lengua Cumanagota*. Extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto organizado alfabéticamente y de acuerdo a las combinaciones silábicas en cada una de las alfabetizaciones por grafemas (A, ante B; A, ante C; etc.)<sup>28</sup>.

**1690:** Matías Ruiz Blanco (1643-1705): «Tesoro de Nombres, y verbos, y verbos de esta lengua, con algunas frases, y modos de hablar particulares», en *Arte y tesoro de la Lengua Cumanagota*. Extenso vocabulario bilingüe cumanagoto-español organizado alfabéticamente según el español como lengua de llegada y no de acuerdo a la muy usual desde la lengua de partida. Como en el *Diccionario* de 1683, se procede a la discriminación por combinaciones silábicas<sup>29</sup>.

*cografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 18 y 43. Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998, págs. 16-19 (Discurso de incorporación como Individuo de Número). Blas Bruni Celli. *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, págs. 1378-1380.

<sup>28</sup> Bibliografía lingüística: Julio Platzmann, *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*, Leipzig, B.G. Teubner, 1888, vol. II, págs. 73-220. Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. J. A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera, *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927), Cumaná, Universidad de Oriente, 1980, tomo II, págs. 367-390. Odilo Gómez Parente, *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, págs. 429-440. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 18 y 43. Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998, págs. 23-28. Blas Bruni Celli, *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, págs. 1263-1267.

<sup>29</sup> Bibliografía lingüística: Julio Platzmann, *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*, Leipzig, B.G. Teubner, 1888, vol. III, págs. 47-250. Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. J. A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera, *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927), Cumaná, Universidad de Oriente, 1980, tomo II, págs. 367-390. Odilo Gómez Parente, *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, págs. 441-443. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de

**1738:** Francisco de Catarroja (1692-1752): *Vozes de la Lengua de los Indios Motilones que avitan en los Montes de las Provincias de Sta. Marta y Maracayo* (sic), con su explicación en nuestro Ydioma Castellano. Obra inédita hasta 1978, cuando se utilizaron sus materiales como base de antigüedad más considerable sobre la lengua Barí, de filiación chibcha, en la elaboración del *Vocabulario barí comparado*, del misionero Adolfo de Villamañán. En este sentido, el conocimiento de estos materiales es solo la única posibilidad que se nos brinda y no, en cambio, el de su estructura o el de su alcance técnico (Villamañán 1978). Arístides Rojas la consigna en su célebre estudio sobre «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela»: «Cartarroja (Fray Francisco de). –Vocabulario de algunas voces de la lengua de los Indios motilones que habitaron los montes de las Provincias de Santa Marta y Maracaibo, con su explicación en nuestro idioma castellano, 1738–. Un cuaderno, 15 páginas. El Padre Cartarroja fué uno de los misioneros de Navarra que se establecieron en las costas de Maracaibo en el siglo pasado» (Rojas 1944: 191)<sup>30</sup>.

**1762:** Alonso de Neira (1635-1706) y Juan Rivero (o Ribero) (1681-1736): «Vocabulario de la lengua achagua», en *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. Extenso vocabulario alfabético castellano-achagua que constituye la descripción más acabada de esta lengua. Significa uno de los intentos más claros de incorporación de una técnica lexicográfica compleja y sistemática en los espacios de la lexicografía premoderna venezolana<sup>31</sup>.

Bello, 1997, págs. 18 y 43. Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998, págs. 23-28. Blas Bruni Celli, *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, págs. 1263-1267.

<sup>30</sup> Llama la atención en la referencia de Rojas la manera como escribe el nombre del franciscano, que era oriundo de «Catarroja», una localidad de la provincia de Valencia. Quizá se trate de una errata, pues no hemos encontrado transcripciones así del nombre de este lugar. Bibliografía lingüística: Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. Adolfo de Villamañán, *Vocabulario barí comparado. Comparación de los vocabularios de Fr. Francisco de Catarroja (1730) y Fr. Francisco Javier Alfaro (1788) con el barí actual*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1978. Buenaventura de Carrocera, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1981, págs. 326-328. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 18-19 y 43-44.

<sup>31</sup> Bibliografía lingüística: José Alemany y Bolufer, «Gramática de la lengua achagua por el P. Alonso de Neira, comentada y expuesta con plan metódico por...», en

1764: José Luis de Cisneros: *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Sin tratarse una obra de naturaleza lexicográfica, la enorme profusión de contribuciones léxicas recogidas y explicadas la convierte en fuente de primera importancia para estos estudios. A lo largo de la descripción de las ciudades que visita Cisneros (Santiago de León de Caracas, San Sebastián de los Reyes, San Luis de Cura, Valencia, San Juan Bautista del Pao, Nirgua, San Carlos, San Jaime, San Felipe el Fuerte, Nueva Segovia de Barquisimeto, El Tocuyo, Carora, Coro, Trujillo, Guanare, San Fernando y Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y Araure), se ofrecen numerosos registros léxicos de fauna y flora venezolanas (por ejemplo, leemos este fragmento en las páginas 15 y 16 de la edición de 1950: «Las infinitas Raíces que en todo el año produce este Terreno de ñamez, Mapueyes, Ocumos, Layrenes, Batatas, Patatas, Apios, Papas; y frutas, como son Plátano, Dominicos, Cambures, Aguacates, Piñas, Chirimoyas, Guayabas, Papayas, Mameyes, Nísperos, Membrillos, Manzanas, Higos, Cocos, Hicacos, Sapotes, Anones y otras muchas, aunque agrestes, son de grande utilidad para las familias que lo cultiban [...]»). En este sentido, una sección del libro se organiza, a este respecto, en forma enumerativa, produciendo una lista horizontal de voces. Lleva por título: «Frutos que produce la Provincia de Venezuela»<sup>32</sup>.

*Boletín de la Universidad de Madrid*, Madrid, tomo I (1929), págs. 389-426. José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I, págs. 303 y ss.; tomo II, págs. 25-182. José del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, págs. 397-401; 462-465. José del Rey Fajardo, «Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas», en *Montalbán*, Caracas, n.º 9 (1979). José del Rey Fajardo, «Fuentes para el estudio de las misiones jesuíticas en Venezuela (1625-1767)», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 7 (1988), págs. 280-289. José del Rey Fajardo, «Introducción al estudio de la historia de las misiones jesuíticas en la Orinoquia», en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo I, págs. 315-324. Francisco Javier Pérez, «Elementos de paleolexicografía en el Vocabulario Achagua de Neira y Ribero», en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo II, págs. 615-629. Francisco Javier Pérez, «Técnica lexicográfica antigua en el Vocabulario Achagua de Neira y Rivero», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 15 (1996), págs. 617-647. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 19 y 39-68. Manuel M. Marzal, «Juan Rivero», en *Diccionario de historia de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2018 (www.dhe.rah.es).

<sup>32</sup> Bibliografía lingüística: Enrique Bernardo Núñez, «La Descripción de Venezuela por Cisneros», en José Luis de Cisneros, *Descripción de la Provincia de Venezuela*, Cara-

1779: Antonio Caulín (1719-1802): *Historia de la Nueva Andalucía*. Aunque no se han conservado los trabajos lexicográficos y gramaticales que según las fuentes antiguas elaboró el fraile franciscano («Escribió el P. Caulín además otras obras, como *Doctrina Cristiana, traducida del Castellano al Cumanagoto*, cuaderno de 16 págs.; *Diccionario y Catecismo Cumanagotos* etc. [...]»), la narración de su más importante libro histórico se presenta muy permeada por una singular conciencia lexicográfica. Recoge muchos indigenismos léxicos y voces de lenguas indígenas y los ordena y describe con procedimientos claramente lexicográficos. Evidencias de esto pueden rastrearse en los capítulos III («Árboles silvestres, frutales, raíces comestibles, y otras cosas singulares, que producen estos Montes»), IV («Árboles, y Plantas, que se cultivan; sus frutos, y raíces comestibles, que con el beneficio de la labor, producen estos Montes»), V («Árboles, y Plantas menores medicinales, que la Divina Providencia cria en estos montes para beneficio de los hombres»), VI («De las Raíces, Gomas, y Balsamos medicinales, que se crian en estos montes»), VII («De los Animales, y Fieras silvestres gresibles, que se crian en estos Países, y sus propiedades») y VIII («Prosigue la Materia del antecedente sobre reptiles, anfibios, y en general de las Aves»). Adolfo Ernst, presumiblemente obra de Caulín, ha consignado un «Glosario latino-cumanagoto»: «Caulín, Fray Antonio, *Historia corográfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del río Orinoco*. Edición original, Madrid 1779. Nueva impresión (sin la Carta) Caracas 1841. 8.º 448 páginas. Contiene muchas palabras cumanagotas»<sup>33</sup>.

cas, Editorial Ávila Gráfica, 1950, págs. VII-XV. Pedro Grases, «Estudio preliminar», en José Luis de Cisneros, *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981, págs. 11-56. Edgar Colmenares del Valle, *Lexicología y lexicografía en Venezuela (Fuentes para su estudio)*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1995, pág. 99. Ildefonso Leal, «Prólogo», en José Luis de Cisneros, *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*, Caracas, Italgráfica, 1996, págs. XIII-XXIV. Valentín Moreno, «Introducción», en José Luis de Cisneros *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*, Madrid-Caracas, BBVA/Fundación Provincial, págs. XI-XXIV.

<sup>33</sup> Bibliografía lingüística: Adolfo Ernst, «Acercas de la lengua de los cumanagotos» (1872), en *Obras completas*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, tomo VI, págs. 527-543. Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. Odilo Gómez Parente, *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, págs. 470-483. J. A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera, *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía*, Cumaná, Universidad

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): «Vocabulario taíno», en *Ensayo de Historia Americana*, tomo III, apéndice II, parte I, cap. I: De la lengua haitiana. Lista alfabética con 122 unidades en el corpus inicial, seguido de nueve «nombres propios» y cuatro nombres de «deidades». Una breve introducción lo antecede para referir algunas peculiaridades de índole histórica sobre la lengua originaria de Haití y sobre la importancia de su estudio y conservación. Culmina con una conclusión en la que se anotan nueve voces más y se consignan observaciones mínimas de sintaxis. El texto lexicográfico queda coronado por tres notas: una histórica, otra bibliográfica y, la última, etimológica, con reflexiones sobre el origen de la voz *manatí*.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): «Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio», en *Ensayo de Historia Americana*, tomo III, apéndice II, parte II, cap. XVI. Está compuesto por nueve catálogos comparados, de relativa extensión, dedicados a contrastar distintas lenguas indígenas venezolanas y continentales, que se ordenan a partir del italiano como lengua de partida, sin definiciones, y consignándose las equivalencias en dos lenguas indígenas, en todos los casos, exceptuando el catálogo nueve que a partir del español aporta equivalencias en tamanaco. Culmina con un conjunto de notas con observaciones diversas sobre los catálogos y sus materiales. La lista de los nueve catálogos y de las lenguas que pone a dialogar, sería esta: I. «Lenguas regias americanas» (lengua de los incas y lengua mejicana); II. «Lenguas salvajes americanas no inferiores a las regias» (lengua chiquita y lengua guaraní); III. Sin título (lengua lule y lengua vilela, de la región del Chaco); IV. Sin título (lengua mbayá y lengua moja, respectivamente del Paraguay y de Bolivia); V. Sin título (lengua guaraní y lengua omagua, dialecto guaraní hablado en la parte septentrional del río Marañón); VI. Sin título (lengua tamanaca y lengua maipure, habladas en el río Orinoco); VII. Sin título (lengua sáliva y lengua araucana, respectivamente del Ori-

de Oriente, 1980, tomo II, págs. 367-390. Pablo Ojer, «Estudio Preliminar», en fray Antonio Caulín, *Historia de la Nueva Andalucía*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1966, tomo I. Buenaventura de Carrocera, *Lingüística indígena venezolana y los Misioneros Capuchinos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1981. José María Navarro. «Léxico venezolano en la *Historia de la Nueva Andalucía* de Fray Antonio Caulín (1779)», en *Memoria del Encuentro de Academias de la Lengua, realizado en Caracas, con motivo del Centenario de la Academia Venezolana, correspondiente de la Española, entre el 26 y el 28 de julio de 1983, Año Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar, El Libertador*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, 1985, págs. 261-263.

noco y de Chile); VIII. «Sacado del tomo III de las Memorias del Barón La Hontán» (lengua hurona y lengua algonquina, habladas en América del Norte), y IX. «Hombre y sus partes» (solo en lengua tamanaca). Estos catálogos funcionan como refuerzos léxicos a los tratamientos gramaticales alcanzados en la Parte I del Apéndice II, dedicado al análisis de «las más famosas lenguas americanas»<sup>34</sup>.

**1783:** Juan Antonio Navarrete (1749-1814): «Diccionario de algunos términos y frases usados de Filósofos, Astrólogos, Políticos, Médicos, Cirujanos, Geógrafos, Históricos, Teólogos, Juristas, Artistas, Cortesanos y Cristianos Modernos, de nuestro tiempo y algunos Regulares y Ceremoniales», en *Arca de Letras y Teatro Universal*, tomo II. Consiste en un singular trabajo de terminologías muy heterogéneas, estructurado alfabéticamente

<sup>34</sup> Bibliografía lingüística: José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I, págs. 178-182. José del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, págs. 228-234. José del Rey Fajardo, «Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas», en *Montalbán*, Caracas, n.º 9 (1979), págs. 357-478. Antonio Tovar, «Estudio Preliminar», en F.S. Gilij, *Ensayo de Historia Americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965. Fernando Arellano, *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo I. Carmen Ortega Ricaurte, *Los estudios sobre lenguas indígenas de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978. Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela (Desde 1782 hasta 1929)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 127-137. Jesús Olza, *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1989. Marie-Claude Mattéi Muller, «Gilij, pionero de la etnolingüística venezolana: sus métodos y logros», en *Montalbán*, Caracas, n.º 21 (1989), págs. 91-101. Francisco Javier Pérez, «Testimonios venezolanos sobre la obra lingüística de Felipe Salvador Gilij», en *Montalbán*, Caracas, n.º 21 (1989), págs. 179-201. Marie-Claude Mattéi Muller, «Los Tamanaku en la lingüística caribe. Algunas propuestas para la clasificación de las lenguas caribes en Venezuela», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 8 (1989), págs. 451-603. Francisco Javier Pérez, «Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela», en *Montalbán*, Caracas, n.º 24 (1992), págs. 132-135. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 19, 44-45 y 85-88. Mara Fuertes Gutiérrez, «Las observaciones sobre lenguas del Orinoco en el *Saggio di Storia Americana* (1780-1784) de Filippo Salvatore Gilii (1729-1781)», en Antonio Álvarez Tejedor (coord.), *Lengua viva: estudios ofrecidos a César Hernández Alonso*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2008, págs. 781-792. José del Rey Fajardo, *Biobibliografía de los jesuitas expulsados del Nuevo Reino de Granada (1767-1815)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2014, págs. 121-125. Antonio Astorgano Abajo, «Felipe Salvador Gilij», en *Diccionario de historia de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2018 (www.dhe.rah.es).

y que reúne el saber enciclopédico de su tiempo. Resulta una pieza rara en la lexicografía técnica venezolana, cuyos intentos serán más bien programados para el siglo xx<sup>35</sup>.

**1788:** Francisco Javier de Alfaro (17??-17??): *Voces castellanas de la lista núm. 2 traducidas en lengua motilona*. Valen las mismas anotaciones que para la obra de Catarroja, del año 1738, al correr idéntica suerte y mantenerse inédita hasta el estudio moderno sobre el barí (Villamañán 1978)<sup>36</sup>.

**1789:** Antonio de Alcedo y Bejarano (1735-1812): «Vocabulario de las voces provinciales de la América usadas en el Diccionario Geográfico-Histórico de ella; y de los nombres propios de plantas, aves y animales», en *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, tomo v. Extenso apéndice lexicográfico que recoge un caudal muy significativo de indigenismos y provincialismos americanos de uso muy extendido en Venezuela y que se considera el primer diccionario de regionalismos en la historia de la lexicografía del español americano<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> Bibliografía lingüística: José Antonio Calcaño, «Estudio Preliminar», en Juan Antonio Navarrete *Arca de Letras y Teatro Universal*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1962, págs. ix-xxiv. José Antonio Calcaño, «Sobre el Padre Navarrete», en *El atalaya. Nuevos estudios antiguos*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1977, págs. 121-132. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 19 y 45. Blas Bruni Celli, «Estudio Preliminar», en Juan Antonio Navarrete: *Arca de Letras y Teatro Universal*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1993, tomo I, págs. 13-75. Antonio Corredor Aveledo, «Juan Antonio Navarrete, el lexicógrafo erudito», en *Educación y biblioteca*, Madrid, n.º 167 (2008), págs. 89-91. José Balza, *Los siglos imaginantes*, Caracas, Bid&Co. editor, 2014.

<sup>36</sup> Bibliografía lingüística: Adolfo de Villamañán, *Vocabulario barí comparado. Comparación de los vocabularios de Fr. Francisco de Catarroja (1730) y Fr. Francisco Javier Alfaro (1788) con el barí actual*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1978. Buenaventura de Carrocera, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1981, págs. 328-330. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 19 y 45.

<sup>37</sup> Bibliografía lingüística: Manuel Alvar Ezquerro, «Los regionalismos en los diccionarios y vocabularios regionales», en *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert/Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, pág. 183. Günther Haensch, «Dos siglos de lexicografía del español de América: Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer», en Gerd Wotjak y Klaus Zimmermann (eds.), *Unidad y variación léxicas del español de América*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1994, págs. 39 y 43. Francisco Javier Pérez, «Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela», en *Montalbán*, Caracas, n.º 24 (1992), págs. 135-137. Francisco Javier Pérez, *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997, págs. 89-90.

Estas obras son, pues, el resultado de un interés intelectual por lo lingüístico, caracterizadas por una nada común pasión de decodificación y por un noble objetivo pedagógico y hasta catequístico. Permiten, en otra consideración, fijar la diversidad lingüística venezolana y el particular desarrollo del español de Venezuela.

Técnicamente, estos textos están marcando un momento fundador en nuestra lexicografía al anunciar tópicos temáticos y al ensayar, por primera vez, modelos descriptivos que serían, a la larga, muy fecundos. Acercarse a estos repertorios iniciales ofrece, por otra parte, el placer especial que proviene de lo germinal. En el mismo sentido, ofrece al investigador moderno el encanto inusual de constatar la antigüedad de sus procedimientos y la tradición artesanal de los recursos del oficio que, hoy, cataloga como rigurosos y sistemáticos.

La lexicografía antigua de Venezuela constituye, así, el ámbito más productivo en la historia de nuestra lexicografía, de la que el catálogo anotado es solo la porción minúscula de un universo que es insondable.

## LAS PRIMERAS GRAMÁTICAS

También como una porción minúscula de ese universo, tienen que entenderse las muestras gramaticales más antiguas. En cierta medida, estas vienen de la mano de la propia producción lexicográfica, ya que, como ha quedado dicho, no se concebía la una sin la otra y, en muchos casos, se elaboraron en simultaneidad diccionarios y gramáticas. Esta feliz simbiosis disciplinaria, a más de una necesidad en momentos tan desprotegidos de estudios sobre las lenguas indígenas del país, hizo que nuestros lexicógrafos se impusieran el trabajo gramatical y que nuestros gramáticos se impusieran el lexicográfico. El recuento que se propone, sobre estas ideas, reinsiste en muchos de los nombres ya presentados por su actividad dicionarológica.

Se desconoce para estos tiempos remotos la existencia de algún texto elaborado sobre gramática del español. No es difícil suponer que, en cuenta de la existencia de notables obras elaboradas en España, se utilizaran para la enseñanza las gramáticas más difundidas en todo el mundo hispánico. Además del citado texto de Nebrija, la primera gramática de la lengua, fechada en el promisorio año 1492, las referencias documentales dan cuenta de la presencia, hasta bien entrado el siglo XIX, de los trabajos de Tomás de Iriarte, Luis de Mata y Araujo y José Gómez Hermosilla, principalmente.

Esta tradición de estudios, sin embargo, tendría que esperar, justamente, hasta el siglo XIX cuando la lingüística venezolana irrumpe en el firmamento de la gramática castellana con un sólido grupo de obras que transformaron la visión de la descripción gramatical y la hicieron prodigiosamente actual en la figura inalcanzable de Andrés Bello, entre otros.

Las anteriores reflexiones nos obligan a rastrear el origen de la producción gramatical en Venezuela en las primeras descripciones sobre las lenguas indígenas. En su mayoría, estas producciones son hoy meros nombres de autores y atractivos títulos de obras. Corrieron durante los siglos coloniales en versiones manuscritas, perdidas muchas de ellas o aún enteradas en archivos históricos y bibliotecas antiguas, que eran utilizadas por los misioneros y maestros para enseñar español a los indígenas y, a la inversa, para hacerlo con las lenguas indígenas a los misioneros y colonizadores. Aunque no podemos conocer estas obras y aunque las figuras de sus autores luzcan hoy desdibujadas, no puede dejarse de entender que significaron el esfuerzo lingüístico más vasto de los que se hayan emprendido en nuestra historia de la lingüística. Más aún, la que hoy consideramos ausencia de métodos científicos no puede dejar de comprender la solvencia de muchas de estas producciones y los valiosos refinamientos ensayados para inmiscuirse en los resquicios más impenetrables de estas lenguas, siempre llenas de enigmas para estos lingüistas, no por vocacionales menos visitados por la intuición y el tino certero.

El conjunto de referencias es tan inmenso que no podemos sino remitir a los estudiosos a las obras de los que en detalle han profundizado en los aportes de las distintas filologías misioneras y que nos han provisto de ingentes materiales para comprender el denso entramado de los estudios coloniales en materia de lenguaje. Reconstruyen el desarrollo protagonizado por cada una de las órdenes filológicas misioneras, establecen la erudición bio-bibliográfica de sus actores y trazan el mapa filológico por el que estos actores transitaron el territorio físico o político de Venezuela para comprenderla a través de sus lenguas. Los resultados no hacen sino abismarnos en asombro y desbordarnos en posibilidad investigativa. Hasta el presente, las obras modernas a las que debe recurrirse para poblar nuestra comprensión del universo lingüístico indígena colonial responden a un creciente orden de desarrollo y, a su vez, historiográfico. En primer lugar, el texto fundador y que da paso a subsiguientes investigaciones, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, obra de José del Rey Fajardo (1971). En sucesión, las revisiones sobre *Los Agustinos y las lenguas indígenas de Venezuela*, de Fernando Campo del Pozo (1979) y sobre la *Labor Franciscana: I. Promoción indígena*, de Odilo Gómez Parente (1979), pri-

mera parte de un estudio que, según nuestro conocimiento, no llegó a completarse. Buenaventura de Carrocera (1981) sigue similar propuesta de estudio al ocuparse de la *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*. Una visión de conjunto muy valiosa como reflexión que hace énfasis en las líneas sustantivas, la encontramos en el voluminoso estudio *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica*, de Fernando Arellano (1986). Acompañan a estos trabajos matrices otros muchos de menor aliento que pusieron atención sobre puntos concretos, descuidados por las investigaciones generales. En esta dirección, debe tenerse en cuenta el trabajo de Cesáreo de Armellada, *Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano* (1978), pues abre una de las vías más fecundas de la investigación lingüística colonial: la que considera los permanentes trasvases e interinfluencias entre estos dos sectores de la evolución de las lenguas en Venezuela. Muy rico en referencias, también, hace aparición y aporte la monumental obra bibliológica: *Venezuela en cinco siglos de imprenta* (1998), de Blas Bruni Celli.

Cubiertas todas estas precisiones y hechas estas salvedades que deberían justificar el eximio repertorio sobre el que pasaremos a ocuparnos, se impone, por último, señalar que debe tomarse como una selección significativa y que puede dar cuenta de lo alcanzado por estos primeros estudios gramaticales.

**1655:** Pierre Pelleprat (1606-1667): *Introducción a la lengua de los galibis, salvajes de Tierra Firme de América meridional*. Aunque el centro de esta obra lo constituye el trabajo lexicográfico, el autor ofrece como introducción un sucinto cuerpo de principios gramaticales que observa en esta lengua de filiación caribe: notas sobre pronunciación, partes de la oración, el verbo, el nombre, el adjetivo, la conjunción (con énfasis en la disyunción), la abundancia preposicional, el adverbio, las partículas, la flexión nominal, la elipsis, la composición de palabras, los préstamos lingüísticos, la riqueza lingüística y la gestualidad comunicativa<sup>38</sup>.

**1680:** Francisco de Tauste (1626-1685): *Arte, y Bocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotos, Cores, Parias, y otros diversos de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía*. Descripción gramatical que se entremezcla con el extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto a lo largo de la obra. El capítulo dedicado al verbo corta momentáneamente el repertorio léxico al ofrecer, además del funcionamiento verbal, un dilatado

<sup>38</sup> Vid. *supra*, la Bibliografía lingüística.

«Compendio de los verbos» con el que prácticamente se cierra el cuerpo lingüístico de la obra<sup>39</sup>.

**1683:** Manuel de Yangües (1630-1676): *Principios, y reglas de la lengua Cumanagota*. La sumatoria de sus contenidos aporta la mejor imagen de los intereses de estudio en que se empeña esta obra: Tratado Primero. Del nombre, primera parte de la Oracion. Tratado II. Del pronombre, segunda parte de la Oracion. Tratado III. De el verbo, tercera parte de la Oracion. Tratado IV. Del Participio, quarta parte de la oracion. Tratado V. De las preposiciones, ó posposiciones; quinta parte de la oracion. Tratado VI. Del adverbio. Tratado Vltimo de la interjección, y conjunción, vltimas partes de la oracion. El autor hace expresas las referencias al esquema de la gramática latina de Nebrija, en confirmación de su seguimiento<sup>40</sup>. El último párrafo (tomo II, página 70) asienta la resistencia de la lengua cumanagota para acoplarse a un sistema descriptivo que, naturalmente, le es ajeno: «Lo dicho y explicado hafta aqui, es lo que fe ha podido raftrear para la inteligencia de efta Lengua, cuya variedad de principios, y modos irregulares, tengo por imposible reducir à Arte»<sup>41</sup>. En otro sentido, parece remitirnos a las inmensas dificultades que conllevaba la primera descripción de una lengua ágrafa como el cumanagoto, ya en los tiempos iniciales de nuestra historia lingüística<sup>42</sup>.

<sup>39</sup> Vid. *supra*, la Bibliografía lingüística.

<sup>40</sup> Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, ob. cit., pág. 20.

<sup>41</sup> Bibliografía lingüística: Julio Platzmann, *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*, Leipzig, B.G. Teubner, 1888, vol. II, págs. 1-70. Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878, págs. 155-188. J. A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocer, *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927), Cumaná, Universidad de Oriente, 1980, tomo II, págs. 367-390. Odilo Gómez Parente, *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, págs. 415-418. Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, pág. 140. Blas Bruni Celli, *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998, págs. 20-23. Horacio Biord, «Reseña histórica de *Principios y Reglas de la lengua cumanagota* [1683] de Manuel de Yangües», en *El Investigador Venezolano*, Caracas, Biblioteca Nacional, n.º 11 (1992), pág. 6. Blas Bruni Celli, *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, págs. 1527-1529.

<sup>42</sup> Horacio Biord, «Reseña histórica de *Principios y Reglas de la lengua cumanagota* [1683] de Manuel de Yangües», en *El Investigador Venezolano*, Caracas, n.º 11 (1992), pág. 6.

**1690:** Matías Ruiz Blanco (1643-1705): «Reglas para la inteligencia de la lengua de los Indios de Píritu», en *Arte y tesoro de la Lengua Cumanagota*. Acompañando al extenso Tesoro cumanagoto-español, el autor compuso esta gramática cumanagota. Claramente deudora de la gramática del padre Yangües, mantiene su esquema analítico y estructural, aunque con una presentación más limpia y ordenada: Prólogo. Tratado Primero Del Nombre, primera parte de la oracion. Tratado Segvndo Del Pronombre, segunda parte de la oracion. Tratado Tercero Del Verbo, tercera parte de la oracion. Tratado Qvarto Del Participio, qvarta parte de la oracion. Tratado Qvinto De las Preposiciones, quinta parte de la oracion. Tratado Sexto Del Adverbio, sexta parte de la oracion. Tratado Séptimo, Vltimo de la Intergecion y conjunción, vltimas partes de la oración<sup>43</sup>.

**1762:** Alonso de Neira (1635-1706) y Juan Rivero (o Ribero) (1681-1736): «Rudimentos de la lengua achagua», en *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. Se trata de un complejo cuerpo, ya muy distante en estructura y alcance al de las primeras propuestas de descripción gramatical, en donde se da cuenta de los tópicos descriptivos fundamentales sobre la lengua achagua. Se despliega esta materia en los siguientes apartados que, simultáneamente, nos informan sobre los asuntos a las que el texto se aboca. Estos apartados responden a una jerarquía estructural. Para hacerla más explícita deben distinguirse los macro-apartados, escritos en letras mayúsculas, que conducen las grandes líneas de la descripción o que funcionan como requeridos énfasis en la estructura; y, junto a ellos, los micro-apartados, escritos en letras redondas, que se ocupan de la afinación de los pormenores. Una reproducción, aquí, de los diálogos que estos niveles establecen, daría el siguiente resultado: PRÓLOGO. PRONUNCIACIÓN. **Tractatus Primus:** Declinaciones de los nombres. Pronombres absolutos. Pronombres iniciales. Nombres adjetivos. Nombres relativos. Pretérito perfecto. Futuro imperfecto. Relativos en erri. De los plurales. PRÁCTICA Y RESUMEN DE TODO LO DICHO. Prim. Declinación. Segd<sup>a</sup>. Declinac. Tercera Declinación. Quarta Declinación. Declinación 5 de Adjetivos. Sexta de Relativos o Participios de Pretérito, que aquí es lo mismo. Vel. Vel. Séptima de Relativos en erri, o Participios de Presente. Pretérito. Futuro. Pretérito. **Tratado Sed.º de las conjugaciones** (Viuní, Viují, Yerrica &). Pretérito Perfecto. Futuro Imperfecto. Imperativo, y se suple el Pres.te. Subjuntivo Tpo Pres.te. Pretérito imperfecto. Pretr. Plusquamperf.to. Infinitivo Pres.te. Seg.da Conjugación. Indicat.

<sup>43</sup> *Vid. supra*, la Bibliografía lingüística.

Tpo. Presente. Pret. Perf.to. Fut. Imperf.to. Imperat. Subjuntivo Prest.te. Pretérito Imperf.to. Pret. Plusq. Perf.to. Infinitivo. Particip. De Pret. equiv. A Relativo. Particip. de Presente. Gerundios. Tercera Conjugac.n. Prest. te. de Indicat. Pret. Perf.to. Fut. Imperf.to. Imperativo. Subjuntivo. Pret. Imperf.to. Pret. Pluq. Perf.to. Infinitivo. Pret. Perf.to. Particip. de Pretérito. Partic. De Presente. Gerundios. Nota 1.<sup>a</sup> Cuarta Conjugac.n. Nota 2.<sup>a</sup> Pasiva de los Verbos. Modos Reflexivos. Reflexión recíproca. Pretérito de todos. Futuro. VERBOS IRREGULARES. **Tratado 3. De Generibus. Tratado 4 de Praeteritis.** Prim.<sup>a</sup> Conjugac.n. (Viuna, Vyuji &). Seg.<sup>da</sup> Conjugación (Nucabau, Jicabau, Nucabaca &c.). Tercera Conjugac.n (Nuenarícu, Jenarícú, Nuenaricuca, Jenaricunimíu). Cuarta Conjugac.n (Numayu, Jimayu, Numaca, Jimanimíu). **Tratado 5. de la Sintaxis &** (considera ocho reglas). De Constructione Verborum (considera diez reglas). Adverbios de lugar (considera seis reglas). COLOCACIÓN DE LOS NOMBRES. Cap. 1.<sup>o</sup> Incisión y composic.n. Cap. 2.<sup>o</sup> Incisión y composición. NOTICIAS NECESARIAS P.<sup>a</sup> LA PERFECTA INTELIG.<sup>a</sup> DE LA LENGUA ACHAGUA. Cap. 1.<sup>o</sup> Partículas á los nombres y verbos de este Idioma ordine Alfabético. Cap. 2.<sup>o</sup> Del verbo substantivo Vyuna, y de su notable variedad. Cap. 3.<sup>o</sup> De algunos equívocos de esta lengua. Modos de decir uno<sup>44</sup>.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): «Ensayo de la lengua tamanaca», en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, lib. III, cap. IX. Descripción de las particularidades de la gramática de la lengua tamanaca, de filiación caribe, entendiéndola como estudio de las partes de la oración: Del Nombre. Del pronombre. De los verbos. De los participios. De las postposiciones. De los adverbios y de las partículas. De las interjecciones y de las conjunciones. Aunque estructuralmente la propuesta de Gilij sea acorde con la de la gramática latina clásica, el autor manifiesta un notable empeño por reinterpretar los principios teóricos en función de los usos lingüísticos y de las realizaciones morfosintácticas particulares.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): «Ensayo de la lengua maipure», en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, lib. III, cap. X. Descripción de las particularidades de la gramática de la lengua maipure, de filiación Arauca, entendiéndola como estudio de las partes de la oración: Del nombre. De los pronombres. Del verbo. De las postposiciones. De los adverbios, de las interjecciones y de las conjunciones. Aquí, manteniéndose los principios

<sup>44</sup> *Vid. supra*, la Bibliografía lingüística.

de la gramática latina clásica, tal y como ocurre en el texto sobre el tamanaco, se ha logrado un resultado más sintético, en vista de que la descripción comparativa que el autor ha puesto en práctica a lo largo de todo el tomo III, ha abundado ya suficientemente en las peculiaridades gramaticales de esta lengua<sup>45</sup>.

**1783?:** Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Tamanaca*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 183r.-190v.; y, aún, inédita.

**1783?:** Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Maipure*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 191r.-192v.; y publicada, modernamente, en 1971 (Rey Fajardo 1971: II, 311-316). Notas breves y un tanto dispersas sobre algunos tópicos de estudio de la gramática del maipure.

**1783?:** Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Betoï*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 193r.-201v.; y publicada, modernamente, en 1971 (Rey Fajardo 1971: II, 261-276). El ensayo sobre el betoï resulta más orgánico y de mayor proyección. Ha sido ordenado a partir de unos materiales escritos por el padre José Padilla, quien había residido en las misiones jesuíticas del Casanare, sucediendo en funciones al padre José Gumilla, conocedor, también de esta lengua matriz. El texto se ocupa de los siguientes temas, dispuestos sin división por capítulos: Falta de consonantes. Nombres, adjetivos y pronombres. Verbo. Conjugación verbal. Partículas: preposiciones. Numerales. Conjugaciones. Interjecciones.

**1783?:** Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Yarura*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 202r.-209v.; y publicada, modernamente, en 1971<sup>46</sup>. El ensayo sobre esta lengua independiente y sin filiación establecida, ha sido ordenado a partir de los materiales escritos del padre José María Forneri. En cierta forma, reinsiste en el sistema de des-

<sup>45</sup> *Vid. supra*, la Bibliografía lingüística.

<sup>46</sup> José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo II, págs. 277-288.

cripción ensayado para el betoi, aunque con mayor organicidad: Falta de algunas consonantes. Ausencia de declinación en sustantivos y adjetivos y su reconocimiento de funciones y de número por colocación y por la uso de partículas morfológicas. Género de los nombres. Género de los pronombres personales. Nombres adjetivos. Pronombres. Numerales cardinales y ordinales. Verbo. Conjugación verbal. Partículas: posposiciones. Adverbios. Interjecciones. Conjunciones. Acotaciones comparativas entre el yaruro y el latín en cuanto a la colocación de las palabras y a la expresión<sup>47</sup>.

<sup>47</sup> Bibliografía lingüística: José del Rey Fajardo, «Colaboradores venezolanos al *Catalogo delle Lingue* de Hervás y Panduro», en *SIC*, Caracas, n.º 309 (1968), págs. 421-423. José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, *ob. cit.*, tomo I, págs. 190-193; tomo II, págs. 239-316. José del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, págs. 273-276. José del Rey Fajardo, «Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas», en *Montalbán*, Caracas, n.º 9 (1979), págs. 357-478. Fernando Arellano, «Un arsenal lingüístico: el P. Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809)», «El *Catálogo de las lenguas*», «Hervás y la filología románica», «El P. Lorenzo Hervás y las lenguas americanas», «Valoración de la obra de Hervás» y «El P. Hervás y Wilhelm von Humboldt», en *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo I, págs. 194-200. Fernando Lázaro Carreter, «El método comparativo del padre Hervás», en *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Editorial Crítica, 1985, págs. 120-130. Antonio Tovar, *El lingüista español Lorenzo Hervás (Estudio y selección de obras básicas)*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1986. Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela (Desde 1782 hasta 1929)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 89, 133, 134, 140, 143, 154, 155, 158 y 159. Jesús Olza, *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1989. Manuel Breva Claramonte, «Las ideas lingüísticas del siglo XVIII en Lorenzo Hervás y Panduro: La descripción de las lenguas del mundo», en *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»*, Donostia-San Sebastián, n.º 25-3 (1991), págs. 769-781. Miquel Batllori, *Lingüística i etnología al segle XVIII: Lorenzo Hervás*, Barcelona, Eliseu Climent, editor, 1999. Edición: Eulàlia Duran y Josep Solervicens. Prólogo: Bartomeu Melià. (Biblioteca D'Estudis i Investigacions, 30). Hermenegildo de la Campa, «Lorenzo Hervás y Panduro», en Charles E. O'Neill y Joaquín María Domínguez, *Diccionario de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, Roma-Madrid, Institutum Romano Societatis Iesu/Pontificia Universidad Comillas, 2001, tomo II, págs. 1914-1916. José del Rey Fajardo, «Lorenzo Hervás y Panduro», en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, n.º 362 (2008), págs. 169-180. Antonio Astorgano Abajo, *Lorenzo Hervás y Panduro [1735-1809]. El abate Hervás y Panduro, sabio polígrafo*, Ciudad Real, Almud Ediciones/ Universidad de Castilla-La Mancha/ Centro de Estudios de Castilla-La Mancha/ BCLM, 2010. Vicente Pérez Moreda, «Lorenzo Hervás y Panduro», en *Diccionario de historia de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2018. ([www.dhe.rah.es](http://www.dhe.rah.es))

## LA TRADICIÓN FABRICADA

Los recorridos por los estudios lexicográficos y gramaticales durante los siglos XVI, XVII y XVIII nos permiten, además de sensibilizarnos con los intereses de estudio y de fraternizar con un modo peculiar de hacer lingüística, comprender cómo las fuerzas de la disciplina lingüística estaban activándose y avanzando en direcciones cuyo sentido histórico se solventaría en coherencia con el devenir de la propia ciencia lingüística. Habría que esperar al siglo XIX y, en muchos casos, hasta el siglo XX para comprender cómo la génesis de muchos fenómenos y la puesta en práctica de métodos de trabajo debían buscarse en estos tiempos indiscutiblemente inaugurales.

Más allá de los rigores en los que las modernas investigaciones centran los cometidos de las ciencias del lenguaje, debe afirmarse que el mérito histórico de estos primeros sustentos de la historia de la lingüística venezolana es la fundación de la tradición científica, es decir, la consolidación de las rutas que se transitarían y, en más de una ocasión, de los procedimientos que tendrían que ensayarse para obtener los resultados deseados. Nació la fábrica de la tradición en los estudios lingüísticos coloniales. Esta no era otra cosa que la idea motriz que animaría y daría firmeza al principio rector de toda la historia de la lingüística: el origen mismo de los fenómenos a estudiarse y la construcción de los edificios metodológicos y estructurales para hacer posible comprender el sentido de lo edificado y de las necesidades que se tenían para armar esos andamiajes de estructuras de lenguaje. Por encima de filosofías que expliquen la evolución y progreso de la propia historia lingüística, a la par con el progreso y evolución de la historia de la lengua, el concepto de fábrica de la tradición sobre el que queremos dar asiento a la lingüística de los siglos posteriores a la Colonia y, también, entender el sentido de las primeras voluntades lingüísticas, nos está reafirmando en la idea de que nuestra historia de la lingüística ha significado un partir de las tradiciones y un volver permanente hacia ellas.

¿Cuáles serían, entonces, los indicadores históricos que podrían sostener la tradicionalidad de la lingüística venezolana? ¿Cuáles las fuerzas que una y otra vez estarían funcionando? ¿Cuántos los principios rectores que la lingüística colonial aportaría a la fecundación de la tradición? Preguntas de respuesta nada fácil que solo pueden irse generando en la medida en que la comprensión de los fenómenos, el estudio de los autores, la interpretación de las obras, el conocimiento de las tipologías científicas, la depuración de las metodologías de investigación y, definitivamente, la descripción plena de los procesos que desarrollaron el quehacer de la lengua

en Venezuela, pues, serían los que nos podrían facilitar algunas certezas sobre el ayer y, también, sobre el destino de esta disciplina.

Sin embargo, es posible, como reflexión de conjunto, insistir en que el universo colonial de nuestra lingüística abre sólidamente alguno de los enclaves sobre los que se iluminarán las reflexiones y descripciones por venir. Si alguna claridad es posible aportar, sería la que nos ofrecen como saldo, obligadamente provisional, de este determinante momento histórico, los seis puntos siguientes: 1) la necesidad de conocer la lengua por medio de su comprensión gramatical y de su comprensión léxica; 2) el estudio de la lingüística venezolana como descripción y reflexión, desde los tiempos más antiguos, como diálogo entre los estudios sobre la lengua española y sobre las lenguas indígenas; 3) la insistencia en el modelo gramatical de la gramática de Nebrija, en especial la de su texto latino, como base estructural de las gramáticas venezolanas; 4) el interés por los métodos comparativos y por el estudio clasificadorio de las lenguas indígenas; 5) la práctica de técnicas descriptivas, en especial, las lexicográficas, que ya ofrecen algunos refinamientos asignados a la modernidad de la disciplina; y 6) la siempre repetida dificultad de la investigación histórica sobre la lingüística venezolana, ante la desaparición de muchas de las obras producidas.

# Pierre Pelleprat y el nacimiento de la filología jesuítica (1655)

## HISTORIA DE UNA OBRA

Como apéndice a la *Relación de las misiones*<sup>48</sup> el jesuita francés Pierre Ignace Pelleprat (1606-1667) elabora una obra lingüística que lleva por título *Introducción a la lengua de los gálibi*<sup>49</sup> y que constituye para la historia de la lingüística indígena jesuítica, el más antiguo texto conservado. Gracias a esto, es posible reconstruir los momentos más distantes de la participación de los jesuitas a la lingüística nacional. Para los estudios gramaticales, la obra de Pelleprat es una moderada puesta en práctica de principios descriptivos que tienen como fundamento un espíritu cartesiano. Para los estudios lexicográficos, la obra de Pelleprat cobra interés por la descripción que hace de los «Términos más necesarios en la conversación de los Galibis», en la sección final de su trabajo lingüístico.

Antes de estudiar los aciertos descriptivos del texto, se imponen unas referencias sobre la historia de esta obra. En primer lugar, debe señalarse que la *Introducción* fue elaborada en París sobre la base del conocimiento de la lengua gálibi que poseía el misionero como complemento a su relato misional. La competencia lingüística del padre Pelleprat estaba a prueba en la composición de su *Diccionario Gálibi*, obra perdida, que redactaba cuando viaja a Europa. Pretendía poner fin a este importante trabajo lexicográfico al regresar a Venezuela. De esta obra, lamentablemente, solo

<sup>48</sup> El título completo en francés sería: *Relation des missions des PP. De la Compagnie de Iesus dans les illes, & dans la Terre Ferme de l'Amérique Meridionale*. En la portada de la edición de 1655 se destaca la inclusión de su trabajo lingüístico a modo de apéndice.

<sup>49</sup> El título completo sería: *Introduction a la langue des galibis, sauvages de la Terre Ferme de l'Amérique Meridionale*. La ortografía del etnónimo muestra una fluctuación en la acentuación gráfica: sin tilde en la notación francesa (*galibi*) y con tilde en la española (*gálibi*). Nos atenemos, entonces, a la notación francesa al citar textualmente los títulos de las obras o los textos del autor y, a la española, en nuestras menciones o referencias en español. Serán respetadas las fluctuaciones que tengan lugar en referencias de otros autores.

nos quedan noticias sobre su proceso de elaboración: «Los originales del auténtico *Diccionario Galibi* nos son desconocidos, puesto que Pelleprat los dejó en el año de 1653 en Guarapiche en espera de su regreso con la expedición colonizadora. La Introducción que hoy conocemos la redactó en París para incluirla en la *Relation des Missions* con las palabras más útiles y necesarias para la conversación»<sup>50</sup>.

En cuanto a las ediciones debe tenerse en cuenta que, además de publicarse como apéndice a la *Relation*, el trabajo lingüístico de Pelleprat se ha ofrecido como texto independiente, cosa que le da un carácter intermedio, en la idea subsidiaria en que se entendía el texto lexicográfico durante la Colonia, entre los trabajos dependientes de otra obra y aquellos que funcionaban conceptualmente autónomos.

Hasta el presente la *Introducción* se ha publicado dos veces<sup>51</sup>: 1) En 1655, como un folleto aparte a la edición de la *Relation*, que también se hizo ese mismo año. Ambas publicaciones llevan el mismo pie de imprenta: «A Paris, Chez Sebastien Cramoisy, Imprimeur du Roy & de la Reine. Et Gabriel Cramoisy, ruë S. Jacques aux Cicognes»<sup>52</sup>; y 2) En 1971, en el tomo segundo de los *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana* de José del Rey Fajardo, Documento n.º 1, págs. 7-23.

<sup>50</sup> José del Rey Fajardo, S. J., *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I, pág. 299. Los estudios bibliográficos sobre la lingüística jesuítica venezolana atribuyen la autoría de un *Diccionario Galibi* que se publica en París en 1763 al padre Pelleprat. La obra lleva por título: *Dictionnaire Galibi, présenté sous deux formes: 1º Commençant par le mot françois; 2º par le mot Galibi*. Estaba este diccionario precedido de un «essai de grammaire» y lo firma con sus iniciales un no identificado autor: «Par M.D.L.V.» (José del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, pág. 436). Los padres Uriarte y Lecina señalan que esta obra ha sido elaborada sobre los trabajos impresos o manuscritos de Pelleprat (Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo I, pág. 300).

<sup>51</sup> Desconocemos si en la edición de la *Relation* a cargo del padre Montézón, del año 1879, se publicó el texto lingüístico de Pelleprat. Asimismo, en la tercera edición de esta obra, al cuidado de José del Rey Fajardo, publicada en Caracas, en 1965, por la Academia Nacional de la Historia, no se incluyó la *Introducción a la lengua de los indios galibis*. A partir de ahora, citaremos la obra del padre Pelleprat por esta tercera edición de 1965, colocando al final de la cita, entre paréntesis, el tomo y la página o páginas respectivas.

<sup>52</sup> El pie de imprenta de la primera edición de la *Relation*, aunque de hecho es el mismo, presenta algunas variantes de presentación: «A Paris, Chez Sebastien Cramoisy, & Gabriel Cramoisy, ruë S. Jacques, aux Cicognes».

El gálibi como se sabe es una lengua que pertenece al grupo de lenguas emparentadas y denominadas con el etnónimo *caribe*. Específicamente, el gálibi tuvo mucha fuerza en las antillas, cosa que ha motivado a los estudiosos de las clasificaciones lingüísticas a denominar *caribe antillano* a este subtronco del caribe.

Por otra parte, el trabajo de Pelleprat se asocia al de otros estudiosos de esta lengua que eran de origen francés. Recordemos aquí el importante *Dictionnaire Caraïbe-Française, mêlé de quantité de remarques historiques pour l'exclairissement de la langue* (1665), del Padre Raymond Breton, tan determinante para los estudiosos venezolanos de lenguas indígenas al final del siglo XIX.

Sin embargo, debe destacarse en relación con Pelleprat que su obra no es estrictamente lexicográfica, aunque el apartado lexicográfico sea el más meritorio. Efectivamente, la *Introducción a la lengua de los gálibi* está compuesta por dos secciones: una dedicada a la descripción gramatical, sin título expreso, y otra a la descripción léxica, citada más arriba.

## ARTE

La primera parte constituye lo que los antiguos autores denominaban un *Arte*. Está precedida por una pequeña nota en donde el misionero y filólogo expresa la motivación en la concepción de la obra y su finalidad: «Con este escrito complazco a varias personas de mi consideración que, con frecuencia me han preguntado acerca del idioma hablado por los salvajes, con quienes conviví en Tierra Firme de nuestra América: y del que deseaban tener algunas nociones. Creo que este pequeño trabajo no será inútil a aquellos que necesiten trasladarse a esas regiones, ya sea por razón de comercio o del cultivo de las tierras, ya sea para adquirir coronas en el cielo con la conversión de esos pueblos infieles» (II, 9).

El autor ofrece como introducción un cuerpo de principios gramaticales que observa en esta lengua caribe. Breve y esencial, ordena una visión de la morfología y la sintaxis del gálibi, con un nutrido respaldo de evidencias que el propio autor ha recogido en el sitio. Revisar, uno a uno, estos principios puede acercarnos, más allá de los intereses que el autor puso al elaborar el texto, al conocimiento de uno de los primeros estadios en la historia de la gramática en Venezuela.

Siguiendo un plan gramatical que se apoya en determinados principios racionales y lógicos, su propuesta da cabida, primero, a una nota de prosódica en conexión con una de carácter dialectológico. Un criterio previo

lleva a Pelleprat a hacer un señalamiento que apunta hacia la fragmentación lingüística de la región «gálibihablante», en las riberas del río Guarapiche (Maturín, actual estado Monagas). Observa que aún hablando la misma lengua usan palabras que se hacen diferentes de una región a otra. Su entendimiento dialectal sólo alcanza a justificar la diversidad por la vastedad territorial, argumento, por otra parte, no falto de razón, en cuenta de que la geografía física busca crear fronteras a la geografía lingüística de las lenguas: «Antes de entrar en el estudio de esta lengua, es preciso hacer notar, que, estos pueblos esparcidos en vastas extensiones, usan para expresarse términos que difieren de una región a otra y que no siempre son los mismos, aunque hablen la misma lengua» (II, 9).

Sobre esta consideración, asienta los vínculos entre la pronunciación gálibi y la francesa y los acuerdos que entre las dos lenguas pueden lograrse al coincidir en su carácter suave, carente de acentos rudos y de una pronunciación gutural: «a mi parecer, nuestros franceses podrán pronunciarla con facilidad, ya que es suave, sin acentos rudos ni pronunciación gutural» (II, 9). Hay que hacer notar que tanto en francés como en la generalidad de las lenguas caribes, el grueso de las palabras presentan acento agudo, quizá una de las vinculaciones apreciadas por el misionero de Burdeos.

Entra en materia y arma una morfología gálibi en función de las partes de la oración, no sin apuntar hacia una idea conectada con la gramática universal, tan querida por el cartesianismo lingüístico. Llama la atención, entonces, sobre el parecido entre las partes de la oración del gálibi con las de las lenguas conocidas: «Se compone de partes semejantes a las de los idiomas que conocemos» (II, 9). Se hace eco de la distinción en siete partes, en donde el adjetivo y la interjección han quedado sin rango independiente, y son consideradas, en especial la primera de ellas, como parte de otra categoría principal (= nombre): «tiene Verbos, Sustantivos, Pronombres, Conjunciones, Disyunciones, Preposiciones, Adverbios». Una categoría de rango difícil de establecer la constituyen las partículas: «y aun partículas con algún significado o usadas para añadir elegancia» (II, 9).

Cada una de las categorías gramaticales irá ocupando la atención de Pelleprat:

**Verbo:** «En general los Verbos sólo tienen una terminación para las tres personas: la característica de ésta viene a menudo señalada en la primera letra. La consonante S designa ordinariamente la primera persona; M la segunda y N la tercera» (II, 10).

**Nombre:** «Los nombres tampoco se declinan y no tienen distinción de números, ni casos. Los hay sustantivos y adjetivos. Ni unos ni otros varían de terminación sea cual fuere el régimen en que se emplean» (II, 10).

**Pronombre:** «Los pronombres personales son: Aou, yo; Amólo, tú; Móco o mócé, él; El interrogativo: Quién? Nóke, Anoke? Noké nirúnbouí? Quién murió? Anóke némoui malía? Quién robó el cuchillo?» (II, 11).

**Conjunción y Disyunción:** «He aquí un ejemplo de Conjunciones y otro de Disyunciones, Ouglían, Ouliánroba: los hombres y las mujeres también. Nei Kerémeci, nei malía: o una navaja o un cuchillo» (II, 11). Es interesante ver cómo se asigna a la disyunción una categoría independiente dentro de las partes de la oración y no se la entiende, como es tradicional, formando parte de una clase de conjunciones.

**Preposición:** «Las Preposiciones son numerosas». Las organiza por grupos de acuerdo a lo que significan y con un funcionamiento más posposicional que preposicional: 1) **al, en o dentro** (Ta, Táca): Hucioúta = al sol; 2) **para, contra, al o a los** (Boco): Téleke Jesús yáouamé boco = Jesús está disgustado contra los malos; 3) **en, a los, hacia, contra, de** (Bóna): Oússa oubáou bona = Voy hacia las Islas, a las Islas; 4) **con** (Máre, Ké: «Para expresar la preposición: con, usan Máre, o la partícula, Ké que agregan al final de la palabra»): Bibi máre = con la Madre; 5) **encima, por encima, de** (Toúpo): Cábou toúpo = Por encima de los cielos, sobre los cielos; 6) **debajo de** (Oubíno): Nónno oubíno = Debajo de la Luna; 7) **contra, hacia, de este lado** (Ouínno): Bálana ouínno = hacia el mar, del lado del mar (II, 11).

**Adverbio:** «En cuanto a los Adverbios, los hay de tiempo, de lugar, de cantidad, de modo, afirmativos, negativos, interrogativos, demostrativos y los que llaman congregativos». Procede, cartesianamente, a clasificarlos según los grupos anunciados: 1) **de tiempo:** Eromé (hoy, ahora), Acólopo (mañana), Coignáro (ayer), Monin coignáro (antier), Tonké (con frecuencia), Bináro y Binátomé (mucho tiempo), Colomónolo (pronto), Aíreté y Aliiré (dentro de poco), Amoúmeté (y Amouciaco, Amouoiconé, Amouiacoté, Amououiati) (otrora), Amouriáco (a veces), Amoúroba (todavía), Telaóné (con rapidez); 2) **de lugar:** Erobo (y Enebo, Arotólobo, Aki máto) (aquí), Oia y Né (donde), Tiché (lejos), Amoúco (en otra parte), Meia (allí); 3) **de cantidad:** Tapóuimé y Accoumoúrou (mucho), Ensíco (poco), Óttoro (cuánto?); 4) **de modo** («De modo hay varios. Cito sólo uno»): Ealipé (vigorosamente, con fuerza); 5) **de afirmación:** Téré (sí);

6) **de negación:** Oua (y ouáti, ouáné, ouátinan (no); 7) **de interrogación:** Ottónomé (por qué?); 8) **demostrativo:** Ené (he aquí); y 9) **congregativo:** Accónomé (de compañía o en compañía) (II, 11-12).

**Partículas:** «En cuanto a las Partículas que los Galibis agregan al final de las palabras, algunas se usan sólo para énfasis, otras para la elegancia». Evalúa el funcionamiento de ellas con ejemplos concretos, sobre la base de una clasificación en dos grupos principales: 1) **para dar énfasis:** «Iché, es un verbo que significa, Quiero, amo; para darle más énfasis dicen Ichéira»; 2) **para dar elegancia:** «Eroubáco mócé, significa, háblale a ese; para expresarlo con más elegancia le agregan dos sílabas, y lo enuncian así: Eroubáco mocéron». Muestra, además de estos dos grupos, otras partículas que se atienen, más que a aspectos estilísticos, a contenidos semánticos («Además de estas partículas, usan otras más que tienen significado»): 1) **Ké** (significa *con*): Bouítouke = con un botón; 2) **Bé** (significa *abundancia, plenitud*; «tomada por separado y fuera de la composición no tiene significado alguno»): Auto hueuébe = una casa llena de madera; 3) **Bóta** (significa *el fin de una cosa*): Amou cotobóta = a fin de que se haga otro, para hacer otro; 4) **Poto**<sup>53</sup> (significa *un tiempo futuro*): Mirounbouípoto = después de tu muerte?; 5) **Logón o Losin** (significa *solamente*): Oouínlogon = sólo uno; 6) **An o Man** (significa *interrogación*; «es de ordinario un signo de interrogación»): Oía nosan? = ¿dónde vas?, Ichéman? = quieres eso?; 7) **Pa** (significa *negación*; «agregada al final del verbo, significa con frecuencia una negación»): Ichépa = no quiero eso (II, 12).

El método ordenado por Pelleprat, como queda evidenciado, es más regular de lo que se observa a primera vista. Está respondiendo a una concepción de la gramática que, con el afán de encontrar los enclaves fundamentales para entender la universalidad de los fenómenos, va siempre en busca de sus significaciones lógicas. Asimismo, la descripción del gramático debe estar en comunión con este mismo principio.

La ordenación metódica cumple, finalmente, con otras exigencias descriptivas. Estas tienen que ver con diversos señalamientos, algunos de ellos misceláneos en respuesta a curiosidades que la propia naturaleza de la lengua de los gálibis le generan al descriptor. Parece, frecuentemente, gravitar en su sistema la comparación o contrastación, al menos, con el francés o con otras lenguas europeas. Gravita, también, una inmotivada lec-

<sup>53</sup> Aunque la primera mención de ella presenta la ortografía **Poso**, los ejemplos la consignan como **Poto**. Creo, por tanto, que se trata de una errata de transcripción.

tura etnocéntrica de los fenómenos: «Este idioma tergiversa también otras cuatro letras de nuestro alfabeto y de cuatro letras hace dos al pronunciar la L como la R, y la R como la L. También la B como la P y la P como la B» (II, 13). Aunque sería atrevido tratar de ver en estas observaciones principios que la ciencia del lenguaje alcanzaría siglos después, no deja de llamar la atención sobre la rotación consonántica de las oclusivas, en cuanto a los rasgos de sonoridad y sordez, a la que apunta el comentario de Pelleprat y los frecuentes intercambios entre consonantes líquidas.

Hace algunas referencias a la variedad del género de los nombres y a su distinción de acuerdo al uso morfológico de la *e*: «Se usan tres clases de E, una para el Masculino, otra para el Femenino, y una tercera para lo que llamamos Neutro, que tiene algo de las dos anteriores y no obstante difiere de ambas» (II, 12).

Pasa al tema de la abundancia de palabras formadas por composición, como procedimiento habitual de creación léxica y, además, marca el uso de la elipsis silábica: «La Elisión de sílabas, y las palabras compuestas son muy común entre los Galibis, Ibíppo, significa la piel, y Amou, quiere decir otro: de estas dos palabras hacen una, diciendo, Amoubíppo, otra piel, otra corteza. De eso dí un claro ejemplo en el Relato<sup>54</sup>, cuando dije que los sombreros de paja que usan para bailar se llaman Apomalíri, nombre compuesto de Appóllire, que significa pluma, y de Toumalíri, que significa gorro» (II, 13).

Finalmente, la sección gramatical de la *Introducción* de Pelleprat aborda tres temas de notable interés para la comprensión sobre el aspecto creador del uso del lenguaje. Serían, en el orden de presentación, el préstamo lingüístico, el lenguaje metafórico y la comunicación gestual.

Cuando estudia y ejemplifica la situación de préstamo lingüístico de muchas voces de procedencia europea (especialmente relativas a realidades no americanas), acentuando la capacidad de creación verbal a partir de la onomatopeya, nos encontramos transitando uno de los episodios más sugestivos y deliciosos de la descripción, en donde ya se pueden apreciar algunos rasgos del humanismo lingüístico del autor, para quien la lengua no es solo facultad comunicativa, sino, sobretodo, posibilidad ingeniosa de creación del mundo por medio de palabras:

Han inventado también algunas palabras para expresar lo que ha llegado de Europa y que no había en su país, como reses, caballos y otros ani-

<sup>54</sup> Es interesante hacer notar cómo en la concepción de Pelleprat, el texto lingüístico de la *Introducción* está en armonía con el texto histórico del *Relato*, lo complementa y se complementan.

males traídos por los Españoles y varias otras cosas que nos ven usar. Emplean los nombres que les dan los Europeos con muy pocos cambios; o forman nuevas palabras según el ruido o el sonido que esas cosas hacen: así llaman Vacca, a los Toros y Terneras; Cabaió o Caválle, los caballos: Sombrero, los sombreros; cámicla, las camisas, así también todos los trajes que usamos; y Carta, papel, o un libro. Igualmente llaman Tintin, un martillo, a causa del ruido que hace: Ikirilicátopo, una polea: y Corótoco, un gallo o una gallina. En cuanto a los animales y a los pájaros sólo tienen una palabra para significar el macho o la hembra, pero los diferencian cuando es necesario agregando la palabra Oukéli, macho y Ouóri, que significa hembra. Vacca Oukéli, es un Toro, y Váccla Ouóri es una vaca: lo mismo hacen cuando hablan de otros animales. Para distinguir a los pequeños de sus padres, agregan, Magon, y dicen Corotocómagon, para significar un pollo; Mallómagon, un pollino; y Cabaiómagon, un potro (II, 13).

Aún más acentuado los rasgos de creación lingüística, al prestar atención al universo de las metáforas en el lenguaje. Aborda, gracias a ella, espacios destinados a la poética verbal, en una síntesis entre gramática y poesía. Sin embargo, hay que aceptar que para Pelleprat parecen estos rasgos desestimar los valores de la lengua referencial: «Por último, aunque los Galibis poseen una lengua muy abundante y rica, reemplazan con frecuencia los términos propios por metáforas. Dicen Ourába niroúnboui, mi arco murió, en vez de Ourába anéyamairáo, mi arco se rompió. Niroúnboulé Noúno, la muerte de la Luna, para decir un eclipse de luna» (II, 13).

Después de hacer algunas observaciones sobre cambios tonales con valor significativo en la conversación, y antes de dar paso a la sección lexicográfica, finaliza con una explicación sobre los numerales y sus formas, tópico de remarcado interés etnolingüístico por el aporte de caracteres clasificatorios para las culturas:

También se expresan por gestos cuando conversan, aunque no son ni sordos ni mudos: especialmente lo hacen para indicar números; si bien tienen algunas palabras para designarlos, como Oóuin, uno: Oóuin coman, uno solo; Occo, dos; Otoa, tres; Occobái memé, cuatro: Atonéigné, cinco; no obstante, de ordinario, los señalan con los dedos: cuando sobrepasan el número de los dedos de manos y pies, utilizan un puñado de cabello mayor o menor según sea mayor o menor el número que quieren expresar: si el número es muy grande señalan toda la cabellera y si a esto agregan las cabelleras de los que los escuchan pretenden indicar un número que participa del infinito (II, 14).

## VOCABULARIO

La sección lexicográfica va precedida, a su vez, por una nota de enlace en la que se dice que esta sección deberá ser entendida como complemento de la primera y como avance de una descripción más completa que se podrá encontrar en el diccionario, del que lamentablemente no tenemos hoy conocimiento: «Estas consideraciones bastan para el fin que me he propuesto: agrego solamente las palabras más necesarias, y más comunes en la conversación; remito las otras al Diccionario que dejé en mi país y el que espero perfeccionar a mi regreso» (II, 14).

El vocabulario<sup>55</sup> de Pelleprat ha sido definido como un repertorio bilingüe francés-gálibi, unidireccional en función del francés como lengua de partida y, por esto, destinado a hablantes de francés<sup>56</sup>.

La descripción macroestructural del texto lexicográfico de Pelleprat supone destacar la clasificación por campos léxico-semánticos que el texto posibilita. De esta manera, el corpus aparece organizado por campos. Las 292 unidades, tanto univerbales como pluriverbales, se distribuyen en veintiún campos, veinte de los cuales llevan títulos específicos:

### **Campo N.º 1: Sin título**

El cielo; El sol; La luna; El resto de la luna, es decir el cuarto menguante; Luna llena; Las estrellas; Las nubes; La claridad del día; El viento.

### **Campo N.º 2: Los elementos**

El fuego; Una brasa; Ceniza; El aire; El agua; El mar; Un río; La tierra; El pantano; Pantanoso; Agua pantanosa; Agua que no se agota ni se derrama.

### **Campo N.º 3: Los metales**

El oro; La plata; El bronce, el cobre o latón; El estaño; El plomo; El hierro.

### **Campo N.º 4: Los miembros de una familia**

El padre; El capitán; La madre.

<sup>55</sup> Llamaremos a la sección lexicográfica de la *Introducción a la lengua gálibi*, a partir de ahora, «Vocabulario».

<sup>56</sup> Francisco Javier Pérez, «Técnica lexicográfica antigua en el Vocabulario Acha-gua de Neira y Rivero», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 15 (1996), pág. 621. A nuestros efectos, el funcionamiento del texto bilingüe, más que francés-gálibi, resulta español-gálibi, ante la imposibilidad de revisar la edición príncipe de la obra.

**Campo N.º 5: Los miembros o partes del cuerpo humano**

La cabeza; El ojo, o los ojos; La nariz; Las manos; Una bofetada, golpe de mano sobre la mejilla; El brazo; El pie, o los pies; Un puntapié; La espalda; La sangre; La piel; Los pezones o mamas; Los dientes; Un dedo, o varios; Los hombros<sup>57</sup>; La lengua; Las mujeres; Los cabellos; La barba; Un cuerpo muerto.

**Campo N.º 6: Pájaros, peces, animales**

Los pájaros; Un halcón macho; Una paloma torcaz; Los occo, que son pájaros grandes; Las gallinas; Un faisán; Los peces; La raya; Los cocodrilos; Los animales de tierra; Los ciervos; Los tigres; Los jabalíes del país; Una ardilla; Una rata; Un gato; Toro o vaca; Caballo; Un burro; Una oveja; Cerdo de Francia; Perro; Oulána, especie de liebre; Agutí, especie de Conejo.

**Campo N.º 7: Los insectos y las serpientes**

Una serpiente; Un escorpión, así como la constelación que llamamos de ese nombre; Dípteros, o Cínifes; Los mosquitos; Las niguas; Las hormigas.

**Campo N.º 8: Los muebles de una choza**

La choza; La cubierta de una choza (como quien dice la piel de una choza); El bohío; Sus mesitas; Un asiento; Tú asiento; Una olla o vasija de tierra; La trípode para colgar la olla sobre el fuego; Una banasta al estilo de ellos; Una cama; Un; Vajilla de barro; Una calabaza; Un plato; Una cuchara; Un fuelle; Un cofre; Una lámpara; Una plancha.

**Campo N.º 9: Artículos necesarios a los salvajes**

Un hacha; Un podón; Un cuchillo romo; Un cuchillo corriente; Una navaja de afeitar; Lanceta de los salvajes; Agujas; Alfileres; Anzuelos; Clavos; Un martillo; Canutillo; Un pito.

**Campo N.º 10: Embarcaciones para navegar**

Un navío; Una barca, o bote; Una piragua, especie de barca estrecha que usan ellos; Una canoa; Una polea; Una cuerda; Un remo.

**Campo N.º 11: Las armas**

Un arco; Una flecha; Un mazo de madera, que usan en la guerra; Una espada; Una Partesana, o alabarda; Un cañón; Un mosquete o fusil; Una bala de

<sup>57</sup> En la edición de 1971, única que hemos podido revisar, en lugar de *hombros* se lee la obvia errata *hombres*.

un mosquete; Pólvara de cañón; Guerra; Los enemigos; Enemigos que hay que destruir; Un bastión; Un látigo.

**Campo N.º 12: Frutos**

Una flor; La semilla; Higos del país; Mijo de la India; Las patatas; El algodón y el arbusto que lo produce.

**Campo N.º 13: Dolor, enfermedad**

Dolor; Estoy enfermo; Me duele la cabeza; Roncha; Escrófula; Fiebre; Enfermedad cutánea, especie de viruela; Apócima; Un emplasto; Enfermo.

**Campo N.º 14: Colores**

Rubio, o rojizo; Rojo; Blanco; Negro.

**Campo N.º 15: Trajes**

Toda clase de trajes, y en particular una camisa; El delantalcito con el cual se cubren; Un sombrero; Gorro o solideo; Sombrero de paja para bailar; Franja.

**Campo N.º 16: Sus cumplimientos**

Viniste (éste es su saludo cuando alguien llega); Sí, vine (que es el saludo recíproco); Me voy (al despedirse, terminada la visita).

**Campo N.º 17: Víveres**

El pan o cassave; Ouicou (bebida); Vino; Algunos llaman al vino o al aguardiente; Leche; Huevos; ¿Qué tienes que comer?

**Campo N.º 18: Palabras que significan alguna cualidad**

Joven; Viejo (como quien dice un hombre que existe desde hace mucho tiempo); Mentiroso; Que no es mentiroso; Bueno o bello; Bromista; Feo; Pedante.

**Campo N.º 19: Los espíritus**

Los espíritus; Dios; El capitán de todos los hombres y de todos los ángeles; Un hombre que tiene espíritu; Un hombre que no lo tiene; Los ángeles o espíritus servidores; Los diablos; El alma del hombre.

**Campo N.º 20: Algunas palabras que no han podido ser catalogadas bajo ningún título**

Otro; Ponga mi cama en otra parte; Alguien; Ninguno; Grande; Pequeño; Imagen, o cuadro; Una esponja; Malo home; La empuñadura de alguna

cosa o el lugar por donde se agarra; Un cuerno; Que no está seco; Una vela; Sueño; Camino; Camino por tierra; Una vara; Lluvia, e invierno; Precipicio escarpado; Compañeros; De compañía; Yuca rallada; Mazamorra de yuca; El resto; El precio de alguna cosa; El idioma de un país; Espuma; Espuma de lo que hierve.

**Campo N.º 21: Algunos verbos y maneras de hablar bastante comunes**  
 Dáme; Dáme anzuelos; Hablar; Vamos a rezar a Dios; Háblale a ese; No oigo; Tú no oyes; Hirió; Fue detrás; Comeremos; Yo no como; Qué?; Qué quieres tú?; Cuánto quieres por eso?; Por no haberlo comprado; Lo que pertenece a alguien; De quién es eso?; Quién eres tú?; Quién es?; Nombre; Cuál es el nombre de eso?; Tengo navajas; Los pájaros no han tenido cría; En casa de aquél; Vamos; Vamos, por temor de que venga la lluvia; Que yo vea; Ve; Vete; Haz el camino a pie; Amarrado; Toma; Agarra fuertemente; Es su costumbre; Ven; Yo escribo; Yo no escribo; El envía; Está hecho; La vela no gotea; No esperes; Tu pie está hinchado; Fue a buscar agua; Fue a buscar madera; No lo creyeron; Esto es; El cogió; No cogí; No lo cojas; Los que cogen; Lleva; Que no está quemado; Casabe que no está quemado; El sol está tan caliente que deja sin resuello a la gente; No beberé; Da de beber; Doy de beber; No derramo; No tengo sed; Hasta que haya encontrado otro; De uno y otro lado del camino; ¿Es otro?; Tu arco no tiene bien; No lo toques; No soy<sup>58</sup> hábil o conveniente; Somos de la misma edad; No fue allí; No siembro; No he hecho; Que no está hecho; No había dormido porque era de día; ¿Te conviene?; Que sea mi animal o mi pájaro; Morirá; Murió; Me voy; Así, de este modo; En forma de cruz; Estoy cansado.

Este rico corpus léxico que agota los vocablos y expresiones «más necesarios» de la conversación, supone, en otro orden de análisis, un tratamiento metalexiconográfico que lo evalúe en sus aciertos descriptivos y que destaque, por nimios que sean, los valores técnicos que pone en funcionamiento, por inadvertidos que estos sean.

La macroestructura de este texto se hace eco de algunas peculiaridades de elaboración propias de este momento, a la luz de hoy, un tanto asimiladas al concepto de irregularidad. Es decir, se percibe en el repertorio una aplicación variable que luce contraria a los criterios modernos de absoluta regularidad de aplicación de las normas descriptivas en los diccionarios. Sería, la más aguda, la falta de un criterio de ordenación alfabética

<sup>58</sup> *Hoy*, errata en la edición de 1971.

de las voces de la lengua de partida (= francés, en algunos casos un tanto permeado por el español). Quizá, una justificación, haya que buscarla en que el criterio de ordenación del corpus ha sido temático y no alfabético, aunque hubiera podido alfabetizarse internamente cada una de las secciones temáticas.

Su condición de texto temprano en la historia de la lexicografía venezolana es también razón para entender la carencia de algunos elementos técnicos en la estructura general del vocabulario. No se utiliza un sistema de remisiones, ni siquiera se la concibe. Asimismo, no existe empleo de abreviaturas. Todo ello, dentro de un marco descriptivo escueto y muy esencial de las voces, que son tratadas fundamentalmente en sus equivalencias. También, aunque es común en los trabajos de este tiempo, no se intenta sino ensayar el texto bidireccional, es decir, pensar la descripción por equivalencia a partir de la lengua indígena. Hay que señalar, aquí, la condición de agrafía de las culturas indígenas con las que estos autores se enfrentaron y formular la pregunta que excusa esta carencia: ¿para quiénes se hubiera elaborado bidireccionalmente, cuando lo que se buscaba era dotar a los misioneros de herramientas decodificadoras de las lenguas que desconocían? Aunque la pregunta sugiere su propia respuesta, habría que señalar que se pensó, muy lamentablemente, en un pequeño plazo en el desarrollo de la didáctica bilingüe en el contacto interlingüístico.

Como texto lexicográfico bilingüe, cuyo tratamiento básico es siempre el sistema de equivalencias empleado, se impone, para el trabajo de Pelleprat, una revisión de la tipología de procedimientos de equivalencia que ensaya:

**Tipo 1:** A un lema simple (univerbal o pluriverbal) en la columna A (francés o la traducción española), correspondiente a la lengua de partida, le corresponde un equivalente en la columna B (gálibi), correspondiente a la lengua de llegada:

El agua                      *Toúna*

**Tipo 2:** A un lema simple en la columna A le corresponde un equivalente compuesto (dos o más equivalencias, separadas por signos de puntuación o unidas por una conjunción) en la columna B:

Las manos                      *Eigna, Eignaté*  
La sangre                        *Moínou y Moinouúrou*

**Tipo 3:** A un lema simple en la columna A le corresponde un equivalente compuesto (una equivalencia + otra acepción o sinónimo) en la columna B:

Una cuchara      *Toúpo (esta palabra significa también: encima)*

**Tipo 4:** A un lema simple en la columna A le corresponde un equivalente compuesto (dos o más equivalencias + otra acepción o sinónimo) en la columna B:

Una rata      *Ratoni y Toúli (éste último significa también una lámpara)*

**Tipo 5:** A un lema compuesto (lema univerbal o pluriverbal + heterónimo, o lema disyuntivo) en la columna A le corresponde un equivalente simple (una sola equivalencia) en la columna B:

Rubio, o rojizo      *Tauíre*

**Tipo 6:** A un lema compuesto (lema univerbal o pluriverbal + explicación lemática) en la columna A le corresponde un equivalente simple en la columna B:

Una piragua, especie de  
barca estrecha que usan ellos      *Cánaoua*

**Tipo 7:** A un lema compuesto (lema univerbal o pluriverbal + explicación lemática) en la columna A le corresponde un equivalente compuesto (dos o más equivalencias) en la columna B:

El resto de la Luna, es  
decir el cuarto menguante      *Nouno acosímbora, o acosímbata*

Hay que hacer notar, además, como un logro de técnica lexicográfica antigua, la presencia de un intento de establecer nexos macroestructurales y de asumirlos como formando parte de un sistema de descripción. Aunque estos términos pueden resultar ampulosos en su aplicación a textos lexicográficos que suelen verse como previos a la actividad científica, resultan, contrariamente, pormenores ilustrativos de las condiciones en que se originó y desarrolló paulatinamente la actividad diccionariológica en nuestra historia lingüística. Concretamente, aquí, lucen así las vinculaciones de unas voces con otras, de unos artículos con otros, de unas signifi-

caciones con otras, y la búsqueda de fórmulas que las faciliten. Sin que se establezca un sistema de remisiones, puede verse cómo se entrecruzan los intentos explicativos. Una interesante evidencia está operándose entre los artículos «Una rata» y «Una lámpara» en función de la forma gálibi *Toúli*. La implicación entre los artículos se cumple desde el momento en que en el artículo «Una rata» se consigna la equivalencia gálibi y, entre paréntesis, se recurre a la remisión expresa al artículo «Una lámpara»: «Ratoni y Toúli (este último significa también una lámpara)». Siguiendo el mismo procedimiento, el artículo «Una lámpara» señala y envía al artículo hermano al consignar la cita en la definición: «Toúli (significa también una rata)» (II, 16 y 17).

La lectura metalexiconográfica del texto de Pelleprat abre, además, un último asunto relativo a las documentaciones léxicas sobre voces venezolanas y americanas, venezolanismos y americanismos que el texto ya asume formando parte del saldo del español americano. El conjunto es no solo una confirmación histórica de la actividad de estos vocablos, sino manifestación representativa de la incorporación tempranísima de indigenismos en el español a ambos lados del Atlántico. Una lista con estas voces, también, no deja de fascinar por la cuota de fundación lingüística que establece. Sin duda, el autor las ha consignado desprevenidamente y esto, más bien, realza la significación de la recolección. Encontramos estas voces americanas, pues, en ambas columnas del texto bilingüe:

Agutí, especie de Conejo	<i>Accouli o Acoulítocon</i>
Las <b>niguas</b>	<i>Chico</i>
Una olla o vasija de tierra	<i>Toúma</i> <sup>59</sup>
Una <b>piragua</b> , especie de barca estrecha que usan ellos	<i>Cánaoua</i> <sup>60</sup>
Una <b>canoas</b>	<i>Collíara</i> (También dan este nombre a la Constelación El Carro)
El pan o <b>cassave</b>	<i>Méiou o Eréba</i> <sup>61</sup>
<b>Yuca</b> rallada	<i>Cassiríppo</i>
Mazamorra de <b>yuca</b>	<i>Cassíri</i> <sup>62</sup>

<sup>59</sup> La asociación con la voz *totuma*, general en el español venezolano, parece bastante explicable. Tradicionalmente se han hecho con la corteza desecada de este fruto recipientes rudimentarios utilizados para usos culinarios.

<sup>60</sup> *Canoa*.

<sup>61</sup> *Arepa*.

<sup>62</sup> *Cachiri*.

Al tanto de la necesidad de registrar y dar fe del uso de este haber léxico americano, que aquí solo es un pequeño muestrario, Pelleprat, en su célebre *Relato de las Misiones* (1655), incorpora en su relato histórico un caudal léxico americano más amplio. Hay que identificarlo, en especial, en la segunda parte de su obra. El asombro ante la naturaleza multiforme es, también, un asombro ante los nombres que dan cuenta de la flora exuberante y de la rareza de la fauna. Para ambos universos, naturaleza americana y lenguaje americano, Pelleprat levanta un testimonio de fascinación y de inmensidad: «Sería necesario levantar un anfiteatro mucho mayor que los de los antiguos romanos para exponer esta innumerable multitud de especies de animales, desconocidas en Europa»<sup>63</sup>.

## CARTESIANO Y HUMANISTA

La personalidad intelectual del padre Pelleprat nos acerca a un modo de hacer lingüística que se orienta, por una parte, al seguimiento de principios gramaticales que, en alguna medida, tienen explicación en lo que modernamente se ha dado en llamar lingüística cartesiana y que, más allá de las implicaciones de esta denominación, significa un modo de describir la lengua de acuerdo a categorías razonadas (= lógicas) que permiten sostener la universalidad de los fundamentos de cualquier gramática. Dando un primer paso en la idea de los universales lingüísticos, el cartesianismo lingüístico entiende la particularidad de la gramática de una lengua como evidencia de la universalidad de los principios. Asimismo, la comparación lingüística, aún no consolidada como método de trabajo, se invoca para fortalecer la misma idea de una gramática general que sirva para explicar, no solo los funcionamientos concretos de una lengua, sino los pilares sobre los que descansan la generalidad de las lenguas.

En este sentido, el trabajo de Pelleprat es, como ha quedado claro, un intento inicial por establecer los funcionamientos gramaticales del gálibi teniendo, aunque no siempre sea expreso o expresable con claridad, como modelo la gramática cartesiana<sup>64</sup> cumpliendo, al menos, dos de sus esque-

<sup>63</sup> Pierre Pelleprat, *Relato de las Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las Islas y en Tierra Firme de América Meridional*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, pág. 66. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 77). A partir de ahora, citaremos esta obra colocando entre paréntesis, solo la página o páginas correspondientes a la cita en cuestión.

<sup>64</sup> Francisco Javier Pérez, «El lingüista cartesiano Pierre Pelleprat», en Allan R. Brewer-Carías, Alberto Baumeister Toledo y Pedro Nikken (coordinadores), *Libro*

mas descriptivos: comprensión de la gramática como ordenación lógica del universo y absoluta confianza en el aspecto creador del uso del lenguaje en general. La función estelar del lenguaje se cumple desde el momento en que no solo la entiendo como mecanismo comunicativo, sino como vehículo para alcanzar el pensamiento de una comunidad de hablantes<sup>65</sup>.

Lamentablemente, no contamos con refuerzos documentales, biográficos o históricos, que nos permitan ahondar más en la semilla cartesiana del pensamiento de Pelleprat, quien, como sí se sabe muy bien, recibió del padre Denis Mesland (1615-1672), amigo personal del filósofo René Descartes, una guiatura muy sólida en sus tareas misionales, desde la Martinica hasta el Guarapiche. De alguna manera, hay que pensar que la aproximación testimonial, histórica y lingüística que hace Pelleprat está signada por la presencia del cartesiano Mesland<sup>66</sup>, a quien también se le debe una de las primeras gramáticas, si no la primera, del gálibi: *Apuntes para la lengua gálibi*, texto actualmente perdido<sup>67</sup>. Pelleprat dejará testimonio sobre el interés lingüístico de Mesland, que, en otra consideración, parece

*homenaje al P. José del Rey Fajardo S. J.*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 2005, tomo II, págs. 1.305-1.319.

<sup>65</sup> «El problema planteado por el aspecto creador del uso del lenguaje, por el hecho de que el lenguaje humano, al estar libre del control de identificables estímulos externos o estados fisiológicos internos, puede servir como instrumento general del pensamiento y de la autoexpresión más bien que como un simple recurso comunicativo para información, petición u orden.» (Noam Chomsky, *Lingüística cartesiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1978, pág. 34).

<sup>66</sup> José del Rey Fajardo, «Descartes, Venezuela y Denis Mesland», en *Sic*, Caracas, n.º 260 (1963), págs. 473-475.

<sup>67</sup> Mesland fue autor de otras obras lingüísticas, de las que tenemos registro histórico o documental. El padre Pedro de Mercado, en su *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, hace referencias a dos trabajos gramaticales de Mesland: *Arte y Vocabulario de la lengua de los indios de la Guayana, con algunas pláticas y canciones piadosa de ella* y *Arte y Vocabulario de la lengua guahiva y chiricoa*. Asimismo, el Archivo Inédito Uriarte-Lecina conserva de Mesland, como para tantos otros autores de la Compañía de Jesús, las *Apuntaciones para formar Arte y Vocabulario de la lengua caquetá [caquetía]*. En terreno filosófico y personal, Mesland ordenó un *Comentario a las 'Meditaciones' de Descartes* y participó con el filósofo en intercambios intelectuales que consolidaron su inestimable *Epistolario con René Descartes*. Sobre la participación venezolana de Mesland, tienen que revisarse, naturalmente, los trabajos del padre José del Rey Fajardo, principal estudioso de la historia intelectual y lingüística de la Compañía de Jesús en Venezuela («Denis Mesland, ¿introducción del cartesianismo en América?», en *Latinoamérica*, México, n.º 10 [1958], págs. 102-104. *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo I, págs. 196-197. *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial, ob. cit.*, págs. 362-

referirse, casi, a su propio trabajo de estudio cartesiano de la lengua: «Para esto se aplicó con gran esmero a aprender su lengua; así lo hizo también un muchacho francés, que había llevado consigo. El estudio de esta lengua fue su principal ocupación durante varios meses. El Padre trataba de reducirla a preceptos a base de continuas reflexiones; el muchacho se contentaba con anotar la manera ordinaria de hablar de los Salvajes, para servirse de ello cuando hiciera falta; después discutían juntos lo que habían aprendido en sus conversaciones con los indígenas» (48). También, aquí, están refiriéndose las bases de un trabajo de campo que sería muy recurrido posteriormente por otros autores.

Ahondando en este modo de investigación lingüística, Pelleprat seguirá las huellas de su amigo, maestro y predecesor misional en el Guarapiche. Deja expresa constancia de su procedimiento para aprender la lengua, método de campo y vocación lingüística singular. De la mano de la casualidad, Pelleprat sin Mesland, enfermo y acompañado solo por un indígena, se empeña en aprender gálibi y en dedicar todo su tiempo a estudiar la lengua con metas descriptivas claras y continuadoras del patrimonio lingüístico de Mesland, que indirectamente conocemos por la obra de Pelleprat:

Poco tiempo después de la partida del Padre Mesland, envié un muchacho francés a las Islas para hacer saber a nuestros Padres el estado de la Misión de Guarapiche, y los proyectos de la que el Padre Mesland había ido a fundar. Esto hizo que me quedara solo con un joven de 16 años, sin poder hablar ni encontrar ningún intérprete para hacerme comprender de los Salvajes Gálibis, entre los que yo vivía. Dios me preparó una ocasión favorable para aprender su lengua, dándome una hinchazón tremenda en las piernas y en los pies y obligándome a permanecer en el pueblo donde estaba e impidiéndome ir a las naciones confederadas vecinas. Retenido en casa de esta forma, empleaba en este estudio todos los días, varias horas; y aunque a veces me distraían los Salvajes con quienes vivía u otros venidos de lejos para verme, sin embargo no me eran completamente inútiles estas distracciones, ya que con sus conversacio-

365. «Introducción al estudio de la historia de las misiones jesuíticas en la Orinoquia», en *Misiones Jesuíticas en la Orinoquia*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo 1, págs. 544-547. «Precisiones biográficas venezolanas en torno al jesuita cartesiano Denis Mesland (1615-1672)», en *Montalbán*, Caracas, n.º 26 [1993], págs. 13-33. *Denis Mesland. Amigo de Descartes y maestro javeriano, 1615-1672*, Bogotá/ San Cristóbal, Pontificia Universidad Javeriana/ Universidad Católica del Táchira, 2002 [En coautoría con Germán Marquínez Argote]. Traducción de los textos franceses: Vicente Albéniz Laclaustra).

nes aprendía algunas palabras de su lengua. Como por la noche me quedaba solo en el pueblo, con el muchacho francés que me servía de compañero, ya que los Salvajes se retiraban a los bosques, a sus cabañas de descanso, pasaba una buena parte de la misma para poner en orden mis notas, hacer un diccionario para mi uso particular y para los Padres que serían enviados a convertir a los Salvajes. Las memorias del Padre Mesland, me sirvieron mucho para esto (82).

Esta vocación tan comprometida por el estudio del lenguaje produce una reflexión de teoría lexicográfica que estima, cosa que su misma obra no puede del todo lograr, el valor decodificador y encodificador del diccionario. Testimonia que ha confeccionado uno para «aprender a hablar» y otro «para entender», en donde los dos procesos parecen cumplirse cabalmente: «Esta lengua es tan abundante y tan rica en vocabulario, que he visto algunas veces veinticuatro palabras para significar la misma cosa; esto me obligó a hacer dos diccionarios: uno en el que ponía solamente una palabra para expresar una cosa, y que era suficiente para aprender a hablar; otro que era necesario para entender, ya que en él se encontraban todos los términos que tienen la misma significación» (82).

Pero, será su conocimiento sobre el funcionamiento dialectal del gálibi el que le induce a reflexionar, sin tener por qué estar al tanto de los problemas clasificatorios de las lenguas caribes venezolanas, sobre las posibilidades de entenderse hablando gálibi con indígenas de otras regiones en el dilatado enclave de las lenguas caribes. Aquí, también, está asentándose un tono cercano al cartesianismo al sostener el valor universal del gálibi, matriz tal vez, en el concierto de estas lenguas. La referencia a la fragmentación europea del latín es también una alusión muy notable: «Mi gran deseo de aprender esta lengua se acrecentaba todavía más porque la consideraba casi tan universal y corriente en Tierra firme, como la latina en Europa» (82). Encuentra, curiosamente, tropiezos con los cumanagotos: «Entre tantas naciones diferentes fueron los Cumanagotos, los únicos que no me entendieron; todos los demás, los Paria, los Arotés, los Cores, los Chaimagotos, los Caribes, venidos desde las Islas a visitar a sus amigos, me comprendían perfectamente todo lo que les quería decir» (82-83).

El inmenso deseo lingüístico de Pelleprat, sumado a su vocación misional y catequística, motivan que su cartesianismo de estudioso ceda el paso a un humanismo intelectual y que, en suma, consolide una propuesta de una lingüística humanística. Esta debe describir y analizar la lengua desde la visión de la lógica científica para comprender las raíces lógicas del pensamiento lingüístico y su funcionamiento en una lengua particular. Pero,

sobre todo, la fuerza que rige este proyecto de estudio no es otra que la de un sentido humanístico y humano de la lengua, es decir, residenciado en una formación privilegiada de la comprensión clásica de la lengua y, al unísono, en una formación misional cristiana de crecimiento del hombre por vía de la fe. En Pelleprat, como en muchos filólogos misioneros posteriores, será esta dualidad un solo cuerpo de motivación y comprensión de la lengua y su estudio.

Le oímos decir al comienzo de su estudio: «Creo que este pequeño trabajo no será inútil a aquellos que necesiten trasladarse a esas regiones, ya sea por razón de comercio o del cultivo de las tierras, ya sea para adquirir coronas en el cielo con la conversión de esos pueblos infieles» (II, 9). Así, pues, la elaboración de la *Introducción a la lengua de los gálibis*, de este humanista y cartesiano misionero Pierre Pelleprat, hombre de estudio y hombre de fe, autor del «primer documento filológico que conoció la luz pública dentro del acervo bibliográfico producido por la Compañía de Jesús en Venezuela»<sup>68</sup>, tuvo como impulso la fuerza de quien aspiraba a adquirir coronas en el cielo al convertir a los pueblos caribes al cristianismo. La comprensión del valor de lo sagrado depositado en el conocimiento de la lengua es, aquí, muy notoria. La lingüística venidera no haría sino confirmar el impulso de Pelleprat.

<sup>68</sup> Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo I, pág. 298.

# José Gumilla o la narrativa del laberinto filológico (1741)

## ESTUDIAR AL FILÓLOGO

En la *Relación de la entrada a las Naciones Betoyes y su cristianización*, escrita por el jesuita Mateo Mimbela<sup>69</sup>, en 1725, encontramos una imagen más que elocuente y claramente reveladora de la vocación del padre Joseph Gumilla por el estudio de las lenguas, a muy poco tiempo de haber llegado a las misiones llaneras, y del empeño que acusa su dedicación por el trabajo lingüístico. Oigamos al padre Mimbela, luego de recordar el capital beneficio que el conocimiento de las lenguas reportaba a la tarea misionera y la honra que significaba para los indígenas ver a los españoles expresarse en sus propios idiomas (la estrategia y el amor en una sola empresa): «Todo lo consiguió el ingenio, la industria, y el cuidado de el Padre Joseph, perfeccionándose tanto en el lenguaje que en brebe pudo predicarles y enseñarles haciendo Bocabulario, y algunas otras importantes para su inteligencia»<sup>70</sup>.

Cuando en su *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, del año 1736, el padre Juan Rivero quiere resaltar los progresos de la reducción de los betoyes, nos deja una preciosa referencia sobre el don de lenguas de Gumilla y sobre la dedicación y entrega a su estudio que acompañaron esas dotes:

<sup>69</sup> Su brillante hoja de servicios apostólicos y de mando dentro de la Compañía de Jesús lo hizo ocupar muchos e importantes cargos. Destaca el último de ellos, su actuación como rector de la Universidad Javeriana, en Bogotá, entre 1734 y 1736. Escribió sobre filosofía, teología y astronomía (cf. José Del Rey Fajardo, S. J. *Bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1974, págs. 368-372; 2.<sup>a</sup> edición, San Cristóbal/Santafé de Bogotá, 1995, págs. 403-408. *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2006, págs. 466-472. *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, Caracas-Bogotá, Universidad Católica Andrés Bello/Pontificia Universidad Javeriana, 2006, tomo II, págs. 342-348. *Historiografía jesuítica en la Venezuela colonial*, Caracas, abediciones/Universidad Católica Andrés Bello, 2018, págs. 272-284).

<sup>70</sup> Mimbela en José Gumilla. *Escritos varios*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1970, pág. 211. Estudio preliminar y compilación: José del Rey Fajardo.

Por estos medios, y principalmente con las pláticas frecuentes que el Padre les hace en su propia lengua, a la cual se aplicó con eficacia sacando vocabulario y arte, traduciendo en ella el catecismo, van abriendo los ojos a la verdad estas gentes para conocer a Dios y buscarle, como lo da a entender la frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión<sup>71</sup>.

El padre Joseph Cassani, en su *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, de 1741, al presentar la llegada de Gumilla a los llanos y al referir la fundación del pueblo de San Ignacio de Betoyes, su obra misional más querida y en donde terminará sus días el 16 de julio de 1750, resaltarán una y otra vez el saber lingüístico del padre y su inquebrantable inteligencia y tino para el estudio de las lenguas. Aprende Gumilla la lengua de un misionero antiguo, para luego hacerse dueño y maestro en la lengua betoy. El ilustrativo pasaje merece citarse, pues da fe del origen, destreza, necesidad, estudio y desarrollo de una vocación filológico-misional:

<sup>71</sup> Juan Rivero, *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956, pág. 389. El lingüista que está en el espectro de los dominios disciplinarios de Rivero produce en estas páginas algunas sustantivas notas sobre el estudio de las lenguas por parte de los misioneros. Muy ilustrativa, la que consigna en el capítulo XII, del libro quinto de su obra. Aquí, construye un planteamiento comparativo entre la lingüística y la acción misional en tierras americanas y en el lejano oriente chino y japonés, por parte de los europeos: «Piensan los que están en la Europa, y se hallan movidos á pasar á las Indias para convertir infieles, que lo mismo es salir del mar y pisar la arena de estas playas, que hallar á los primeros pasos ciudades habitadas por gentiles ó pueblos muy numerosos como en la China y en el Japón; suben luego al espacio imaginario, y con un Cristo en la mano y con el dón de lenguas, empiezan á hacer prodigios, convirtiendo en muy pocos días y bautizando innumerables gentes. De aquí nace que cuando pasan á estos sitios y ven las dificultades, y que para formar un pueblo necesita de una constancia invencible de muchos años; que es necesario aprender su lengua á costa de mucho estudio, que hay que sacar á los indios de las montañas y entrar á cazarlos como á fieras; que es preciso vestirlos y mantenerlos al principio, hasta que formen sus labranzas; que ya se huyen unos y se revelan otros; y que apenas tienen la figura exterior, caen de ánimo, suspiran por la Europa, su patria, ó empiezan á poner los ojos en otras empresas como las de China y el Japón, como si allá no hubiera dificultades que vencer, y tal vez mayores que las que se presentan aquí. Pues, para desengaño de estos tales, y para que cuando pasen á esta América vengan desengañados en orden á las sobredichas dificultades» (*Ibid.*, págs. 357-358).

Fuera de esto, el saber su lengua, sino es necesario prerequisite, es casi necesaria condicion; porque como ellos de suyo son poco capaces, se les dá mucho que hacer, en que primero entiendan las palabras, y despues se hagan cargo de los conceptos: por estas razones, y la larga experiencia, que ya tenia el Superior, aplicó al Padre Gumilla por compañero de otro Misionero antiguo, para que este le enseñase el oficio: en esta ocupacion estuvo cerca de un año, hasta que yá bien instruído en la lengua Jirara, y con bastante noticias de otras, y no pocas, que pudo adquirir su estudio [...] hasta que dispuestas las barracas, que alli se llamaban casa, pudo mudarse a su nueva habitacion, que era una enramada mas ancha, y larga, que las otras, porque servia de Iglesia: aqui tubo algun tiempo su segundo noviciado, y no fué poco penoso en hacerse enteramente dueño de la lengua Betoya; yá que juzgó, que este requisito tan necesario, o le poseía, o le faltaba poco, y yá que tenia bien instruído a sus Feligreses, pidió licencia al Superior para entrar tierra adentro a recóger gente para la poblacion<sup>72</sup>.

El propio Gumilla confesaba que le había costado escribir en su lengua castellana sin tropiezos, mientras redacta su obra maestra *El Orinoco Ilustrado y Defendido* (1741), luego de estar tantos años influenciado por las lenguas de los indígenas con los que ha compartido su vida. La aspereza de esas lenguas gesta un obstáculo con la suya propia que, en plástica y poética imagen<sup>73</sup>, se hará fluida al correr junto al río que describirá en su geografía, naturaleza, historia, razas, culturas y hombres con los que convivirá en su libro como, antes y por tanto tiempo, había biográficamente convivido. Es el triunfo de la filología; la palabra por encima del desgaste de la existencia:

En el estilo sólo tiraré a darme a entender con la mayor claridad que pueda; y no será poca dicha si lo consiguere; porque acostumbrado largos años a la pronunciación bárbara, a la colocación y cláusulas de los lenguajes ásperos de aquellos indios, será casualidad si corriere mi narración sin tropiezo, ya que en la frase, ya en la propiedad de las palabras: no obstante, procuraré que mi pluma unas veces ande y otras veces corra al paso del río Orinoco cuyas vertientes sigue: éstas forman un flúido y dilatado cuerpo con la insensible y pausada agregación de inmensas aguas, hijas

<sup>72</sup> Joseph Cassani, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1967, págs. 306-307. Estudio preliminar y anotaciones al texto: José del Rey Fajardo.

<sup>73</sup> La metáfora fluvial será muy recurrida por Gumilla en la retórica discursiva a lo largo de toda la obra.

de muy diversos y distantes manantiales, que naturalmente corren a su centro, sin otro impulso que el de su peso propio<sup>74</sup>.

Fuera del ámbito jesuítico colonial, fray Antonio Caulín, nombre mayor de la historiografía franciscana, seguirá con veneración las enseñanzas de Gumilla en muchos temas generales y en muchos aportes puntuales. Así, puede leerse en su *Historia de la Nueva Andalucía*, de 1779, una valoración al estilo de este tiempo sobre el tópico lingüístico en el jesuita y su conocimiento de primera mano:

El origen de esta variedad de lenguas [el cumanagoto, el caribe, el paria-goto, el chaima, el cabre y el maipure], segregacion de Naciones, repeticion de guerras, con que recíprocamente se invaden, y aniquilan unas á otras, son puntos, que se hallan escritos en varios Authores, especialmente en el R. P. Gumilla; que, como tan práctico Misionero, dixo en estos puntos lo que puede decir una larga experiencia; por esto, y por que muchos de ellos los tóco por incidencia en varios parages de esta Obra<sup>75</sup>.

En 1782, el padre Felipe Salvador Gilij, en su capital *Ensayo de Historia Americana*, además de hacer uso constante de informaciones, materiales y opiniones de Gumilla en muchos momentos de su extensa obra, hacía lucir como determinantes los aciertos en la comprensión de la lingüística orinoquense y, especialmente, subrayaba el talento de su hermano de religión y ciencia:

El P. Gumilla que fue muy práctico en las lenguas del río Casanare, las cuales también se dice son muchas, es de opinión que todas se pueden reducir a dos, o sea, la de los betoyes y la de los jiraras. Las otras no pocas que él mismo cita no son más que dialectos de estas dos<sup>76</sup>.

Por su parte, Lorenzo Hervás y Panduro, que sigue a Gilij en todo lo relativo a las lenguas del Orinoco, no dejará de sumarse al discreto recono-

<sup>74</sup> José Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963, pág. 31. Prólogos y estudios preliminares: José Nucete-Sardi, Demetrio Ramos y Constantino Bayle.

<sup>75</sup> Antonio Caulín, *Historia de la Nueva Andalucía*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1966, tomo I, pág. 144. Estudio preliminar y edición crítica: Pablo Ojer.

<sup>76</sup> Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, tomo III, pág. 175. Traducción y estudio preliminar: Antonio Tovar.

cimiento a Gumilla en su celeberrimo *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, de 1800, en cuanto a las acertadas hipótesis filológicas del misionero betoye:

Hoy, añade Gilij, se tiene por cierto que la lengua *achagua* es dialecto de la *maipure*; así lo juzgó el jesuita Gumilla (en su *Orinoco ilustrado*)<sup>77</sup>.

Un contemporáneo de Hervás, el barón de Humboldt va a dejar señas gumillanas en numerosos lugares de su capital libro *Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Es tal la presencia de Gumilla en esta obra que ha llegado a decirse que *El Orinoco ilustrado y defendido* llegó a funcionar como un auténtico libro de cabecera de su propio viaje por tierras orinoquenses<sup>78</sup>, más allá de la poca recurrencia referencial del nombre Gumilla que pueda encontrarse en las páginas americanas escritas por el barón de Tegel. Alejandro de Humboldt tuvo siempre en muy alta estima el aporte de los jesuitas coloniales, haciendo que las enseñanzas sobre geografía, etnografía y lingüística de estos religiosos estuvieran acompañándolo permanentemente y ofreciéndole luz a sus propias rutas de exploración.

Arístides Rojas, en 1878, ofrecerá un juicio elogioso sobre la tarea general del padre Gumilla y, al unísono, lamentará que no se aportaran muchos más materiales lingüísticos sobre las lenguas de la Orinoquia. En otro sentido, el comentario defectivo viene a ser valorativo de lo que pudo ser, dada la inmensa sapiencia del misionero filólogo, y no quedó expreso:

El Padre Gumilla, misionero jesuita que vivió entre los Achaguas y otras naciones del Meta y del Orinoco, ha dejado curiosas, en su obra *El Orinoco ilustrado* publicada en 1784; pero ninguna razón nos da sobre los idiomas indígenas de esta dilatada zona<sup>79</sup>.

<sup>77</sup> Lorenzo Hervás [y Panduro], *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y clases de estas segun la diversidad de sus idiomas y dialectos*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1800, tomo I, pág. 219.

<sup>78</sup> Cf. Francisco Javier Pérez, *El lexicógrafo inadvertido. Alejandro de Humboldt y su exploración lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Konrad-Adenauer Stiftung, 2005, pág. 195. También, la conclusiva afirmación de Pedro Cunill Grau: «El enorme aporte personal de Humboldt, apoyado en su larga permanencia y observaciones en terreno, se complementó con referencias a otros autores, como Gumilla, Caulín y Gilij, diálogos con pobladores y consultas a diferentes tipos de archivos» (*Historia de la geografía en Venezuela. Siglos XV-XX*, Caracas, Consejo Nacional de Universidades, 2009, tomo I, pág. 139).

<sup>79</sup> Arístides Rojas, «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Obras escogidas*, Caracas, Garnier Hermanos-Libreros Editores, 1907, pág. 253.

Eslabón fundamental en la recepción del Gumilla filólogo lo representa el sabio Lisandro Alvarado en los albores del siglo xx. Considera *El Orinoco ilustrado y defendido* como fuente de primer orden para el estudio de los indigenismos en el español venezolano y del propio español venezolano. Así lo confirman las muchas citas que hace en sus dos trabajos lexicográficos mayores *Glosario de voces indígenas de Venezuela* (1921) y *Glosarios del bajo español en Venezuela* (1929). Asimismo, sus investigaciones etnográficas se ven acompañadas por referencias y aportes tomados de la obra de Gumilla, tanto por su saber sobre las culturas aborígenes de los llanos del Meta y del Casanare y de la cuenca del Orinoco; regiones ampliamente misionadas por los jesuitas coloniales.

Será, sin embargo, un poco más tarde, hacia mediados del siglo xx y hasta el final de la centuria, cuando se produzcan los trabajos de mayor envergadura y dedicación a la obra del misionero betoye y cuando se enrumbe la investigación sobre la significación de su legado mental. La referencia, aquí, no puede recaer sino en el P. José del Rey Fajardo, el investigador mayor de la historia, del humanismo y de la ciencia de la Compañía de Jesús en Venezuela. En los numerosos trabajos escritos sobre la filología jesuítica colonial ha logrado este autor encuadrar con justeza y justicia la contribución de lo hecho por Gumilla. Ha rescatado los escritos básicos de sus *Obras completas*. Ha compuesto la bio-bibliografía del autor. Ha valorado sobre documentos las etapas de la acción científica del misionero filólogo. Ha establecido el rango de sus trabajos sobre las lenguas. Ha sabido encuadrar el verdadero sentido de su tarea filológica. Ha, finalmente, entendido la materia filosófica que determinó el renglón filológico de Gumilla. Entre la vastedad de planteamientos, podrían ser dos, de distintas obras y de tiempos de investigación diferentes, indiscutible avance de la comprensión gumillana, los que den la clave para la interpretación actual de lo lingüístico en Gumilla y de las maneras en que deba estudiárselo en el presente:

1) «La personalidad filológica gumillana es la de un escritor, que por una parte es viajero y hombre de acción y por otra un pensador comprometido en la redención conjunta del indio y del gran potencial que yace irredento en su paisaje geográfico. De ahí que la vertiente lingüística, a pesar de sus indudables atisbos, no sea ni la más genuina ni tampoco la más profunda de la literatura gumillana.»

«Para comprender la obra de literatura indigenista del autor del Orinoco ilustrado hay que señalar que no surge de la línea tradicional jesuítica

achagua o sáliva, sino que la mayor parte de su vida se desarrolla en un quehacer pionero en el difícil mundo betoye y en el complicado mosaico de naciones del gran río venezolano, con un paréntesis en las misiones del Meta.»

«Con todo, podemos afirmar que Gumilla fue un gran lingüista y un cultivador de la Filología indígena. Dominó la lengua betoy y estudió con ahínco la caribe, otomaca, jirara y otras»<sup>80</sup>.

2) «Pero sería el autor de *El Orinoco ilustrado* quien complementaría el aporte jesuítico a la filología casanareña porque tuvo la audacia de no encallar en lo gramatical sino trascender hasta hacer Filosofía del Lenguaje. Al fin y al cabo se sentía como parte viva de una tradición que se había esmerado desde los comienzos en el estudio de la idiomática indígena»<sup>81</sup>.

Con un sentido de síntesis, el P. Fernando Arellano, historiador de la lingüística, aun apreciando la tarea del misionero colonial, la querrá ajustada a las concepciones lingüísticas de su tiempo y ello abre una brecha de investigación historiográfica indispensable para observar hoy su ideario por lo que tuvo de habitual o de novedoso en relación con su tiempo científico y con el tiempo venidero. El trasvase de algunos de sus principios en su discípulo Gilij parece dominar la reflexión:

<sup>80</sup> José del Rey Fajardo, S.J., *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I, pág. 321. Cf., del mismo autor, el artículo biográfico que redacta sobre Gumilla para el *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, Roma-Madrid, Institutum Romano Societatis Iesu/Pontificia Universidad Comillas, 2001, tomo II, págs. 1848-1849), de Charles O'Neill y Joaquín María Domínguez. También, para una visión general de la obra y acción de Gumilla, los diversos recuentos eruditos del padre Del Rey: *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, ob. cit., págs. 253-268; 2.<sup>a</sup> edición, ob. cit., págs. 289-294. *Los jesuitas en Cartagena de Indias, 1604-1767*, Santafé de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2004, págs. 156-166. *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, ob. cit., págs. 338-347. *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, ob. cit., tomo II, págs. 246-255. En el mismo sentido, cf. Manuel Segundo Sánchez, *Bibliografía venezolanista* [1914], Caracas, Banco Central de Venezuela, 1964, tomo I, pág. 146. Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona-España, Librería Antiquaria, 1948 y ss., tomo VI, págs. 478-479. Blas Bruni Celli, *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, págs. 608-615.

<sup>81</sup> José del Rey Fajardo, *La Universidad Javeriana, intérprete de la «Otriedad» indígena (siglos XVII-XVIII)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009, pág. 82.

Las ideas lingüísticas de Gumilla son las de su época y por lo tanto obsoletas, incluso si se comparan con la de su discípulo el P. Gilij, que tuvo instinto de lingüista y además, en contacto con Hervás y Panduro, pudo conocer los adelantos de la incipiente filología comparada en Europa. Gumilla llegó, por su propio esfuerzo, hasta donde se podía llegar en el ambiente en que le tocó vivir. Como misionero activo y emprendedor palpó como nadie las trabas que imponía el mosaico lingüístico del Orinoco<sup>82</sup>.

En el concurso ficticio sobre la sabiduría científica de los misioneros filólogos coloniales venezolanos que convoca el P. Cesáreo de Armellada en su sustantivo estudio *Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano*, texto que fue leído el 15 de julio de 1978 como discurso de incorporación como numerario en la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, Gumilla ocupará un lugar muy destacado como primer clasificador de las lenguas orinoquenses:

Obligado a señalar premios a los más notables entre los misioneros lingüistas, mi veredicto sería el siguiente: premio al primer texto en el kumanagoto al P. José de Carabantes, quien escribió y presentó ante el Santo Padre el papa Alejandro VII (año 1666) una Carta de Obediencia de cinco Caciques; el premio por la primera Gramática, hay que dividirlo entre el P. Pelleprat, misionero jesuita en la zona de Maturín, y el P. Francisco de Tauste, misionero de Cumaná; al P. José Gumilla le corresponde el premio de primer clasificador de las lenguas habladas en el Orinoco; posterior a él, pero superándolo, está el P. Felipe Salvador Gilij, el mayor panegirista de las lenguas indígenas venezolanas y el mayor recolector de creaciones literarias (entre ellas, todos recordamos la leyenda de Amalivaca, reproducida en mosaico al pie de las torres del Silencio). Y aquí les dejo la información de que literatura indígena, aunque fragmentaria, se encuentra en Carabantes, Tauste, Yangües, Ruiz Blanco, Caulín, Gumilla, Rivero y otros, de los cuales también estamos haciendo la recolección. Les diré que de manera similar a como los mineros recolectan en Guayana oro y diamantes con batea y suruca<sup>83</sup>.

<sup>82</sup> Fernando Arellano, S. J., *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica. Culturas de las naciones indígenas venezolanas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1986, pág. 332.

<sup>83</sup> Cesáreo de Armellada, O.F.M. Cap., «Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano. Sus relaciones y mutuo enriquecimiento durante 500 años», en *Discursos académicos*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1983, tomo VI, pág. 353. Presentación: Pedro Pablo Barnola. Edición, notas bio-bibliográficas e índices: Horacio Jorge Becco.

La revisión histórica del pasado americano no deja de ofrecerle a Gumilla un papel estrella en el saldo de las contribuciones jesuíticas de su siglo. Así lo refiere, con un entusiasmo nunca oculto, el ensayista Mariano Picón-Salas:

Una considerable contribución a la geografía y estudio de la naturaleza americana se debe a los investigadores jesuitas del siglo XVIII. No hay sino que mencionar obras como *El Orinoco ilustrado* del Padre José Gumilla, excelente monografía de la región guayanesa, donde se atiende a la vez a los fenómenos climáticos, a la fauna y la flora y a la descripción etnográfica del internado país.<sup>84</sup>

Gumilla logra ser incorporado a la historia de la lingüística venezolana con cartas propias de ciudadanía en esta disciplina. En 1988, la *Historia de la lingüística en Venezuela*, de Francisco Javier Pérez, apunta el mérito clasificatorio del misionero, le ofrece perspectiva histórica a alguno de sus aciertos y deja abierta la posibilidad de un estudio en volumen y densidad sobre su contribución<sup>85</sup>.

Estas evidencias críticas, y las que con el tiempo irán multiplicándose, permitirán clarificar, por una parte, el rango de estimación que las ideas de Gumilla tuvieron en la consolidación de la lingüística orinoquense y, por otra, señalar el nombre del jesuita como uno de los más determinantes en el desciframiento de los idiomas indígenas americanos. Será partícipe del enorme movimiento de descubrimiento de la lingüística americana (y venezolana) que, en primera persona, cumplieron los científicos jesuitas durante los siglos coloniales. Gumilla, primero; después, Gilij; y, finalmente, Hervás, serán los llamados a colocar ante la lingüística erudita de Europa las delicias de las lenguas orinoquenses y los métodos de estudio que para comprenderlas fueron capaces de ingeniar<sup>86</sup>.

Investigaciones recientes, además, han ido construyendo el perfil del Gumilla filólogo y, en consecuencia, han destacado su nombre como fuente

<sup>84</sup> Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pág. 178 [Prólogo de Pedro Henríquez Ureña].

<sup>85</sup> Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela, desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 12, 129, 130, 133, 135, 136 y 139. Prólogo: Jesús Olza Zubiri.

<sup>86</sup> «Su libro *El Orinoco ilustrado* había descubierto a los hombres pensantes de Europa la realidad y las posibilidades de la Venezuela profunda» (José del Rey Fajardo, *La biografía de un exilio, 1767-1916. Los jesuitas en Venezuela: Siglo y medio de ausencia*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2014, pág. 85).

para el conocimiento de las lenguas indígenas y del protoespañol venezolano. Una y otra contribución permiten, en definitiva, hacer del Gumilla filólogo un autor clave en la historia de la lingüística venezolana. Nada de eso hubiera sido posible sin el señalamiento de su capacidad de asimilación de las lenguas amerindias, su formulación de la Babel orinoquense<sup>87</sup>, su propuesta de clasificación y el uso de la lengua (aun en su razón literaria<sup>88</sup>), como puntos de partida y de llegada para el estudio lingüístico que

<sup>87</sup> La moderna investigación sobre la filología jesuítica de los siglos coloniales venezolanos ha edificado siguiendo a Gumilla la imagen y el concepto de la «Babel lingüística» para entender el reto y el prodigio de que fueron capaces los autores de ese tiempo. Aunque la encontramos actuando como ordenación de los panoramas conceptuales en muchos lugares de la extensa y erudita obra de José del Rey Fajardo, remito al capítulo tercero [«El Orinoco o la Babel lingüística»] del libro *La Universidad Javeriana, intérprete de la «Otrredad» indígena (siglos XVII-XVIII)*, ob. cit., págs. 101-125; y *Los jesuitas en Venezuela. Nosotros también somos gente. Indios y jesuitas en la Orinoquia*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2011, tomo VI, págs. 205-228.

<sup>88</sup> En esta dirección, a la espera de una investigación en profundidad sobre la significación de Gumilla en la literatura venezolana, resultan muy valiosas las notas que Mariano Picón-Salas deja escritas en su fundamental *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940): «En los libros de estos eclesiásticos [Gumilla y Caulín], la Naturaleza tropical se describe con una precisión y un como nuevo sentimiento utilitario “para que ejerciten su inteligencia los aprovechados y peritos en la ciencia botánica”, como dice Caulín. Ya no un territorio misterioso, lleno de extrañas fábulas como el que había descrito Fray Pedro Simón, sino otro que el hombre inventaría y quiere utilizar, es la materia de estos dos cronistas. El concepto de “región natural”, concepto básico en la Geografía moderna, parece ya intuirse en la amena monografía del Padre Gumilla. La “biografía de un río” –como ahora diría Emil Ludwig–, con su rica naturaleza circundante, las costumbres de sus viejas tribus y los esfuerzos misioneros para plantar allí la cruz y sedentarizar las nómadas gentes, es el tema pintoresco que desarrolla el documentado jesuita. Y hasta que llegue el gran Humboldt como el emisario de una Ciencia nueva a documentarse para escribir su *Viaje a las regiones equinocciales*, no se había escrito sobre Venezuela un libro geográfico más cargado de hechos y más agradable» (Caracas, Monte Ávila Editores, 1984, pág. 39. Presentación: María Fernanda Palacios. Bibliografía: Rafael Ángel Rivas Dugarte). En *De la conquista a la independencia* (1944), producirá Picón-Salas una valoración más general, pero muy satisfactoria, sobre Gumilla y su obra: «Una considerable contribución a la geografía y estudio de la naturaleza americana se debe a los investigadores jesuitas del siglo XVIII. No hay sino que mencionar obras como *El Orinoco Ilustrado* del Padre José Gumilla, excelente monografía de la región guayanesa, donde se atiende a la vez a los fenómenos climáticos, a la fauna y la flora y a la descripción etnográfica del internado país» (México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pág. 147; 2ª edición). La apología literaria sufriría, eventualmente, algún revés. Queda, así, en la preciosa y regulada estilística del poeta José Antonio Ramos Sucre, inter-

realizó sobre la Orinoquia y, hoy, para el estudio de Gumilla desde la lingüística. El devenir de su obra recorre un trayecto desde la filología de las lenguas hasta la filosofía del lenguaje.

## LA LINGÜÍSTICA EN EL TIEMPO DE GUMILLA

Antes de la consolidación de la lingüística como ciencia, ya en el siglo XIX, el estudio del lenguaje y de las lenguas ensayó muchas y variadas explicaciones para comprender el fenómeno. Interesaba averiguar el origen del lenguaje y las maneras en que los hombres hacían uso de él en la búsqueda de explicaciones sobre el entendimiento humano. El misterio de las

pretativa de la poeticidad en algunas formulaciones del misionero: «Indica el decisivo alcance del moriche, palma que satisface cualquier necesidad del guaraúno, asociado en cabañas lacustres, y que tanto vale en la economía natural de los llanos de Venezuela, anunciando bajo sus pies el manadero de aguas, y ganando, por esta señal de la frescura, el nombre de árbol de la vida, con que lo recompensa la pluma gracejosa y mendaz del padre Gumilla» («Sobre las huellas de Humboldt» [1923], en *Obra completa*, Caracas, 1980, pág. 72). Cf. Lubio Cardozo y Juan Pintó (compiladores), *Diccionario general de la literatura venezolana (Autores)*, Mérida-Venezuela, Universidad de Los Andes, 1974, págs. 377-378, que incorpora el artículo «Gumilla» en el registro literario nacional. Asimismo, otros trabajos de referencia resultan obligados: José del Rey Fajardo, «Gumilla, José», en *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988 [1.<sup>a</sup> ed.], tomo II, pág. 398; Caracas, Fundación Polar, 1997 [2.<sup>a</sup> ed.], tomo II, pág. 616-617. Letizia Vaccari, «El Orinoco ilustrado y defendido», en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1995, tomo III, págs. 3507-3508. «Gumilla, José», en *Figuras de Venezuela. Diccionario biográfico*, Madrid-Caracas, Editorial Globe, 2009, págs. 331-332. Véanse, también, alusiones y citas de refuerzo en textos literarios ganados admirativamente por Gumilla; es el caso de Julio Febres Cordero, *Cuenterío barloventeño*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1985, págs. 123-124; «De las estrellas cae la lluvia: Chiriká Yetakú»: «El padre Gumilla, por el contrario, consideraba que las serpientes desaparecerían a medida que se extendiese la población. Pienso como el padre Gumilla. El hombre y las serpientes parecen irreconciliables». En cuanto a la divulgación de su vertiente literaria, comienza la prosa narrativa de Gumilla a incursionar, una conquista sin parangón en nuestros quehaceres literarios, en importantes antologías del cuento. Así, en la quinta edición de *El cuento venezolano. Antología*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2012, págs. 69-72, de José Balza, se le incluye junto a otros autores coloniales (Juan de Castellanos, Galeotto Cei, Walter Raleigh, Pedro Simón, Jacinto de Carvajal, José de Oviedo y Baños, Matías Ruiz Blanco y Juan Antonio Navarrete) en el nacimiento de nuestra narrativa hispánica. El fragmento sobre «El curare» será el protagonista.

lenguas, por otra parte, su multiplicidad, su diversidad, sus posibilidades actuaba en la gestación de hipótesis muchas veces sin sentido y, casi siempre, sin asidero alguno con la realidad.

Primero, el empirismo y, después, el racionalismo habían irrumpido en la lingüística para resolver las formas del pensar, motivo de no pocos misterios, y para determinar las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento, asunto capital de investigación de toda filosofía del lenguaje. La lingüística fue durante muchos siglos un renglón de la filosofía y ello trajo grandes beneficios a la disciplina de entender las lenguas. Empiristas y cartesianos vinieron a acordar, más allá de sus resultados, que los temas capitales de la lingüística eran aquellos en donde se buscaban explicaciones y se teorizaba sobre la naturaleza humana. Poco importaba, aquí, la demostración concreta en lenguas reales y específicas.

Las ideas sobre la gramática universal daban cuenta del interés por estudiar fenómenos y rasgos comunes y repetidos en todas las lenguas (o en muchas de ellas) y, en suma, señalaba la posibilidad de una lengua única (la *Ursprache* o lengua original tantas veces invocada y argumentada). Ello, sin quererlo, gestó su contrario al promover obras que contrastarían materiales (el «Padre Nuestro» o vocabularios básicos de palabras) de muchas lenguas con la idea de asentar semejanzas y diferencias. Con el tiempo, para satisfacer la posibilidad de observar esos rasgos identitarios, se harían fuertes la gramática de lenguas particulares y, al final de la jornada, la gramática comparada.

En paralelo, sin embargo, correrían otras maneras de hacer lingüística que, tildadas de precientíficas<sup>89</sup> y rechazadas por anticientíficas, no dejarían de hacer su contribución y, al contrario, ofrecerían una imagen más

<sup>89</sup> Se quiera o no, formaron y forman parte de la historia de la lingüística un conjunto de planteamientos, que solo hoy nos parecen ajenos a la ciencia, pero que en su tiempo constituyeron la manera de hacer ciencia. Es por ello que resulta capital acercarse a las obras del pasado con ojos del pasado y tratar de comprender lo que en su tiempo significaron esas ideas que hoy nos lucen superadas, absurdas y hasta risibles. Me acojo a lo señalado por Černý, pues me interesa observar cómo los logros de la lingüística anterior al siglo XIX contribuyeron notablemente al avance de la ciencia del lenguaje y cómo muchos de nuestros logros ya había sido anticipados o puestos en práctica mucho tiempo atrás: «Tampoco es correcto si designamos el período anterior al siglo XIX como precientífico, por una parte, porque las opiniones respectivas simplemente correspondían al estado de ciencia de aquel entonces, y por otra parte, porque algunos resultados parciales que se habían alcanzado durante los períodos anteriores siguen comprobándose hasta con los métodos científicos más sofisticados de nuestros días» (Jiří Černý, *Historia de la lingüística*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2006, pág. 89).

clara que otras sobre el sentido que se le daba a las lenguas y a las explicaciones sobre sus orígenes y evolución.

En el centro de todas las soluciones y de todas las polémicas estarían las explicaciones bíblicas. No solamente en las obras de religiosos lingüistas, sino en la de cualquier autor antes del siglo XIX, el texto bíblico fue entendido como la fuente capital para la explicación de la idea que postulaba una lengua originaria para todas las del orbe. Esta teoría, conocida como «monogenésica», afianzaba, además, que esa lengua común no podía ser otra que el hebreo por su carácter de lengua bíblica y, más aún, por ser la lengua que fue hablada por el pueblo elegido. Si una referencia, entre tantas, puede ser representativa de la potencia y ancianidad de esta teoría, que se remonta a los orígenes mismos de la teología cristiana<sup>90</sup>, esa es la que nos encontramos en el tratado inconcluso escrito por el poeta universal Dante Alighieri, de título *De Vulgari Eloquentia* (ca. 1303), para respaldar la necesidad de entender la significación de las lenguas romances y las delicias literarias que eran posibles en ellas<sup>91</sup>. Dante completará en el libro primero una teoría hebraísta y bíblica del lenguaje en la que se darían respuestas a preguntas tan cruciales como: ¿Quién fue la primera persona que habló? ¿Cuál fue la primera palabra que pronunció? ¿En dónde se llevó a cabo ese primer acontecimiento lingüístico de la raza humana? ¿En qué lengua habló? Las respuestas de Dante no dejan espacio para dudas sobre las creencias de ese tiempo y de los venideros sobre estos asuntos y de la infalible creencia en el hebreo como lengua madre de todas las demás lenguas: Adán fue la primera persona que habló; la primera palabra fue *Dios*; el acontecimiento se efectuó en el Edén o Paraíso Terrenal y la lengua en que habló, como dudarlo, fue la de los elegidos, el hebreo.

<sup>90</sup> «Los padres de la Iglesia, desde Orígenes a Agustín, habían admitido como dato irrefutable que el hebreo había sido, antes de la confusión, la lengua primordial de la humanidad [...]. Y la idea del hebreo como lengua divina sobrevive a lo largo de toda la Edad Media. // Pero entre los siglos XVI y XVII ya no se limitan a sostener que el hebreo había sido la protolengua (y, a la postre, sabían bastante poco de ella): ahora se pretende promover su estudio y, si es posible, su difusión. Nos hallamos ante una situación distinta de aquella en la que estaba san Agustín no sólo se vuelve a la versión original, sino que se vuelve con la convicción de que ésta había sido escrita en la única lengua sagrada adecuada para expresar la verdad de la que era vehículo» (Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Crítica, 1999, pág. 72).

<sup>91</sup> Se le debe a Dante una de las primeras formulaciones sobre la fragmentación lingüística de Europa y, en concreto, una idea precursora sobre la dispersión del latín y su evolución en los romances. Reconocimiento que le ha valido ser incorporado su nombre al de los fundadores más remotos de la lingüística románica.

El pasaje del Dante hace referencia, además, a dos temas que no se pueden dejar pasar. Por una parte, la significación que el texto bíblico adquiere para el saber lingüístico y, por otra, la distinción entre lengua de confusión y lengua de gracia, en la idea de contraponer dos modos de convivencia lingüística tocados por un aura de sacralidad o no. Así, la documentación bíblica para asuntos lingüísticos potenciará hasta el siglo XIX muchos análisis para explicar, no solo el origen del lenguaje, sino la diversidad lingüística. Es, aquí, donde se hace uso del emblemático episodio de la torre de Babel. Una suerte de tradición judeocristiana en esta materia ofrece luz sobre el hebreo como lengua de gracia (= originaria y matriz) frente a las lenguas formadas después del fatídico episodio babélico sobre la confusión lingüística; lenguas de confusión (= derivadas y filiales). Se inmiscuía una consideración, es obvio, sobre la perfección de la lengua de gracia y sobre la inferioridad de las lenguas de confusión. El mito de la lengua originaria quedaba poderosamente instalado en los imaginarios lingüísticos:

Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde Oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: *Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego*. Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento; y dijeron: *Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra*. Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: *He aquí un pueblo uno, tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros*. Y los dispersó de allí Yavé por toda la haz de la tierra y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la tierra<sup>92</sup>.

El episodio graba la razón genésica de las lenguas del mundo y, sobre todo, asienta la diversidad como producto corrompido de una lengua unitaria dividida para frenar la perfidia y ambición humanas. En la mejor confirmación de que para los hombres es la lengua el mayor de los castigos («la lengua es el castigo del cuerpo», se escucha decir), la confusión babélica no será más que un castigo lingüístico por el cual se preserva el estado sagrado de la lengua original o lengua perfecta.

<sup>92</sup> *Génesis*: XI, 1-9; en *Sagrada Biblia*, Madrid, BAC, 1955. Traducción de las lenguas originales: Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga (Biblioteca de Autores Cristianos, 1).

En el camino de evaluar el impacto de estos señalamientos y de entender la prodigiosa transformación de creencias que se estaba operando poco a poco, luce de interés hacer referencia a dos experiencias propicias durante el siglo XVIII; el siglo de Gumilla. Se publican, como por azar, el mismo año, 1771, el *Ensayo sobre el origen del lenguaje*, de J. G. Herder (1744-1802) y el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, de J. J. Rousseau (1712-1778). Entre uno y otro se está gestando un cambio que es la paulatina pérdida de sentido sobre la reflexión en torno a la abstracción del *lenguaje* (= su filosofía), en favor de la concreción de las *lenguas* (= su lingüística). El espíritu de renovación, ya enrumbado hacia el siglo XIX, implica desterrar las concepciones generalistas, racionalistas y logicistas en la ruta hacia la demostración de los orígenes lingüísticos amparada en los valores instrumentales y estructurales de las lenguas. Sin embargo, sigue teniendo asidero en Herder el orientalismo hebraísta y estando en él muy activa la dinastía divina del lenguaje que ese orientalismo insufla. Leemos en *Otra filosofía de la historia para la educación de la Humanidad* (1774), la confirmación de estas creencias: «Oriente, con razón has sido elegida tierra de Dios»<sup>93</sup>. Por su parte, Rousseau, desmarcándose ligeramente de la explicación babélica, hará retumbar en su pensamiento las enseñanzas hebraístas: «Adán hablaba, Noé hablaba; lo acepto. Adán había sido instruido por el propio Dios. Al dividirse, los hijos de Noé abandonaron la agricultura y la lengua común desapareció junto con la primera sociedad. Esto hubiera ocurrido aun que jamás hubiese habido torre de Babel»<sup>94</sup>.

La fuerza y actividad de estas creencias solo pudieron ir perdiendo fuerza cuando el hebraísmo cedió su lugar al sanscritismo, o lo perdió frente a él, ya a finales del siglo XVIII. El filósofo cartesiano G. W. Leibniz (1646-1716) uno de los primeros en descartar la hipótesis hebraísta y en proponer, además, la necesidad de la comparación entre lenguas. Sus propuestas aparecen desarrolladas en su tratado *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indico linguarum* (1710):

Es decir, que las lenguas no han surgido de un plan y no han sido fundadas tampoco por decreto, sino que se han originado por un impulso natural del hombre que acomodaba los sonidos a los afectos y movimientos del espíritu [...] En las lenguas desarrolladas paulatinamente las palabras se han originado en cada momento por la analogía de la imagen

<sup>93</sup> Johann Gottfried Herder, *Obra selecta*, Madrid, Editorial Alfaguara, 1982, pág. 280.

<sup>94</sup> Jean-Jacques Rousseau, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Buenos Aires, 1970, pág. 78 [Prólogo de Jacques Derrida].

fónica con el afecto que acompañaba a la percepción de la cosa; no de otra manera, diría yo, puso nombres Adán<sup>95</sup>.

Sería el sánscrito, la lengua sagrada de la India, la madre de todas las lenguas o, al menos, eso se creyó por mucho tiempo. Está claro que su conocimiento, entendido como «descubrimiento», dio un aliento renovador a la lingüística y permitió, como una de las lenguas indoeuropeas más antiguas, propiciar estudios de naturaleza comparativa. Más aún, la difusión epidémica de su estudio, una moda científica al comienzo, determinó el nacimiento de la ciencia del lenguaje y ello tuvo una importancia más que subrayada. El Oriente lingüístico quedaba inscrito en la base de estos empeños y aportó no pocas pasiones<sup>96</sup>.

Empeñosas y apasionadas serían las vocaciones sanscritistas previas al tiempo comparativo. Interesa recordar, especialmente, las que ofrecen vínculos con la materia jesuítica, pues tuvieron no poca ni pequeña participación en el estudio fundacional del sánscrito y en el precomparatismo durante los siglos XVII y XVIII. Cuatro padres jesuitas son recordados por la historiografía de la lingüística como capitales: Roberto de Nobili (1577-1656), Heinrich Roth (1620-1668), Athanasius Kircher (1601-1680), Gastón Coeurdoux (1691-1779) y Jean Calmette (1692-1740). Cúspides de los muchos jesuitas que en el mundo entero se dedicaban, tanto por vocación o por necesidades misionales, al estudio de las lenguas del mundo, en este caso será el orientalismo lingüístico (sanscritismo y egiptología) la razón que los reúna como formando parte de un mismo impulso lingüístico. Coeurdoux observará en sus estudios sánscritos (elaborará una gramática y un diccionario de esta lengua) los vínculos entre el griego, el latín y el sánscrito; lenguas indoeuropeas de indiscutibles semejanzas. El P. de Nobili exhibirá el trofeo de ser el primer europeo experto en indología, cuando a esta disciplina le faltaban varios siglos para brillar. Los padres Roth y Kircher quedarán hermanados en una obra de este último, *China Monumentis*

<sup>95</sup> Gottfried Wilhelm Leibniz, *Brevis designatio meditationum de originibus Gentium ductis potissimum ex indicio linguarum*, en Hans Arens, *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Editorial Gredos, 1975, tomo I, pág. 134.

<sup>96</sup> Sobre el orientalismo precursor y sucesor, remito a mi libro *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004. También, cómo no hacerlo, al libro contemporáneo que hizo época sobre el tema, remozándolo e imprimiéndole una nueva semántica en el imaginario cultural del tiempo presente: *Orientalismo* [1978] (Madrid, Ediciones Libertarias, 1990), de Edward Said. Presentación: Juan Goytisolo.

*Illustrata* (1667), al incluirse en ella una reseña sobre el alfabeto sánscrito<sup>97</sup>. El P. Calmette destacará como pionero en muchas de estas materias.

La figura de Kircher ofrecerá en su tiempo y hasta el presente un encanto muy especial. Celebridad, fue muy estimado en su tiempo y recordado hoy como uno de los más fantasiosos descifradores de los jeroglíficos egipcios<sup>98</sup>. La fascinante personalidad poligráfica e inventora de este humanista alemán no tendrá límites: idea una linterna mágica precursora del cinematógrafo y una máquina de escribir; políglota, es fama su conocimiento del hebreo y del copto, además de las lenguas clásicas y de otras modernas. Una de sus obras, dentro del conjunto fascinante de su bibliografía, hace evidentes su hebraísmo y sus creencias bíblicas en materia de lenguaje. Se trata de *Turris Babel*, el último de sus libros, publicado en 1679, y en donde deja clara su creencia en la absoluta verdad del Antiguo Testamento y su inquebrantable hebraísmo lingüístico; la fe ciega en que esta lengua era la lengua original: «Siguiendo a la Biblia, Kircher suponía que hasta lo sucedido en la torre de Babel todos los hombres hablaban la misma lengua que Adán: el hebreo»<sup>99</sup>. Querrá el jesuita de Fulda demostrar que tras la confusión de las lenguas se crearon dialectos del hebreo (caldeo, samaritano, sirio, árabe, etíope) y de estos, sucesión difícil de argumentar, otras y otras lenguas hasta llegar a las europeas<sup>100</sup>. Intento de explicación etimológica y de clasificación de las lenguas del mundo que solo puede valorizarse por el intento mismo y no por sus resultados.

Se quiera o no, la lingüística del tiempo del misionero orionense se alimentó de alguna de estas corrientes de pensamiento y, con conciencia de ello o no, muchos de los asuntos que preocuparon a autores tan notables quedaron instalados en el flujo sanguíneo de una manera de hacer lingüística que se enriquecía más y más con los nuevos hallazgos de lenguas y con el conocimiento cada vez mayor que los eruditos iban teniendo de las variadas y singulares formas de hablar en todo el mundo<sup>101</sup>.

<sup>97</sup> Cf. George A. De Napoli, «Lingüística». En O'Neill y Domínguez, *ob. cit.*, tomo III, págs. 2362-2363.

<sup>98</sup> En terreno no lingüístico, Kircher propuso una explicación muy imaginativa sobre la forma que debió tener el arca de Noé: «concibió el arca como una gran caja rectangular repleta de compartimientos para los animales», que dejaba sin resolver «las cuestiones relacionadas con la flotabilidad» (David Young, *El descubrimiento de la evolución*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1998, pág. 64).

<sup>99</sup> Joscelyn Godwin, *Athanasius Kircher. La búsqueda del saber de la Antigüedad*, Madrid, Editorial Swan, 1986, pág. 33.

<sup>100</sup> Eco, *ob. cit.*, pág. 80.

<sup>101</sup> Ruinas del argumento babélico en la lingüística jesuítica venezolana pueden apreciarse en autores posteriores a Gumilla. Casi más como una rutina teórica que

## GUMILLA Y EL ESPACIO DE LA LINGÜÍSTICA

Dos capítulos de *El Orinoco ilustrado y defendido* estarán dedicados a los problemas de las lenguas: los capítulos cuarto y quinto de la segunda parte de la obra. En el primero, se estudia la «Variedad de lenguas de aquellos indios: Búscase su origen por la mejor conjetura»; y, en el segundo, «Investígase el origen de las lenguas vivas o matrices de aquellos países». Además, algunas notas son posibles en otros lugares de la obra. También, el aporte léxico sobre realidades naturales, fauna, flora, geografía y culturas aborígenes, ocupan toda la obra en la medida en que ella se impone describir lo característico de esta región y sus gentes. Son muchas, en este sentido, las documentaciones que de ellas pueden derivarse en relación a los intercambios entre las lenguas indígenas y el español.

Gumilla declara sin titubeos que el escollo central en materia de lenguaje es el «laberinto de las lenguas»<sup>102</sup> con las que se encuentra. Procede a buscar el origen de la diversidad para desentrañar la maraña que el laberinto de lenguas supone: «Busco el origen de las varias y diversas lenguas» y «Busco (vuelvo a decir) la raíz de las lenguas»<sup>103</sup>.

Desde la «Introducción» a la segunda parte de su tratado marca el objetivo, dentro del conjunto heterogéneo de temas de los que también ilustrará:

La materia de esta segunda parte que coincide con la de la primera se reducirá a responder a varias preguntas y dudas curiosas, originadas de lo mismo que llevo ya referido, y dar satisfacción a otras que de las mismas respuestas han excitado personas de literatura; y, como tales, ansiosas de saber más y más, me han preguntado si entre aquellas naciones hay idolatría y trato con el demonio; si tienen alguna luz y conocimiento de Dios; las causas de sus guerras, arte militar y armas; la variedad, origen y derivación de sus lenguas; la de sus venenos y modo de fabricarlos; cuál es la fertilidad de aquellos países; cuáles y cuántas sus plagas y enfermedades

como una argumentación científica formal, aparece episódicamente en los ilustrados Gilij y Hervás. Cf. el *Ensayo de historia americana, ob. cit.*, tomo III, pág. 126; y el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, ob. cit.*, tomo I, pág. 87.

<sup>102</sup> Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido, ob. cit.*, pág. 296. Los inconvenientes no solo vendrán por el lado del conocimiento lingüístico, sino que, también, los habrá por el de la tarea misional: «no sólo agrava la cruz de sus misioneros, sino que es la piedra de toque de su paciencia y constancia y la prueba más firme de una verdadera vocación a aquel santo ministerio» (*ibid.*)

<sup>103</sup> *Ibidem*, pág. 295.

especiales, y qué remedios usan; si va en aumento o descaece el número de los indios, y otras curiosidades no vulgares<sup>104</sup>.

El planteamiento incluye el estudio de las lenguas del gran río en paridad de interés y rango al de cualquier otro tópico de descripción, natural o social, cumplido en la primera parte del libro. Los sintagmas «origen» y «variedad» serán frecuentes e indicadores de cuánto pesaban en la concepción de su tiempo la averiguación de dónde procedían los fenómenos y de por qué se habían diferenciado tanto de su origen. Algunas evidencias discursivas generales, podrían ser: «Del origen del color negro de los etíopes» (I, 5)<sup>105</sup>; «Del origen desatinado que se fingen algunas naciones del Orinoco, y se apunta algo de su verdadero origen y descendencia» (I, 5); «Variedad de peces y singulares industrias de los indios del Orinoco» (I, 21); «Variedad de armas de estas naciones, destreza en manejarlas, su fábrica y el tambor raro con que convocan a la guerra» (II, 11); «Cacerías en los campos rasos. La variedad de animales y aves que los indios logran en ellos, y daños graves que hacen las hormigas» (II, 22).

Volviendo atrás, hay que hacer resaltar que el proyecto de Gumilla anuncia sus búsquedas, en independencia de si las cumple o no, en una triple fase de investigación: origen, variedad y derivación. Lo resume y confirma mientras avanza el capítulo (II, 4) y la insistencia ofrece pistas sobre la voluntad de resolver estos tres aspectos: «Pero ya es tiempo que desentrañemos, con la brevedad y claridad posible, el origen de esta confusa variedad de lenguas»<sup>106</sup>.

Origen, variedad y derivación serán para Gumilla conceptos que solamente podrá explicar valiéndose de la teoría lingüística bíblica que está formulada en el conocidísimo capítulo XI del libro del *Génesis*, al que ya se ha aludido como fuente central para la averiguación y argumento sobre el origen de la lengua primigenia y la subsiguiente confusión producto de la perfidia que anidaba la torre de Babel. Demostrando ingenio más que superior e inteligencia más que sobrada, se atiende al saber y creencia de su tiempo y religión y formula una justificación explicativa que no deja dudas sobre su hebraísmo y su monogénesis en materia de lenguaje:

A la manera que un noble caballero, deseoso de autenticar la hidalguía de su antigua prosapia, no tiene otro recurso que el de la respetable anti-

<sup>104</sup> *Ibid.*, págs. 275-276.

<sup>105</sup> En números romanos se indican los capítulos y, en arábigos, las páginas.

<sup>106</sup> *Ib.*, pág. 298.

güedad, bebiendo de generación en generación las más ancianas memorias de sus progenitores, hasta cierto término, en que la fuerza del tiempo, borrando las memorias, atajó las humanas diligencias, del mismo modo en el presente discurso de noticia en noticia podemos ir subiendo, hasta hacer punto final en la portentosa confusión de lenguas que obró la diestra del Altísimo en la célebre torre de Babel<sup>107</sup>.

El babelismo que Gumilla levanta como única explicación posible viene a confirmar el complejo y enrevesado laberinto filológico del Orinoco, que se hace cada vez más y más confuso en la medida en que se descubren lenguas diferentes y en que se las práctica con mayor destreza. Una paradoja inherente al mito, pues a mayor conocimiento de lenguas, mayor confusión lingüística trae este conocimiento:

De modo que, en lugar de aclarar esta dificultad con vivas diligencias, la práctica de ellas levanta más de punto la confusión cuanto más distintas lenguas descubre; y aun por eso la multitud de idiomas se llamó confusión<sup>108</sup>.

La adscripción de Gumilla a las ideas monogenésicas es inequívoca. Tanto, que cita fragmentos de *Génesis* XI que sustentan sus planteamientos sobre la unicidad originaria del hebreo y la diversidad a partir de la confusión ocurrida en Babel. Rechaza de plano los argumentos sobre racionalidad y sociabilidad y sobre necesidad comunicativa y naturaleza discursiva (el *Homo loquens*, la esencia humana por hablar) del hombre como factores que podrían explicar las razones de la diversidad:

Mucho menos cabe aquí evadir la dificultad diciendo que, siendo el hombre racional, sociable, amigo de comunicación y por su naturaleza discursivo, dispersas muchas familias al principio de la población del mundo americano (o voluntaria o violentamente, a fuerza de disturbios), cada familia de por sí, distante de la otra, inventó su lenguaje para explicarse a su modo<sup>109</sup>.

Aun sin apoyarla, la formulación de la anterior explicación viene a hacer ver a un autor capaz de identificar los dos extremos de la polémica

<sup>107</sup> *Ib.*, pág. 299.

<sup>108</sup> *Ib.*, pág. 299. La lingüística moderna, muy al contrario, postula que la diversidad lingüística es siempre una riqueza; y que el conocimiento lingüístico implica la asimilación de la diferencia.

<sup>109</sup> *Ib.*, pág. 300.

y eso, para su tiempo, es un logro por la rareza de señalamientos de ese estilo en el ámbito de la lingüística. O se cree en la explicación bíblica o se cree en una explicación social. En la primera, la palabra es un don divino recibido por los hombres sin que puedan auspiciarla o rechazarla. En la segunda, la palabra es creación de hombres que piensan, actúan y se comunican gracias a la lengua y por ello pueden diferenciarse de sus orígenes y tomar nuevos derroteros, pues la lengua se hace en la medida en que los hombres viven, sienten, interpretan y relatan el mundo a su manera. La posición de Gumilla es meridiana en favor de la primera de estas formas explicativas:

No ha lugar este discurso [refiriéndose a la explicación social]: lo uno, porque no hallamos en las historias padres de familia que, perdiendo el amor de la lengua materna, hayan inventado una lengua regular para sus descendientes<sup>110</sup>.

Sin apartarse ni un instante de su inquebrantable postulado, ata sus ideas alrededor de las del texto sagrado:

Este es realmente mi parecer, y muy conforme a lo literal del sagrado texto: *Confundamus ibi linguas eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui*; porque aquella palabra *unusquisque*, por distributiva, toca a cada uno de por sí de aquel cúmulo de hombres que habían concurrido a la temeraria fábrica de Babel. Luego a cada padre de familia de por sí, con su familia, le cupo diferente idioma y diverso territorio, y cada cual tomó su camino, como dice el mismo texto: *Super faciem cunctarum regionum*, en donde *cunctarum* es preciso que se extienda y comprenda las regiones de las dos Américas. Ni obsta que no habría familias para tan vastos terrenos, porque desde que Noé salió del arca, hasta esta confusión y división de lenguas habían ya pasado ciento cuarenta y tres años, en los cuales morían rarísimos viejos, y era mucho lo que se multiplicaban las familias. Y así hubo suficientes familias (nótese), no para poblar el universo, sino para que en cada región de él hubiese un fundador o poblador; y así nos avisan las historias que a *Tubal* le tocó España, y aquel *dispersit* del *Sagrado Texto* tiene la energía de lo mismo que he dicho: regó y sembró Dios por la redondez de la tierra aquellas familias, para poblarla toda: *Dispersit eos Dominus cunctarum regionum*<sup>111</sup>.

<sup>110</sup> *Ib.*, pág. 300.

<sup>111</sup> *Ib.*, págs. 300-301.

En apoyo a sus señalamientos y dejando que sea ahora su experiencia indigenista la que dicte el cuadro de basamentos hebraístas que redondeen aún más la hipótesis sobre el origen y diversas de las lenguas americanas. Las conclusiones más rotundas serán la de que los indígenas «judaízan» y la de que los «pobladores de América fueron hebreos». Remite el propio autor al capítulo VI [«Del origen desatinado que se fingen algunas naciones del Orinoco, y se apunta algo de su verdadero origen y descendencia»] de la parte primera de *El Orinoco ilustrado y defendido* en donde ya adelantaba parcelas de su argumentación. El respaldo, ahora, lo tendrá el inusual Génesis IX y X, relativos al arca, al diluvio y a la dispersión posterior al cataclismo. Umberto Eco ha querido resaltar que en estos capítulos previos al episodio de la torre, menos atravesados por el agónico dramatismo del capítulo XI, se encuentran claves muy determinantes para asir la mentalidad que implican las hipótesis sobre la dispersión. La oscilación polariza dos interpretaciones, una vez más: que las lenguas se hayan diferenciado por castigo divino o por razones naturales<sup>112</sup>. Aunque Gumi-lla rechazará muchas páginas más adelante la solución naturalista, en los folios iniciales de su obra todavía parece querer proponer la verdad de esta hipótesis, tan sagrada como la otra, aunque abiertamente contradictorias la una frente a la otra.

Oigamos, primero a Eco, y cedamos después la palabra al misionero de los betoyes, no con el ánimo de enfrentarlos, sino de evaluar gracias al semiólogo moderno el texto dieciochesco:

1) Hemos pasado por alto Génesis 10 donde, al hablar de la dispersión de los hijos de Noé tras el Diluvio, a propósito de la estirpe de Jafet se dice que «estos son los hijos de Jafet por sus territorios y lenguas, por sus linajes y naciones respectivas», y con palabras casi iguales se repite la idea a propósito de los hijos de Cam y de Sem. ¿Cómo hay que interpretar esta pluralidad de lenguas que se produce antes de Babel? Génesis 11 es dramático, iconográficamente fuerte, y prueba de ello es la riqueza de representaciones que la Torre ha inspirado a lo largo de los siglos. En cambio, las alusiones a Génesis 10 son casi irrelevantes y desde luego muestran un menor grado de teatralidad. Es lógico que la atención de toda la tradición se haya centrado en el episodio de la confusión babilónica y que la pluralidad de lengua se haya interpretado como la trágica consecuencia de una maldición divina. El episodio de Génesis 10, por el contrario, o bien no se ha tenido en cuenta, o bien se ha reducido durante mucho tiempo al

<sup>112</sup> «Si las lenguas no se diferenciaron por castigo sino por tendencia natural, ¿por qué hay que interpretar la confusión como una desgracia?» (Eco, *ob. cit.*, pág. 21).

rango de episodio provinciano: no se trató de una multiplicación de lenguas sino de una diferenciación de dialectos tribales<sup>113</sup>.

2) Y así en su nombre apuntaré aquí lo mismo que largamente medité entre ellos, al ver su modo, su estilo y su desdicha, digna de toda compasión. Digo lo primero que los indios son hijos de Cam, segundo hijo de Noé, y que descienden de él a modo que nosotros descendemos de Japhet, por medio de Túbal, fundador o poblador de España, que fue hijo, y nieto de Noé, y vino a España, año 131 después del Diluvio Universal (1788 de la creación del Mundo). A este modo a Cam y a sus hijos les cupo la Arabia, el Egipto y el resto de Africa; y algunos de sus nietos y bisnietos, arrebatados sus barcos de la furia de los vientos, como en su lugar diré, o de otro modo, desde Cabo Verde pasaron al Cabo más avanzado de toda la América Meridional, que está en el Brasil, y se llama Fernambuco<sup>114</sup>.

Hasta el momento, las conclusiones más incontestables serán: 1) el hebreo es la madre de las lenguas americanas; 2) los americanos descienden de Adán y de Noé<sup>115</sup>; 3) antes de Babel, todos hablaban en América una sola y misma lengua; 4) después de Babel, se confundieron las lenguas y se difundieron y propagaron lenguas diferentes habladas por pueblos diferentes. 5) el mosaico lingüístico del Orinoco ofrece clara evidencia del proceso de diferenciación y dispersión; 6) el episodio del diluvio arroja luz diferente al de Babel y permite determinar de manera menos dramática las descendencias bíblicas para justificar antes de Babel la presencia de una diversidad lingüística.

El embrollo conceptual, muy coherentemente resuelto, continúa con una coda conceptual rotunda e inapelable sobre el proceso hebraizante que ha construido:

Todos realmente convenimos en que los indios judaízan, de donde nace el inclinarnos a que los pobladores de las Américas fueron hebreos. Todas

<sup>113</sup> Eco, *ob. cit.*, págs. 20-21.

<sup>114</sup> Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, *ob. cit.*, pág. 111. Trata de redondear la coherencia profunda de sus referencias bíblicas y para lograrlo recurre al tema de la maldición que Noé profirió sobre su hijo Cam (en su alegato, el padre de nuestros pueblos indígenas), en la que él sería esclavo de los esclavos de sus hermanos: «y éstos son puntualmente los indios, no por fuerza, sino de su propia inclinación, verificando la maldición que Noé echó a Cam» (*Ibid.*, pág. 112). Le preocupa el mal proceder de los indígenas que desamparan a los europeos que les han hecho bien.

<sup>115</sup> «los americanos descienden de Adán y de la familia de Noé» (Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, *ob. cit.*, pág. 307).

o parte de las diez tribus que al sexto año del reinado de Ecequías transplantó Salmannasar, rey de Asiria, y después, o se confundieron entre las naciones, o pasaron separados a regiones incógnitas (como dice Esdras). Tal vez entonces poblaron el Nuevo Mundo, región bien incógnita hasta estos siglos últimos. Así casi lo persuade la multitud de ceremonias judaicas que entre las sombras de su ignorancia se han observado y llevo ya apuntadas<sup>116</sup>.

La única falla en Gumilla a la explicación bíblica podría reseñarse en un fragmento del capítulo v, un tanto extraño y de tono más realista, viniendo del hebraísmo duro de donde se viene. Aunque resulta fiel a algunas premisas teóricas ya vistas, refuta la veracidad de algunas de las explicaciones bíblicas o trata de buscar la veracidad en ellas.

Este alegato correctivo discurre en los siguientes términos: *primero*, que las doce tribus de Israel se comunicaban en una misma lengua: el hebreo (en la que también podían entenderse, sirios y caldeos); *segundo*, que de las doce tribus, que hablaban estas tres lenguas (hebreo, sirio y caldeo), diez se trasladaron a América con sus tres lenguas, y aquí Gumilla puntualiza en clave laberíntica, escepticismo: «¿qué son tres lenguas para que de ellas se hayan derivado tanto número de otras distintas, como llevo dicho, y cuantas sola la experiencia puede creer?»<sup>117</sup>; *tercero*, que si se hubieran trasladado las diez tribus a alguna de las misiones americanas «se hubieran hallado voces hebraicas, o claras o disfrazadas, lo que hasta hoy no consta haber sucedido, ni me consta hayan otras provincias hallado señas suficientes de la lengua hebrea»<sup>118</sup>; *cuarto*, que hay que entender la existencia de las falsas afinidades entre lenguas: «porque el que en lengua tuneya, Misión de mi provincia, usen los indios de esta palabra *abá*, esto es, *madre*, con la misma significación, téngolo por una mera casualidad, como en que los guaneros llamen *papá* y *papale* a su padre, y el que los betoyes, que en gentilidad tenían al sol por Dios, le llamasen con el nombre griego Theos, sin que esto pueda probar que aquella nación descienda de la Grecia»<sup>119</sup>; *quinto*, que hay que dejar de creer que las diez tribus de Israel hubiesen poblado América; *sexto*, «otras gentes» poblaron el continente.

La importancia de esta corrección teórica y de este bien llevado proceso de refutación es muy determinante de cuánto pesaba para Gumilla la

<sup>116</sup> Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, ob. cit., pág. 301.

<sup>117</sup> *Ibidem*, pág. 302.

<sup>118</sup> *Ibid.*, pág. 302.

<sup>119</sup> *Ib.*, pág. 302. Asimismo, en cuando a la idea de que «los indios judaízan», antes sostenida, la refutará aludiendo a que entre los musulmanes se encuentran ceremonias judías y no por ello se les puede considerar hebreos (*Ib.*, pág. 303).

demostración lingüística. Hombre de fe y religioso a toda prueba, intenta en principio mantenerse en esa zona de seguridades argumentativas que le proveen las Sagradas Escrituras y ellas le valen cuando se trata de esbozar cuadros generales de comprensión lingüística y cultural. Pero, cuando busca explicaciones a procesos concretos, conocidos por el misionero filólogo en su amplia experiencia de campo en contacto con las lenguas y culturas aborígenes, ya comienza a observar fracturas en las soluciones bíblicas, de las que tampoco puede apartarse mucho en razón de su formación y convicción. En otras palabras, respaldará hasta donde le sea posible la explicación bíblica y la descartará cuando el dato lingüístico pruebe lo contrario y haga que descrea por ciencia lo que por fe ha creído.

Aquí está sucediendo en Gumilla un choque entre creencias y entre disciplinas. El credo religioso y el credo científico entran en conflicto y en su filosofía del lenguaje ello marca una señal muy determinante. No está en capacidad de resolver lo que ese choque está suponiendo y solo alcanza a describirlo. Sus dudas son más que reveladoras de lo que pesa en su pensamiento este antagonismo y el profundo desacuerdo que solo la ciencia del lenguaje resolvería con visos de permanencia durante el siglo XIX. El solo anuncio de Gumilla, un ideólogo de comienzos del siglo XVIII, el que anuncie esta confrontación de principios resulta no solo notable, sino históricamente trascendente.

En esta misma línea, algunos estudiosos del pensamiento jesuítico durante los siglos coloniales americanos han resaltado los conflictos que tuvieron los descriptores de la naturaleza americana a la hora de ajustar lo que observaba en la naturaleza con lo que sobre el particular marcaba el texto bíblico. Así, Luis Millones Figueroa ofrecerá una efectiva explicación en torno a la diferenciación entre los datos provenientes de la Biblia (el Libro de la Palabra) y los que la naturaleza (el Libro de las Obras) estaban aportando: «La diferencia estaba en la forma de resolver posibles conflictos entre el Libro de la Palabra (la Biblia) y el Libro de las Obras (la naturaleza) de Dios»<sup>120</sup>. Se imponía, entonces, no solamente acoplarse a esta diferenciación, sino tratar de que, en uno y otro caso, tanto la Palabra como las Obras, divina la una como las otras, no entraran en profundos desacuerdos. Todo ello, en relación con las lenguas, venía a problematizarse más aun, pues las lenguas participaban tanto del libro de la Palabra como del de las Obras, al ser las len-

<sup>120</sup> Luis Millones Figueroa, «La *intelligenstia* jesuita y la naturaleza del Nuevo Mundo en el siglo XVII», en Luis Millones Figueroa y Domingo Ledezma (editores), *El saber de los jesuitas, Historias Naturales y el Nuevo Mundo*, Frankfurt-Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2005, pág. 42.

guas «palabras» y «obras» indivisiblemente; entidades divinas y naturales en todo y cada momento<sup>121</sup>.

Queda, aquí, alcanzada una de las cotas más altas de la filosofía gumillana del lenguaje retratada en estas polaridades teóricas y en las antinomias conceptuales que auspiciaron en la travesía para comprender el complejo cuadro lingüístico llanero y orinoquense y proponer, para su iluminación y esclarecimiento, la primera clasificación de las lenguas indígenas de Venezuela.

## LA PRIMERA CLASIFICACIÓN DEL LABERINTO

Cuando se evalúa en la obra de Gumilla el sistema de clasificación lingüística, el primer aspecto que debe discernirse es el de las tipologías conceptuales de lenguas, pues va a ofrecer distintas maneras de entenderlas y ello proporcionará un grupo muy interesante de binomios terminológicos. La teoría tipológica gumillana de la clasificación establece un productivo cuadro de diferenciación conceptual:

1) *lenguas generales y lenguas particulares*: «Si las naciones de una lengua fuesen numerosas, como en Europa, a nadie faltara brío para aprender una lengua que le abriría campo para trabajar toda su vida; y si en aquel ángulo de América hubiera, a más de las lenguas particulares una general (como en el Perú, desde Lima a quito, donde corre la inca; y en el Paraguay, donde corre la guaraní; y aun en el mismo Nuevo Reino, donde mientras fué necesaria corrió la muisca), fuera menor el trabajo que el empeño»<sup>122</sup>.

<sup>121</sup> Aunque sería Gilij el que daría a esta idea una forma definitiva, no deja de ser notable que Gumilla la haya anticipado. El misionero de San Luis de la Encaramada descubrirá en Roma, a donde llega después de la expulsión, que las lenguas pertenecen a la Historia Natural y, con esto, se apartaba diametralmente de la gramática general y razonada, muy activa durante los siglos xvii y xviii: «Aunque es verdad que el autor del *Ensayo de Historia Americana* adquirió su ciencia gramatical en el Orinoco, también es cierto que en Roma descubriría que el lenguaje formaba parte de la Historia natural» (José del Rey Fajardo, *Una utopía sofocada: Reducciones jesuítica en la Orinoquia*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1996, pág. 50; «Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia»).

<sup>122</sup> Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, ob. cit., pág. 296. Las discusiones en torno a estos dos tipos conceptuales de lenguas venían dándose desde hacía mucho tiempo atrás. Durante el siglo xix la oscilación teórica sería resuelta por algunos autores, entre ellos, por Andrés Bello, quien en su *Gramática de la lengua castellana desti-*

2) *lenguas matrices y lenguas derivadas*: «de aquella gran copia de lenguas, unas son *matrices*, otras son derivadas (al modo que de la latina, como matriz, se derivan las española, francesa e italiana, mudado respectivamente al dialecto); de modo que, entendida con perfección la matriz, da luz y disminuye la dificultad para sus lenguas subalternas»<sup>123</sup>.

3) *lenguas radicales o vivas*: «Estas lenguas índicas, que nos parecen radicales, vivas o matrices, tal vez serán derivadas de otras que no conocemos»<sup>124</sup>.

4) *lenguas no derivadas*: «El hallar el origen de las lenguas matrices o no derivadas, de que vamos hablando, es materia muy difícil, pero curiosa y digna»<sup>125</sup>.

5) *lenguas subalternas*: «La raíz de las derivadas o subalternas se evidencia ella misma con la relación que tiene, aunque confusa, con su matriz, de quien no sólo tiene, aunque disfrazados, los pronombres, sino también algún eco en las voces»<sup>126</sup>.

6) *lenguas principales*: «Mas la división entre sí de dichas lenguas subalternas y la separación de su original no puede proceder de otro principio que de una notable dispersión de muchas familias de la lengua principal»<sup>127</sup>.

7) *lenguas capitales*: «Nuestros mayores, bien prácticos en los rudimentos de las lenguas, nos dejaron advertido que las que se derivan de una capital, siempre mantienen los pronombres primitivos de su matriz, aunque con alguna variedad, y se ha experimentado que es regla cierta»<sup>128</sup>.

*nada al uso de los americanos*, publicada en 1847, dejaría aclarada la diferenciación ya para siempre. El «particularismo» frente al «generalismo» se terminaría imponiendo en los descriptores gramaticales de lenguas concretas, amparados en la idea de que solamente puede hacerse la gramática particular de una lengua, que es el criterio bellista, mientras que la gramática general termina proponiendo patrones comunes a grandes conjuntos de lenguas.

<sup>123</sup> *Ibidem.*, pág. 296.

<sup>124</sup> *Ibid.*, pág. 299.

<sup>125</sup> *Ib.*, pág. 299.

<sup>126</sup> *Ib.*, pág. 298.

<sup>127</sup> *Ib.*, págs. 298-299.

<sup>128</sup> *Ib.*, págs. 296-297. Acierta al destacar como uno de los vínculos claros para determinar la filiación de una lengua derivada de su matriz radica en el sistema pronominal que se trasvase de una en la otra. Seguidamente, esboza el tópico de la dificultad de aprendizaje de lenguas indígenas, cuya variabilidad viene marcada por la diver-

8) *lenguas vivas y lenguas no descubiertas*: «Y en esta suposición, queda en pie la dificultad del origen de tanta variedad de lenguas vivas ya descubiertas, a más de las otras muchas que restan por descubrir, que, según todas las señas, son muchas más, por ser muy vastas las regiones americanas en donde no ha penetrado aún la luz del santo Evangelio»<sup>129</sup>.

9) *lenguas narigales*: «Lo que pesadamente agrava es la diversidad de pronunciaciones, porque unas son narigales, como la de los salivas, cuyas sílabas casi todas han de salir encañadas por las narices»<sup>130</sup>.

10) *lenguas guturales*: «Otras son guturales, como la situfa, que ahoga las letras consonantes en el garguero»<sup>131</sup>.

11) *lenguas escabrosas*: «Otras son escabrosas, llenas de erres, como la betoya»<sup>132</sup>.

12) *lenguas veloces*: «En fin, la excesiva velocidad de las lenguas guajiva, chiricoa, otomaca y guaraúna es horrible, causa sudor frío y congoja el no poder prescindir el oído más lince una sílaba de otra»<sup>133</sup>.

idad combinatoria de las sílabas y por la distinta pronunciación: «Si esta variedad de lenguas, que resulta de la varia combinación de unas mismas sílabas, no tuviera otra dificultad que encomendarlas a la memoria combinadas, y practicarlas en una regular pronunciación, fuera tarea molesta, pero llevadera» (*Ib.*, pág. 297).

<sup>129</sup> *Ib.*, pág. 301. La conceptualización de lengua viva con lengua descubierta y su contrario se encuentra formando parte de uno de los principios de la filosofía del lenguaje gumillana, que postula la idea de la lengua como un *continuum* de desarrollos sin solución posible, un proceso dialéctico que permite entender que nunca terminan las lenguas, sino que se transforman en otras. Cambios de estatus de lenguas matrices que se harán derivadas y de derivadas que se harán matrices. El desconocimiento de las lenguas y la necesidad de descubrirlas es la razón fortuita para dar vida a una lengua. Lo vivo es lo descubierto y conocido y lo muerto es lo desconocido y aun no descubierto en el espacio de los idiomas. También lo vivo estará «energéticamente» relacionado con lo matriz (*cf.* pág. 299).

<sup>130</sup> *Ib.*, pág. 297. *Vid. infra*, la referencia a esta clase de lengua en la biografía del padre Rivero.

<sup>131</sup> *Ib.*, pág. 297. *Vid. infra*, la referencia a esta clase de lengua en la biografía del padre Rivero. En este caso, como en el anterior, Gumilla mantendrá la coherencia terminológica y conceptual entre lo planteado en el ensayo riveriano y en su obra sobre la Orinoquia.

<sup>132</sup> *Ib.*, pág. 297.

<sup>133</sup> *Ib.*, pág. 297.

El contraste entre lenguas matrices y lenguas derivadas sería en Gumilla la más productiva de todas las tipologías. Como otros autores, el misionero betoye recibe para la teorización de estos dos tipos de lenguas la influencia del filólogo renacentista italiano José Justo Escalígero. Un acuerdo entre los historiadores de la lingüística permite rotular a este autor como el que primero visualiza el contraste tipológico entre estas dos modalidades de lenguas (las llamará «matrices» y «ramificaciones»), en clave de desarrollo y transformación de unas lenguas en otras<sup>134</sup>. Ciertamente, en su obra *Diatribes de Europeorum lingua* (1599) había dejado evidencias más que claras sobre la captación de los marcadores terminológicos «matriz» y «derivado». Había llegado a esta importante diferenciación teórica al encontrar cambios notorios entre el latín y las lenguas romances, al señalar que el francés guardaba parentescos con el español y el italiano<sup>135</sup>.

Gumilla citará al humanista Julio César Escalígero, padre del anterior, en el capítulo quinto de la primera parte de su obra maestra, en relación a un tema etnográfico (la aparición tardía de las canas en los indígenas y la idea de que no son los años sino las pesadumbres vividas las que las propician). Invoca sus *Exercitationes* (1557), un tratado sobre la sabiduría a partir de la enciclopedia de Gerolamo Cardano, de título: *De Subtilitate rerum* (1550). De alguna manera, aunque no podría mecánicamente pensárselo así, la referencia gumillana viene a confirmar, al menos, que los Escalígeros eran autores que el misionero conocía y seguía. Resulta, por otra parte, difícil, siendo esto así, que Gumilla no se hubiera paseado por los tópicos tipológicos referidos.

En confirmación de lo dicho, queda asentado el influjo del filólogo francés Escalígero y el aporte del filósofo alemán Leibniz: «Dos influjos sospechamos que pudieron haber influido sobre el P. Gumilla a la hora de redactar el tema de las lenguas matrices y derivadas llaneras en el invierno

<sup>134</sup> El primer historiógrafo en reseñar el acierto será Vilhem Thomsen: «Hagamos resaltar que adeudamos al genial y polifacético filólogo José Justo Scalígero (1540-1609), hijo de Julio César Scalígero, el primer ensayo de agrupación de las lenguas de Europa, a pesar de su brevedad, extraordinariamente claro y completo. Redúcelas a once troncos de lenguas “matrices”, con multitud de dialectos o “propagines” [“Itaque possumus deligere unum verbum Matricis, quod commune sit pro-paginibus, sive Dialectis, a quo nomen ipsa Matrix habere possit”]» (Guillermo Thomsen, *Historia de la lingüística*, Barcelona-España, Editorial Labor, 1945, pág. 50).

<sup>135</sup> Iorgu Iordan, *Lingüística románica. Evolución, corrientes, métodos*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1967, pág. 5. Reelaboración parcial y notas: Manuel Alvar.

madrileño de 1741: José Justo Escaligero (1540-1609) y Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716)»<sup>136</sup>.

El cuadro tipológico «dodecaconceptual» de Gumilla abrirá terreno a una sinonimia de términos muy rica y sustantiva. Así, el concepto de lengua «matriz» se entenderá en equivalencia con las denominaciones de «no derivada», «radical», «principal», «capital», «viva» y «descubierta». En cuanto a la sinonimia para la lengua «derivada», las equivalencias serán «subalterna» y «no descubierta».

La diferenciación entre matrices y derivadas estará en la antesala de la clasificación de Gumilla y, en cierta medida, la propicia sin titubeos. Interesa mucho en la descripción que alcanza el señalamiento de los plurales (matriceS y derivadaS), pues ello implica un cambio rotundo de entendimiento de los patrones de evolución de las lenguas y su desapego (siempre no declarado) con la explicación babélica. Ya no se trata de una lengua de la que otras se derivan, sino de distintas lenguas (matrices) de las que otras muchas descienden (derivadas) y la idea latente de que ese fue el proceso previo y posterior que rigió y regirá el destino de todas las lenguas. La observación y conocimiento de las lenguas indígenas le ha permitido concretar el acierto. Tiene al latín como modelo de evolución y lo invoca para concretar una clasificación que dibuje los procesos de fragmentación de cada lengua matriz en sus derivadas<sup>137</sup>. Explicación y clasificación se corresponden y se complementan en principios y concreciones:

Sólo hay un corto consuelo, que no es capaz de experimentarse sino después de muy largo. Este está en que de aquella gran copia de lenguas, unas son *matrices*, otras son derivadas (al modo que de la latina, como *matriz*, se derivan la española, francesa e italiana, mudado respectivamente el dialecto); de modo que, entendida con perfección la matriz, da luz y disminuye la dificultad para sus lenguas subalternas; v.gr., de la lengua betoya y jirara, que aunque ésta gasta pocas *erres*, y aquéllas demasiadas, ambas quieren ser matrices, se derivan las lenguas situfa, ayrica, ele, luculia, jabúe,

<sup>136</sup> José del Rey Fajardo, *Los jesuitas en Venezuela. Nosotros también somos gente. Indios y jesuitas en la Orinoquia*, ob. cit., tomo VI, pág. 186. Cf. del mismo autor: *Una utopía sofocada: Reducciones jesuíticas en la Orinoquia*, ob. cit., pág. 38.

<sup>137</sup> Décadas más tarde, Gilij va a desarrollar al máximo este principio, gracias al que se fue capaz de ordenar toda una lingüística comparativa americana de lenguas indígenas teniendo a las distintas lenguas matrices como puntos de partida de complejas familias de lenguas, sin tener que recurrir a lenguas ajenas en estructura, espíritu y geografía a las lenguas americanas. Se trata de una vertiente del trabajo comparativo que se gestó a espaldas del indoeuropeísmo.

Arauca, quilifay, anabali, lolaca y atabaca, etc. De la lengua cariba nacen la Guayana, la palenca, güiri, guayquiri, mapúy y cumanagota: de la saliva se deriva, o es corruptela, la aturi; de la guajiva salen varias ramas, entre la gran variedad de chiricoas; de la achagua, aunque es la más pronunciable, suave y elegante de todas, todavía no se han descubierto lenguajes derivados; porque, aunque en la lengua maypure se hallan muchas palabras achaguas, son introducidas por el comercio, como grecanismos de la lengua latina, que se introdujeron con el estudio de las ciencias y facultades que en ella se explican. Las lenguas otomacas, aruaca, guaraúna y otras que hasta hoy parecen estériles, el tiempo y el descubrimiento de nuevos indios creo que las hará fecundas para los venideros<sup>138</sup>.

Las líneas anteriores condensan buena parte de su pensamiento en torno a los señalamientos de «maternidad» y «filiación». Algunas lenguas son madres de otras y algunas son hijas de otras. La simplicidad de formulación no desdice de la trascendencia del planteamiento, pues, es el que explica los trasvases y transformaciones de unas lenguas en otras, sus semejanzas y diferencias, sus nexos y sus relaciones, sus tipos y, en definitiva, su clasificación. La formación clásica de Gumilla le empuja a privilegiar modelos y procesos del latín y del griego y los invoca en clave indigenista solo cuando pueden servir para clarificar su argumentación.

Recurre a un léxico genético y derivacional que no puede dejarse pasar. Gesta una terminología que devendrá en la manera nominadora usual en estas materias. Así, habla de «copia de lenguas» en la idea de que las lenguas se van alimentando unas con otras, como si se copiaran los recursos formales. También, «copia de lenguas» alude a la reproducción de los fenómenos y, en consecuencia, la exclusividad en la diferencia parece no siempre ser el elemento evaluador de parentescos, sino, en su lugar, la generalidad de la semejanza. Puede comprender el mosaico lingüístico llanero y orinoquense más por lo que se parecen las lenguas que por lo que se diferencian; como consta en la relación entre el latín y las lenguas románicas. Dirá que el betoy y el girara funcionan como matrices, es decir, tienen el mismo rango en el cuadro generatriz y reconoce su simetría, muy por encima de puntuales diferencias: «ésta [el girara] gasta pocas *erres*, y aquélla demasiadas [el betoy]»<sup>139</sup>.

La imagen del «árbol» le permite visualizar y dibujar al mismo tiempo el proceso por el que las lenguas se van derivando las unas de las otras, al modo en que las ramas de los árboles y plantas van tejiendo en la naturaleza

<sup>138</sup> Gumilla. *El Orinoco ilustrado y defendido*, ob. cit., pág. 296.

<sup>139</sup> *Ibidem*, pág. 296.

el tupido ramaje que las entrelaza, de una manera u otra, a todas. El sintagma «rama» le permite imaginar el cuadro y le ofrece la forma para teorizar el organismo derivativo de las lenguas. Cuando alude a la derivación a partir de la matriz guajiva, fija el axioma teórico y terminológico: «de la guajiva salen varias ramas»<sup>140</sup>. A más de un siglo de distancia, el indogermanista August Schleicher (1821-1868), naturalista de profesión y credo darwiniano, volverá sobre la metáfora del árbol para explicar la ramificación de las lenguas indoeuropeas a partir de un tronco común, un eco lejano de la monogénesis hebraísta, para construir la «Teoría del Árbol Genealógico» (*Stammbaumtheorie*). Muy presente en la tradición lingüística venezolana, como en toda la comparatística decimonónica, viene el nombre de Gumilla a inscribirse como la de un precursor no advertido<sup>141</sup>.

Los conceptos de pureza y corrupción vienen a contribuir al dibujo gumillano de las lenguas. Si Gumilla entiende que una lengua derivada es la que se ha corrompido a partir de una lengua matriz, no cuesta trabajo deducir que, aun sin utilizar el concepto «pureza», sean las lenguas matices las que mejor lo encarnen lingüísticamente hablando. Dirá que la lengua aturi [de los Atures] se deriva del sáliva, al entenderse como corrupción de esta última. Sin declararlo, gestiona un principio lingüístico muy moderno que postula que las lenguas cambian y evolucionan gracias al deterioro y la corrupción. La corrección, su contracara, es asunto académico y educativo que nada tiene que hacer en el pensamiento lingüístico indigenista de Gumilla, aunque en ocasiones sus descripciones contrastivas parezcan aludir a diferencias a partir de formas mejores o peores de hablar.

Establece, portador del bagaje teórico reseñado, un cuadro clasificatorio de las lenguas llaneras y orinoquenses y en ello Gumilla será pionero, maestro y guía de las posteriores clasificaciones: la de Gilij a finales del siglo XVIII y las posteriores de Balbi-Humboldt, Arcaya, Jahn y Armellada, en los siglos XIX y XX; en aciertos y en desajustes propios, los unos y los otros, de su carácter precursor.

- 1) *Betoye-Jirara* (situfa, ayrica, ele, luculia, jabúe, arauca, quilifay, anabali, lolaca, atabaca)
- 2) *Cariba* (guayana, palenca, güiri, guayquiri, mapuy, cumanagota)

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 296.

<sup>141</sup> Huellas muy claras del pensamiento schleicheriano en Venezuela las encontramos en estudiosos del lenguaje y etnolingüistas desde mediados del siglo XIX y hasta mediados del XX. Entre otros, Felipe Larrazábal, Julio Calcaño, Rafael Villavicencio, Elías Toro, Jesús Muñoz Tébar, José Gil Fortoul, Julio César Salas y Santiago Key-Ayala (Cf. Pérez, *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita*, ob. cit., pág. 201).

- 3) *Sáliva* (aturi)
- 4) *Guajiva* (chiricoas)
- 5) *Achagua* (sin derivación conocida)
- 6) *Otomaca* (sin derivación conocida)
- 7) *Arauca* (sin derivación conocida)
- 8) *Guaraúna* (sin derivación conocida)

Sobre la base de esta clasificación, y para poder llegar a ella, Gumilla ha procedido guiado por la certeza de conclusiones filiatorias previas y de observaciones parentales que prestigian su método lingüístico de razonar. Serán las más resaltantes las que asientan: 1) las cercanías entre el betoy y el girara, a las que considera matrices emparentadas (que no una matriz con su derivada); 2) el numeroso conjunto de derivadas que ha podido «descubrir» del betoy y girara y de la lengua cariba (o caribe); 3) que a las lenguas sáliva y guajiva, respectivamente, vienen afiliadas las lenguas aturi y chiricoa; 4) que el achagua, muy a pesar de su significación como lengua matriz, no tiene ninguna derivación lingüística y que, y este es el dato clasificatorio que engrandece su condición y aptitud de pensador lingüístico, observa y marca el parentesco con el maipure, lengua aruaca con la que sin duda está el achagua emparentada, y 5) la no descendencia conocida de las lenguas otomaca, arauca y guaraúna.

## EL MISTERIO DE LAS LENGUAS

Gumilla culminará sus apreciaciones sobre las lenguas abriendo un conjunto de temas no menos interesantes que los ya abordados y que, una vez más, permiten definir su proceder filosófico y su vocación por ofrecer luces teóricas para comprender lo que llamará «el misterio de las lenguas».

Esta preciosa formulación será alcanzada luego de preguntarse por algunas de las rarezas en la estructura y naturaleza de las lenguas que ha conocido en suelo neogranadino y orinoquense. Repara en la falta y en el predominio de determinadas letras (fonemas) en las lenguas indígenas. Peculiaridades que están en cualquier lengua, pero que el misionero quiere entender como distintivas. Así, el betoy no necesita de la *p* y la situfa de la *r*. El patrón, variando el fonema, se manifiesta en otras lenguas. Irá más allá y querrá que este tipo de rarezas sean problema no resuelto y asunto de misterio, como señala<sup>142</sup>.

<sup>142</sup> *Ibid.*, pág. 297.

De esta suerte, planteará un rasgo de crecimiento de las lenguas, visto en su demorada y detallista observación de las lenguas de los llanos del Casanare y de las del Orinoco, para responder al enigma de la no derivación (o el no descubrimiento) en ciertas matrices. Propondrá, y eso se hará creencia de fuerte arraigo en su credo filológico (además de un renglón capital para los estudios de las lenguas), que no existen lenguas «estériles». Al contrario, tendrá fe en que el tiempo hará fertilizar las matrices para que generen sus propias lenguas derivadas. También, que con el hallazgo de nuevas comunidades humanas vendrán otras lenguas que permitirán hacer el dibujo completo del mosaico, hoy incompleto y parcial. Cree, por tanto, en el estudio prospectivo de las lenguas. Esterilidad y fertilidad lingüísticas vendrán a entenderse circunstancias inherentes al desarrollo de las lenguas<sup>143</sup>: «Las lenguas otomaca, aruaca, guaraúna y otras que hasta hoy parecen estériles, el tiempo y el descubrimiento de nuevos indios creo que las hará fecundas para los venideros»<sup>144</sup>.

Dejamos el tiempo y pasamos al espacio. El padre Gumilla ha querido vincular lengua y territorio; o, mejor, un territorio para cada lengua, en la idea de que no existe espacio humano que no porte como identificación una lengua diferente. Aunque el principio queda inmerso en la compleja argumentación babélica que construye, no deja de ser muy revelador de esta gran verdad; las lenguas y sus asideros territoriales y los grabados que la tierra hace en la lengua y en la representación que las lenguas hacen de la tierra. El binomio perfecto las hace existir simbióticamente: «Luego a cada padre de familia de por sí, con su familia, le cupo diferente idioma y diverso territorio, y cada cual tomó un camino»<sup>145</sup>.

El principio de dispersión lingüística, en consonancia con el anterior, vendrá a entenderse como capital para el conocimiento sobre el funcionamiento de las lenguas. La explicación forma parte de la que intenta frente a la «confusa variedad de lenguas». Dispersión como voluntad (neoterritorialización) o como destierro (desterritorialización) de las lenguas y su evolución pactada por el cambio de los lugares, de las sociedades y de las culturas. Quiere, gracias a esto, que nazcan, así, nuevas lenguas y que ese

<sup>143</sup> En otra lectura, parece Gumilla vindicar las lenguas indígenas saliéndole al paso a ese estribillo calificador que una y otra vez insiste en la pobreza de las lenguas indígenas. Muchas veces le oí al padre Armellada fustigar a los propagadores de este tipo de insustanciales señalamientos, gestados por la incomprensión y el desconocimiento, aun en nuestro tiempo, sobre las bellezas de las lenguas aborígenes.

<sup>144</sup> Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, *ob. cit.*, pág. 296.

<sup>145</sup> *Ibidem*, pág. 300.

cambio y nacimiento se logren, imperceptibles, «mudamente caminando con el tiempo». La primera teoría sobre evolución y cambio lingüísticos en la ciencia venezolana del lenguaje:

La división entre sí de dichas lenguas subalternas y la separación de su original no puede proceder de otro principio que de una notable dispersión de muchas familias de la lengua principal, que, o voluntariamente o desterrada, o extraídas violentamente por enemigos más fuertes, y pobladas a notables distancias (como realmente se hallan aquellas selvas), de la falta de comunicación entre sí y de la insensible omisión de unas sílabas y aumento de otras, que en casi todas las lenguas va mudamente caminando con el tiempo, al cabo de años viene a resultar un nuevo lenguaje, que la misma madre de quien se originó lo desconoce<sup>146</sup>.

## EL HISTORIADOR DE LA LINGÜÍSTICA

No es posible terminar la aproximación a la lingüística en Gumilla sin estudiar su trabajo como historiador de esta disciplina, inventada para pensar las lenguas y para producir materiales que las describan. Precursor, aquí, como en otros asuntos, no será raro entender la calidad de su gestión historiográfica, muy a pesar de ser esta la primera vez en que se la perfila en esta dirección.

Dos importantes títulos de su bibliografía van a servirnos como guía para la exploración del Gumilla historiador de la lingüística. Nos referimos a los textos biográficos que escribe sobre los padres José Cavarte y Juan Rivero, y que tienen fecha, respectivamente, en 1724 y en 1739; es decir, que se trata de escritos previos a su obra grande. Entendidos como escritos necrológicos o de homenaje memorialista sobre la acción misional de ambos religiosos, van a aportar informaciones muy valiosas sobre las tareas de aprendizaje de lenguas, confección de repertorios e ideología lingüística.

Uno y otro texto señalan rutas de vocación e investigación sobre las lenguas indígenas que exploran, al unísono y como requerimiento de la labor misional que se imponen realizar. Sus títulos: «De la vida y apostólicas virtudes de el Padre Joseph Cavarte, natural de Zaragoza que murió en la provincia de el Nuevo Reino de Granada» y «Breve noticia de la apostólica, y exemplar vida del angelical, y V.P. Juan Ribero, de la Compañía

<sup>146</sup> *Ibid.*, pág. 298-299.

de Jesús, misionero de indios en los ríos Cazanare, Meta, y otras vertientes del gran río Orinoco, pertenecientes a la provincia del Nuevo Reyno».

Uno y otro autor van a ser protagonistas excepcionales de la filología colonial jesuítica y esta misma disciplina los rescatará del olvido y divulgará las obras que acometieron en la búsqueda del conocimiento de las lenguas indígenas americanas. Sus nombres: José Cavarte (1655-1724) y Juan Rivero (1681-1736) vendrán a entenderse como estandartes de la pasión por el estudio de las idiomas indígenas llaneros, aunque en los dos casos, casi absolutamente, esa pasión pueda hoy solo reconstruirse por referencias indirectas y testimoniales, dada la circunstancia de la desaparición casi completa de la obra filológica de uno y otro<sup>147</sup>.

En la biografía de Cavarte, se va haciendo el seguimiento de la materia lingüística en paralelo con el de la materia misionera. Lo vemos, muy temprano, estudiando gramática en su Zaragoza natal, como parte de sus estudios generales, así como «letras humanas», en Sevilla. Ya en suelo americano, Gumilla destaca el ahínco con el que se dedicó al estudio de lenguas, aprendiendo la primera el sáliva: «Y para que el fruto de ellas fuese más abundante y seguro se entregó todo al estudio de la lengua *Saliva*»<sup>148</sup>. Consecuencia de este estudio, se refiere la elaboración del vocabulario de esta lengua: «estaba trasladando el vocabulario de la lengua *Saliva*»<sup>149</sup>. El texto biográfico pauta el camino de estudio entre las distintas lenguas indígenas de los llanos y la necesidad de entender ese estudio desde la impronta del políglotismo. Seguidamente, Cavarte aprenderá el girara,

<sup>147</sup> De Cavarte, se tienen noticias que escribió «Apuntes para una Gramática en lengua Enagua», «Vocabulario de la lengua sáliva», «Arte, vocabulario y catecismo en lengua girara», «Arte, vocabulario y catecismo en lengua sáliva», «Arte, vocabulario y catecismo en lengua achagua». De Rivero, por su parte, que fue autor de «Arte y vocabulario de la lengua achagua», «Apuntaciones gramaticales de la lengua girara», «Gramática y diccionario de la lengua achagua», «Gramáticas varias» (Del Rey Fajardo, *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres, ob. cit.*, tomo II, págs. 134 y 433-434). El padre Rivero intervino en la elaboración-revisión-completación del texto *Arte y vocabulario de la lengua achagua*, de Alonso de Neira, al punto de considerarse como segundo autor de esta obra que, a su vez, un autor anónimo trasuntaría y editaría en 1762, casi después de treinta años de fallecido Rivero. Dada la capital importancia que reviste este texto, hito de la lingüística colonial venezolana, hemos dedicado en este libro un estudio independiente sobre este documento.

<sup>148</sup> José Gumilla, «De la vida y apostólicas virtudes de el Padre Joseph Cavarte, natural de Zaragoza que murió en la provincia de el Nuevo Reino de Granada (1724)», en *Escritos varios*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1970, pág. 9. Estudio preliminar: José del Rey Fajardo.

<sup>149</sup> *Ibidem*, pág. 10.

como la segunda de sus maestrías lingüísticas y, como tercera, el achagua, teniendo en esta por maestro al padre Neira a quien conoce y secunda en muchas tareas. Gumilla deja colar, cuando se refiere a la vocación de Cavarte por el achagua, que el conocimiento de esta lengua le iría a servir de mucho, dada la condición de lengua matriz y de gran influencia en la lingüística de estos parajes:

Luego que llegó el padre José Cavarte al puerto pasó a la reducción de San Francisco Javier de Macaguane a ayudar al padre Pedro de Hortega. Aquí olvidado de los trabajos pasados tomó el de aprender la lengua *Girara*: más antes de perfeccionar en ella hubo de pasar a la reducción de *Tame* y de ésta a la de *Casanare*. Allí dejadas otras lenguas indias de que tenía ya muy buenos principios tomó con empeño el aprender la lengua *Achagua*, adivinando que la tal era la que le había de servir más en todo lo restante de su vida<sup>150</sup>.

La entrega del misionero anacoreta que describe Gumilla se ve salpicada con episodios en donde el saber de las lenguas por parte de Cavarte resulta el elemento de interés. Así, su satisfacción, cuando se acerca el momento de su muerte, por ver que otros pastores han tomado el estudio del achagua con notoria aplicación. La referencia parece recaer, sin discusión, en el padre Rivero:

No es el gozo que tuvo el Padre José cuando al cabo de tantos años, de tan largos viajes, y de tantos y tan desmedidos afanes vio finalmente conseguidos sus deseos, y más cuando vio en su compañía un Padre aplicado a la lengua indica y a la enseñanza de los *Achaguas*, se derretía todo en gusto<sup>151</sup>.

La biografía de Rivero va a responder a similares planteamientos y a casi idénticos seguimientos temáticos. Sin embargo, el historiador de la lingüística que está en Gumilla tendrá en este texto un mayor desarrollo y un desenvolvimiento más lucido para hacer brillar la gestión filológica del misionero e historiador de indias. La extensión y complejidad del empeño le permiten a Gumilla ordenar la exégesis y presentar la apología dentro de unos cauces que son, en proporciones simétricas, exactos (la ciencia) y fascinantes (la literatura).

Instrucción gramatical de niño en su natal Miraflores de la Sierra, enseñanza de la gramática en varios colegios de la compañía, maestro de gra-

<sup>150</sup> *Ibid.*, pág. 11.

<sup>151</sup> *Ib.*, pág. 15.

mática en Pamplona del Nuevo Reino (aquí se encontrará con el hermano Agustín Vega, ducho en lenguas aborígenes), idéntica ocupación de estudio en Mompox serán algunas de las notas curriculares iniciales con las que el padre Gumilla quiere hacernos ver que estamos en presencia de un misionero filólogo en toda regla y de un conocedor exquisito de las reglas de la gramática. Continuará el recorrido en tierras de indios, señalando lo crucial que fue su arribo y encargo provincial de la reducción de San Javier de Macaguane, habitada de individuos sociables pero salvajes en enseñanza por haber desconocido los predecesores de Rivera las lenguas de los indígenas<sup>152</sup>. Gumilla determina esto como un tropiezo importante que la llegada del gramático Rivera comienza a revertir. Bellamente, apunta que parecía exigírsele a los misioneros que se volvieran como niños para aprender las nuevas lenguas: «lo tercero, y principal tantearà, si le será, ò no factible bolverse Parvulo, y Balbuciente, para aprehender nuevas lenguas»<sup>153</sup>.

Aprenderá, primero, dos lenguas al mismo tiempo: el airica y el girara (con sus dos dialectos y su hermandad derivativa con el betoy). Gumilla subraya el tesón y rutina del padre por el estudio de las lenguas y por la maestría que ese estudio tesonero y constante le proveyó. Estamos presenciando el nacimiento de un lingüista en lenguas indígenas y de una vocación lingüística incomparable en la pletórica y pormenorizada narración del primer historiador de la lingüística venezolana:

No assi nuestro Missionero, que yà estos tres puntos los llevaba bien premeditados: y assi, luego que reconoció la necesidad, se aplicò à estudiar (cosa rara) à un mismo tiempo dos languages diferentes; porque la mayor parte de aquella Mission habla lengua *Ayrica* gutural, y por sus muchas consonantes dificil de pronunciar: de esta, tomò por Maestro à Pedro Guitarra, Indio, Fiscal de la doctrina, que sabìa bien la Española, lo restante de aquel Gentio habla lengua *Jirara*; pero dividida en dos Dialectos, que se vuelven bien desemejante à sì misma: tanto, que en boca de la Capitanìa de *Araucas* casi parece otra de la que habla la Capitanìa de los *Eles*; pero ella es una, y derivada de la lengua *Betoyana*; de esta lengua (digamoslo assi) Tripartita tomò el Padre Juan por Maestro à un Padre

<sup>152</sup> José Gumilla, «Breve noticia de la apostolica, y exemplar vida del angelical, y V.P. Juan Ribero, de la Compañía de Jesús, misionero de indios en los ríos de Cazanare, Meta, y otras vertientes del gran río Orinoco, pertenecientes a la provincia del Nuevo Reyno [Carta escrita por el P. Joseph Gumilla de la misma Compañía, Superior que fue de dichas Misiones, y al presente Procurador General de dicha Provincia a entrambas Curias] (1739)», en *Escritos varios, ob. cit.*, págs. 24, 27, 29, 30, 31, 36 y 37.

<sup>153</sup> *Ibidem.*, pág. 37.

Misionero, que distaba de allí siete leguas: del Fiscal tomaba lección mañana y tarde y la encomendaba a la memoria: A tomar lección de la lengua *Jirara*, hasta que se hizo capaz del arte de ella, iba todos los Jueves, sin falta, à la Mission del otro Padre, y despues, yà eran menos los viajes, que suplía, embiando à su Maestro una Carta en lengua *Jirara*, que servía de composición, esta bolvia corregida, y puesta en estylo; y le añadía el Misionero vecino otra Carta acerca del mismo assumpto; pero con otras frases, y modos característicos de hablar. De sus Cartas corregidas hizo el Padre un Libro, y de las de su Maestro otro, ambos de bastante cuerpo, en que construía, y se adiestraba cada día mas: la tarèa, y tesòn en el estudio de una, y otra lengua, creo, que no ha tenido exemplar en aquellas Misiones; y lo es grande, para los Misioneros, que Dios embiare a su Mies, que este es el fin de haver corrido aquí la pluma algo difusa. En fin, à los nueve meses de aquel tan amargo estudio, que solo el amor de Dios, y de los proximos lo puede endulzar singularmente por la asistencia del Espiritu Santo, explicó el Padre Ribero la Doctrina Christiana, y oyò las confesiones de todos sus Neophytos de una, y otra lengua, en aquella Quarisma, y sus escritos quedan en aquella Reduccion, para mucho alivio de los Padres, que oy asisten, y para los que en adelante siguieren<sup>154</sup>.

Gumilla toma nota del prodigio y estima con emoción el proyecto políglota de Rivero<sup>155</sup>. En conocimiento de las tres lenguas (*girara*, *airica* y *betoy*) y los dos dialectos del *betoy* (*arauca* y *ele*) anteriormente mencionados, se avocará, seguidamente, al estudio de cuatro lenguas más: *achagua*, *sáliva*, *guajiva* y *chiricoa*. El recuento gumillano no puede sino entusiasmar y llenar de admiración. Estudio de lenguas y predicación cristiana forman el conjunto perfecto del misionero filólogo que en Rivero tuvo su realización más acabada y fervorosa:

En el duro estudio de aquellos lenguages agrestes, tan necesario que sin èl, solo será el Misionero un bulto animado; mejor dire, un estorbo impertinente en las Misiones: *Quomodo audient sine praedicante?* Y como predicarà, el que no sabe el idioma del auditorio? Yà dixè, que en la aplica-

<sup>154</sup> *Ibid.*, págs. 37-38.

<sup>155</sup> En clave de prodigio, la sapiencia políglótica de Rivero, la más notable en la historia colonial del país, tendrá una brillante descendencia en hombres de letras y pensamiento de los siglos posteriores. Entre otros, serán sus sucesores idiomáticos el lexicógrafo Rafael María Baralt, el orientalista Félix E. Bigotte, el traductor Juan Antonio Pérez Bonalde, el erudito José Antonio Ramos Sucre, el mitridático Julio César Salas, el hermenéutico Lisandro Alvarado, el poeta de idiomas arcanos Salustio González Rincones y el lingüista de idiomas ciertos Esteban Emilio Mosonyi.

cion al estudio de esas lenguas, dexò nuestro Apostolico Missionero un exemplar admirable à la posteridad, y vimos arriba el tesòn infatigable con que se aplicò à las lenguas *Ayrìca*, y à la *Betoyana*, en sus dos dialectos de *Aràuca*, y *Ele*: con el mismo esfuerzo se aplicò en Meta al estudio de la lengua *Achàgua*, tanto, que al ajustar el primer año, explicaba en ella yà la Doctrina Christiana, predicaba, y exercia todos ministerios, con entera satisfacciòn del V. Padre Joseph Cavarte, Missionero anciano de aquel partido<sup>156</sup>. Del mismo modo se aplicò después al estudio de la lengua *Sàliva*; la mas dificil de nuestras Misiones, por ser lenguaje, que se debe llamar *Narigal*, à distincion de las que lamamos *Guturales*, como son la *Ayrìca*, y la *Sitùfa*; porque si estas ahogan la articulacion en el fondo de la garganta; la *Sàliva* arroja, y mejor dirè, confunde la mayor parte de sus sylabas, dentro de las narices de aquella amabilissima gente, la mas dócil, mansa, y tratable de las descubiertas en aquellos Rios, y Bosques, de quienes ningun Missionero se quejarà de que malogra su enseñanza, y fatigas. Despues de esta, y àùn casi al mismo tiempo, se empeñò el Padre Juan en el estudio de las lenguas *Guajìva*, y *Chiricòda*, en que hacia ya gran progreso, quando la embidia del demonio, y la inconstancia, y genio andariego de aquellas dos naciones, destruyò en breves dias aquellas Reducciones, que tantos trabajos costaron, quantos en el libro 6 de su Historia, apunta nuestro Missionero. Fuè en fin tanto su estudio, tanta la formalidad en sus apuntamientos, que no faltò Conmissionero, que ingenuamente le dixesse, que aquel yà parecia exceso [...] Con este espiritu, y con este ardiente zelo suavizaba el Padre Juan la amargura de aquel arduo, y continuo estudio de las lenguas<sup>157</sup>.

Rescata Gumilla un bello planteamiento de Rivero en el que se define su pasiòn y amor por las lenguas que aprendió y estudió con tanta dedicaciòn. La referencia deja claro que ese estudio no era pormenor de una práctica catequética, sino el ímpetu de un filólogo con fe suprema en el objeto sagrado de su estudio. Es la respuesta de Rivero ante el reclamo de sus contemporáneos que querían entender sus capacidades lingüísticas como un exceso (fanatismo) o como una nimiedad (futilidad). La formu-

<sup>156</sup> Cf. *supra* la referencia no explícita que Gumilla hace en la biografía de Cavarte a Rivero, sabio sucesor del misionero achagua.

<sup>157</sup> Gumilla, «Breve noticia de la apostolica, y exemplar vida del angelical, y V.P. Juan Ribero, de la Compañía de Jesús, misionero de indios en los ríos de Cazanare, Meta, y otras vertientes del gran río Orinoco, pertenecientes a la provincia del Nuevo Reyno [Carta escrita por el P. Joseph Gumilla de la misma Compañía, Superior que fue de dichas Misiones, y al presente Procurador General de dicha Provincia a entrambas Curias] (1739)», *ob. cit.*, págs. 42-43.

lación es, quizá, la mejor corona de su credo lingüístico indigenista, a más de una de sus mejores y más imperecederas enseñanzas:

Yo, Padre mio, (dixo) miro cada palabra, verbo, y frasse de estas lenguas, como granos de oro finissimo, que recojo con esta codicia; porque sembrados despues en el terreno de los Gentilismos, veo, que à manos llenas rinden frutos de vida eterna<sup>158</sup>.

Las enseñanzas de Rivero, destaca su historiador lingüístico, quedaron traducidas a un conjunto de obras, hoy perdidas en su mayoría (como se ha dicho), y, también, quedaron fijadas en la conciencia idiomática de los que convivieron en las misiones jesuíticas en que construyó su invaluable apostolado. «Misionero de varias Naciones, cuyas lenguas habló», deja un legado paradigmático y metalingüístico, creando el estudio de las lenguas y la filosofía para poder estudiarlas, como si de una lengua nueva se tratara:

De esta, no solo surtió el efecto de *una lengua nueva*, que indicaba, sino tambien de muchas, que escribió sus artes, en que despues, con gran zelo, y no menor prudencia, adestrò à muchos Misioneros, que oy llevan el peso de las Misiones sobre sus ombros, y se precian de haver sido sus discípulos<sup>159</sup>.

Como se ha visto, la trascendencia de estos dos textos de Gumilla es muy grande. Lo serían si solo sirvieran para ilustrar la carrera lingüística de estos dos sabios filólogos indigenistas. Pero, adicionalmente, adquieren rango superior como fundación de una disciplina dentro de los estudios sobre las lenguas en Venezuela. Cuando Gumilla reseña y critica (la apología como forma de evaluación) lo que estos misioneros aportaron a la lingüística, está edificando por primera vez una práctica, aquí en estado germinal, que con el correr de los siglos se entenderá fundamental para el desarrollo de la ciencia del lenguaje: la historiografía de la lingüística.

La idea motivadora refrendará el principio por el cual no se puede hacer descripción lingüística sin el auxilio de los conocimientos históricos sobre lo ya hecho en lingüística. Pioneros en estos, como el mismo Gumilla, lo serán algunos otros filólogos coloniales jesuíticos y ello deter-

<sup>158</sup> *Ibidem*, pág. 43.

<sup>159</sup> *Ibid.*, pág. 44.

minará una constante histórica en el seno de la ciencia lingüística jesuítica de todo tiempo. El historiador de la lingüística José Gumilla es la última y más perdurable de sus conceptualizaciones y, quizá, la más sólida dirección de su filosofía del lenguaje, distante de todo los detallismos gramaticales y auspicio de reflexiones de vuelo amplio enraizadas en el saber profundo sobre las lenguas.

# El escritor y lexicógrafo José Cassani, miembro de la Real Academia Española (1741)

## EXCEPTUADO Y EXCEPCIONAL

Compartirá el padre José Cassani (1673-1750) con su hermano en religión y vocación, el célebre Lorenzo Hervás y Panduro, a la distancia de más de dos generaciones, la idéntica situación de haber escrito sobre las lenguas y culturas indígenas de Venezuela sin haber estado nunca en América. Las leyendas americanísticas promovieron la idea (y se la repitió con insistencia) de que Hervás había sido misionero en las Indias occidentales<sup>160</sup>, dada la pasión y precisión con la que resuelve la materia lingüística en sus repertorios idiomáticos. En cuanto al historiador jesuita madrileño, no falta quien lo haya creído misionero en el Orinoco<sup>161</sup>, pues la trascendencia de su libro americano y la efectividad de la divulgación europea de las temáticas indígenas tuvieron tal importancia gracias a él, que no puede sino eximirse de algunas de sus imprecisiones (o, mejor, de sus soluciones expositivas), de las que otros autores de su tiempo, aun habiendo vivido entre los indígenas, no estuvieron exentos.

<sup>160</sup> Vilhelm Thomsen, el primer difusor del equívoco, lo formula en estos términos: «Diónos [Hervás] a conocer detalles de los idiomas americanos que había conocido ampliamente en sus largos años de permanencia en América como misionero» (*Historia de la lingüística*, Barcelona-España, Editorial Labor, 1945, pág. 58).

<sup>161</sup> El historiador franciscano Antonio Caulín, que cita frecuentemente al jesuita en su obra, del año 1779, lo hace muchas veces como si entendiera que Cassani hubiera sido testigo de muchos de los asuntos que cuenta. Moviéndose entre la certeza y el equívoco, hará una primera alusión de Cassani en compañía de José Gumilla, misionero orinoquense como el que más, destacando —claro—, el seguimiento que ha hecho de la obra del padre Rivero: «Últimamente escribieron del gran Río Orinoco, por los años de quarenta, y quarenta, y uno, los MM. RR. PP. Jesuitas Casani, y Gumilla. Aquel tocó algo del Orinoco, en la Historia, que escribió, del nuevo Reyno de Granada, siguiendo la que dexó manuscrita el R. P. Juan Rivero» (*Historia de la Nueva Andalucía*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1966, tomo I, pág. 27). Cf. sobre las lecturas jesuíticas del padre Caulín, Caracciolo Parra León. *Cronistas de Venezuela* [1935], en *Obras*, Madrid, Editorial J. B., 1954, págs. 517-518.

Se quiera o no, más para el primero que para el segundo, esto ha determinado su parco ingreso en los haberes bibliográficos sobre fuentes para el conocimiento de la Venezuela indígena del tiempo colonial. Es cierto que se le estima grandemente. Es cierto, también, que su tarea es citada en repetidas ocasiones. Es cierto, y nadie lo duda, que su nombre forma parte del conjunto de estudiosos de las «antigüedades» venezolanas. Sin embargo, todas estas certezas no han actuado afirmativamente para que se entendiera la inmensidad de su figura y su excepcionalidad para el tema venezolano, más allá de los ámbitos eruditos y especializados.

Las excepciones, y de rango magnífico, vienen dadas por los investigadores jesuitas del tiempo moderno<sup>162</sup> quienes han proyectado la figura de Cassani a renglones de estimación muy sólidos y han sido estos autores los que han permitido colocar el nombre del jesuita dieciochesco en el exacto lugar que merece. A su «desubicación» ha contribuido la rareza y excepcionalidad de su personalidad intelectual. Matemático de formación y ejercicio<sup>163</sup>, escritor de variados intereses, hombre público de notable estatura y filólogo de vocación no siempre reconocida (o aun por reconocérsele, más allá de los recuentos generales y de las listas de académicos y estudiosos de

<sup>162</sup> Lo será para los estudios venezolanos coloniales, como el que más, el padre José del Rey Fajardo, quien ha promovido y acompañado la divulgación de la obra de Cassani y la ha encuadrado en su lugar historiográfico y erudito correctos. Deben, a este respecto, tenerse en cuenta los siguientes títulos: «Estudio preliminar», en su edición anotada de la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, de Joseph Cassani, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1967, págs. IX-XCIX. *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, págs. 114-127; 2.<sup>a</sup> edición, San Cristóbal-Santafé de Bogotá, Universidad Católica del Táchira/Pontificia Universidad Javeriana, 1995, págs. 131-141. *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2006, págs. 187-198. *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, Caracas-Bogotá, 2006, tomo II, págs. 115-126. Cf. también: Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona-España, Librería Antiquaria, 1948 y ss., tomo III, págs. 258-259. José Martínez de la Escalera, «José Cassani», en Charles O'Neill y Joaquín María Domínguez, *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, Roma-Madrid, Institutum Romano Societatis Iesu/Pontificia Universidad Comillas, 2001, tomo I, pág. 695. José Martínez de la Escalera, «José Cassani», en *Diccionario de historia de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2018. ([www.dhe.rae.es](http://www.dhe.rae.es))

<sup>163</sup> Cf. José Manuel Sánchez Ron, «La ciencia en el *Diccionario de autoridades*». En *Crónica de la lengua española 2020*, Madrid, Real Academia Española/Espasa, 2020, págs. 642-660. Casi todo el estudio está dedicado al padre Cassani y a sus aportaciones científicas al primer diccionario de la Academia.

la lengua), la obra del padre Cassani está a la espera de una evaluación vindicadora de sus muchos méritos. Los tuvo, más allá de sus cargos públicos y de su renombre entre sus contemporáneos, como hombre de pensamiento, como escritor, como historiador, como autoridad lingüística y como lexicógrafo.

## LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y EL AÑO 1713

Desde el año 1711 era frecuente que se reunieran en el palacio del muy ilustre marqués de Villena, don Juan Manuel Fernández Pacheco, un selecto grupo de intelectuales y hombres de letras a debatir y a pensar, en enriquecedora tertulia, sobre asuntos humanísticos de variado carácter. Era la lengua, como dudarlo, uno de los temas que les causaba gran preocupación, especialmente, el de la falta de un diccionario de la lengua, al modo del de los italianos (*Accademia della Crusca*) y del de los franceses (*L'Académie Française*), ya que el prestigioso *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias, primer repertorio monolingüe del español, aparecido en 1611, estaba naturalmente muy envejecido. Asimismo, se ponía de manifiesto que un diccionario con las características generales y amplias que se pretendía, no podía ser obra de un solo autor, sino, muy al contrario, de una institución que concertara a los más grandes y sabios estudiosos de la lengua española.

Sería, entonces, la realización del ambicioso diccionario el que motivaría la creación de la institución que lo llevaría a cabo y no al revés, como suele ser tónica de la cultura hispánica toda: primero instituciones y luego obras, que muchas veces no llegan.

Es, de esta suerte, como se comienza a planear la creación de una corporación de estudio, diferente a cualquiera de las existentes, que diera cobijo a tan importante proyecto y a pensar en todos los pasos que habría que dar para hacerla una realidad. Como Italia y Francia<sup>164</sup>, que en este

<sup>164</sup> Juan José Abreu, director de la Academia Venezolana de la Lengua, publicaría, en 1934, bajo el título «Memorandum», un interesante ensayo sobre las academias en general y sobre la Real Academia Española, en particular. Ofrece en este texto algunas informaciones sobre las academias anteriores a la española: «los florentinos establecieron la primera corporación que tuvo por objeto pulir el habla –1552– la llamaron *Accademia della Crusca*, y *Accademia del Cimento* a la que fundaron en 1657 para el estudio de las ciencias naturales. En 1690 aparecen la de los Arcades, en Roma, y la de *Ciencias y Artes*, en Bolonia. Ya en 1635 había fundado Richelieu la *Académie Française de la Lengua* y Colbert fundó en 1666 la de *Ciencias*. Las de bellas artes lo

tiempo y en esto aventajaban a España, la intención quedaría pronto claramente determinada: se crearía una academia de la lengua. El camino sería tortuoso y muy largo en trámites, pues no existía apoyo pleno al rey por parte del Consejo de Castilla para la creación de una institución así. El rey, Felipe V, el primer Borbón, estaba entusiasmado y ganado desde un principio con el precioso proyecto, tanto del diccionario como de la academia.

Lo destacable, más allá de todas los escollos que hubo de superarse, el tesón inquebrantable del marqués de Villena y del conjunto de aquellos primeros tertulianos de 1711 (entre los que ya se contaba Cassani<sup>165</sup>), fructificó, al punto de que su real majestad (padre del que con los años sería Carlos III, hijo de Felipe V con Isabel de Farnesio, el rey que dictaría la *Pragmática Sanción*, de ingrata recordación en la historia de la Compañía de Jesús), la ratificaría de derecho en la Real Cédula de 3 de octubre de 1714. Sin embargo, como se sabe, ya desde el 3 de agosto del año anterior había quedado instalada de hecho al celebrarse la primera sesión de la corporación, en el señorial palacio del marqués, en frente del Monasterio de las Descalzas Reales (fundado por Juana de Austria, hermana de Felipe II, y cargado de muchas nobles historias)<sup>166</sup>. En el Palacio de los Pacheco se elaboraría el primer diccionario académico, conocido como *Diccionario de autoridades*; criatura perfecta e insuperada de la lexicografía española.

fueron, en París, de 1648 a 1666, siendo refundidas, en 1795, con la de la *Lengua* y la de *Ciencias*, en el Instituto de Francia. También los pueblos del Norte tienen academias desde aquella época: en 1700 se estableció la de *Ciencias* en Berlín; en 1710 la de Upsal y en 1739 la de Estocolmo. La gran Catalina fundó la de Rusia en 1725; y se ha difundido de tal modo el cognomento que por doquier pululan las academias, no solamente científicas, literarias y de bellas artes, sino hasta de los humildes oficios manuales» (en *Boletín de la Academia Venezolana, correspondiente de la Española*, Caracas, n.º 1-2 [1934], págs. 4-5). Cf. para un panorama más completo del cuadro de academias europeas anteriores a la RAE, Carmen Sanz Ayán, «La Academia Española y la consolidación de un proyecto cultural», en *La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española*, Madrid, Real Academia Española, 2013, págs. 69-72 [«Las academias antes de la Academia»].

<sup>165</sup> Abreu, *ob. cit.*, pág. 5: «Ya desde algún tiempo reuníanse en la casa del marqués, y por invitación suya, el padre Ferreras, don Gabriel Álvarez de Toledo, don Andrés González de Barcia, fray Juan de Ayala, los padres jesuitas Alcázar y Casani, don Antonio Dongo, los marqueses de San Juan y de Castelnovo y el señor de la Torre del Pasaje». Cf. Fernando Lázaro Carreter, «El primer diccionario de la Academia» [1972], en *Estudios de lingüística*, Madrid, Editorial Crítica, 1980, pág. 85.

<sup>166</sup> Antonio Fernández Alba, «La sede de la Real Academia Española», en *La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española, ob. cit.*, pág. 162.

Las tareas del diccionario demandaron del primer grupo de académicos un gran saber y una gran dedicación y no siempre estas cualidades, especialmente la segunda, estuvieron actuando para que la obra se terminara en los plazos previstos y con la maestría descriptiva deseada. Esta circunstancia, explicable en una institución que congregaba saberes diferentes y vocaciones diversas, fue, quizá, la que hoy podría explicar el esfuerzo enorme que supuso para algunos de los académicos más activos. Siempre obra colectiva, significó, muy por encima de esos pormenores, un prodigio del trabajo en equipo, en la idea de que la competencia y dominio de la lengua exige pluralidad en la asimilación de los fenómenos y de conocimientos de variadas disciplinas. En otro sentido, interesa observar que fueron muchas las empresas personales y muchos los desvelos de algunos académicos para haber florecer una obra tan compleja y de ir la construyendo con rigor y sistema a lo largo de tantos años (median trece años entre la aparición del primer tomo, en 1726, y la del sexto y último, en 1739).

Los estudiosos de este diccionario han destacado en todo momento la dedicación de Cassani y el empeño que manifestó siempre por esta importante obra. El jesuita fue dentro de la academia y en las tareas del diccionario un factor de organización muy destacado y un trabajador inteligente en la descripción de la lengua. Su sentido de la justicia motivó, en más de un caso, que las decisiones se tomaran por votación y no por imposición<sup>167</sup>.

Intervino Cassani en el diseño de la planta y en la selección del leuario, en la redacción de algunas letras escogidas al azar para cada académico, en la asistencia a otros académicos que no pudieron culminar sus asignaciones, en la revisión de otras y, finalmente, en la redacción de un importante texto sobre la historia de la academia que formaría parte de los prolegómenos del tomo primero del diccionario.

Cassani aparece reportado en la lista de los académicos que cumplieron a tiempo y bien su tarea, en cuanto a las dos primeras letras del alfabeto, recogidas en el primer tomo de la obra: «Hubo redactores muy diligentes. En dos años y medio acaban su tarea Ferreras, Saldueña, Squarzafigo, Casani, Barcia, Alcázar, Connink [sic], Villademoros, Dongo, Villena y Ayala»<sup>168</sup>.

También, va a trabajar Cassani junto con otros dos colegas, concretamente con Pardo y con Torrepalma, en los preliminares, siete años antes de que el tomo primero fuera a la imprenta. Su sentido anticipado y pre-

<sup>167</sup> Lázaro Carreter, *ob. cit.*, pág. 96.

<sup>168</sup> *Ibidem*, pág. 114.

visor de los asuntos del diccionario así se lo marcan. Lamentablemente, la refundición de estos proyectos, encomendada el año 1723 a Gonzalo Machado terminará mal, al perder este último los papeles previos que habían adelantado, tantos años antes, los numerarios mencionados. Más aún, don Gonzalo se desentiende de la tarea comisionada y tendrán que reescribirlos, ahora, Acebedo, Conink y Cardona, y la refundición de lo que ellos hagan la culminará Cassani; ficha siempre confiable para la academia<sup>169</sup>.

El padre Cassani sería de los pocos académicos que durante el prolongadísimo tiempo de elaboración del diccionario cumplirá cabalmente con cada uno de los encargos de estudio y sin pretender ningún tipo de remuneración económica, asunto de no poca importancia para muchos de los académicos en los años fundadores de la institución. La Real Academia, como se sabe, había recibido desde su instalación una asignación bastante jugosa de estipendios reales. Sin embargo, sería Vicente Squarzafigo, el magnífico secretario y luego tesorero, motor y artífice mayor del diccionario, el que recibirá el «primer dinero que iba a cobrar un académico»<sup>170</sup>: 50 doblones anuales. Los años permitirían nuevas discusiones sobre materia siempre tan escabrosa dentro de las academias<sup>171</sup>.

El año 1739 vería aparecer el último tomo del *Diccionario de autoridades* y con él, culminado el más hermoso proyecto lexicográfico de la Real Academia Española. Tristemente, la fatalidad haría que varios de sus artífices y promotores no pudieran disfrutar ni total ni parcialmente con la visión de la obra publicada. El marqués de Villena moría, en 1725, sin ver siquiera editado el tomo primero. Squarzafigo lo haría el año 1737, a las puertas de la definitiva publicación de la obra, aunque tuvo el consuelo de verla prácticamente toda en letra impresa y adelantada con visos de conclusión. El rey Felipe V vería no solo el punto final, sino la acogida y triunfo de la obra toda. Serían, de nuevo destacado por la historia, el padre Cassani y don Andrés González Barcia los únicos de los académicos fundadores (los del año 1713) en ver el final de la tarea y en tener la satisfacción del premio que suponía contar con los seis magníficos volúmenes del singular y precioso diccionario.

<sup>169</sup> *Ibid.*, pág. 125.

<sup>170</sup> *Ib.*, pág. 125.

<sup>171</sup> *Ib.*, pág. 137.

## HISTORIA DE LA ACADEMIA

Entre los prolegómenos antes mencionados del *Diccionario de autoridades* hay uno que reviste un interés muy especial para nuestro estudio. Se trata de la «Historia de la Real Academia Española», escrita por el padre Casani<sup>172</sup>. Primera en su especie, está conducida por el rasgo protagónico de quien la escribe, actor en primera fila de todos los eventos que se concertaron para construir la institución y de las posteriores acciones y los proyectos que se pusieron en marcha para que la corporación andara con pie firme.

El texto discurre con moderado estilo, controlando el elogio y amparado en los documentos clave en la fundación del instituto<sup>173</sup>. En todo momento, pero en discreto ocultamiento, el actor ofrece la narración inaugural de esa primera década de trabajo sin hacer uso de la primera persona en ninguna de las relaciones de actividades que refiere. Solamente, aparecerá mención personal como participante en la primera junta de la academia, el 3 de agosto de 1713, en la lista que hace de los académicos fundadores: «El Padre Joseph Casáni, de la Compañía de Jesus, Calificador del Supremo Conséjo de Inquisición, su Visitador de Librerías, y Maestro de Matemáticas en el Colégio Imperial»<sup>174</sup>.

Nacida gracias al diccionario y amparada por su ejecución, la academia en la visión de Cassani tuvo primero alma que cuerpo o tuvo un cuerpo nacido con alma. El planteamiento es revelador de la firmeza con la que se fundaba la institución y de cuáles serían en adelante las directrices de su misión estudiosa de la lengua: las obras como alma y sentido de la corpo-

<sup>172</sup> Cf., sobre la autoría del texto: Martínez de la Escalera, «José Cassani», *ob. cit.*, tomo I, pág. 695: «Como miembro fundador de la Real Academia Española (1714), participó activamente junto con Bartolomé Alcázar en la preparación del primer tomo del *Diccionario de Autoridades* (1726) y escribió además la historia de la institución»; Sanz Ayán, «La Academia Española y la consolidación de un proyecto cultural», *ob. cit.*, pág. 73: «José Casani (1673-1750), jesuita y calificador del Consejo de Inquisición visitador de sus bibliotecas, maestro de matemáticas en el Colegio Imperial de Madrid, autor de un *Tratado de los cometas* y de la “Historia de la Real Academia Española” que se incluye en los preliminares del *Diccionario de autoridades*».

<sup>173</sup> Estos serían: el «Memorial» para solicitar la protección del rey, la respuesta de recibo y consultas sobre el memorial anterior firmada por el marqués de Mejorada y, finalmente, la aprobación de Felipe V y su resolución de protección para la academia (3 de octubre de 1714).

<sup>174</sup> José Cassani, «Historia de la Real Academia Española», en *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Editorial Gredos, 1976, pág. x [Edición facsimilar].

ración: «Con tan soberano apóyo se discurrió en convocar Personas que compusiesen este cuerpo, que (segun lo referido) tuvo primero alma que diesse vida, que material sugéto en quien infundirse»<sup>175</sup>.

Cuando hace el recuento de las personas, no podía ser de otra manera, además de listar los nombres de los fundadores y de destacar sus ilustres hojas de nobleza e inteligencia, hará el elogio merecido del director fundador. Ocupa el número uno de los 18 que conforman el relato histórico:

Su primer Autor, y Fundadór (á quien este cuerpo confessa agradecido deber el sér) fué el Excelentissimo señor Don Juan Manuel Fernandez Pacheco, Marqués de Villéna, Duque de Escalóna, Mayordomo Mayor del Rey nuestro señor, y Caballero del Toisón de Oro, en quien igualmente concurrían la grandeza en el nacimiento, las mas elevadas prendas en las virtudes moráles, la constancia en las mayores tribulaciones, el exemplo en la mas acrisolada fidelidad, y una continua aplicación à las buenas letras, desde que tuvo uso de razón, hasta el último término de su vida: lo que acredita bien la copiosa y selecta librería, con gran cantidad de curiosos y apreciables manuscritos, que dexó por fruto de su incesante desvélo. Debiera aqui la gratitud à su veneranda memoria dexar correr la pluma en sus merecidos elógios; pero lo suspende, por haver parecido mas conveniente imprimir aparte algo de lo mucho que se puede decir en su alabanza, por no interrumpir la relación de la institución y progresos de la Académia: permitiendo este ligero desahogo para consuelo del agradecimiento<sup>176</sup>.

Aunque el diccionario sería la vocación central de la Real Academia era necesario cumplir con otras ocupaciones y el texto de Cassani las consigna. Así se establecerán asuntos de organización que implican las juntas regulares, la redacción de los estatutos, la creación de una secretaría, la decisión de cargos, la solicitud de apoyos (como la del rey, ya referida), la creación de un escudo y la determinación del nombre de la institución. Muy esclarecedora será la explicación sobre el escudo y lema de la academia, el tan citado «Limpia, fija y da esplendor» y pocas veces entendido en su medida justa. Obra de los académicos, el escudo tuvo destacada significación:

Executado assi, se resolvió por comun acuerdo tomar por empresa y sello próprio un crisol al fuego con este mote: *Limpia, fija, y dá esplendor*. Aludiendo à que en el métal se representan las voces, y en el fuego el trabajo

<sup>175</sup> *Ibidem*, pág. IX.

<sup>176</sup> *Ibid.*, pág. IX.

de la Académia, que reduciéndolas al crisol de su exámen, las límpia, purifica, y dá esplendór, quedando solo la operacion de fijar, que unicamente se consigue, apartando de las llamas el crisól, y las voces del exámen. Con que de passo se satisface al reparo que se encuentra en los libris impresos en Francia, con el título de *Journal des Sçavans*: pues no se ignóra, que el fuego en lugar de fijar liquída los metáles; pero también se sabe, que si estos tuvieren alguna escória: el que quisiere fijarlos sin esta imperfección está precisado a valerse del fuego y el crisól, donde se liquíden para purificarse, y después puedan fijarse con nuevo, ò mayor esplendór: siendo constante, que ningun metál podrá purgarse de la mezcla impúra que tuviere, sin que primero se liquíde al exámen del crisól, ò al martyrio de la copéla. Y entendidas assi empresa y mote, no podrá negarse, que en el todo de uno y otro está significado con rigurosa propiedad el assunto de la Academia<sup>177</sup>.

La compleja explicación generó con el tiempo, es lo más probable, una secuela de atribuciones no siempre justas en torno a la concepción purista de la academia al momento de su nacimiento. Está claro, que el uso de la semántica purista en Cassani no aludía a lo que en el siglo siguiente se entendió por pureza de la lengua y por su control por parte del purismo académico. Voces presentes en el fragmento anterior, como «purifica», «purificarse», «impura», «purgarse» y otras parecidas, pudieron ser las causantes de una atribución que para ese momento no era cierta o, al menos, no estaba tan desarrollada la teoría purista como para orientarse punitivamente contra los usuarios de la lengua; como sí ocurrió en el siglo XIX<sup>178</sup>. La influencia del purismo irradiado por la Academia Francesa<sup>179</sup>, exponente virtuoso de esta concepción, pudo motivar las críticas que comenzaron para la Real Academia Española en esta dirección desde muy temprano.

<sup>177</sup> *Ib.*, pág. XIII.

<sup>178</sup> Cf. Francisco Javier Pérez, *Oídos sordos. Historia del purismo lingüístico en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002.

<sup>179</sup> En la escogencia del nombre mismo de la institución, la influencia francesa sería determinante: «Sobre el nombre, aunque se tenían presentes los vários títulos que hasta ahora han tomado diversas Académias de Italia, como en Sena la Académica de los Entronizados, en Florencia de la Crusca, en Bolónia de los Ociosos, en Milán de los Escondidos, en Roma de los Humoristas, en Pavía de los Confiados, &c. pareció mas acertado imitar à la Académia Francésa en no dár à esta otro nombre que el de Académia Española, considerando que en España no ha havido, ni hai otra con quien poder equivocarla: al contrario de lo que sucede en Italia, que como son muchas, y florecen à un mismo tiempo, necesitan de diferentes nombres para distinguirse» (Cassani, «Historia de la Real Academia Española», *ob. cit.*, pág. XIV).

Dedicaré buena parte del escrito a exponer y explicar el método de trabajo seguido para elaborar el diccionario y la planta que regirá para construir la memorable obra. Describe la planta en un pormenor que no hubiera podido hacer sino un solvente lexicógrafo o, en su lugar, un conocedor disciplinado de este tipo de obras. Participando de uno y otro, Cassani ofrecerá una brillante síntesis del patrón de estudio del léxico y de los mecanismos activados para que funcionara la descripción semántica o metalingüística de las voces. Para comprenderlos mejor, hemos titulado cada una de las secciones de la planta, siguiendo la secuencia rigurosa de la exposición de Cassani:

### 1) Orden alfabético

Lo primero se han de poner todas, y solas las voces apelativas Españólas, observando rigurosamente el orden Alfabético en su colocación: y por consiguiente quedarán excluidas del Diccionario todas las voces y nombres propios de Personas y Lugáres que pertenecen à la História, y à la Geographía. Y tambien se excusaran todas las palabras que significan desnudamente objéto indecente.

### 2) Normas de tratamiento de las voces y frases de acuerdo a su morfología

En cada voz se debe poner inmediatamente, y en abreviatúra (como despues se dirá) qué parte es de la oración? Si Verbo, Nombre, ò Particípio, &c. En el Nombre, si es substantivo, ò adjetivo, masculino, ò femenino. En el Verbo, si es activo, neutro, impersonál, ò recíproco. En el Particípio, si es activo, ò passivo, Y à esta forma en las otras Partes de la oración, si algo les perteneciére. En los Verbos que tuvieren irreguláres algunos tiempos, ò Persónas, &c. se debe advertir: como en Traher, Traxe: en Andar, Andúve, &c. y lo anómalo que huviere en otros Verbos y Nombres. Poner las voces primitivas con su Definición, ù Descripción, y su Etymología; y despues las derivadas, compuestas, y synónymas; los Epithétos mas usados, y los Refránes. Con cada Verbo poner sus Particípios, los Compuestos, y los Verbales. Los Términos adverbiales, que constan de mas de una voz, se colocarán en el lugar que les toca de riguroso Alfabéto; remitiéndolos para su explicación à la voz Dominante: como A raíz. Vease Raíz. De propósito. Vease Propósito. Por fuerza. Vease Fuerza, &c. En cada una de las Voces primitivas poner el uso, ò phrases admitidas.

### 3) Marcación [diacrónica, diaestilística]

En cada Voz expresar su qualidád: conviene à saber, si es antiquada, ò usada; si es baxa, ò rústica; Cortesana, Curiál, ò Provinciál: equívoca, proverbial, metaphórica, ò bárbara.

## 4) Tratamiento de las variantes [pronunciación]

Si se encontráre extraordinaria pronunciación de una letra en diferentes voces, se explicará esta variación: como Vexámen, en que se pronúncia la x como j. Y Exámen, en que se pronúncia como verdadera x. Y en Chamelóte se pronúncia el cha con el modo usuál Español, y en Patriarcha, como si fuesse K.

## 5) Tratamiento de las partículas

Explicar las Partículas Españólas Pronombres, Preposiciones, Artículos, Conjunciones, Interjecciones, y el uso de todas ellas. Especialmente advertir quando las Voces toman artículo de género impróprio, para excusar la Cacophonía, como quando decimos: el Alma santa, el Agua fría, por no decir la Alma, la Agua.

## 6) Tratamiento de los adverbios

Distinguir los Adverbios de la Léngua de las otras partes de la oración, y corregir si algun abúso se hallare del vulgo en ellos.

## 7) Ortografía de las voces

Observar exactamente la Orthographía de las Voces, de suerte que no se obscurezca su primitiva origen, desterrando los abúsos que en contráριο se hallaren.

## 8) Tratamiento de extranjerismos

Anotar, si la Voz fuere de Léngua extraña, Francésa, Italiána, Africána, &c. Quando se hallare venir la Voz de otra Léngua, no averiguarle de mas arriba su Etymología. Advertir las ocasiones en que tuviere efecto la duplicación de letras, para la buena pronunciación: como se vé en acción, accidente, &c.

## 9) Tratamiento de las variantes [ortografía]

Anotar las variedades que se hallaren en el escribir algunas Voces, aprobando la mejor, y desechando las demás: como algunos dicen aóra, otro agóra, y parece lo mejor decir ahóra, advirtiéndolo en los lugares que les tocáre. Lo mismo se dice del Verbo Volver, que muchas Persónas, y todos, ò casi todos los Impressóres le comienzan con B, desfigurandole su origen. Mas juntamente (atendiendo à excusar la confusión en los Lectóres del Diccionario, que ignoraren de donde las Voces se originan, y las huvieren de buscar) se anotarán segun el uso común, ò vulgar de escribirlas, en el lugar que les tocáre del Alfabéto; pero remitiéndolas para su explicación al que deben tener según su origen y Etymología: y assi el

exemplo puesto arriba de Volver, se colocará en la B, por atender al uso común, diciendo: Bolver. Vease Volver.

#### 10) Léxico poético

Si alguna Voz se halláre ser propia solo de la Poesía, anotarla también: como Tonante, Altitonante, Averno, &c. Lo mismo se advertirá en las Voces, cuyo uso es solamente admitido en el estilo forense: como Cassar en el sentido de Annular, ò Cancelar.

#### 11) Voces mal sonantes

Prevenir las que se deben evitar por mal sonantes, y explicar los diferentes sentidos de las equivocadas. En las antiquadas substituirles las que oy están admitidas con igual sentido.

#### 12) Neologismos

Desterrar las Voces nuevas, inventadas sin prudente elección, y restituir las antiguas, con su propiedad, hermosura, y sonido mejor, que las subrogadas: como por inspeccionar, averiguar. Y por Pontificar, Presidir en la Iglesia Universal, calificando de barbarismo dichas Voces nuevas.

#### 13) Alfabetización de los derivados

La explicación, ò definición, uso, y phrases de los Verbos, ò Voces derivadas, ò compuestas, que se ponen seguidas à sus Raíces, se reservará, para darse en el lugar que les toca del riguroso Alfabéto. Por ser adonde, quien las huviere menester, naturalmente las ha de buscar de primera instancia, à causa de ignorar, ò de no hacer la bastante reflexión a que son derivadas, ò compuestas de otras Voces simples, ò primitivas. A todas las Voces, Phrases y Proverbios, quando están, y se explican en sus lugares propios, se les debe añadir la palabra, ò phrase Latina, que les corresponde en aquella acepción, por atención à los Extranjeros: y esto al fin del Artículo de su explicación.

#### 14) Acentuación

En quanto à los accentos hay mucho que corregir en el mal uso, si se ha de acentuar con puntualidad y razón. En rigor no tiene uso el accento grave (que es el que baxa obliquamente de la izquierda à la derecha) sino sobre las quatro vocales à, è, ò, ù, quando cada una es Voz separada de otras; porque la Ypsilon, que nos sirve de Conjunción Castellana, no le tiene, ni le necessita. El agúdo (que baxa de la derecha à la izquierda) se debe poner en la última vocal de la dicción, quando la pronunciación

carga en ella: como Refrán, Arnés, Perfil, Amó, y Azúl. Quando la penúltima syllaba fuere larga en Voz de mas de dos syllabas, y no se le siguieren dos consonantes, se le ha de poner el accento agúdo: como Amádo, Aguacéro, Erguído, Hermóso, y Agúdo. Y no se debe poner en Madras-tra, Estrella, Enigma, Assombro, Injusto, ni en los demás semejantes. Quando la penúltima fuere breve (que es lo que llamámos en España Esdrúxulo) se debe poner siempre el accento agúdo en la antepenúltima: como en Cántaro, Pésame, Pífano, Tórtola, y Música. De todo lo qual se colige, que no hemos menester en España el accento circunflexo para cosa alguna.

#### 15) Uso de símbolos [\*, +], tipografía, subrayado

La primera vez que una Voz se pusiere en su próprio lugar de riguroso Alphabéto, se le pondrá delante un Asterisco, ò Estrellica, que al Impressor haya de significar haverla de poner toda con letras Versales, ò Mayúsculas. Quando esta misma Voz tuviere diferentes significaciones, ò phrases, se ha de repetir otras tantas veces, empezando por ella en Artículos aparte, y ponerle una Cruz, que sirva de señal de averse imprimir con Versalillas. Los Proverbios, ò Refránés, y los otros modos proverbiales, bastará que tengan rayada por debaxo la Voz Dominante, que signifique averse de imprimir de cursiva: y el mismo estílo se debe guardar en los Textos de prosa, que se citáren de Autores, poniendo al fin del Texto en abreviatúra el Nombre del Autor con Versalillas. Si fuere de Versos el Texto, se podrá rayar por debaxo todo él, menos la Voz Dominante, para que quede mas distinguida.

#### 16) Estilo

El estílo del Diccionario debe ser conciso, y sin divertirse à erudiciones, que no sirvan de adorno à la Léngua, ni à citas superfluas de Léngua estraña. Quando una Voz se pone en su lugar Alphabético, segun su escritura, y por tocar à otra parte, se huviere de remitir à ella, será siempre con la palabra Vease<sup>180</sup>.

Como último asunto de estudio del diccionario deja el tópico de las autoridades, tan crucial y que sería estandarte de mérito de este diccionario. Apunta que deben seleccionarse las mejores autoridades lingüísticas, entendiendo por tales a los autores clásicos, y que tiene que revisarse cada libro para encontrar la voz que se está estudiando para documentarla con la cita de la respectiva autoridad. Señala, y esta es una observación que solo

<sup>180</sup> Cassani, «Historia de la Real Academia Española», *ob. cit.*, págs. xv-xviii.

podía hacerla quien ya había pasado por semejante tarea, que encontrar en un libro una voz concreta es asunto de suerte: «porque hallar en un libro una voz es fortuna que ofrece el acáso»<sup>181</sup>. Al contrario, indica que cada académico deberá recorrer cada fuente y extraer de ella todas las voces que interesen y no solamente la que debe rastrear en razón de la letra o combinación silábica que se le haya encomendado.

La teoría de la autoridad lingüística está expresada en términos de necesidad, constituyéndose en corazón de la descripción en este diccionario. Asimismo, quiere que esta teoría y su aplicación se erijan en las verdaderas sancionadoras de la lengua y que ello no descansa en la propia academia. Como se sabe, la crítica invirtió y confundió estos polos y quiso hacer recaer en la academia y no en las autoridades lingüísticas el saber de la lengua<sup>182</sup>. En Cassani, como en el resto de los académicos fundadores, nunca hubo duda sobre este tópico tan capital:

El poner estas autoridades pareció necesario, porque deseando limpiar, purificar, y fijar la lengua, es obligación precisa que la Academia califique la voz, y manifieste los méritos de su juicio: pues con este método muestra la moderación con que procede, y desvanece las inventadas objeciones de querer constituirse maestra de la lengua: porque calificada la voz por límpia, púra, castíza y Española, por medio de su etymología, y autoridades de los Escritores; y al contrario, castigada por antiquada, ò por jocosa, inventada, ò usada solo en estilo libre, y no sério: viene à salir al público, con notoriadád del hecho, que la Academia no es maestra, ni maestros los Académicos, sino unos Jueces, que con su estudio han juzgado las voces: y para que no sea libre la senténcia, se añaden los méritos de la causa, y propuestos en las autoridades que se citan<sup>183</sup>.

Cassani, que sería ejecutor como el que más de este diccionario, vería, en los tomos finales de la obra, su propio nombre dentro del conjunto de autoridades estudiadas y expurgadas léxica y lexicográficamente. De «autor» a «autoridad», sería el tránsito virtuoso que recorrería el Cassani lexicógrafo.

<sup>181</sup> *Ibidem*, pág. XVIII.

<sup>182</sup> Hasta el presente sigue funcionando esta ecuación, haciendo que el saber coloquial iguale al académico de la lengua con autoridad de la lengua (académico = autoridad). Lamentablemente, lo sabemos, eso no siempre es así.

<sup>183</sup> Cassani, «Historia de la Real Academia Española», *ob. cit.*, págs. XVIII-XIX.

## CASSANI TRILÍTERO

El jesuita redactaría las letras *i, j e y* del diccionario. Sin embargo, para que el carácter grupal de la obra se mantuviera era necesario que el resto de los académicos revisara y completara las partes encomendadas a otros académicos. Cassani mismo lo haría con otras secciones del diccionario. Además, el jesuita trabajaría, en algunas combinaciones de las letras *a y b*, en el volumen inicial, cuyo trabajo quedó repartido entre los académicos de primera generación y en las letras *ch, d, k, n, r y z*, en los siguientes volúmenes<sup>184</sup>.

Al recorrer estas tres letras de la obra queda claro el cumplimiento sistemático que hace Cassani de la planta establecida por los ideólogos del diccionario. Lucen como méritos la riqueza del leuario, la sencillez expositiva, el lenguaje general y no erudito empleado en las definiciones, la puesta en práctica de mecanismos redaccionales diseñados en la planta y, muy especialmente, las referencias documentales de autores y obras en cada caso. Este último elemento descriptivo no se gestiona nunca con la intención de abrumar al usuario, sino para que sirva de refuerzo y confirmación de que la voz estudiada y sus diversas acepciones responden a la verdad de la lengua.

Consigue Cassani un «relato lexicográfico» en donde la necesidad descriptiva y el azar léxico jugaron papel clave. En otras palabras, tiene por imposición del alfabeto que verle forzosamente la cara a ciertas voces; unas con inmenso gusto y otras, como es natural en la tarea lexicográfica, con desagrado o incomodidad. La rigurosidad de la labor exigirá el tratamiento por igual de cualquier tipo de voces y, en esto, Cassani lo cumple cabalmente. Los diccionarios construyen una visión del mundo mientras desarrollan el relato descriptivo de las voces que se creen son determinantes (y lo son), para comprender lo que una comunidad, de un tiempo histórico específico, piensa y siente sobre las realidades más diversas.

<sup>184</sup> El padre del Rey ha dejado un recuento muy justo de los distintos trabajos cumplidos por Cassani para el *Diccionario de autoridades*: «Cassani por el contrario sobrevivió a todos los fundadores. Y a medida que las comisiones fueron fallando, su nombre pasó a primer término en la elaboración de esa obra colosal, hasta el punto de que no se le asigna otra labor exclusiva, fuera de la *Historia de la Academia* y del *Discurso Proemial sobre las Etimologías*, más que las Letras íntegras: I, J, Y; las combinaciones enteras Ai, Am, Ay; en compañía del Sr. Montes, las que empiezan por Ch; con el P. La Reguera y los Señores Squarzafigo y Folch de Cardona las que comienzan por D; en otras colaboraciones abarcó la K, N, Ri, Ro, Z; además cuidó de extractar las autoridades de Santa Teresa de Jesús, de definir las voces matemáticas y del blasón, y de catalogar las de los tejedores de seda» («Estudio preliminar», en *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, ob. cit., pág. xxxiii).

Al acercarnos al conjunto de lemas, vemos que le toca componer al jesuita voces tan emblemáticas para él como «idioma», «iglesia» y «jesuita». También, el americanismo «iguana»; el único en el repertorio que estudia en profundidad. Observarlo en detalle permite, además de apreciar su rigor técnico-descriptivo, señalar algunos de los recursos ensayados. El desglose de los elementos arroja como resultado una definición, una taxonomía y un apoyo documental muy interesante. En cuanto a la definición, considera dos acepciones: por un lado, el «Animal amphibio de la America, el qual es à manera de un lagarto»; por otro, «unas piedras llamada de Iguana, que son provechosas para algunos males». Anota la taxonomía: «*Lacertus Americanus*». Finalmente, una autoridad, en este caso, la de la *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuita José Acosta, en el siguiente fragmento: «Harto mejor comida es la de *Iguánas*; aunque su vista es bien asquerosa, pues parecen puros lagartos de España»<sup>185</sup>.

Al comparar la anterior definición con la presentación que del mismo animal hace en su *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América*, del año 1741, parece estar aprovechando la definición que aparece en el diccionario y que cuyo tomo tercero estaba en circulación en 1732:

En la tierra logran caza por ser aquellas Sabanas, o llanos abundantísimos de todo genero de animales terrestres: tienen quantos tenemos en Europa, y tienen muchos mas, que acá no conocemos, como son las Iguanas, algo parecidas a los lagartos, pero mayores, y de bello sabor<sup>186</sup>.

Lo que es «anfibio» en el diccionario, en la historia es «animales terrestre». Lo que en el diccionario se apunta como «es à manera de un lagarto», es «algo parecidas a los lagartos» en la historia. A partir del señalamiento de Acosta, autoridad actuante en este artículo del diccionario, que menciona el grato sabor de la carne de iguana: «harto mejor comida», en la historia vendrá a hacerse «de bello sabor».

En uno y otro caso se echa de menos la descripción maravillosista o fantasiosa que sobre la *iguana* podemos ver en otros autores más antiguos

<sup>185</sup> *Diccionario de autoridades, ob. cit.*, tomo II, pág. 209. Cf. sobre las particularidades en la definición de la voz *iguana*, Rafael Cala Carvajal, «La coherencia en lexicografía. El caso de algunos indoamericanismos en el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739)». Aunque no hace mención a Cassani, cita el estudio del padre Pérez Goyena sobre la participación de los jesuitas en dicha obra.

<sup>186</sup> Joseph Cassani, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1967, pág. 89.

y más modernos que Cassani. También, no debe olvidarse que Cassani nunca pudo ver el animal y que escribía por referencias y por aproximación descriptiva sobre la especie que explica. La coherencia de su tratamiento (tanto en el diccionario como en la historia), escueto y correcto, queda fuera del circuito descriptivo de la generalidad de los historiadores antiguos de Indias, que vieron en este animal un ser monstruoso y maligno. La exploración no deja de ser elocuente<sup>187</sup>:

1) Descripción en autores anteriores

1511-1530 Pedro Mártir de Anglería *Décadas del Nuevo Mundo II* (51-52 y 512): y también trajeron serpientes de las que arriba mencionamos, y que son muy semejantes a los cocodrilos: las llaman *iuanas* [...]. // En mis libros primeros y en los subsiguientes se mencionaron frecuentemente ciertas serpientes con cuatro patas, de feroz aspecto.

1526 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés *Sumario de la natural historia* (99-100): Comían asimismo una manera de sierpes [iguanas] que en la vista son muy fieras y espantables, pero no hacen mal, ni está averiguado si son animal o pescado, porque ellas andan en el agua y en los árboles y por tierra, y tienen cuatro pies, y son mayores que conejos, y tienen la cola como lagarto, y la piel toda pintada, y de aquella manera de pellejo, aunque diverso y apartado en la pintura, y por el cerro o espinazo unas espinas levantadas, y agudos dientes y colmillos, y un papo muy largo y ancho, que le cuelga desde la barba al pecho de la misma tez o suerte del otro cuero y callada, que ni gime ni grita ni suena, y estáse atada a un pie de un arca, o donde quiera que la aten, sin hacer mal alguno ni ruido, diez, y quince, y veinte días, sin comer ni beber cosa alguna; pero también les dan de comer algún poco cazabe o de otra cosa semejante, y lo comen, y es de cuatro pies, y tiene las manos largas, y cumplidos los dedos, y uñas largas como de ave, pero flacas, y no de presa, y es muy mejor de comer que de ver; porque pocos hombres habrá que la osen comer, si la ven viva.

1527-1562 Bartolomé de Las Casas *Historia de las indias* (I, 217): Esta sierpe, verdaderamente sierpe y cosa espantable, cuasi es de manera de cocodrilo o como un lagarto, salvo que tiene hacia la boca y narices más ahusada que lagarto. Tiene un cerro desde las narices hasta lo último de la cola, de espinas grandes, que la hacen muy terrible; es toda pintada como lagarto, aunque más verdes oscuras las pinturas; no hace mal a nadie

<sup>187</sup> Las referencias que siguen han sido tomadas del *Diccionario histórico del español en Venezuela* (Caracas, Bid&co., editor/Fundación Empresas Polar/Academia Venezolana de la Lengua, 2012, págs. 476-480), de Francisco Javier Pérez.

y es muy tímida y cobarde; es tan excelente cosa de comer, según todos los españoles dicen, y tan estimada, mayormente toda la cola, que es muy blanca cuando está desollada, que la tienen por más preciosa que pechugas de gallina ni otro manjar alguno; de los indios no hay duda sino que la estiman sobre todos los manjares.

1535 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés *Historia general y natural de las Indias* (II, 32-33): Este es una serpiente o dragón, o tal animal terrestre (o de agua), que para quien no le conoce, es de fea e espantosa vista, e extraño lagarto, grande e de cuatro pies; mas es muy mayor que los lagartos de España, porque la cabeza es mayor que el puño o mano cerrada de un hombre, e el pescuezo corto, e el cuerpo de más de dos palmos, e otros dos en redondo, e la cola de tres e cuatro palmos lengua [...] Tienen por medio del espinazo, levantado, un cerro encrestado a manera de sierra o espinas, e parece en sí sola muy fiera. Tiene agudos dientes, e un papo luengo e ancho que le va e cuelga desde la barba al pecho, como el buey. Y es tan callado animal, que ni grita, ni gime, ni suena, y está atado a doquier que le pongan, sin hacer mal alguno ni ruido, diez o veinte días e más, sin comer ni beber cosa alguna [...] Los brazos, e pies, e manos, e piernas, e las uñas, todo esto es como de lagarto, e luengas las uñas, pero flacas e no de presa. Es en tanta manera de terrible aspecto, que ningún hombre se aventuraría a esperar este animal, si no fuese de grande ánimo, e a comer dél ninguno, si no fuese de mal seso o bestial (digo no conociendo su ser e mansedumbre e buen gusto).

1539-1553 Galeotto Cey *Viaje y descripción de las Indias* (32-33): En esta isla y en Tierra Firme, sobre todo en los ríos y charcos, se encuentra un animal que está en tierra y en agua, llámase iguana y hay de las pequeñas y de las grandes; las pequeñas son verdes, las grandes son marrones. Las más grandes que he visto son como un gato; son de la hechura de un lagarto pero tienen sobre el lomo una cresta como aletas o espinas de pez, bajo el mentón un buche o pellejo, como los bueyes; silban fuerte y tienen la boca y cabeza de tortuga; ponen los huevos como la carne, que parece que fuera de conejo pero algo blanda, y pasa por pescado; quien la viese sin saber lo que es, huiría como de cosa venenosa y espantosa, parece una serpiente, pero no hace mal a nadie.

1581 Pedro de Aguado *Historia de Venezuela* (II, 339): Camino el armada por aquella mano, vanda de la mano yzquierda, ocho días y siete noches sin parar, desde donde uian muchas yslas pobladas de muchos yndios desnudos y flecheros, y algunas piraguas que fueron las primeras que en todo el rrio se uieron. Saltaron en tierra a proverse de alguna comida en vn

pueblo donde auia muy gran cantidad de yguanas, que son muy semejantes a sierpes, muy buena comida, que los propios yndios las tenian en sus casas atadas por los pescuezos.

1589 Juan de Castellanos *Elegías de varones ilustres de Indias* [→ 1961 Pardo *Apéndices en Juan de Castellanos*, 439]: Cuál montecino puerco chamuscado, / Cuál corí, *iguana, monstruo fiero*.

1627 Pedro Simón *Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta Historia* [*Noticias historiales*] (70): Iguanas son vnas sierpes espantables a la vista, tamañas como grandes lagartos, y de aquellas pintas: traen el cuello y cabeça leuantada; pero no son de algun daño viuas, y muertas, quanto son de espantables, son de sabrosas, guisadas de mil maneras, hallanse solo en tierras calientes, y muchas en algunas partes.

## 2) Descripción en autores del tiempo de Cassani

1741 José Gumilla *El Orinoco ilustrado y defendido* (451): No hay menor abundancia de higuanas en todos los países de tierra caliente; y son las higuanas unos feísimos lagartos de color entre verde y amarillo, que se mantienen de hojas de árboles y tan bien viven en el río como en tierra.

1764 Juan Luis de Cisneros *Descripción exacta de la provincia de Venezuela* [sic] (37): En los Barrancos, y Montañas de los Rios, fe cria una efpecie de Lagartos, que llaman Hyguanas, fu color es berdofo, con algunas betas pardas, y defde la Cabeza hafta el nacimiento del rabo una crefta, à manera de fierra, fu carne es muy delicada, y guftofa, la comen no folo los Indios, fino los Efpñaoles [sic]; ponen huebos en los Barrancos, y Playas de los Rios, que tambien fe comen; crian en la vejiga los machos, una piedra del tamaño de un huebo de una Gallina, que dizen es á propofito para defacer la piedra, y echar las arenas de la vejiga, fanando de todo accidente de orina, y riñones.

## 3) Descripción en autores posteriores

1779 Antonio Caulín *Historia de la Nueva Andalucía* (I, 84): Es un animalajo de horrible aspecto; su figura es de Lagarto de una vara de largo, color verdoso con varias pintas, y sobre el lomo tiene una carrera de puntas como las del Caimán, que le hacen mas abominables; pero guisado es comida delicada, y en poco diferente de la Gallina. Abunda mucho en las orillas del Rio Orinóco, y otros, en cuyas playas, y campiña reptan sobre la tierra, y en sintiendo pasos, ò ruido de gente, se arrojan con velocidad á

las aguas. Cada hembra arroja una taza de huevos del tamaño de una Nuez pequeña, y todo el es yema cubierta de una telicula, ò membrana, que les sirve de cascara; y guisados son de tan buen gusto como los de Gallina. En algunos se encuentra una piedra del tamaño de un huevo de Paba, color blanco, ceniciento, y compuesto de unas capas como la cebolla. Hecha polvos, y tomada en agua tibia es eficacísimo remedio para los que adolecen de la orina, y congélos de piedra [...]. Para su mejor efecto se administra hasta una dragma, que es el supremo dosis, disuelta en agua diuretica, ò apariente, como la raíz de grama, perejil, y otras; y se repite si conviene, y la necesidad lo pide. Y esta misma virtud se encuentra tambien en la piedra del Morrocói, que es tambien blanca, y de mas fuerte consistencia.

1782 Felipe Salvador Gilij *Ensayo de historia americana* (I, 99-100): Son de modo semejante anfibios, y reputadas también peces, las iguanas. Así son llamados en el Orinoco ciertos lagartos grandes o serpientes cuadrúpedas, que se encuentran comúnmente en los árboles inmediatos a la orilla. En cuanto oyen el ruido de los navegantes, bajan presurosas y se esconden en el río. Estos lagartos son de una longitud de cuatro palmos o más, y de la parte del lomo y del vientre del grueso de un brazo. Cuando aún son pequeñas y del tamaño corriente de nuestros lagartos son verdes. Pero cuanto más crecen, tanto más cambian su primer color, convirtiéndose luego en cenicientas del todo. / Las iguanas tienen cuatro pequeñas patas, y cada una consta, como las de los lagartos, de varios dedos. La fuerza de esta serpiente, además de los dientes, con los cuales, si le ocurre, ataca a los cazadores, consiste principalmente en la cola, con la cual, si no la atan bien enseguida, da golpes tremendos a quien se le acerca. La piel es áspera, y sería buena no menos para curtir que para pulimentar maderas, como hacen en Italia nuestros carpinteros con la piel del pez lija.

1789 Antonio de Alcedo y Bejarano *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (213-214): (*Lacerta iguana*). Animal anfibio de la especie lacerta o de los lagartos: es de una vara de largo, de color verdoso con varias pintas y sobre el lomo una carrera de puntas en sierra como el caimán. Su carne guisada cuesta mucho de cocer y es muy gustosa, poco diferente de la de gallina; abunda mucho en todas las Provincias de la América.

Si nos detenemos en las fuentes anteriores veremos cómo casi ninguna, sea anterior o posterior o contemporánea con Cassani, dirá de la *iguana* algo diferente a los propuesto en la definición que aparece en el *Diccionario de autoridades*. Alguna más generosa en datos u otra más explyada en sus referencias pictóricas hacia el curioso animal, pero ninguna va a desdeñar lo que Cassani comprime en su escueta definición.

Las referencias más antiguas hacen que el animal sea «como una sierpe» o «dragón», a la que agregan cuatro extremidades y describen, hermanada con el cocodrilo, como animal raro por su larga cresta espinosa y por la forma áspera y arrugada de su piel (Mártir, Oviedo, Las Casas, Aguado y Simón; con la excepción de Cey, que la hará desde temprano lagarto y nada más). Asimismo, aclaran que se trata de un ser monstruoso que produce espanto (Castellanos). En ocasiones se destaca su condición anfibia, similar a las tortugas o los caimanes. Entre los contemporáneos de Cassani la situación no varía mucho y tanto Gumilla como Cisneros se harán eco de los datos y referencias previos. En estos autores, el único avance científico sea que ya la definen como «lagarto» con preferencia a «serpiente». En los descriptores posteriores, observamos oscilaciones en la catalogación del animal, siendo, para unos, serpiente y, para otros, lagarto. Hasta el siempre acertado Gilij fluctúa en su clasificación y la quiere entender como «serpiente cuadrúpeda». Alcedo será el primero que se aventure, después de Cassani, a señalar una taxonomía que deseche dudas sobre la naturaleza del animal.

De esta suerte, Cassani será ajustado en su descripción y, en absoluto, diverso del saber zoológico que en su tiempo se tenía sobre una región cuya naturaleza seguía entendiéndose enigmática y desconocida. Tendría que esperarse al menos sesenta años para comenzar a recibir las enseñanzas duraderas de la ciencia decimonónica.

El ejemplo, en definitiva, luce como representativo de las dotes lexicográficas de Cassani y de la sensata gestión descriptiva del léxico español que puso en práctica en aquellas entradas que le fueron encomendadas y que, hoy, son constancia de su alto conocimiento de la lengua y de los mecanismos inventados para explicarla, dentro de los límites y el carácter del más admirable de los diccionarios de la lengua.

## EL AÑO 1741

A un registro muy diferente al del Cassani que hemos presentado hasta ahora, pertenece el que escribe la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*<sup>188</sup>. La obra, publicada en 1741, el mismo año en que aparecería *El Orinoco ilustrado y defendido*, de su amigo José Gumilla. Respondiendo a un posible encargo, no otro que,

<sup>188</sup> El título completo de la obra es *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América, descripcion, y relacion exacta de sus gloriosas misiones en el Reyno, llanos, Meta y rio Orinoco, almas, y terreno, que han conquistado sus misioneros para Dios, aumento de la christiandad y extension de los dominios de su Mag. Catholica.*

en vista de la imposibilidad de publicarse las historias que habían escrito los misioneros jesuitas Pedro de Mercado y Juan Rivero, se le encomienda a Cassani que las utilice refundidas y que avance al público su contenido para dejar constancia de lo que fueron las implantaciones misionales de la Compañía en la provincia neogranadina: llanos de los ríos Meta y Casanare y las selvas del río Orinoco.

Al buscar explicación sobre la motivación que pudo haber para encomendársele a Cassani escribir este libro, tuvo que pesar mucho el hecho de ser un destacado numerario de la Real Academia Española y, quizá más, el que era una autoridad jesuita muy reconocida dentro y fuera de la Corte y, además, un escritor que se había ocupado del estudio general de la historia de la Compañía de Jesús.

El Cassani que escribe la *Historia* de la Compañía neogranadina ha visto, hace muy poco, la culminación y edición completa del *Diccionario de autoridades*, en el que ha trabajado más de dos décadas. En el lapso de tiempo en que se elabora esta segunda obra, años 1713 y 1739, Cassani ha publicado dos libros sobre santos jesuitas, uno sobre el célebre carujo flamenco y, finalmente, otro sobre el bicentenario de la Compañía. Todo ello ofrece el cuadro íntegro y notable de su incomparable vocación de escritor religioso: *Vida, virtudes y milagros de San Stanislao Kostka* (1715 y 1726), *Vida, virtudes y milagros de San Luis Gonzaga* (1726), *Glorias del segundo Siglo de la Compañía de Jesús* (1734 y 1736), en tres volúmenes, y *Admirable vida, singulares virtudes y prodigiosa sabiduría del estático varón padre D. Dionysio Rickel* (1738)<sup>189</sup>. El padre José Martínez de la Escalera resume el aporte de estos libros, en los siguientes términos: «Con sus escritos, promovió también la devoción a los santos de la Compañía de Jesús, sobre todo con motivo de las canonizaciones de Luis Gonzaga, Estanislao Kostka (1726) y Juan Francisco Regis (1737)»<sup>190</sup>.

Querrá para su libro, a falta de testimonios personales sobre el terreno, un seguimiento estricto de los datos que han aportado los historiadores jesuitas que le han servido de guía y que sí vivieron mucho tiempo entre los aborígenes. El principio luce como una máxima general de la labor historiográfica: «Siendo la Historia un lienzo, en que se pintan, para eterna memoria, los sucesos, es en el Historiador la mayor de las faltas el tirar en el dibuxo alguna linea, que no siga muy ajustada el perfil de la verdad»<sup>191</sup>.

<sup>189</sup> Del Rey Fajardo, *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres, ob. cit.*, tomo II, pág. 116.

<sup>190</sup> Martínez de la Escalera, *ob. cit.*, tomo I, pág. 695.

<sup>191</sup> Cassani, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América, ob. cit.*, pág. 31.

Arte poética o teoría literaria, el prólogo a la obra será un asiento brillante de lo que se impone al escribir y de los retos que se ha impuesto al escribir sobre tema tan ajeno a su anterior trabajo de escritor. Ese «perfil de la verdad» del que habla llegará a entenderlo como máxima rectora de su escritura, cargada siempre de calidad interpretativa y de pureza narrativa: «es la primera que debe observar exactísimamente todo Escritor»<sup>192</sup>.

Valora admirativamente sus fuentes centrales, los manuscritos de Mercado<sup>193</sup> y Rivero<sup>194</sup>, y se propone serles fiel. Juntará las noticias dadas por uno y otro y separará las «inmensas menudencias» con que se tropieza al evaluar los sucesos que describen. Se guiará para lograr equilibrio en su tarea de síntesis en las *Cartas Annuas* que documentan sin duda alguna la verdad de los sucesos.

El rasgo literario que caracterizó toda su actuación de escritor va a actuar para dar culminación ideológica a su reflexión metahistoriográfica. Con el propósito de captar la benevolencia de sus lectores, en el texto que para ellos expresamente escribe, traerá a la memoria la actuación del Julio César historiador. Un recuerdo capital del que fue al unísono actor y relator de importantes hazañas. En otro sentido, adolecía esta razón historiográfica de la necesaria distancia entre el que escribe determinados hechos y los hechos mismos. Cassani intenta justificar su falta de cercanía con los hechos y su ensayo continuado de gran literatura, invocando el recuerdo del emperador historiador que, muy a pesar de la vivencialidad con lo que contaba, los tiempo han venido a apreciarlo más por escritor que por cronista fidedigno. Su caso, pues, vendría a ser el inverso, logrando que por fidelidad a la verdad que le transmiten sus fuentes de primera, lo literario sea solo un recurso y que la verdad histórica luzca y brille por sí sola:

<sup>192</sup> *Ibidem*, pág. 31.

<sup>193</sup> La *Historia de la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, que el padre Mercado estaba ya escribiendo en 1682, se publicaría en tiempos modernos, el año 1957, en la Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Una segunda edición parcial, contentiva del Libro VIII («De la Misión de los llanos») del Tomo II, se incluiría en la antología de José el Rey Fajardo, *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1966, tomo I, págs. 1-141.

<sup>194</sup> La *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, del padre Rivero, cuyo manuscrito estaba culminado en 1729, tiene fecha de 1736. Sin embargo, se publicará por primera vez en 1883, en Bogotá. Una edición moderna, reedición de la anterior, aparecerá en 1956, en la Biblioteca de la Presidencia de Colombia, con prólogo de Ramón Guerra Azuola.

Bien conozco, que algun erudito me querra argüir con el exemplo de los Comentarios de Cesar, que escrivia por la noche el suceso, que habia tenido el Exercito de dia: comentarios tan del tiempo presente, que en algunas ocasiones, aun no estaba fenecido el suceso, quando ya estaba escrito su principio; pero a esta objecion me es muy fácil de respuesta, diciendo, que el dia de oy esta Historia, o Relacion de sucesos de Cesar, se mira mas como estimable pieza de pura latinidad, que como Historia; y quando sus traslados se leían en el tiempo del Autor, no sabemos lo que los de aquel tiempo hablarían acerca de la verdad, y puntualidad de lo referido<sup>195</sup>.

Sin embargo, y dejando a un lado las intenciones, el escritor que vive en Cassani siempre aportará luz y encanto a un libro tan notable como este. Hace preciosa confesión de honestidad literaria: todo lo marchito, debilitado y sin firmeza le pertenece, dentro de ese magnífico ramillete del que ha elegido las mejores flores. Se apasiona por la historia de sus compañeros en la fe y la califica de sublime. Reconoce las limitaciones de su avanzada edad, a la sazón 68 años, y se reafirma en haber hecho que de las «flores hermosissimas» que fertilizan en la tierra neogranadina, haya podido componer un admirador florilegio jesuítico. Quiere entender como jardines las historias que lo han inspirado y quiere, también, acercarse en virtud, ejemplo y celo religioso, lo logre o no, como en esa tierra distante y cruenta lo hicieron sus hermanos de la Compañía de Jesús colombo-venezolana colonial:

He intentado, eligiendo flores, disponer un vistoso Ramillete: estas flores, las he escogido bellissimas, pero al formar el Ramillete se me ha desgraciado el orden y no ha salido vistosa la disposicion. Notorio es, que en la Naturaleza hay manos tan desgraciadas, por mal temperamento del sugeto, que marchitan con solo el contacto la flor, que por muy hermosa les ha robado la vista, y el gusto. En la fertil tierra del Nuevo Reyno se criaron flores hermosissimas, y de fragante suavidad: los Hortelanos, diestros han sido en el cultivo; si en mi Historia salen marchitas, es, sin duda, por el destemple de mi pulso<sup>196</sup>.

<sup>195</sup> *Ibid.*, pág. 33.

<sup>196</sup> *Ib.*, pág. 5.

## EL ORINOCO VISTO DESDE MADRID

Una muestra preciosa de las dotes de escritor que anidaban y afloraban en Cassani puede apreciarse en el episodio relativo al río Orinoco, dios fluvial de la Guayana venezolana. Se encuentra en el capítulo VII de su *Historia*. Desentendido de la verdad numérica del gran río y de la exactitud de las afirmaciones que sobre él ensaya, el texto querrá ser nota de fascinación ante la naturaleza venezolana, motivo de más de una perplejidad en historiadores y relatores antiguos. Como si quisiera sumarse a esta lista y teniendo fresco el ánimo orinoquense de Gumilla y del amplio conjunto de escritores jesuitas de las misiones neogranadinas, Cassani hará la pintura colosal del gigante y la coloreará con el esplendor que tiene, en independencia de si los símiles que invoca son correctos o de si los espasmos admirativos son justificados. Asombra, en otro sentido, entender la capacidad de reviviscencia de Cassani, esa que lo hace apasionarse por algo no visto y que lo hace fascinarse por tierras y culturas tan lejanas y diferentes a las de su ordenado y noble Madrid. Su aritmética poética produce uno de los fragmentos, sin duda, más notable de la literatura colonial venezolana. Aquí, de nuevo, su excepcionalidad rebasa la condición de exceptuado con la que injustamente carga su figura.

La belleza de su prosa es, además, modelo de escritura para todo el ámbito de la lengua. El Orinoco desde Madrid debió animar los entusiasmos de muchos de sus lectores. Como en el caso de Gumilla, su libro cumpliría un papel divulgador de lo americano en Europa en una medida muy alta. El contraste entre la magnificencia natural americana y la más moderada grandeza natural europea tuvo que causar mucho interés. En su impronta asombradora, además, poco importa la exactitud plena de lo escrito, pues manda más la realidad imaginada que la realidad verificada. Su fraseología poética nos regala formulaciones expresivas y potentes («laberinto de brazos», «sin precipicio de su mole», «sin abrumar al Océano»):

Al terminarse estos Llanos, corre el Grande rio Orinoco, de los mayores que se reconocen en el Orbe, divide su jurisdiccion con el gran rio Marañon, o de las Amazonas. Ambos, ríos son de los mas caudalosos, que se reconocen en el mundo; si bien el de las Amazonas excede en caudal al nuestro del Orinoco: no distan mucho en su nacimiento, que ambos tienen en una misma Serrania; pero el de las Amazonas se inclina al Mediodia, y el Orinoco sigue su curso mas inclinado al Norte; y en aquellas inmensas playas, o desiertos divide una larga cordillera de montañas la jurisdicción de las aguas. El rio de Marañon, y Amazonas, y las

caídas de las montañas al Mediodía, toca a la jurisdicción de Quito, y a la Provincia de la Compañía del mismo Reyno, y en ellas, y en sus orillas, y dentro del rio en algunas de sus muchissimas estendidas islas, tiene fertilissimo campo el zelo de la Religiosa Provincia de Quito. A la nuestra de Santa Fé tocó por division de la naturaleza, con sus montes, los llanos del rio Cazanare, Meta, y Orinoco, y todas las vertientes de las montañas, que miran al Norte. Nace este rio junto a Quito, y camina como unas seiscientas leguas al mar del Norte, hasta que desagua en el mismo mar, no lexos de la Isla de la Trinidad; siendo tan caudaloso su raudal, que para vomitarle necesita de sesenta leguas de anchura, en cuyo largo espacio, enredandose antes en un vistoso laberinto de brazos, que se cruzan, formando Islas, cae poco a poco al mar, sin precipicio de su mole, y sin abrumar al Océano. Cobra el Orinoco este inmenso caudal de los muchos rios, que recibe en si, y los mas de ellos navegables. Estos los registra la vista en el Mapa<sup>197</sup>; pero de los que nos toca hablar con los principales Casanare, Meta, Vichada, Guanapalo, y Moco. Dio corriente a estas aguas la Divina Providencia con tan acertada disposición, que de uno a otro de estos Rios no es grande la distancia; conque por una parte queda bien regalada toda la tierra para su fecundidad, y feracidad, y por otra son alivio singular a los passageros, que en tierra tan ardiente hallan el preciso refrigerio muy a tiempo, y para los viages son grande alivio, porque todos ellos son navegables<sup>198</sup>.

## LAS LENGUAS INDÍGENAS

Aunque no puede atribuirse a Cassani ningún trabajo abiertamente descriptivo sobre las lenguas indígenas americanas, sí es posible reconstruir su preocupación por las lenguas y su estudio como parte de las empresas evangelizadoras de la Compañía de Jesús neogranadina.

Cada vez que tiene oportunidad resalta el conocimiento lingüístico de los misioneros y subraya la necesidad que tuvieron de aprender las distintas lenguas para que el proceso misional pudiera correr destino feliz. Postula, sin hacerlo expresamente, que este proceso no es posible sin que el aprendizaje de las lenguas se concrete y sin que las naturales barreras idiomáticas hayan sido superadas. Asimismo, más allá de las vocaciones per-

<sup>197</sup> Aunque llegará a retractarse, Gumilla y el mapa que dibuja había propagado la especie de que existía una comunicación ininterrumpida entre los ríos Amazonas y Orinoco. Esa idea está implícita en lo que aquí escribe Cassani.

<sup>198</sup> Cassani, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, ob. cit., págs. 87-88.

sonales de cada religioso, no deja de recordar las regulaciones sobre esta materia, no tanto relativa a las órdenes, que cumplían cabalmente con ellas, sino en cuanto al clero secular: «Estaba mandado por Decreto de los Synodales, que ningún Clerigo Secular pudiese ser Doctrinero, si no sabía la lengua de los Indios»<sup>199</sup>.

Reflexiones sobre las lenguas indígenas y sobre la naturaleza del lenguaje se dispersan por todo el libro. Muchas veces estas notas son simples menciones generales producto de la impronta de un académico de la lengua para quien estos señalamientos devienen en situación habitual. Otras, el autor aventura conclusiones de naturaleza dialectal sobre el panorama de profusa fragmentación lingüística sobre la región de la que escribe. Casi siempre, este tipo de proposiciones, válidas en todo caso, han sido extractadas de sus fuentes centrales. Llaman su atención, sin llegar a determinar el carácter matriz de algunas lenguas rectoras, que determinadas lenguas dominen sobre otras y que constituyan hegemonías lingüísticas al punto de ser comprendidas en amplias zonas culturales y por hablantes de otras lenguas, indiscutiblemente parientes de esas otras.

Se refiere al padre Joseph Dadey, nombre capital para la lingüística neogranadina colonial, y a un grupo de sus compañeros subrayando que «el primer cuidado de todos fué hacerse dueños de la lengua» y, seguidamente, destacando la condición del muisca como lengua general de la región y la fragmentación que en ella se evidencia: «la Mosca, que es como general en estendidissima parte de aquel territorio, en cada Nacion la hablan de distinta manera»<sup>200</sup>. No desaprovecha, aquí, la ocasión para abrirse camino hacia una reflexión de lingüística y cultura, insistiendo en la primacía de las identidades gestadas en la lengua, que propicia los intercambios comerciales y humanos, y en cómo son las lenguas las que crean los verdaderos límites en estas comunidades, muy por encima de las tierras. Formula una territorialidad de naturaleza lingüística: «los limites mas los tienen en la boca, que en el terreno»<sup>201</sup>.

Esta vertiente de sociología y filosofía del lenguaje dejará otros momentos de interesante mención. Sin considerar señalamientos en torno al gusto que los indígenas sentían al ver que los españoles hablaran sus lenguas, Cassani abre un filón en torno a la relación «mentira» y «lenguaje», hoy muy confirmada, pero no así en el tiempo en que escribe el jesuita com-plutense. Está claro que se trata de un fugaz planteamiento y no de una

<sup>199</sup> *Ibidem*, pág. 141.

<sup>200</sup> *Ibid.*, págs. 98-99.

<sup>201</sup> *Ib.*, pág. 99.

reflexión teórica en forma. Sin embargo, la mención no deja de tener una direccionalidad. Según esto, el lenguaje, creado para fecundar la verdad y el bien, se distancia de la mentira, creada para que la maldad germine: «Y algunos de los fugitivos, que estaban al tiempo de la prision con los malhechores, habian entrado en la poblacion, y segun su genio, y el estilo, habian esparcido mas mentiras, que palabras»<sup>202</sup>. Forzando un tanto la ecuación, subyace aquí una invocación de la antiquísima antinomia aristotélica entre «sofisma», como razonamiento que conduce a la falacia, y «silogismo», como razonamiento que desemboca en la verdad.

Una perspectiva diferente lleva a señalar la poca presencia de lenguaje indígena en la historia de Cassani. Es explicable, por lo ya señalado en relación con la no testimonialidad de su empresa. Ello hace que lo indígena lingüístico (citas y ejemplos de palabras o frases de las distintas lenguas), que está, en mayor o menor entidad, en los libros del resto de los misioneros filólogos jesuitas, aquí no pase de un apunte muy esporádico o casi inexistente. En este sentido, dos pasajes pueden ilustrar esta condición en el libro de Cassani. El primero aborda fórmulas de saludo en la preparación para el *mirrai*, y el segundo ofrece equivalencias de nombres de realidades específicas:

Al entrar, dán la puerta al huesped, y este toma su lugar: ván entrando luego los demás, y baxando la cabeza, en señal de cortesia, y cariño, dicen solo esta palabra *Nude!* que significa *Primo*; a esta responde el huesped con gran ternura: *Cha!* que significa *Pues*; y este fingido, y frio cariño, ocupa mucho tiempo, porque se repite la cortesia, y la respuesta cada uno; y como van viniendo procesionalmente, se ocupan horas en repetir *Primos* y *Pueses*: al mismo tiempo, ván tomando todos sus lugares, y dando vuelta los que sirven la bebida, que en estas ocasiones se gasta en profusa abundancia<sup>203</sup>.

Son, no solo dociles, sino devotamente cuidadosos en la frecuencia de Sacramentos, singularmente de la confession, a cuyo Tribunal laman ellos en su Idioma *Tuisirunica yarro*, que quiere decir en la nuestra: *Lugar de misericordia*<sup>204</sup>.

Sin embargo, el conjunto más interesante de observaciones sobre lenguas indígenas lo constituye el de los datos sobre el saber lingüístico de algunos de los religiosos neogranadinos, llaneros y orinoquenses, con intención

<sup>202</sup> *Ib.*, pág 330.

<sup>203</sup> *Ib.*, pág 353.

<sup>204</sup> *Ib.*, pág 365.

de levantar el edificio de la filología colonial jesuítica. Lo diga o no, Casani se siente orgulloso de sus hermanos de ordenación por lo que alcanzaron en el conocimiento de las lenguas indígenas americanas. No desaprovecha oportunidad para resaltar este rasgo en los autores capitales que debe tratar y biografar en su libro. La biografía se convertirá en el género principal para lograr el cometido de referir con datos lo que la lingüística americana debe a cada uno de estos nombres. Como Gumilla, entre otros<sup>205</sup>, va a contribuir con el estudio de la historia de la lingüística jesuítica al relatar y divulgar qué lenguas dominaban, cómo era su competencia en ellas y qué obras escribieron para conservarlas y extenderlas.

Fundamentalmente, ofrecerá testimonios de historiografía lingüística sobre los padres Neira, Cavarte y Gumilla. Sus anotaciones revelan la alta pericia que estos misioneros desarrollaron y la enseñanza duradera que dejaron con su ejemplo y obra. Las referencias serían:

#### Sobre Neira y Cavarte:

Por eso el Padre Provincial, dadas gracias a la Audiencia, señaló para la Mission a los Padres Alonso de Neyra, y Joseph Cabarte, expeditos lenguaraces en aquel idioma (págs. 267-268).

#### Sobre Cavarte:

Pues en la exploracion, que hizo Chepe Cabarte, gran lenguaráz en todos aquellos Idiomas (pág. 295).

#### Sobre Gumilla:

Y empezó a hablarles en su lengua: no será creible lo que sirvió esta prenda en la ocasion, y lo necesario que es a los Misioneros: quando estaban

<sup>205</sup> Se encuentran observaciones similares en los trabajos manuscritos de Agustín de Vega [*Noticia del Principio y progresos del establecimiento de las Misiones de Gentiles en el Rio Orinoco, por la Compañía de Jesus, con la continuación, y oposiciones que hicieron los Carives hasta el año de 744 en que se les aterro, y atemorizo, con la venida de unos Cabres traydos, que se havecindaron en Cabruta. Lo que para mejor inteligencia iremos contando por los años, en que se establecieron dichas Misiones, y lo que en cada uno pasó, cómo pasó, la qual relacion haze un testigo de vista que lo ha andado todo por si mismo muchas veces, religioso de la Misma Compañía, 1750 ca.*], y los de Mercado y Rivero, ya citados. El importante libro del hermano Vega, oriundo de Tunja, fue publicado por el padre Del Rey en el volumen segundo de *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1974, págs. 3-149).

temblando de miedo las Indias, y los niños, y en vez del ruido de escopetas, y espadas, oyeron el rumor de hablar en su misma lengua, se quedaron atonitos, y preguntaron al Padre [Gumilla] la causa de su venida; a que afabilissimamente respondió tan a satisfaccion, que volvieron contentissimas adonde estaban los hombres (pág. 311).

## EL ESPAÑOL AMERICANO

Interesa, como última consideración lingüística en torno a la obra americanista de Cassani, ofrecer el resultado de sus apuntes lexicográficos. Inspirado en gran medida, como se sabe, en los señalamientos léxicos ya presentes en los libros de los padres Rivero y Mercado, Cassani hará uso muy prolongado de un conjunto de voces que entiende fundamentales en relación al mundo americano y que, además, resultan distintivas entre las modalidades peninsulares (madrileñas) y americanas (venezolanas) de la lengua española.

Como parte de la autoría colectiva del *Diccionario de autoridades*, es indudable que Cassani fuera proclive a la exploración del léxico americano, materia en la que el diccionario de la Academia hizo enormes progresos, si tomamos en cuenta los tiempos fundadores del *Vocabulario de romance en latín* (escrito en 1495 y publicado en 1516), de Nebrija, y la presentación del primer americanismo en la lexicografía española (la palabra *canoa*, que el humanista define como: «nave de un madero»), y los del *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), de Covarrubias que, con buena dosis de parquedad, se ocupará de algunas pocas voces<sup>206</sup>. En esta secuencia, el primer diccionario de la Real Academia Española haría enormes progresos y el ánimo relator del jesuita madrileño manifiesta esa tendencia.

También, es bueno recordar que la lexicografía fundacional americana, paleolexicografía o lexicografía antigua, se hizo principalmente en las obras históricas, crónicas y memoriales que referían la peripecia colonial y que describían el entorno y las gentes en donde y con quienes esa peripecia iba

<sup>206</sup> Indicativo de la escasa incidencia del español americano en los diccionarios españoles puede verse en la casi ausencia del léxico americano en la obra del primer lexicógrafo monolingüe del español. Voces como *cacique*, *canoa* o *matz*, casi en solitario vienen a ser las portadoras de la representación léxica americana en Covarrubias. Cf. Sebastián de Covarrubias Horozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Universidad de Navarra/Iberoamericana-Vervuert/Real Academia Española/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2006, págs. 389, 431 y 1.227. Edición integral e ilustrada: Ignacio Arellano y Rafael Zafra.

a prosperar. En otras palabras, la primera lexicografía americana nace literaria en el relato del mundo que se proponen los historiadores antiguos.

En algunos casos, los menos, el trabajo léxico se resuelve en la elaboración de glosarios subsidiarios de los libros de historia (para la lexicografía venezolana, la evidencia más antigua de esos pequeños dominios lexicográficos se concreta en la «Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta Historia», que fray Pedro Simón, en 1629, incluye en sus célebres *Noticias historiales*). En otros, los más, el trabajo léxico no es otro que la consignación de voces y expresiones explicadas, anotadas o, simplemente, mencionadas en las historias antiguas del continente. A este grupo, pertenecerá la generalidad de las fuentes lexicográficas coloniales y a este grupo, está claro, pertenece el aporte léxico de Cassani.

Sin otro ánimo que el de proponer una valoración, mayor de la que hasta ahora se le ha dado, al elemento léxico en la historia americanista de Cassani, se establece un repertorio de aquellas unidades representativas del español americano que pueden aislarse, dada la frecuencia de aparición en la obra indicada, y dado el interés descriptor que el historiador tiene, aquí, con remarcado énfasis.

No debe olvidarse, además, que Cassani contribuye, sin saberlo y sin quererlo, a la divulgación europea de un léxico americano no formalizado que, si bien lo toma de sus fuentes y de otras que estaban disponibles en su época, la popularidad de su libro las difundió con notable potencia y las asentó como haber léxico del español americano, siempre una simbiosis entre lo hispánico y lo indígena.

Las voces repertoriadas son reveladoras de la mejor lexicografía venezolana de los tiempos coloniales. El tratamiento semántico que les ofrece Cassani resulta suficiente en decodificación y solvente en semas distintivos. La descripción se asume como parte del testimonio etnográfico que el relato se impone ofrecer y por ello, en algunos casos, responde a los mecanismos de la definición enciclopédica, tanto por extensión como por minuciosidad documental. Lo componen, voces más o voces menos, las siguientes<sup>207</sup>:

**aceite de palma** Y quando llenaban los calabozos con el *aceyte de palma*, prevenian el vaso, echando en él hasta la mitad, o algo mas, agua, y llenando lo demás de aceyte; con que al tiempo de usar de él, quien le habia comprado se hallaba burlado en la mitad del justo precio (pág. 173).

<sup>207</sup> Al final de cada texto se han colocado las páginas de donde se han tomado las citas correspondientes a la *Historia* americana de Cassani.

**aceite María** Los Holandeses tienen sus Colonias, no muy separadas de las bocas del río Orinoco: no poseen este, pero por tierra se pueden comunicar con los Indios: entre estos, los Holandeses, poco cuidadosos de los puntos de Religión, ni del debido zelo de la gloria de Dios, han hecho su paces, y amistades, con los Indios Caribes, comercian con ellos, comprandoles, o trocandole cantidades gruesas de *Aceyte Maria*, y de *Achote* (pág. 198).

**achote** Los Holandeses tienen sus Colonias, no muy separadas de las bocas del río Orinoco: no poseen este, pero por tierra se pueden comunicar con los Indios: entre estos, los Holandeses, poco cuidadosos de los puntos de Religión, ni del debido zelo de la gloria de Dios, han hecho su paces, y amistades, con los Indios Caribes, comercian con ellos, comprandoles, o trocandole cantidades gruesas de *Aceyte Maria*, y de *Achote* (pág. 198).

**ají** Disponían por comida solo tortas de Cazabe ordinario, y unas ollas de pimenton, que en su lengua es *Agi*, cocido en agua (pág. 147).

**berria**<sup>208</sup> Quando el que hace el combite ve que hai gente bastante, manda a los sirvientes, que sirvan la vianda: es es muy poca, porque como todo el fin, y su gloria es beber, no hai prevención alguna de carnes, ni pescados (aunque usan de ellos en lo comun de todos los dias) pero en estos de gran fiesta no hai mas vianda, que el Cazabe, o pan ordinario, que reparten, dando a cada uno una torta, y al mismo tiempo ponen unos calabazos llenos de aquella agua cocida con pimiento, en que de quatro en quatro, o de seis en seis, pueden mojar el Cazabe; y como el pimiento llama a la bebida, estan continuamente pidiendo *berria*, que assi llaman a aquella composicion del Cazabe podrido (págs. 147-148).

**bugio**<sup>209</sup> Le informaron de los sitios de sus rancherías, y de los parages donde habia mas *bugios*, y muy en especial del camino (pág. 182).

<sup>208</sup> El padre Mercado refiere el uso de esta bebida en los siguientes términos: «En los indios el beber es su vivir; del beber se sustentan y con la bebida viven, y aunque tienen vianda nacional de que usan siempre, es sólo por lo que les aviva el apetito para beber incansablemente. Esta vianda se compone de lo que en España llaman pimientos de las Indias y acá llamamos *ají*. Seis u ocho de estos los dividen en pedazos y echándoles en una olla con agua y sal los hierven al fuego, y en esta agua de ají (que en su lengua llaman *ajagua quisare*) mojan el pan que ellos usan y llamamos *cazabe* nosotros y ellos en su lengua *berri* y se abrazan las bocas por el mucho picante, y para apagar el ardor, van continuando a pocos bocados la bebida» (*Historia de la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús, ob. cit.*, tomo I, pág. 20).

<sup>209</sup> El padre Rivero describe esta serpiente de la siguiente manera: «Entre el número de los peces podemos contar también las tortugas y otros animales anfibios, como las

**bohío** Volvia a repassar sus guaridas, y sus *buxios*, o caneyes: assi llaman a sus casas, o cuevas (pág. 151). Unos caneyes, *buxios*, o casas de paja (pág. 360).

**cachicamo** De otro animalillo mas útil, y muy singular debemos dár noticias: llamanle los Indios *Cachicamo*, y los Españoles Armadillo: es del tamaño de un gato, criasse en los valles, pues aunque tambien los hai monteses, estos son mucho mayores, y no de buen gusto, por lo mucho que huelen a almizcle, y assi no los cazan: los de los valles son fecundísimos, criando todos los meses del año, y dando cada hembra quatro en cada cria: su carne es gustosissima, en todo parecida a la de nuestros cochinitos lechares, assi en el gusto como en lo blanco: los Españoles los llaman Armadillos, porque todos estan cubiertos de unas conchas, o escamas, que les sirven de poca defensa; porque si bien a la vista se representa armado, sus conchas son de ninguna firmeza, y la boca del perro las vence con facilidad: él vive contento con esta corta defensa, que la tiene aun en los ojos, que quando se ve acosado, cubre. Es facilissima su caza, la carrera es corta, y pesada, y el animal tan simple, que quando huye de los perros, y cazadores, si halla su cueva, o vivar, semejante a los de los conejos, entrando la cabeza, con que no puede ver el cazador,

Iguanas y Babillas que son muy parecidas al Caimán, pero de buena carne, los *Buíos* ó *Güitos*, que son serpientes muy largas y gruesas, y son el mayor regalo de los Chiricoas, y en fin otras especies semejantes que paso en silencio por no alargarme demasiado» (*Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, ob. cit., pág. 9). Por su parte, el padre Gilij, consignando la forma de esta voz en tamanaco (*uyi*) y el nombre hispánico aun en uso (*tragavenado*), ofrecerá una descripción más completa y esclarecedora: «No se contenta con este tamaño mediano el buío. Puede decirse esta gran serpiente, si no por longitud, por lo grueso, semejante a una viga. Es de color verde bastante oscuro, y habita en lugares húmedos en la proximidad de los charcos. Los españoles la llaman tragavenados, y si creemos lo que se dice, devora hasta terneros. El buío es muy perezoso, y no se mueve sino con esfuerzos. Si, lo mismo que para las fieras, es también mortal para el hombre con el aliento que se dice exhala, no sabría decirlo justamente, porque nunca he oído a los indios hablar de ello» (*Ensayo de historia americana* [1782], Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, tomo I, págs. 250-251. «Estudio preliminar»: Antonio Tovar). Cf. Ana Cecilia Peña Vargas, *Lenguas indígenas e indigenismos. Italia e Iberoamérica, 1492-1866*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987, pág. 249, quien ofrece, a partir de documentaciones antiguas (José de Anchieta, S. J.: *Cartas* 1554-1594) y modernas (Georg Friederici, *Amerikanistisches Wörterbuch*, Hamburg, Cram, de Gruyter & co., 1947), una extensa compilación de variantes de esta palabra de procedencia tupí-guaraní (boa, boassu, boi, boia, boicinga, boiguaçu, boja, bova, boya, boyeté, giboia, giboja, mboî, mboy, mboya).

o al perro, juzga que está seguro, porque él no vé, y se dexan coger con la mano. Bien es verdad, que en este lance hay un acaso bien singular, si el armadillo entra en la boca de la cueva todo el cuerpo, al sentir que el cazador, o el perro le agarra la cola, abre las conchas contra la tierra, se vale de sus uñas, y es tanta su fuerza, que ha sucedido quedarse el cazador con la cola en la mano, y refugiarse todo el cuerpo en la cueva. No se detienen en tanto los Indios, a quienes importa poco perder una presa, pues un hombre suele, en solo un día de caza, volver con cien Armadillos; y los Naturales, faltos de sal, que no conocen, tienen modo de conservarlos, perdigándolos al fuego. Los valles en que se crían dan mantenimiento sabroso, y substancial a las poblaciones, y por esto son estimadas, y numerosas (págs. 91-92).

**cacique** La principal conversion, que se hixo, y la mas importante, fue la de uno de sus *Caciques*, llamado Maguate, este era hombre mas racional, que los de su Nacion (pág. 174)

**caney** Al fin, a los tres días de este camino, encontró con uno de los deseados sitios, donde se decubrian varios buxies, y *caneyes*, lugar campestre, caserías dispersas, que mas eran señas de habitadores en el campo, que defensa de los temporales en la inclemencia (pág. 182). Los traen al *caney*, o casa (pág. 233). Y en una de sus poblaciones entró de noche, cerró un *caney*, o casa grande, sin ser sentido (pág. 308).

**canoas** Armado yá con estas noticias, salió en una *Canoa* del Puerto de San Salvador, camino río abaxo seis días hasta la boca del río Aritagua (pág. 182).

**caribes** De suerte, que yá con la fuerza que han cobrado los *Caribes*, es debido pensar, como actualmente se está tratando, de construir fuertes, que se opongan a sus avenidas, y aseguren de sus insultos (pág. 199).

**cazabe** A estas se preparan, labrando mucho pan, que llaman *Cazabe*, este le forman de unas raíces, que llaman *Yucas*, que son a manera, forma de nabos (pág. 145). El sustento era *tortas de Cazabe*<sup>210</sup>, que fue el único vis-

<sup>210</sup> La profusión de referencia al *cazabe* en esta obra obliga al narrador, en ocasiones, a elidir el nombre distintivo, dando por sentado la comprensión inequívoca del sintagma fraseológico (tortas = tortas de cazabe): «los llevaron a sus cassas, y los socorrieron con el mayor alivio, que para ellos fué grandissimo, de tortas, de maiz, de carnes, y de otros mantenimientos» (Cassani, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América*, ob. cit., pág. 227).

cocho, de que le pudieron socorrer en las Misiones (pág. 193). La caza, y la pesca es muy escasa, y no se compra barata con el trabajo, el pan, de mal Cazabe (pág. 197). Y desembarcando el matalotaje, que se reducía a *pan de Cazabe* (pág. 201). Y como si las muchas fieras, de que abundan los bosques, en oliendo el pan de *Cazabe*, necessitaran de camino real para socorrer su hambre (pág. 349).

**cogollo** Y formaban estas redes de aquel hilo, como de pita, que sacaban de los mismos *cogollos* de las palmas (pág. 173).

**danta** Algo semejantes a los mulos (pág. 89).

**guapos**<sup>211</sup> Criarse en estos climas unas raices de mucho sustento, que ellos llamaban *Guapos*: estas raices son ordinario sustento de los Chiricoas, y Guaybas, y por eso tenían en su tierra por afrenta comerla los Achaguas (pág. 224).

**hamaca** Los Padres cargaron con sus ornamentos, y racaudos de la Iglesia, sus *amacas* para dormir, el Breviario debaxo del brazo, y un bordon (pág. 223).

**iguana** Son las *Iguanas*, algo parecido a los lagartos, pero mayores, y de bello sabor (pág. 89).

**llano** Y assi se determinó, que luego que pudiessen, se restituyesen a los *Llanos*, a lograr, en lo posible, el fruto de su zelo (pág. 198).

**macana** Dando animo, y lugar a los Achaguas, que usassen a su salvo conducto del sitio, y de las flechas, obligando a los enemigos, a que con la fuga disipados, y dispersos, buscasen, o escondiesen su vida en la espesura, abandonando en el campo infinidad de flechas, *macanas*, y otras armas a su modo (pág. 220).

**machete** Volvian a sus rancherías cargados de *machetes*, de cuchillos, de alfileres, de paños burdos, y de otras cosas, en si de tan poco precio, como las Quiripas (pág. 181).

<sup>211</sup> «Raíz comestible proveniente quizá de una Arácea [...]. Según Rivero y Casani, la voz era usada por los Guagibos en la misma acepción que hoy tiene» (Lisandro Alvarado, *Glosario de voces indígenas de Venezuela* [1921], Caracas, Ministerio de Educación, 1953, tomo I, pág. 184).

**maco**<sup>212</sup> En una ocasion cogió en este hurto, que lo era de la vida, a unos Indios, que iban a enterrar a un *maco* (assi llaman ellos a los esclavos) reprehendiólos, pero ellos respondían serenos: Por qué no le hemos de enterrar, si de nada sirve? (pág. 376).

**maíz** Pero en distribucion annua todos los años, en el tiempo de recoger los frutos de sus *maices*, y yuca, venian a los sembrados, y eran langosta, que les consumian los campos, llevándose las sementeras (pág. 213).

**mandioca** Unas raices, que llaman *Yucas*, que son a manera, forma de nabos; (en varias partes de America llaman a esta raíz *Mandioca*) (pág. 145).

**mapurite** Animalito pequeño, que se halla en estos Llanos, aunque es raro en su especie, providencia de Dios para que no se apeste el terreno: llaman los Españoles a este animalito Mapurito; y los betoyes Masutiliqui: es unico en la naturaleza, a quien no se le conocen armas ofensivas, ni defensivas, ni tiene garras, ni uñas, ni usa de la boca para defenderse: es del tamaño de un gato montés, el pelo muy suave, y hermozeado de manchas blancas, y negras; y su agilidad, que no es grande, solo le sirve en la fuga, aunque rara vez necesita llegar a este extremo, porque le dió la naturaleza medio, que si no mata, ofende tanto al contrario, que le pára y le detiene, con que él libra su vida: esta arma es su anhelo, o respiracion, de que el sabe usar bien, arrancandola del pecho tan violenta, y bien apuntada, que apesta al hombre, o al perro, que se le atreve, y sin poderse valer, por el hedor vuelve la espalda, huyendo de su agresor; y pudiera de sí mismo, porque ha enseñado la experiencia, que éstos perros, que han recibido el aliento de él, apestan las poblaciones; y solicitado el remedio, solo se ha hallado el de embarrarlos, pues aquel lodo lleva seguro impedir, que exhale hedor; y por experiencia se ha visto, que cuando seco, que con el calor natural se le cae por sí mismo, es cuando ya por el sudor del perro se ha purificado de la hediondez. Sucede aun mas, si el Mapurito yerra el golpe, y no apunta bien el aliento, de suerte que puede el perro acometer, luego que se ve como perdido, descarga el vientre, y se queda muy cerca de su escremento, y puede con toda seguridad, porque no hai valentía en ningun otro animal para sufrir la hediondez, que a él no le apesta, por serle natural (pág. 90).

<sup>212</sup> Alvarado refrenda la acepción de Cassasni, citando a Rivero y definiendo la voz como: «Indio esclavo»; y marcándola como obsolescente. Cf. Alvarado, *Glosario de voces indígenas de Venezuela, ob. cit.*, tomo I, pág. 226.

**moján** Eran los Ayricos, por lo general, dados a supersticiones; en esto pecaban mucho todos los Indios: habia entre ellos sus embusteros, que hacían ganancia de la fantasia, o enredo de fingir adivinanzas, y anunciar futuros, llamabanlos en su lengua *Mojanes* (pág. 167).

**nigua** Dixo el sumo desorden y desconsuelo de aquella pobre Provincia, sita en territorio, enfermo de suyo, expuesto a las inclemencias del tiempo, y mas infestado que todos los de Santa Fé de la común plaga de impertinentes sabandijas, mosquitos de diversas especies, y sobre ellos las *niguas*, plaga comun en el Reyno, y en la Guayana tan intolerable, que algunos han muerto comidos de su picazón: son especies de pulgas, pero tan pequeñas, que se escapan de la vista: es tan fecunda su propagacion, que de dos, o quatro, salen infinitas, y se forman en zurroncitos entre la carne: su remedio unico es sacar estos zurrones, en que ya son muy hábiles los Indios; pero en aquellos tiempos, ni era este remedio tan conocido, ni habia quien le supiese la muerte, dessubstanciados, por lo que chupaba la inmensidad de animalillos invisibles (pág. 195).

**piragua** Con estas disposiciones se ordenó la jornada en varias *Piraguas* (embarcaciones pequeñas de rios) en las cuales entraron los Soldados (pág. 196).

**plátano** Pero el botin mas apreciable fue mucho pan de Cazabe, *platanos*, y otras provisiones de boca (págs. 220-221).

**quiripa**<sup>213</sup> Tenian alla en sus incultos terrenos, no solo sementeras de pimientos, yucas, y otras raices, que les servían de sustento, sino tam-

<sup>213</sup> «Es la quiripa a manera de planchuelas de las formas de los reales de plata o moneda de vellón; su tamaño ordinario en redondel es como la uña del dedo pulgar; alguna labran un poco mayor, otra menor un poco y otra hacen tan pequeña y menuda que parece puntualmente a las lentejuelas de plata y oro conque solían los españoles bordar y guarnecer los vestidos. / Lábrase la quiripa de los caracoles que hay en las playas de los ríos, y si todo el caracol entero sirviera de material a la quiripa, fuera gran suerte, pero lo que no es a propósito para ella no lo pierden los ajaguas. Lo más duro del caracol que cae hacia su punta o remate es lo que sirve para la quiripa; lo demás lo quemán y hacen de ello polvos a manera de cal, y más fuerte que ella para beneficiar la yopa. Van haciendo para componer la quiripa pedacillos del caracol conforme al tamaño que el oficial le quiere dar, y en estando ya de esta suerte les van limando las puntillas con sus piedrezuelas que para este efecto tienen, dejándolos con alguna redondez; y para dársela de todo punto les abren en el mismo centro –(cosa admirable!)– un ojuelo por donde se ensartan tan derecho y tan de medio a medio como si fuera muy compasado. Este ojuelo abren con un instrumento de hierro a manera de

bién oficiales, que labrasen la *Quiripa*, y su especie de Mercaderes, que negociasen con ella (pág. 180). El uso de las Quiripas, era el adorno de las mujeres; y tan estimado, como en Europa lo son las perlas: de aquellas sartas formaban collares, pulseras, o manillas, brazaletes, y otros adornos: y ponian su gala, y su vanidad entraer muchas; de suerte, que algunas Indias ricas se cargaban, por adorno, con media arroba de estas Quiripas; y no solo las mujeres, los hombres tambien, en siendo ricos, se adornaban con esta inútil vanidad; y el que tenia cantidad de Quiripas, se miraba rico, porque ciertamente, en cualquier ocasion, hallaba por ellas cambio de lo que necesitaba; y de aqui vino el nombre, o la significacion de moneda Quiripa, porque por ella, como por el dinero, se hallaba lo que se queria; y hasta el dia de oy corre en Casanare, Meta, y en el Orinoco esta moneda de caracoles, tan estimada de los Españoles, como de los Indios, porque con ella se compra lo necesario (pág. 181).

**ranchear**<sup>214</sup> Salió de la poblacion a *ranchear* en el campo, donde la centinela le pudiesse asegurar de las trayciones de los Caribes.

**ranchería** Volvian a sus *rancherías* cargados de machetes, de cuchillos, de alfileres, de paños burdos, y de otras cosas, en si de tan poco precio, como las Quiripas (pág. 181). En él, ni habia casas, *rancherías*, ni cabañas (p. 336).

**sabana** En la tierra lograban caza por ser aquellas *Sabanas*, o llanos abundantísimos (pág. 89). Pero siendo esto tan penoso, aun lo era mas el camino, por los valles, que alli llaman *Sabanas* (pág. 201). Y volvio a pasear aquellas *Sabanas*, llenas, mas de enemigos de la vida, que de pasto para ella (pág. 204).

taladro que lo llaman *bilo bilo*. En estando ya horadadas los van haciendo sartas, y en la medida de cada sarta es que ciña cumplidamente la cintura. Estas sartas las ponen muy tirantes sobre un palo llano o tabla, y con una piedra de la calidad que ellos saben (que no cualquiera sirve para este efecto) mojándola muy a menudo en agua van refregándolas y dejan aquellos pedacillos tan perfectamente redondos, como las monedas de Segovia; esta es la quiripa tan celebrada [...]. / No sólo tiene este efecto de gala ni sirve sólo de joyería [adornos en los brazos y la cintura los hombres y gargantillas, cadenas y pulseras las mujeres] sino que también es la moneda con que compran cosas para sus usos» (Mercado, *ob. cit.*, págs. 46-47; corchete nuestro).

<sup>214</sup> Se entendía por tal, en la lengua de los conquistadores: «saquear las habitaciones y sementeras de los indígenas, a fin de hacerse de provisiones» (Lisandro Alvarado, *Glosario del bajo español en Venezuela* [1929], Caracas, Ministerio de Educación, 1954-1955, tomo II, pág. 406). Cf. Francisco Javier Pérez, *Diccionario histórico del español en Venezuela*, *ob. cit.*, págs. 786-787.

**tigre** Abundante procreacion de *Tygres*, Leones, Onzas, Leopardos, y otras fieras (pág. 89).

**yuca** Unas raices, que llaman *Yucas*, que son a manera, forma de nabos; (en varias partes de America llaman a esta raíz Mandioca) y es tradicion, que las plantó en la tierra el glorioso Apostol Santo Thomé, quando ilustró este terreno. De estas raíces hai dos especies, la una suave, que cocida, u assada es de buen sabor, semejante al de nuestras castañas, y de mucho sustento. La otra, que estiman mas los Indios, es brava, y si no se prepara, es venenosa, y bebido su zumo, o comida sin exprimirla antes, hace reventar: como se ha experimentado por nuestros Missioneros, dandola a comer a animales, que a pocas horas han reventado. Este daño remedian los Indios, que para lograr la fuerza de la raíz se ingeniaron a sacarla el zumo, y dexarla sin veneno. No puede menos de causar admiracion, que unos silvestres, sin cultivo en el uso de la razon, se ingeniasen tan habilmente, por lo qual no escuso poner aqui sus artificios, con que usaban útilmente de la Yuca, para ellos necessaria, sin peligro de recibir daño de su veneno. Arrancadas las raices, habian menester rallarlas, para hacerlas harina: a este fin, faltos de un todo, inventaron, en vez de rallos<sup>215</sup>, unos pequeños trillos. En una tabla, como de a dos tercias de largo, y una de ancho, abrian, y abren aun varias canales, en donde introducian piedras de pedernal, cuyo corte queda por la parte superior. Estos pedernales los afianzan con un betun, que hacen de una goma de cierto arbol, que ellos saben recoger, quando la destila en la Primavera; y cocida despues, queda un betun tan fuerte, que por mas impulso, o exercicio, que hagan en este rallo, o trillo, jamas se despegan pedernales: en este instrumento, rallan la Yuca, y las menudas hebras, que sacan de ella, las recogen en costales, que hacen de aquella misma materia, de que labran los faldellines, o toneletes. Ya lleno el costal, exprimen aquella Yuca rallada, atravesando un palo largo en una presilla, que dexan al costal, y colgando este de una rama fuerte, de un arbol, hacen palanca, o viga de lagar del palo, que afianzado por el medio en una horquilla, le juegan por la otra punta, sentandose en ella, y columpiandose una India, en el balanceo, al tiempo que baxa la India, sube con fuerza la otra extremidad del palo, o balanza, y da un golpe fuerte contra el costal, oprimiendole contra el arbol, y a fuerza de estos golpes exprimen todo aquel jugo, que es veneno, y queda la Yuca como estopa; mejor diré como serrin.

Quando ya esta en buen estado de seguridad de salud, amassan aquella tal qua gorda, y vellosa harina, y hecha tortas, la tienden sobre unas

<sup>215</sup> En el español venezolano, «rallo» sigue siendo la voz coloquial más usada para designar el «rallador» en el léxico culinario.

piedras ardiendo al fuego, que tienen debaxo, y cuecen assi unas tortas, al modo que en Europa lo estilan nuestros Pastores. Estas tortas, no son su ordinario sustento, porque este pan es el de regalo: tenían otro, que le forman de la Yuca suave, que por no ser venenosa, no necesitaba de mas preparacion, que rallarlas, y formar tortas desabridas, mal cocidas, o socarradas, pesadas al estomago, y extrañas a nuestra naturaleza, y este es el pan de lagrimas, con que muy gozosos se mantenian entre los Indios nuestros Missioneros, y con el dia de oy se mantienen los que penetran los bosques en caza de racionales, ciegos a la luz, hasta que la charidad christiana les abre los ojos a la razon.

Aquel primer pan de la Yuca brava, formado con tanto trabajo, y libre ya del exprimido veneno, le guaradaban con mucho cuidado, porque era la levadura con que formaban su apetecida bebida. Esta la componian de este modo: ponian al humero estas tortas de Yuca brava, hasta que secas se amohecian, y quanto mas se curaban, y podrian, eran mejores: quando ya las veían curadas, calentaban en unas ollas agua, y quando hervia, echaban en ella cantidad de aquella masa podrida, y cubriendola con ojas de arboles, la dexaban deshacer, y que se fermentasse en aquella agua: colaban, despues de fria, aquel brebaje, y quedando el poso, o madre en el cedazo, que formaban de cañas sutiles, se colaba la bebida liquida, de mal sabor, pero tan violenta, que les embriagaba, como el mas poderoso vino, y para ellos era el mayor regalo; y aun lo usan, pero ya con moderación christiana (págs. 145-147).

Considerando, ahora, el aspecto formal, debe decirse que la reconstrucción de este repertorio léxico a partir de las referencias de Cassani hace posible una serie de reflexiones sobre la tarea lexicográfica en este autor. A diferencia de la mayoría de los historiadores antiguos de América, que hacen menciones léxicas y por esto solo se convierten en fuentes para los estudios léxicos modernos, Cassani va a ensayar, en algunos casos, y siempre dentro de la narración histórica, formulaciones que pueden calificarse de protolexicográficas. Se trata de explicaciones muy cercanas a lo diccionariológico dentro del relato que el libro histórico promueve. Sin olvidar que Cassani ha intervenido, ya para este momento, en la redacción del importante diccionario de la Academia, las definiciones que desarrolla en su libro de historia americana son motivadas, en algunos casos, por el modo discursivo de los diccionarios. Usa las palabras americanas y las describe como si estuviera elaborando su propio diccionario.

Entran en su concepción, al menos, dos procedimientos de definición: la equivalencia (sinónimos americanos o españoles) y la descripción (detalla semánticamente las características de la realidad que se describe).

Al primer procedimiento responderían las definiciones de *ají* = «pimentón»; *maco* = «assi llaman ellos a los esclavos»; *piragua* = «embarcaciones pequeñas de ríos»; *sabanas* = «llanos abundantísimos». Al segundo procedimiento, las definiciones más claras serían las de: *iguana* = «algo parecido a los lagartos, pero mayores, y de bello sabor»; *moján* = «embusteros, que hacían ganancia de la fantasía, o enredo de fingir adivinanzas, y anunciar futuros»; *nigua* = «especies de pulgas, pero tan pequeñas, que se escapan de la vista: es tan fecunda su propagación, que de dos, o cuatro, salen infinitas, y se forman en zurroncitos entre la carne: su remedio único es sacar estos zurrones, en que ya son muy hábiles los Indios».

Cassani utiliza un procedimiento de «multiequivalencias», que funciona por acumulación de equivalencias para definir una misma voz. Lo vemos con mucha solvencia en las distintas formas de gestionar la sinonimia en voces como *bohío* (caney, casa, casa de paja, cueva y guarida) y *caney* (casa, casa de campo, casa grande y bohío).

La definición enciclopédica se ensaya con sobrada evidencia al momento de construir una explicación extensiva para la voz *yuca*, en donde no solo la voz lema, sino todo el cuerpo léxico semántico en torno a ella es motivo de descripción, explícita o implícitamente (*v.g.* cazabe, manare, mandioca, mañoco, yuca brava, yuca suave).

Las regularidades paleolexicográficas no dejan de llamar la atención o, dicho de otra forma, resulta muy llamativo cuando nos tropezamos con regularidades y sistemas descriptivos en repertorios paleolexicográficos. En el caso de Cassani, hay un cumplimiento casi exhaustivo del principio de «sustituibilidad» (o sistema de sustitución) semántica y morfológica entre la voz definida y la definición<sup>216</sup>. En líneas generales, se cumple en fitónimos y zoónimos: *cachicamo* = «De otro animalillo»; *mapurite* = «Animalito pequeño»; *mandioca* = «Unas raíces»; *yuca* = «Unas raíces».

El tratamiento asistemático en la puesta en práctica de estos procedimientos, no debe olvidarse, responde a los principios de la paleolexicografía o lexicografía antigua en donde priva la aplicación irregular de todos los mecanismos descriptivos, a diferencia de la lexicografía científica moderna que busca la absoluta regularidad de aplicación. En este sentido, el Cassani lexicógrafo es un exponente muy representativo de la lexicografía antigua, aunque, a ratos, nos lucen muy modernas algunas de sus ingeniosas soluciones explicativas.

<sup>216</sup> Cf. Manuel Seco, «El “contorno” en la definición lexicográfica», en *Estudios de lexicografía española*, Madrid, Editorial Gredos, 2003, 2.ª edición, págs. 48-50.

## LA GRACIA DE CASSANI

Participando del modo recurrente de las historias antiguas que finalizaban con biografías de los personajes ilustres y más resaltantes del relato, Cassani va, entre otras, a ocuparse de la vida de Pedro Claver, el santo jesuita de Cartagena de Indias. El texto va a inspirar, con visos de encantamiento, al escritor Mariano Picón-Salas que, desentendido de la veracidad de la materia testimonial<sup>217</sup>, tópico de constante cuestionamiento para el académico madrileño, confiará más en los valores literarios de la historia de Cassani (su fe en el texto comprendida como fascinadora entidad de ficción) por encima de cualquier otro. Al declararlo como fuente sentimental en el prólogo a su libro *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950), graba la obra como objeto de arte, estima los méritos del narrador y lo vindica como escritor místico:

No hay duda que el Padre Cassani, en la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada* y en las biografías de jesuitas ilustres que agrega a su libro, hizo la mejor utilización artística de semejante material legendario<sup>218</sup>.

Cargado de gracia, Picón-Salas querrá para Cassani el magisterio del escritor, sabio en el saber decir; partida y llegada de la estética literaria. Quizá sea esta, aunque no debe desestimarse nunca la verdad encriptada en la historia que cuenta a partir de las historias previas, el más perdurable legado de este académico y lexicógrafo en función del tema americano. Escritor por encima de todo, alimentará las singulares historias y los fantásticos relatos con formulaciones literarias que darán brillo a las muy verdaderas referencias que toma de sus fuentes inspiradoras. Escribirá con más arte que sus predecesores en el tema<sup>219</sup>. Será la gracia escrituraria la

<sup>217</sup> Una constancia de la crítica lo rotula, una y otra vez, como un historiador descuidado en los datos: «Estos hechos implican, a nuestro parecer, un residencia, fija y constante, de los jesuitas en la ciudad de Caracas. Lo que queda confirmado con la afirmación general e imprecisa, como tantas de las suyas, del historiador Cassani» (Manuel Aguirre Elorriaga, *La Compañía de Jesús en Venezuela*, Caracas, Editorial Cóndor, 1941, pág. 130).

<sup>218</sup> Mariano Picón-Salas, *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2009, pág. 10. Cf. Gracia Faustina Salazar, *Mariano Picón-Salas, el ebanista de la palabra: literatura, biografía e historia en «Pedro Claver, el santo de los esclavos»*, Caracas, Negro sobre Blanco Grupo Editorial/ABUCAB Ediciones, 2016. Prólogo de José del Rey Fajardo.

<sup>219</sup> El padre Antonio Astráin, siempre tan duro con Cassani, reconocerá sus méritos literarios, cuando los evalúa en comparación con los de Rivero, cuya forma califica de «lánguida y difusa». Al contrario, verá en la escritura de Cassani dotes muy

única gestión en la que se sabe diestro como el que más<sup>220</sup>. Recupera las narraciones abundosas de datos y las descarga de ellos para iluminar solamente aquellas cifras que son portadoras de seducción y asombro. Sin pretenderlo, Cassani novela la historia y al hacerlo adelanta las cronologías literarias venezolanas y se aproxima a la fundación del género.

Barthes postulaba, en su ensayo sobre San Ignacio, para auspiciar la fuerza de lo escriturario, que «el descrédito de la forma sirve para exaltar la importancia del fondo». Visión de la literatura más como materia que como forma: «*escribo mal* quiere decir: *pienso bien*»<sup>221</sup>. Si quisiéramos invertir los términos de la ecuación y con ello explicar el valor barthesiano de la literatura como forma, habría que señalar que cuando se descrea del fondo es la forma la que emerge para ocupar el lugar que por derecho le pertenece en el universo de lo literario. La investigación formalista en Cassani, tan distante de la lectura castigadora del historiador inexacto, tendrá que encaminarse por la ruta de valoración estética del texto (= la invención de su lenguaje o del lenguaje todo).

singulares: «Este autor escribe con más arte, pero nada nuevo añade al anterior [el padre Rivero]» (*Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, Razón y Fe, 1920, t. vi, pág. 649). En el tomo vii de su obra, Astráin ablandará sus críticas hacia Cassani y producirá un juicio más equilibrado y nutricional: «Gracias a su talento flexible y ameno, pudo ejercitar la pluma en muy diversos asuntos. Ya redactaba la prolija serie de biografías que llenaron tres tomos en folio de nuestros Varones Ilustres, ya publicaba historias breves de San Luis y de San Estanislao para fomentar la devoción popular a estos asuntos, así escribía tesis de arquitectura y cosmografía, como disertaba sobre la naturaleza, origen y causas de los cometas. Hoy daba a luz escritos apologeticos en favor de la Compañía, mañana trabajaba en el Índice de libros prohibidos por la Inquisición. A todas horas estaba dispuesto el P. Cassani para entrar en la lid literaria, principalmente cuando se atravesaba el honor de la Iglesia o de la Compañía» (cita en Fernando Arellano, *Una Introducción a la Venezuela Prehispanica. Culturas de las Naciones Indígenas Venezolanas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1986, págs. 278-279).

<sup>220</sup> La esencia literaria está en Cassani muy por encima de cualquier otra vocación intelectual. El padre Del Rey dejará establecida la primacía de la personalidad literaria del jesuita académico: «La Literatura escrita sobre la personalidad del P. José Cassani no responde a la realidad fecunda de un hombre cuya principal misión a lo largo de su vida fue la de escribir» (*Los jesuitas en Venezuela. Las fuentes*, Caracas-Bogotá, Universidad Católica Andrés Bello/Pontificia Universidad Javeriana, 2006, tomo I, pág. 342).

<sup>221</sup> Roland Barthes, «Loyola», en *Sade, Fourier, Loyola* [1971], Madrid, Cátedra, 1997, pág. 53. Graba, también, el principio rector sobre el prestigio de la literatura: «Los jesuitas, como es bien sabido, han contribuido mucho a formar la idea que tenemos de la literatura» (*Ibidem*, pág. 53).

Quizá sea la gracia literaria de Cassani, cuando la etnografía y la lingüística han superado las datas puntuales sobre lo escrito y cuando la historia ya ha agotado la descripción de los anales coloniales, su condición más moderna y su más irrenunciable perdurabilidad. Leer hoy a Cassani es un acto de alta literatura.

# Técnica lexicográfica antigua en el vocabulario achagua de los padres Neira, Rivero y de su refundidor anónimo (1762)

## INTRODUCCIÓN Y RECuento

Los primeros intentos por sistematizar la materia del estudio sobre los repertorios léxicos antiguos tuvieron su punto de partida en un trabajo que completamos, bajo el título de «Elementos de paleolexicografía en el Vocabulario Achagua de Neira y Ribero», publicado en el tomo segundo de la obra colectiva *Misiones Jesuíticas en la Orinoquia (1625-1727)*, editada por el padre José del Rey Fajardo, en 1992, en la Universidad Católica del Táchira, en San Cristóbal, como Homenaje a la Compañía de Jesús, en el V Centenario del Descubrimiento de América.

Se trataba de un trabajo fundador que pretendía comprender el aporte que a la lexicografía, entendida como técnica científica de elaboración de diccionarios, había ofrecido un texto lexicográfico colonial. En este caso, el *Vocabulario de la Lengua Achagua* de los padres jesuitas Alonso de Neira (1635-1706) y Juan Rivero<sup>222</sup> (1681-1736), cuyo manuscrito fue fechado durante el siglo XVIII, en 1762, muchos años después de fallecidos sus autores.

Los resultados de esta primera investigación podrían resumirse señalando: 1) la apertura a un nuevo dominio metalexigráfico e historiográfico, la *paleolexicografía* o lexicografía antigua (= época colonial) en el ámbito de los estudios lingüísticos venezolanos; 2) la comprobación de que los textos lexicográficos antiguos son susceptibles de ser analizados de acuerdo a principios técnicos modernos, ya que suponen históricamente los primeros avances en el empleo de esos principios; y 3) el ensayo de un

<sup>222</sup> Hemos adoptado, como la generalidad de los autores modernos, la forma «Rivero» y no «Ribero». Esta última grafía es la que aparece en los trabajos manuscritos del misionero y en los textos antiguos, producto de las fluctuaciones ortográficas de ese tiempo, y que hemos utilizamos en algunos de nuestros estudios anteriores. Mario Briceño Iragorry mantiene la forma «Ribero». («Historiadores de Indias: P. José Gumilla», en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, 1931, n.º 53, págs. 3, 4 y 5).

método de análisis lexicográfico que permitió determinar los elementos de descripción considerados por los autores de textos paleolexicográficos.

En cuenta de estos aportes, se llevó a cabo una segunda redacción con el título: «Técnica lexicográfica antigua en el Vocabulario Achagua de Neira y Ribero», publicada en el número 15, año 1996, de la revista *Paramillo*, de la Universidad Católica del Táchira. El estudio pretendía: 1) hacer más complejo y refinado el método de análisis lexicográfico de obras antiguas; 2) hacer más exhaustiva la descripción metalexográfica del vocabulario del achagua motivo del estudio; 3) determinar la significación de los logros técnicos de dicho texto para la paleolexicografía de Venezuela; y 4) precisar los aportes de sus autores en el marco de la historia de la lexicografía venezolana.

Esta tercera redacción cruza las dos anteriores, enmienda algunas inconsistencias y amplía el cuadro de análisis con la finalidad de auspiciar la indagación de las producciones más antiguas de la lexicografía venezolana y como contribución al estudio del papel jugado por los misioneros filólogos jesuitas en la hechura de la lingüística colonial venezolana.

## LOS LÉXICOS ANTIGUOS Y SU CRÍTICA

La crítica paleolexicográfica está dirigida al estudio de los textos lexicográficos más antiguos elaborados sobre el léxico de una lengua, sobre alguno de sus dominios o sobre algún campo léxico en particular, restringidos siempre a los primeros momentos en la historia de la disciplina (origen de los fenómenos, primeros desarrollos descriptivos, aportes iniciales, etc.). De esta suerte, la paleolexicografía en Venezuela queda acotada temporalmente a los textos lexicográficos de la época colonial (hasta 1800) y, principalmente, a dos de sus áreas básicas de interés: el léxico de lenguas indígenas y el léxico del español americano, con sus permanentes interinfluencias, trasvases y enriquecimientos mutuos.

En el universo de la lexicografía venezolana de lenguas indígenas son numerosísimos los trabajos que esperan un análisis en cuanto a su técnica lexicográfica y una ubicación dentro de la historia de los estudios sobre el léxico. Como primer paso en el conocimiento de nuestra lexicografía antigua se han compuesto los primeros repertorios histórico-bibliográficos modernos<sup>223</sup>, desde la perspectiva de las distintas órdenes religiosas que

<sup>223</sup> La erudición decimonónica había dejado algunas huellas dignas de mención. Fundamentales, las fichas del Conde de la Viñaza en su *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Riva-

misionaron en la Venezuela colonial. La enorme pasión por el estudio de la lengua en estos estudiosos queda señalada por una insuperada profusión de trabajos e investigaciones, registrada bajo el rótulo conductor de cada una de estas empresas religiosas:

1) *Aportes Jesuíticos a la filología colonial venezolana* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971), de José del Rey Fajardo; en dos tomos.

2) *Los Agustinos y las lenguas indígenas de Venezuela* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979), de Fernando Campo del Pozo.

3) *Labor Franciscana: I. Promoción indígena* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979), de Odilo Gómez Parente.

4) *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capuchinos* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1981), de Buenaventura de Carrocera.

5) *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1986), de Fernando Arellano.

Por lo que respecta a la paleolexicografía del español en Venezuela, la materia es rara por inexistente<sup>224</sup>. Se han aprovechado generosamente los materiales léxicos contenidos en las descripciones del habla nacional en materia de indigenismos y etimología (*Ensayo de un diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela*, 1881, de Arístides Rojas; «Etimologías zulianas», en *El Zulia Ilustrado*, 1890, de Adolfo Ernst; «Indigenismos», en *El castellano en Venezuela*, 1897, de Julio Calcaño; *Glosario de voces indígenas de Venezuela*, 1921, de Lisandro Alvarado).

deneyra, Impresores de la Real Casa, 1892; y las anotaciones crítico-históricas de Arístides Rojas: «Literatura de lenguas indígenas venezolanas», en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1878.

<sup>224</sup> Cf., sin considerar los dedicados a Neira y Rivero (*vid. Infra*), los estudios en materia de lexicografía antigua de Francisco Javier Pérez: «Cinco siglos de lexicografía del español de Venezuela», en *Montalbán*, Caracas, n.º 24 (1992), págs. 119-219. *Estudios de lexicografía venezolana*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997. «Técnica lexicográfica en el Vocabulario de Americanismos de fray Pedro Simón», en *Actual*, Mérida, n.º 41 (1999), págs. 201-221. «Los estudios metalexigráficos y metalexicológicos en Hispanoamérica. Recuento moderno de un antiguo quehacer», en *Lingüística Española Actual*, Madrid, vol. xxv, n.ºs 1 y 2 (2003), págs. 249-271. «El lingüista cartesiano Pierre Pelleprat», en Allan R. Brewer-Carías, Alberto Baumeister Toledo y Pedro Nikken (coords.), *Libro homenaje al P. José del Rey Fajardo S. J.*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 2005, tomo II, págs. 1305-1319. «La lexicografía de las lenguas indígenas venezolanas. Aportes generales y jesuíticos», en José María Guibert Ucín (coord.), *Cooperativismo, empresa y universidad. In memoriam de Dionisio Aranzadi Tellería S. J.*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2010, págs. 441-451.

## LA LEXICOGRAFÍA ACHAGUA

En el ámbito de la lexicografía antigua de la lengua achagua es posible, a pesar de la escasez de informaciones y de textos conservados o difundidos, reunir algunas referencias bibliográficas que ofrecen luz sobre lo que pudo ser la descripción de esta lengua de filiación aruaca, como el maipure ori-noquense, en aquellos tiempos fundacionales.

La bibliografía lingüística jesuítica<sup>225</sup> consigna producciones lexicográficas sobre esta lengua, firmadas por un conjunto de autores de primer rango y cuyos nombres es necesario tener en cuenta:

1) Fernando de Arias (1635?-168?), *Arte y Vocabulario de la lengua achagua, con doctrina, confesonario y pláticas en la misma.*

2) Antonio Castán (1633-1670), *Apuntamiento para formar gramáticas de las lenguas Guagiba, Achagua y Sáliva.*

3) José Cavarte (1655-1724), *Arte, vocabulario y catecismo en lengua achagua.*

4) Alonso de Neira (1635-1706), *Gramática y vocabulario de la lengua achagua y Arte y vocabulario de la lengua achagua.*

5) Juan Ortiz Payán (1627?-1705), *Apuntaciones sobre la lengua achagua.*

6) Juan Rivero (1681-1736), *Arte y vocabulario de la lengua achagua y Gramática y diccionario de la lengua achagua.*

7) Bernardo Rotella (1700-1748), *Apuntamientos varios sobre las lenguas Achaguas, carivaca y otomaca.*

Debe destacarse que fue el achagua la lengua indígena venezolana más trabajada y mejor descrita por los estudiosos jesuitas en tiempos coloniales. De ahí, adicionalmente, la importancia que aporta una revisión histórico-crítica de estas producciones antiguas en la reconstrucción de la historia de la lingüística indígena y en la determinación de los aportes jesuíticos al mundo lexicográfico de la Venezuela prerepublicana.

<sup>225</sup> José del Rey Fajardo, S.J., *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I. *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974. *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, Caracas-Bogotá, Universidad Católica Andrés Bello/Pontificia Universidad Javeriana, 2006, tomo II.

## LOS MANUSCRITOS, EL VOCABULARIO Y SUS AUTORES

Se conocen dos manuscritos del *Vocabulario de la lengua achagua*<sup>226</sup>, de Alonso de Neira y Juan Rivero. Uno se encuentra en la Biblioteca de Palacio, en Madrid; y otro, en la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá, el más antiguo y sobre el que se hizo la copia que José Celestino Mutis envió a Madrid, con el ilustre emisario don Antonio Caballero y Góngora, como parte de la comisión de acopio de gramáticas y diccionarios por la Nueva Granada para los proyectos de la Rusia ilustrada de la emperatriz Catalina<sup>227</sup>.

La obra ha sido publicada en dos oportunidades. La primera, en 1928, en el tomo I de la colección de manuscritos existentes en la Real Biblioteca de Madrid sobre lenguas indígenas de América, que apareció bajo el título *Lenguas de América (Manuscritos de la Real Biblioteca)*. Y, más recientemente, en 1971, en el tomo II de los *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, de José del Rey Fajardo, quien no solo reproduce el texto editado en 1928, sino que incorpora las variantes encontradas en el manuscrito de Bogotá<sup>228</sup>.

<sup>226</sup> El título completo y los datos de la portada son: *Arte y Vocabulario de la Lengua Achagua, Doctrina Christiana, Confesonario de uno y otro sexo e instrucción de Cathecumenos. Sacado de lo que trabajaron los Padres Alonso de Neira, y Juan Ribero de la Compañía de Jesús. Trasuntado en el Pueblo de Sn. Juan Francisco Regis. Año de 1762.*

<sup>227</sup> «Por solicitud de Catalina II de Rusia, el mismo rey [Carlos III] ordenó por Real Orden de 13 de noviembre de 1787 que se recogieran, copiaran y se enviaran a la Corte gramáticas y diccionarios de lenguas americanas de las que no se tuvieran ejemplares en España. El encargo en Nueva Granada, Colombia, de copiar gramáticas y vocabularios, se confió a José Celestino Mutis. De la mano del sacerdote científico, de sus auxiliares y recopiladores, se lograron reunir y reescribir gramáticas y vocabularios de la lengua chibcha, saliva, caribe y achagua, entre otras» (Mercedes Suárez, «Paradigmas de la palabra», en *Paradigmas de la palabra. Gramáticas indígenas de los siglos XVI, XVII, XVIII*, Madrid, 2007, pág. 36). En otro estudio de este libro, «Gramáticas andinas o las Moradas de la vida», escrito por Hernando Cabarcas Antequera, se reproduce como ilustración la primera página del Manuscrito de Bogotá (pág. 87).

<sup>228</sup> Véase en el tomo I de esta obra las informaciones bio-bibliográficas que el padre Del Rey Fajardo consigna sobre Neira (1635-1706) y Rivero (1681-1736) y sobre la paternidad de la obra (págs. 199-203, 214-216). Otras referencias sobre los autores pueden seguirse en la abundante bibliografía del padre Del Rey Fajardo; cf., principalmente: *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, ob. cit., págs. 397-401 y 462-465. «Juan Rivero», en *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, tomo III, pág. 439; 1997, tomo III, págs. 961-962. «Los jesuitas y las lenguas indí-

A raíz de la edición de 1928, José Alemany y Bolufer escribe un artículo en donde estudia los aspectos gramaticales de la obra de los padres jesuitas<sup>229</sup>, que hasta la publicación de los estudios más recientes<sup>230</sup>, constituyó el único trabajo extenso de índole crítica sobre la obra referida, compuesta como se estilaba en tiempo antiguo por la reunión de una sección gramatical y otra lexicográfica.

En relación con el origen del texto se han concertado algunas imprecisiones. Pareciera, en primer lugar, que los padres Neira y Rivero hubieran trabajado juntos en la obra y que, en consecuencia, hubieran compuesto el texto que hoy conocemos. Nada más incierto. De hecho, nunca llegaron a conocerse, pues cuando el padre Rivero llegó a las misiones, en 1721, como párroco de San Javier de Macaguane, el docto padre Neira había fallecido hacía quince años.

La especulación y la hipótesis permiten suponer que el padre Rivero aprovechó el trabajo de su compañero de religión y, de una u otra manera, lo enriqueció y completó años después. Tanto el trabajo de Neira como el

genas venezolanas», en J. Del Rey Fajardo (editor), *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo II, págs. 5-128. *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2006, págs. 506-511 y 575-578. *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, *ob. cit.*, tomo II, págs. 375-380 y 433-436. *Cf.*, además, los estudios de Francisco Javier Pérez: «Elementos de paleolexicografía en el Vocabulario Achagua de Neira y Ribero», en J. Del Rey Fajardo (editor). *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, *ob. cit.*, tomo II, págs. 615-629. «Técnica lexicográfica antigua en el Vocabulario Achagua de Neira y Rivero», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 15 (1996), págs. 617-647. También: 1) Manuel Segundo Sánchez, *Bibliografía venezolanista. Contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimprimados desde el siglo XIX*, Caracas, Empresa «El Cojo», 1914; dirá sobre el padre Rivero: «El inteligente jesuita español emprendió viaje a las regiones de Casanare en diciembre de 1720; y en esta *Historia* describe el vasto territorio comprendido entre el Amazonas y el Orinoco; su flora y su fauna; las tribus habitadoras de aquellas comarcas; las exploraciones realizadas por otros misioneros; su establecimiento entre los indios; y abunda en multitud de datos históricos de la mayor importancia. Murió en 1736. Según el padre Gumilla, en carta publicada en Madrid, 1739, Rivero había compuesto gramáticas de algunas lenguas indígenas, recomendables por su método». 2) Blas Bruni Celli, *Venezuela en cinco siglos de imprenta*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, pág. 1.224.

<sup>229</sup> José Alemany y Bolufer, «Gramática de la lengua achagua por el P. Alonso de Neira, comentada y expuesta con plan metódico por...», en *Boletín de la Universidad de Madrid*, Madrid, tomo I (1929), págs. 389-426. Interesado por esta lengua, publicaría también «Acerca de una particularidad de la lengua Achagua», en *Investigación y progreso*, Madrid, n.º 5 (1929), págs. 88-89.

<sup>230</sup> *Vid. supra*, las referencias a los estudios de Francisco Javier Pérez sobre el tema.

de Rivero (texto de Neira + texto de Rivero), tanto en sus versiones separadas manuscritas, pues en la bibliografía de cada padre se las consigna como obras de su exclusiva autoría, como en la versión fusionada (que tradicionalmente se denomina con los nombres de los dos autores), fueron considerados la base del manuscrito de 1762, la del autor anónimo que las trasuntó ese año en el pueblo de San Juan Francisco Regis y que, en suma, ordenó el texto que hoy consideramos de Neira y Rivero, en sus versiones de Bogotá y Madrid. Así, pues, se trata, hasta el siglo XVIII, de un texto con tres autores y en donde cada uno de ellos ha cumplido con una función diferente: Neira, el creador; Rivero, el continuador, y el autor anónimo, el sintetizador. Este último autor es el que deja constar la autoría expresa de los dos primeros autores y de allí que se mantuvieran hasta hoy la dupla de los artífices conjuntos de la obra: «En resumen, el escrito que estudiamos supone la existencia de dos obras anteriores pertenecientes a Neira y Rivero, a las que lógicamente hay que añadir la del Autor Anónimo del único texto que ha conocido la luz pública»<sup>231</sup>.

Por si lo anterior fuera poco, en tiempo moderno, como se ha dicho, el editor y divulgador del vocabulario, el padre José del Rey Fajardo, ha ofrecido la edición definitiva de la obra, tomando como base el Manuscrito de Madrid y completándolo con el Manuscrito de Bogotá («En la presente edición hemos seguido el texto editado por la Biblioteca de Palacio, pero le hemos añadido las variantes que hemos encontrado en el Ms. B.»<sup>232</sup>); además de anotar lo críticamente y de estimar científicamente el complejo historial de autorías que la obra comporta (texto de Neira + texto de Rivero + texto trasuntado + texto de Del Rey).

La cronología de las confusiones también puede reconstruirse, en el entendido de que como obra antigua y en versiones manuscritas está sujeta a trasvases, copias, adiciones y adulteraciones con las que el analista moderno tiene que enfrentarse con naturalidad.

En 1878, Arístides Rojas, al redactar su estudio «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela» produce una referencia, quizá una de las primeras, que aporta los datos básicos sobre el vocabulario de los padres jesuitas. Con naturalidad, deja asentado que el manuscrito que conocemos es un extracto de los respectivos diccionarios de Neira y de Rivero. Interesan los elogiosos calificativos que asigna al texto trasuntado:

<sup>231</sup> Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo I, pág. 306.

<sup>232</sup> *Ibidem.*, tomo II, pág. 25. A su vez, ha puesto nombre a los manuscritos, marcando con las señas «Ms. A», el de Madrid, y «Ms. B», el de Bogotá.

De los Achaguas, que dejaron su nombre á una isla y á un pueblo en el Estado venezolano de Apure no se conserva, según Vergara y Vergara, sino un diccionario completo, trabajado por un Religioso dominicano, y otro muy extenso y bien escrito, extractado de los escritos por los Padres Juan Rivero y Alonso de Neyra, en el pueblo de Surmeno, en 1762. Ambos diccionarios autógrafos, existen en la Biblioteca Uricoechea, y en la nacional de Bogotá, un tomo que contiene *pláticas y sermones*<sup>233</sup>.

El conde de la Viñaza, siguiendo a Rojas, refiere la existencia del manuscrito autógrafo, denominado luego de Bogotá, de fecha 1762, conservado por el indigenista colombiano Ezequiel Uricoechea: «Diccionario de la Lengua de los Achaguas, extractado de los escritos por los Padres Juan Rivero y Alonso de Neyra, en el pueblo de Surmeno<sup>234</sup>, año 1762»<sup>235</sup>. Se trata del texto del autor anónimo.

Unos años antes, el etnógrafo germano-venezolano Adolfo Ernst, al invocar la célebre *Historia de las misiones*, del padre Rivero, en su nutrido estudio sobre las lenguas del Meta y del Orinoco, a partir de las listas manuscritas compuestas por el tribuno y escritor caraqueño Fermín Toro (a la cabeza de todas la lista de voces achaguas), informa sin precisión sobre la obra lingüística achagua del compañero del padre Neira, al que no menciona como autor:

De los viejos Achaguas trata con bastante detalle el padre jesuita Juan Rivero, en su *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, escrita en el año 1736 e impresa primero en Bogotá en el año 1883. Según Gilij (III, 410) él es también autor de un diccionario de la lengua de los Achaguas, posiblemente el mismo que se encuentra manuscrito en la biblioteca privada del rey de España, como creo haber leído en alguna parte<sup>236</sup>.

<sup>233</sup> Arístides Rojas. «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en *Obras escogidas*, París, Garnier Hermanos-Libreros Editores, 1907, pág. 253. Anota también el dato sobre el manuscrito del libro inédito del padre Rivero: *Sermones y pláticas de doctrina*, que ha recuperado la bibliografía sobre el misionero (cf. Del Rey Fajardo, *Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*, ob. cit., pág. 462; *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, ob. cit., pág. 575; *Los jesuitas en Venezuela. Los hombres*, ob. cit., pág. 433).

<sup>234</sup> El nombre completo de la reducción era «San Juan Francisco Regis de Surrimena».

<sup>235</sup> Viñaza, ob. cit., pág. 167.

<sup>236</sup> Adolfo Ernst, «Acerca de algunos lenguajes poco conocidos de la región del Meta y del Orinoco superior» [1890], en *Obras completas*, Ediciones de la Presidencia

Cumplida la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles, en 1767, los bienes de la Compañía de Jesús pasaron a ser propiedad de la corona, y así el primer manuscrito (el texto trasuntado) fue a engrosar los fondos de la Biblioteca Real de Santafé, abierta al público en 1777. Once años más tarde, en 1788, se terminó de hacer la copia que se enviaría a Madrid y que constituiría el segundo manuscrito (copia del texto trasuntado), conocido como Manuscrito de Madrid. El sabio Mutis había enviado a España, como quedó dicho, la copia del manuscrito que iba a tener como destino final la Rusia imperial de Catalina II, tan auspiciosa por entonces con el estudio de las lenguas del mundo. Nunca, que se sepa, el Manuscrito de Madrid llegó a enviarse a Rusia<sup>237</sup>, posiblemente porque ya el gran Peter Simon Pallas había dado a la imprenta su monumental *Linguarum Totius Orbis Comparativa, Augustissimae, Cura Collecta*, de 1786 y 1787.

Sobre la identidad del autor anónimo, el padre Del Rey señala a dos jesuitas que actuaban en la conocida reducción en fechas cercanas al año 1762, data del manuscrito trasuntado: «Igualmente ignoramos la personalidad del autor o copista. En 1763 dirigía la reducción de S. Juan Francisco de Regis de Surimena el P. Cayetano Pfab, más ignoramos la fecha de llegada del jesuita alemán a este pueblo. En 1756 el encargado era el P. José Esquivel. Cualquiera de los dos hubiera podido ser el trasuntador o el sintetizador»<sup>238</sup>.

## LA TÉCNICA

Puede definirse el *Vocabulario de la lengua achagua*, de Neira y Rivero, como un repertorio bilingüe unidireccional español-achagua destinado a usuarios hablantes de español como lengua materna. El texto lexicográfico establece una comparación en columnas de un conjunto amplio de unidades monoverbales y multiverbales españolas y su respectiva equivalencia en achagua, lengua de filiación aruaca-maipure.

de la República, Caracas, 1987, tomo VI, pág. 555. Sin duda, la referencia de Ernst hace alusión no explícita del vocabulario trasuntado de 1762, conocido en España en las décadas finales del siglo XVIII.

<sup>237</sup> Cf. Sergio Elías Ortiz, *Prehistoria. Lenguas y dialectos indígenas de Colombia*, Bogotá, 1965, pág. 178 [cita en Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, tomo I, pág. 201].

<sup>238</sup> Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, ob. cit., tomo I, pág. 306.

La unidireccionalidad del texto queda confirmada ante la imposibilidad de entrar en el sistema del vocabulario por medio del achagua, que en este caso es solo lengua de llegada o de destino (*Zielsprache, langue de sortie*) de la lengua de partida o de entrada (*Ausgangssprache, langue d'entrée*), que es aquí claramente el español. Esta característica, en ningún caso un defecto de técnica, se entiende por la finalidad del vocabulario y por el tipo de usuario a quien iba dirigido. Sin duda, este texto ha sido organizado para cumplir una función didáctico-catequística y, en este sentido, la necesidad más imperiosa del usuario era la codificación (= generación o creación de enunciados orales o de textos escritos) y no la decodificación (= interpretación de enunciados orales o de textos escritos), aspectos que podrían también ser cubiertos secundariamente gracias a este texto, aunque parcial y asistemáticamente.

La estructura de la obra o *macroestructura* es a primera vista bastante simple en los sus dos niveles esenciales, macro y microestructura, como en el común de los repertorios de lexicografía antigua. La estructura general constitutiva externa del texto o macroestructura está compuesta por un extenso repertorio de más de 4600 entradas en la columna de la lengua de partida (Columna A = Castellano) y sus correspondencias en la columna de la lengua de llegada (Columna B = Achagua). El repertorio aumenta en un número mayor a mil entradas, al tomar en cuenta aquellas que por una peculiaridad de esta obra se han descrito en la columna B y no en la A:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Casabe	Verrí. Tostado = Cherríaníguasí.

En este ejemplo, el artículo *casabe* aporta dos entradas al *Vocabulario*: una en su forma simple: *casabe* (*Verrí*) y otra en su forma compuesta: *casabe tostado* (*Cherríaníguasí*). Gracias a ello, los aproximadamente 4600 artículos (entendidos como entradas simples) pueden fácilmente llegar a convertirse en 6000 entradas al considerar las formas compuestas como cómputo total del corpus descrito. Esta cifra, en otra consideración, resulta muy elevada y rica para una obra de lexicografía pretécnica.

El repertorio se subdivide y reparte en los siguientes grafemas: *a, b, c* (que incluye las voces con *ch* inicial); *d, e, f, g, h, y* (que incluye las voces comenzadas con *i*); *j, l, m, n, o, p, q, r, s, t, v* (que incluye nueve voces comenzadas con *u*, tres con *x* y siete con *z*). No se registran voces con *ñ* inicial.

La macroestructura del *Vocabulario* presenta, sin embargo, algunas faltas de coherencia: 1) irregularidad en la ordenación alfabética dentro de la sección particular de cada grafema, producto de una lectura y clasificación

fonética de las voces; 2) repetición idéntica de entradas; por ejemplo: dos artículos para la voz «Cristal.....Guanare» (cf. págs. 70 y 76 en la edición de 1928; y 91 y 96 en la de 1971); 3) doble entrada de una misma palabra por variación de la consonante inicial, debido a vacilaciones ortográficas y fonológicas; por ejemplo: «Boca.....Numasí» y «Voca.....Numasí».

La estructura de los artículos o microestructura ensaya varias modalidades en cuanto al sistema de equivalencias:

Tipo 1: A un lema simple (univerbal o pluriverbal) en la columna A le corresponde un equivalente en la columna B:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Beber	Nuirrau

Tipo 2: A un lema simple en la columna A le corresponden dos o más equivalentes en la columna B:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Asiento	Yarrusí, judaque

[1) Asiento = Yarrusí. 2) Asiento = Judaque]

Tipo 3: A un lema simple en la columna A le corresponde un equivalente + otro(s) lema(s) de la lengua de partida y su equivalente en la de llegada en la columna B (generalmente dependen del lema simple para completarse):

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Dexar	Numacau. Atrás = Nuechau.

[1) Dejar = Numacau. 2) Dejar atrás = Nuechau]

Medicina	Debe. La Mía = Nuidebe
----------	------------------------

[1) Medicina = Debe. 2) Mi medicina = Nuidebe]

Tipo 4: A un lema compuesto (lema + heterónimo, o un lema disyuntivo) en la columna A le corresponde un equivalente simple (una sola unidad de equivalencia) en la columna B:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Dispensar, permitir	Nuídau

[1) Dispensar = Nuídau. 2) Permitir = Nuídau]

Atado ó manojo      Abaisí

[1) Atado = Abaisí. 2) Manojo = Abaisí]

Tipo 5: A un lema compuesto en la columna A le corresponde un equivalente + otro(s) lema(s) de la lengua de partida y su equivalente en la de llegada en la columna B:

*Castellano*                      *Achagua*

Gana, voluntad      Ybabaitacaresí. De buena gana = Chunisacay.

De mala gana = Jacarija.

[1) Gana = Ybabaitacaresí. 2) Voluntad = Ybabaitacaresí. 3) De buena gana = Chunisacay. 4) De buena voluntad = Chunisacay. 5) De mala gana = Jacarija. 6) De mala voluntad = Jacarija]

Tipo 6: A un lema compuesto (lema monoverbal o multiverbal + explicación leológica) en la columna A le corresponde una o varias equivalencias otro(s) lema(s) de la lengua de partida y su equivalente en la de llegada en la columna B:

*Castellano*                                      *Achagua*

Alacrán, animal ponzoñoso      Aquetu

[1) Alacrán = Aquetu. 2) Animal ponzoñoso ≠ Aquetu]

Atascadero, cosa q.t atasca      Tabita biyi, suresureiyi

Bálsamo, resina de árbol      Ay cuba yabe

Manta, camiseta de lana      Casichugirray

Tipo 7: A un lema compuesto (lema monoverbal o multiverbal + equivalente coloquial en la lengua de partida, de acuerdo con el modo de expresar la misma idea en achagua) en la columna A le corresponden una o varias equivalencias u otro(s) lema(s) de la lengua de partida y su equivalente en la de llegada en la columna B:

*Castellano*    *Achagua*

Alquilar una bestia dicen = pagar su lomo      Nubeníu Emaibare

Descolgar hamacas dicen doblarla      Nuísíu hamaca, vel, Numasaidau hamaca

Esta gran variedad a nivel técnico tiene una correspondencia y un equilibrio en relación con la riqueza de unidades que se describen:

1) A nivel semántico. Se recuperan y se ofrecen equivalencias de unidades léxicas de algunas tipologías habituales en las lenguas; por ejemplo:

## NOMBRES PROPIOS

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Dioses de los Achaguas	<i>Jurruna mínari</i> . El de las labranzas = <i>Varaca</i> . El de las riquezas = <i>Cuísiaberrí</i> . El del fuego = <i>Prubísana</i> . El causador de temblores = <i>Apichabírrí</i> . Flechero = <i>Tarraí</i> . De las tempestades = <i>Eno</i> . De los truenos = <i>Achacato</i> . Dios tonto = <i>Amaríbaca Vreca, cujuraye</i> . Dios, signo del Cielo.

Meta, Río de Meta	<i>Meda</i>
-------------------	-------------

## NUMERALES

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Cinco	<i>Abacaje</i>
Cinquenta	<i>Juchamta tacái = Juchamacage ritabare</i>

## FÓRMULAS DE TRATAMIENTO

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Don	<i>Yacasí, Junanicayí</i>

2) A nivel morfológico. Se describen unidades pertenecientes a todas las categorías gramaticales; por ejemplo:

## SUSTANTIVO

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Puerto	<i>Barruacabasíba</i>

## ADJETIVO

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Medroso	<i>Carruícaisa</i>

Un logro técnico en cuanto a esta categoría es la contextualización o contorno de muchos adjetivos:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Arrebatado, hombre	<i>Bare mínari</i>
[Referido a un hombre: arrebatado]	

## VERBO

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Amar	<i>Nuqueninauyu, Caninanuríu</i>

## ADVERBIO

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Fácilmente	<i>Madananínata</i>

Eventualmente, se incluye también ejemplificación contextual del uso de los adverbios (*cf.* el artículo *después*).

## PRONOMBRE

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Esa	<i>Ruaja, ruaní.</i> Ese = <i>Ríaja, Ríaní.</i> Pl. <i>Najananí.</i>
Esta	<i>Ruaja, ruane.</i> Este = <i>Ríaja, Ríaní.</i> Pl. <i>Naja, nany.</i>
Le ó lo	<i>Ni.</i> V.g. Danosle oi = <i>Jiayu guaríuní.</i>
Tu	<i>Gia, Giya, Girra.</i>
Vosotros	<i>Ya, Yrra.</i>
Vuestra	<i>Ysina.</i>

## CONJUNCIÓN

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Y, conjuncion	<i>Taba</i> pospuesto
O, disjuntivo	<i>Beca.</i> V.g. Pedro ó Pablo = <i>Pedro Pablo beca.</i>

## PREPOSICIÓN

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
A, preposicion	<i>Re.</i>

## INTERJECCIÓN

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Quexido, interjeccion	<i>Ayo.</i>

3) A nivel sintáctico. El vocabulario hace abundante ejemplificación del uso de los lemas en unidades pluriverbales y en expresiones, tanto desde la lengua de partida como en función de la de llegada:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Quitarme el sombrero, descubrir la cabeza	<i>Numecunubita.</i>

Temblar

*Nuchechena, Nucurria.* / Temblar la cabeza = *Benubenu nubita.* / Temblar la tierra = *Richunua cainabe.* / Temblar la casa = *Tesítesíuní cuíta.*

Asimismo, se han incluido una serie de expresiones consagradas por el uso o de índole paremiológica: en el artículo *ojo*: «En un abrir y cerrar de ojos = *Guasímíu cachu guatituba*»; en el artículo *orina*: «Si no tienes ganas de orinar, empuja = *Coacata caíbiu gínigímagírriayu*».

4) A nivel estilístico. El texto lexicográfico describe unidades que pertenecen a distintos niveles de coloquialismo en la lengua de partida, sin que se destaquen, sin embargo, con una marcación especial:

UNIDADES DE MARCACIÓN COLOQUIAL CERO  
(= lengua estándar, cultismos, términos abstractos)

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Arte, ciencia	<i>Ebasí, vel, cuaicai</i>
Biblioteca	<i>Cuíaruyarro</i>
Casa	<i>Cuíta, banísí</i>
Confianza	<i>Ynenídacasí</i>
Espiritu, alma	<i>Guabasí, Guabasímí</i>
Feliz	<i>Cachunícacayí</i>
Flemático	<i>Carramabí, carramacayí ínurebí</i>
Grito	<i>Maídacaresí</i>
Humo	<i>Ysa</i>
Ynfinito	<i>Majutedecanayíja</i>
Ynterprete	<i>Eberri chuanísí, vel tuyubasí</i>
Lenguage	<i>Chuanísí</i>
Ocio	<i>Mamedacacái</i>
Oreja	<i>Bibasí</i>
Peinar	<i>Nugíayu</i>
Saber	<i>Nuayurena</i>
Silla	<i>Judaque</i>
Sosiego	<i>Yiabacasíba</i>
Todo	<i>Maquení</i>
Tristeza	<i>Cacaníjutacayí</i>

UNIDADES DE MARCACIÓN COLOQUIAL I  
(= coloquialismos en sentido estricto)

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Bebeson	<i>Berría</i>

Bodoque	<i>Jucausí</i>
Comezón	<i>Ybecay</i>
Espaldado	<i>Manuemabí</i>
Estragarse el estomago	<i>Cabaríta nubai</i>
Mear	<i>Nutacao</i>
Novelero	<i>Ybaisí mínari</i>
Ombligudo	<i>Camuduíbaí, Cacurruíbaí</i>

#### UNIDADES DE MARCACIÓN COLOQUIAL 2

(= voces tabú con restricción de uso)

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Culo	<i>Yajusí</i>
Putá, dicen loca	<i>Babacaísa</i>

5) Americanismos. Uno de los aspectos más interesantes de este vocabulario lo constituye la incorporación de un numeroso grupo de americanismos, muchos de ellos de origen, ya para la fecha plenamente inmersos dentro del léxico general del español. Se trata en gran medida de voces indígenas, en muchos casos de procedencia taína. Estas unidades léxicas anotadas como lengua de partida presentarán una descripción o equivalencia en achagua que salva un grupo de indigenismos todavía frecuentes en el habla de Venezuela para la designación de realidades específicas. En menor escala, otras voces de este grupo, aun siendo generales del español, toman en suelo americano nuevas acepciones o una frecuencia mayor de uso que las acreditan como americanismos, con tanta legitimidad como aquellas de origen indígena. La lista es, como se verá, muy significativa:

<i>Castellano</i>	<i>Achagua</i>
Abahar, echar vao	<i>Nugía nucaresaba</i>
Achote	<i>Jirri</i>
Adorote	<i>Quiburí</i>
Agí	<i>Iaría</i>
Aguanoso	<i>Sasayí</i>
Alpargate	<i>Ibamasí</i>
Azafate	<i>Guariqueno</i>
Bagear	<i>Nugígínau</i>
Bagre	<i>Culirrí</i>
Barbacoa	<i>Vnucoa</i>
Bebida de platanos (→ Bebida)	<i>Platunata</i>
Bejuco	<i>Acu</i>
Bijao	<i>Cabarebayí</i>

Bijao, ciertas ojas	<i>Are</i>
Bocachico (→ Pez)	<i>Cabiro</i>
Boltrear, dar vuelta <sup>239</sup>	<i>Nucagícuayu</i>
Boquerón	<i>Rinumaba</i>
Botar, arrojar	<i>Nucáu</i>
Briza	<i>Camuy</i>
Budare	<i>Juari</i>
Bugio <sup>240</sup>	<i>Churruata</i>
Cabuya	<i>Edana rrusí</i>
Cachama (→ Pez)	<i>Casama</i>
Caña brava	<i>Sítua</i>
Caña dulce	<i>Basue</i>
Caribe	<i>Chabína gerrí</i>
Casabe	<i>Verrí</i>
Cayman	<i>Vmana</i>
Canalete	<i>Tena</i>
Cazique	<i>Ybacairrí</i>
Cazica	<i>Ybacaíchua</i>
Colorado	<i>Quírrayí</i>
Comején	<i>Camarra</i>
Coroso (→ Arbol)	<i>Dajui</i>
Curbinata, pescado	<i>Que</i>
Danta, animal	<i>Ema<sup>241</sup></i>
Embarbascar	<i>Numau</i>
Embuste	<i>Numastíyubíca</i>
Estancia	<i>Yacarrusí</i>
Estoraque (→ Yncienso)	<i>Cugí icay</i>
Fara, cierto animal <sup>242</sup>	<i>Amoari</i>
Granadillo (→ Arbol)	<i>Cau</i>
Guabina (→ Pez)	<i>Basío</i>

<sup>239</sup> En el habla venezolana de hoy, el verbo *voltrear* se refiere, en su uso intransitivo, al hecho de que una persona «gire la cabeza o el cuerpo para ver lo que está detrás»; y, en su uso pronominal, indica la acción de «darse vuelta» (Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, *Diccionario del habla actual de Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1994. «Presentación»: Pedro Grases. «Prólogo»: Jesús Olza Zubiri, S. J.).

<sup>240</sup> *Bohío*, en su forma general lexicalizada.

<sup>241</sup> La voz *Ema* designa en achagua a todo tipo de caballerías o de animales en los que el hombre puede ir encima para facilitar su movilización o transporte. Así, la equivalencia es válida, además de para la *danta*, para las voces castellanas *asno*, *caballo*, *jumento*.

<sup>242</sup> La voz *faro* se refiere a un marsupial similar al *rabipelado*, pero de orejas blancas (*Didelphis albiventris*).

Guacamaya	<i>Atarro, eta</i>
Guacarito <sup>243</sup>	<i>Mua, Vmaiba</i>
Guadua <sup>244</sup>	<i>Ybabí, Ybabay</i>
Guineo, platano <sup>245</sup>	<i>Cachaba</i>
Guayacán <sup>246</sup>	<i>Cabina</i>
Hamaca	<i>Edasí</i>
Hato, Rancho	<i>Sichaita</i>
Hecho platano <sup>247</sup>	<i>Salirriyi</i>
Higueron	<i>Tucuri</i>
Hoyada	<i>Cayagibe</i>
Yguana <sup>248</sup>	<i>Chamanare</i>
Yuca brava	<i>Alirrí</i>
Yuca mansa	<i>Quenirro</i>
Jagua, cierta frutilla	<i>Tana</i>
Jobos (→ Arbol)	<i>Quechu</i>
Liendre	<i>Bitenísí ebe</i>
Macana	<i>Guacaba</i>
Mais	<i>Cana</i>
Manatí	<i>Apía</i>
Masato	<i>Amuí</i>
Morrocoí (→ Tortuga)	<i>Ycure</i>

<sup>243</sup> Se trata del *Serrasalmus notatus*, pez de río, carnívoro y de gran voracidad, conocido comúnmente con el nombre de *caribe*.

<sup>244</sup> También: *guáduba*, *guásdua*, *guásgua* y *juájua*. Es el nombre de una gramínea, la *Bambusa guadua*, frecuente en regiones llaneras, que Lisandro Alvarado define como «Caña arborescente que por su porte colosal compite con el bambú del Asia, al cual se asemeja. Hay dos especies principales en Venezuela, una de hojas angostas y otra de hojas anchas. Ambas se utilizan ampliamente en la economía rural y por su modo de arraigar suelen plantarse para afirmar terraplenes y defenderlos del agua» (*Glosario de voces indígenas de Venezuela*, Caracas, Ediciones «Victoria», Manrique&Ramírez Ángel, 1921).

<sup>245</sup> *Guineo* es hoy en día nombre genérico de todo tipo de *cambur* (*Musa paradisiaca*) en el estado Zulia. En el oriente y centro del país, designa una variedad específica de *cambur*.

<sup>246</sup> *Guayacán* es nombre popular dado a: 1) un árbol de tierra caliente de madera fuerte y duradera (*Guaiacum officinale*), conocido también con el nombre de *palo santo*; 2) una serpiente venenosa que habita en el norte y centro del país (*Bothrops colombienses*).

<sup>247</sup> Popularmente: *plátano jecho*.

<sup>248</sup> Se alfabetizan, a continuación, varias unidades encabezadas por una *y* griega, ocupando el lugar correspondiente a la *i* latina, siguiendo la fluctuación ortográfica del texto antiguo.

Nigua	<i>Ysido</i>
Pabon (→ Pez)	<i>Ebadai</i>
Palma, real (→ Arbol, palma real)	<i>Cusí</i>
Papagayo	<i>Chaibarruni</i>
Papalla	<i>Mapaya</i>
Paujil	<i>Chubíta</i>
Pilon (→ Mortero)	<i>Ana</i>
Sandía patilla <sup>249</sup> . Su mata	<i>Rianacoa</i>
Sardinata ó payarra (→ Pez)	<i>Guemai</i>
Seibo (→ Arbol)	<i>Gueni</i>
Sibucana	<i>Yrríca</i>
Simarron (→ Huido)	<i>Cagiacacayi</i>
Tabaco	<i>Chema</i>
Turma	<i>Ebesí</i>
Vega, sabana	<i>Bacháida</i>

Una lectura inversa del texto (achagua-castellano) revela, también, singulares aportes (y engañosos *falsos amigos* que, por supuesto, no registramos):

<i>Achagua</i>	Castellano
<i>Abana</i>	Hoja
<i>Arra</i> <sup>250</sup>	Tortuga
<i>Cusara</i> <sup>251</sup>	Gallina de monte
<i>Cucut</i> <sup>252</sup>	Luciérnaga
<i>Cumata</i>	Pato real
<i>Curruba</i> <sup>253</sup>	Yndiguelo, pájaro conocido

<sup>249</sup> Se trata de un interesante ejemplo de vacilación de uso entre el término peninsular y el americano (o venezolano) para denominar la misma realidad. Otra puntuación similar de conciencia diferencial puede verse en el artículo *Pararse*: 1) detenerse; 2) ponerse de pie.

<sup>250</sup> *Arrau* es el nombre del quelonio más grande (70 cm de longitud y 40 kg de peso) de la zona continental de Venezuela (*Podocnemis expansa*). Habita en la cuenca del Orinoco.

<sup>251</sup> Es inevitable no establecer en este caso la asociación con la *cotara*, nombre común a varias especies de la familia Rallidae, que también incluye especies de gallinetas y pollas de agua (Cf. William H. Phelps y Rodolphe Meyer de Schauensee, *Una guía de las aves de Venezuela*, Caracas, Gráficas Armitano, 1978, pág. 65).

<sup>252</sup> *Cocuyo*, voz general del español de Venezuela para designar la luciérnaga.

<sup>253</sup> Alvarado define la *curuba* (*Gallinago frenata*) como una «especie de agachadiza de color canela, con una lista negra en el cuello, encontrada por Goering cerca de Lagunillas. Sin. Becaza» (Alvarado, *ob. cit.*, 1921).

<i>Churruata</i>	Bugio
<i>Guanare</i>	Cristal
<i>Guanare</i>	Piedra de cristal
<i>Judaque</i> <sup>254</sup>	Silla
<i>Manoa</i>	Mar
<i>Manoa</i>	Pielago
<i>Manoa</i>	Costa del mar
<i>Nanana</i> <sup>255</sup>	Piña
<i>Turupia</i> <sup>256</sup>	Toche <sup>257</sup>
<i>Vyama</i> <sup>258</sup>	Calabaza

La organización de los artículos o *microestructura* contempla la descripción de las unidades en cuento a los siguientes elementos constitutivos:

1) *lema sujeto* (referido a la lengua de partida), con la profusión formal que se ha explicado y documentado anteriormente.

2) *indicación de la categoría gramatical*. Este elemento estructural del artículo es puesto en práctica de forma asistemática, acotándose solamente en casos en donde el descriptor lo considera necesarios: «O, admiración»; «O, disyuntivo».

3) *equivalencia o explicación* (= definición en lexicografía monolingüe). Se compone de: a) *lema objeto* (referido a la lengua de llegada). Como es usual en otros vocabularios bilingües, tendría que convertirse aquí en *lema sujeto* si se invirtiesen las lenguas que se describen (corpus 1: castellano-achagua; corpus 2: achagua-castellano). b) *sublema(s) sujeto*. Como se ha señalado, unidades léxicas de la lengua de partida ocupan lugar en la sección correspondiente a la de la lengua de llegada. En algunos artículos, se dividen con una barra (/), aunque generalmente se recurre al punto y

<sup>254</sup> La asociación formal y la significación llevan directo a la palabra venezolana *butaque* que designa un asiento, pariente del *ture*, generalmente de madera y cuero con las patas en forma de tijera o de equis (Cf. Francisco Javier Pérez, *Diccionario histórico del español de Venezuela*, Caracas, Bid.&co, editor/Fundación Empresas Polar/Academia Venezolana de la Lengua, 2012).

<sup>255</sup> *Ananá* es nombre común muy generalizado para la piña: «Del car. *Nana*, forma que aparece en el galibi y el chaima, lo mismo que en el aruaco y el tupi: en esta última lengua hay además la forma actual *anana*. En guaraní, *nana* es la planta y *anana* el fruto (a guturonasal)» (Alvarado, *ob. cit.*, 1921).

<sup>256</sup> *Turpial* es la palabra de origen caribe que designa el ave símbolo del país.

<sup>257</sup> Alvarado define al *toche* como: «*Icterus sp.* Especie de Ictérico, de color gualda y negro, algo menor que el *turpial*» (*ob. cit.*, 1921).

<sup>258</sup> *Auyama* sigue siendo al día el nombre para la calabaza, palabra esta última que, si bien se conoce, no se usa en español venezolano.

seguido. Estos sublemas, además, especifican su equivalencia por medio de un signo de igualdad (=) al respectivo *sublema objeto*. En muchos artículos el *sublema sujeto* se ocupa de describir formas del *lema sujeto*, que el usuario no puede derivar directamente; *v.g.* cambio de género, cambio de número, diminutivos, usos específicos en otras combinaciones sintagmáticas (*cf.* el artículo *Quantos?*).

4) *observaciones*. Cuando la descripción por equivalencia no es suficiente, se producen indicaciones de tipo metalingüístico (por lo general, de orden semántico, morfológico o pragmático):

Castellano

Escoplo

No tener nombre, ser gentil

Reciprocam.te

Achagua

Tatabasí. También es el martillo<sup>259</sup>.

Magidena. Pues el ma es negativo q.do se antepone.

Uriamaca./ También significa en retorno. De este término usan q.do dicen q.e se enfadaron con otro. V.g. Le retorné enfadandome con el = *Uriamaca íbirriú nubaba riagícha*, y q.do dan algo en retorno.

Pueden identificarse otros elementos técnicos y de descripción:

1) *explicación por campos léxico-semánticos*. El texto se enriquece en muchos artículos, específicamente en los de temas etnográficos (*cf. supra* el artículo *Dioses*) o en los de fauna y flora, con ejemplificaciones que superan la inmediata descripción del uso general de las voces o su simple equivalencia. Es el caso de los artículos *Arbol* o *Pez ó Pescado* en los que, además de las equivalencias en achagua del lema castellano, se consignan nuevos sublemas castellanos y sus equivalencias en achagua respondiendo a su asimilación a un campo léxico-semántico común.

En el artículo *Arbol*, anotada la equivalencia en achagua (*Aicuba*), se completa la descripción incluyendo unidades léxicas que se relacionan paradigmáticamente con la unidad lema. De esta manera, se refieren las siguientes unidades: «Su pie = *ridamí*. Su copa = *rijuata*. Su tronco = *rinanaju*. Su oja = *ribái*. Su flor = *ribí*. Su fruto = *ríta*. Su corteza = *ríma*».

<sup>259</sup> El *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, ofrece dos acepciones de la palabra *Escoplo*: 1) en carpintería, una «herramienta de hierro acerado, con mango de madera y boca formada por un bisel. Se procede por golpeteo de un mazo, sobre el mango de madera» y 2) en cirugía, un «instrumento empleado para cortar huesos».

Por otra parte, el artículo *Pez ó Pescado*, cumplida la equivalencia achagua (*Cubaí*), se completa con un conjunto de zoónimos que se relacionan con el lema por su carácter común de especies acuáticas: bagre, barbillas, bocachico, cabezón, cachama, curbinata, guabina, nicuro, pabón, payarra y sardinata.

2) *acotaciones didácticas para el usuario*. Se registra la siguiente<sup>260</sup>:

Castellano *Achagua*

Polucion *Nugedau nuabe.* / Si le parece al confesor, pregunte asi = *Jimeda nímtu staya gicunasí gicage irrico? Et nonaliter.*

3) *los clasificadores*. El *Vocabulario* registra en la explicación de gran número de adjetivos una de las peculiaridades morfológicas más interesantes de muchas lenguas indígenas americanas: el clasificador. Se entiende por tal una marca que lleva el adjetivo para indicar la clase, conceptualmente entendida, del sustantivo al que modifica.

El artículo explicativo del numeral *dos* resulta muy ilustrativo a este respecto. En achagua, *dos* se dice *Juchamata* cuando el numeral se encuentra en *grado cero* y no modifica a ningún sustantivo. En cambio, cuando el adjetivo *dos* ejerce sus funciones morfosintácticas naturales aparece el lexema (*juchama-*) acompañado por los distintos exponentes clasificadores, según la clase del objeto designado por el sustantivo, que, en este caso, se sufijan al radical.

El resultado de este procedimiento de clasificar, cumplido en un sistemático proceso de descripción de la lengua, es el siguiente:

<i>Clase</i>	<i>Lexema</i>	<i>Clasificador</i>
Si son hombres	Juchama-	-na
Si palos	Juchama-	-y
Si casas	Juchama-	-y
Si mazorcas	Juchama-	-nay
Si rios	Juchama-	-ba
Si sartas	Juchama-	-coa
Si venados	Juchama-	-ícu
Si ojos	Juchama-	-tuísí
Si veces	Juchama-	-íchana
Si años o lunas	Juchama-	-coa
Si días	Juchama-	-í
Si lugares	Juchama-	-jucu

<sup>260</sup> El texto registra, además, algunas interpolaciones, que suponemos del copista, en donde, entre paréntesis, después de los lemas, se acota: «(Asi dice)». Cf. el artículo *galillo*.

4) *mecanismos de remisión*. En sentido estricto, no se ha identificado ningún sistema de remisión lexicográfica, uno que establezca una interrelación o una reticulación entre las voces explicadas en el texto. Sin embargo, las remisiones localizadas vinculan la sección lexicográfica de la obra con la sección gramatical que le precede, en una clara visión de conjunto estructural por parte de los autores (nuestro análisis desmembra arbitrariamente ambas secciones por pragmatismo crítico, cosa que no debe hacer olvidar la concepción global de la obra: morfosintaxis, fonología y léxico; estudios que se acompañan y complementan permanentemente). De esta forma, en algunos artículos de la sección lexicográfica se remite al usuario a la sección gramatical:

Castellano *Achagua*  
 Llenar *Nucasiámudau.* / El que llena = *Ycasiamaderrí. Pl. Ut in arte.*  
*Que* relativo no hay; se responde seg.n el arte.

5) *uso de símbolos y abreviaturas*. El texto hace un uso regular y bastante recurrente de un conjunto de símbolos y abreviaturas. Se anotan solamente los que se repiten con frecuencia y en función de la técnica redaccional:

/	Separa unidades; generalmente colocada después de punto y seguido.
=	Igualdad o equivalencia entre unidades.
<i>comparat.o</i>	Comparativo.
<i>desp.s</i>	Después.
<i>dic.</i>	Dicen.
<i>etc.</i>	Etcétera.
<i>fut.o</i>	Futuro.
<i>id o id.</i>	Idéntico o igual.
<i>interrog.te</i>	Interrogante.
<i>-m.te</i>	-mente.
<i>num.o</i>	Número.
<i>p.a.</i>	Para.
<i>pl.</i>	Plural
<i>plur.l</i>	Plural
<i>p.r.</i>	Por.
<i>q.e</i>	Que.
<i>q.do</i>	Cuando o cuándo.
<i>q.to</i>	Cuanto o cuánto.
<i>seg.n</i>	Según.
<i>tamb.n</i>	También.

<i>tpo o top.</i>	Tiempo.
<i>vbo.</i>	Verbo.
<i>v.g.</i>	Verbi Gratia.

## CONCLUSIONES

Después de analizar el *Vocabulario Achagua* de los padres Neira y Rivero siguiendo principios metalexigráficos modernos, puede concluirse que los resultados de este acercamiento ponen en claro el origen de los procedimientos de descripción adoptados por antiguos lexicógrafos en su propósito por adentrarse en el intrincado saber de las lenguas amerindias.

Se ha visto que el texto paleolexicográfico comparte muchos elementos de construcción con los textos lexicográficos más modernos. La particularidad de estos últimos frente a los primeros viene dada por la rigurosa aplicación de los principios por encima de la fluctuación técnica habitual en la lexicografía antigua (un estadio pretécnico de la disciplina), compensada y valorada históricamente por el carácter fundador de los procedimientos que la caracteriza.

El texto de Neira y Rivero exhibe un puñado de méritos que lo destacan mucho por sobre otras realizaciones de su tiempo contemporáneo y del tiempo posterior: 1) la descripción extensa del léxico de una lengua indígena de la que se han conservado pocos testimonios (muy a pesar de los esfuerzos de tantos filólogos jesuitas) y 2) el notable empeño de sistematización puesto en práctica en un momento en que la técnica estaba en plena experimentación, aun para las lenguas cultas de Europa.

Así, el precioso texto rotulado con los apellidos de estos dos nobles misioneros se inscribe históricamente dentro de una corriente de descripción léxica que, restringida solo a lenguas indígenas venezolanas, tiene su punto de partida en trabajos de otros misioneros jesuitas del siglo XVI (Colinucci, Dadey y Molina, entre otros) y, en cuanto a la lexicografía general del español, se emparenta con la tradición de los estudios coloniales (Simón, Carvajal, Gilij) que constituirán la base de las modernas descripciones del español del país.

# El modelo lingüístico de Felipe Salvador Gilij (1782)<sup>261</sup>

## PRELIMINAR I

El padre Felipe Salvador Gilij dio a conocer su célebre *Ensayo de historia americana* entre 1780 y 1784<sup>262</sup>. El tomo tercero, publicado en 1782, es el que aporta principalmente el determinante contenido lingüístico que ha dado fama a esta obra. Su autor había nacido en Legogne (Perugia), el año 1721, y moriría en Roma, después de completar la edición de su enorme trabajo, en 1789.

Los adelantos lingüísticos que Gilij introduce en el libro tercero, que trata «De las lenguas orinoquenses», del tomo tercero, suponen el planteamiento de los problemas esenciales de la lingüística indígena americana y venezolana. Una de las problemáticas básicas establecidas, la de la clasificación de las lenguas aborígenes del continente, se ha mantenido desde su tiempo y hasta el presente, aunque su vigencia sustantiva habría que ir a buscarla en los estudios de los siglos XIX y XX, como modelo analítico y como logro científico en un ámbito de conocimiento tradicionalmente ganado por la confusión y las conclusiones equívocas. En cuanto al modelo analítico que ensaya, Gilij mostrará su asimilación al pensamiento lingüístico del siglo XVIII y su situación precursora de maneras propias del siglo siguiente.

<sup>261</sup> En el presente capítulo se han reunido, con abundantes modificaciones, dos estudios anteriores: 1) «El modelo lingüístico de Gilij y su clasificación de las lenguas del Orinoco», en Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 127-137; parte III, cap. I; 2) «Testimonios venezolanos sobre la obra lingüística de Felipe Salvador Gilij», en *Montalbán* [Universidad Católica Andrés Bello], Caracas, n.º 21, 1989, págs. 179-20. Número homenaje por el bicentenario de la muerte de Gilij: 1789-1989.

<sup>262</sup> *Saggio di Storia Americana o sia Storia Naturale, Civile e Sacra de Regni, e delle provincia Spagnuole di Terra-ferma nell'America meridionale*. La primera edición corrió a cargo de Luigi Perego Erede Salvioni («Stampator Vaticano nella sapienza»). Me fue posible revisar un ejemplar de esta edición en la «Sala Pedro Manuel Arcaya», de la Biblioteca Nacional, cuando se encontraba en su sede de El Paraíso, en Caracas.

Recorrer los títulos de los capítulos del tomo tercero permite entender el notable sumario que ocupa la atención del estudioso, anticipar la impronta de su tarea ordenadora, comprender su sentido refinado de la investigación gramatical y determinar los ricos asuntos de los que se ocupó: I. «De su origen y del modo de hallar su relación con las de nuestro continente». II. «Si las lenguas de los orinoquenses son semejantes a las nuestras». III. «De las palabras orinoquenses semejantes a las nuestras». IV. «Observaciones generales sobre las lenguas del Orinoco». V. «De la pronunciación de las lenguas orinoquenses». VI. «Observaciones más particulares sobre las lenguas orinoquenses, donde se trata de las partes de la oración, y en primer lugar del nombre». VII. «De los pronombres, de los verbos y de los participios». VIII. «De las otras partes de la oración». IX. «Ensayo de la lengua tamanaca». X. «Ensayo de la lengua maipure». XI. «Reflexión sobre las lenguas orinoquenses». XII. «Si las lenguas orinoquenses son muchas». XIII. «Muestra de dos breves razonamientos en las lenguas de los orinoquenses»<sup>263</sup>.

El estudio propuesto por Gilij no estaba circunscrito exclusivamente a las lenguas del Orinoco, sino que comprendía también la relación de otras lenguas americanas, como necesaria puesta en relación de unas lenguas con otras; una visión de comprensión panlingüística que caracterizaría su método de estudio. En esta idea, el apéndice segundo, del tomo III, «De las más famosas lenguas americanas», se destinará, en sus dos partes a describir extractos de algunas de ellas (la haitiana y la mejicana, la general de los incas y la de los mojos, la de los chiquitos y los guaraníes, la araucana, la algonquina y la hurona) y a hacer la reflexión general de lo que las lenguas americanas son en su esencia como lenguas (suerte de filosofía del lenguaje aplicada que permite aproximaciones tan singulares de estudio como que «las lenguas americanas no han sido inventadas ni por los indios ni por el demonio» o sobre el origen, aumento, abundancia y número de ellas, o cuántos son sus dialectos, su belleza y defectos) y lo que representan en el concierto de las lenguas del mundo, es decir, su pormenor comparativo. Precisamente, como aval de este último tema consignará un «Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio»<sup>264</sup>.

<sup>263</sup> *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, tomo III, págs. 12-13.

<sup>264</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, págs. 15-16.

## LOS OBJETOS DE ESTUDIO

El estudio de Gilij buscaba una comprensión integral de las lenguas americanas, incluyendo en ella las relaciones parentales existentes entre ellas mismas, y entre estas y las lenguas europeas.

Son dos los objetos de estudio propuestos por Gilij. El primero comprendería la explicación sobre el origen de las lenguas orinoquense: «Mas por decir ahora lo que me he propuesto, esto es, el origen de las lenguas del Orinoco»<sup>265</sup>. El problema sobre el origen llevaba implícito el de la clasificación de las lenguas, segundo objeto de estudio, pues solo conociendo el origen último (el momento más remoto) se comprendería cabalmente la relación entre las lenguas primitivas y las derivadas.

Las dificultades relativas al primer asunto de estudio fueron resueltas por Gilij en consonancia con las ideas lingüísticas de su tiempo. Todavía a finales del siglo XVIII se seguía creyendo en el origen monogenésico de las lenguas, principio que postulaba que era la lengua hebrea la madre de todas las lenguas<sup>266</sup>. La diversidad de lenguas, dentro de esta teoría, era explicada valiéndose del episodio bíblico alusivo a la torre de Babel, en el que todas las lenguas se habían confundido y dispersado:

Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde Oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego». Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento; y dijeron: «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra». Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: «He aquí un pueblo uno, tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros». Y los dispersó de allí Yavé por toda la haz de la tierra y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la tierra<sup>267</sup>.

<sup>265</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 126.

<sup>266</sup> R. H. Robins, *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1974, págs. 163-164.

<sup>267</sup> «Génesis», XI, 1-9. *Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1955, pág. 26. Traducción hecha de las lenguas originales por los padres Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga.

Gilij sobre el mismo asunto, dirá: «Y realmente, si no se quiere cavilar, o como si dijéramos, delirar, distorsionando a capricho los sentidos más claros de los divinos libros, nos damos cuenta enseguida de que el hablar del hombre, que ha sido para todos el mismo antes del diluvio, se hizo vario y múltiple al edificarse la famosa torre de Babilonia»<sup>268</sup>.

Unos años antes, Gumilla se había acogido a la explicación bíblica en la resolución del difícil problema sobre el origen de las lenguas, agravado al tratarse de las lenguas originales de América, pues el origen mismo de los pueblos americanos era, en aquellos tiempos, confuso, mítico y poco esclarecido. En el capítulo v, que investiga «el origen de las lenguas vivas o matrices de aquellos países», perteneciente a la segunda parte de su libro *El Orinoco Ilustrado y Defendido*, plantea que los pobladores de América fueron hebreos, y especula, además, en relación a cuál de las tribus de Israel fue la verdadera pobladora del continente:

A la manera que un noble caballero, deseoso de autenticar la hidalguía de su antigua prosapia, no tiene otro recurso que el de la respetable antigüedad, bebiendo de generación en generación las más ancianas memorias de sus progenitores, hasta cierto término, en que la fuerza del tiempo, borrando las memorias, atajó las humanas diligencias, del mismo modo en el presente discurso de noticia podemos ir subiendo, hasta hacer punto final en la portentosa confusión de lenguas que obró la diestra del Altísimo en la célebre torre de Babel; sin que valga el decir que estas lenguas índicas, que nos parecen radicales, vivas o matrices, tal vez serán derivadas de otras que no conocemos. No repruebo la especie; pero digo que esta diligencia ya está hecha con toda la exacción factible, en orden a las lenguas referidas; y luego se ha encontrado otra lengua totalmente diversa, así de las matrices como de las subalternas conocidas; de modo que, en lugar de aclarar esta dificultad con vivas diligencias, la práctica de ellas levanta más de punto la confusión cuanto más distintas lenguas descubre; y aun por eso la multitud de idiomas se llamó confusión<sup>269</sup>.

Completará su propuesta, diciendo:

<sup>268</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 126. Véase José del Rey Fajardo, S.J., *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Ministerio de Educación, 1971, tomo I, pág. 337. También, Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 235.

<sup>269</sup> José Gumilla, *El Orinoco Ilustrado y Defendido*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963, pág. 299. Véase al capítulo de esta obra dedicado a Gumilla en donde se hacen las precisiones para la comprensión de los principios bíblicos en la filosofía del misionero betoye.

Este es realmente mi parecer, y muy conforme a lo literal del sagrado texto: *Confundamus ibi linguas eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui*; porque aquella palabra *unusquisque*, por distributiva, toca a cada uno de por sí de aquel cúmulo de hombres que habían concurrido a la temeraria fábrica de Babel. Luego a cada padre de familia de por sí, con su familia, le cupo diferente idioma y diverso territorio, y cada cual tomó su camino, como dice el mismo texto: *Super faciem cunctarum regionum*, en donde aquel *cunctarum* es preciso que se extienda y comprenda las regiones de las dos Américas<sup>270</sup>.

Para Gilij el origen bíblico de las lenguas no se estanca en la pura especulación, sino que, por el contrario, le aporta relieve a las interrogantes sobre el principio clasificatorio: determinar cuáles son las lenguas matrices y cuáles las derivadas, con la finalidad de establecer las filiaciones y los troncos comunes dentro del complejo panorama lingüístico orinoquense:

Dios mismo, confundiendo la humana soberbia, dio el primer empuje a las lenguas, el cual, cumpliendo los elevados designios divinos, llevó suavemente a los hombres a poblar las diversas partes del globo terrestre. No es de este lugar discutir si enseguida o gradualmente pasaron mucho a América. Sea como sea, las familias viajeras llevaron consigo las lenguas que tuvieron por primera vez en Babilonia [...]. ¡Pero qué sagrado silencio no se halla si queremos investigar el destino de las otras que nacieron del mismo parto que aquellas! ¿Adónde fueron? ¿Dónde están hoy? Los hombres, no sólo separados por las lenguas, sino por las voluntades e inclinaciones, prefirieron habitar unos, unas partes del mundo, otros, otras. ¿Quién dirá ahora, siendo este tan amplio, dónde se encuentran las lenguas primeras? No habiéndose hecho al comienzo una comparación entre ellas, ¿quién sabrá decirnos cuáles son ahora las lenguas primitivas, cuáles las derivadas?<sup>271</sup>

Si bien Gilij se mantuvo acorde con su tiempo en cuanto al tópico sobre el origen de las lenguas, no ocurrió lo mismo en relación a la interdepen-

<sup>270</sup> Gumilla, *ob. cit.*, pág. 300. Aunque Gilij sigue a Gumilla en muchos temas, difiere de él en cuanto a la determinación y a la correspondencia exacta entre los pueblos y las lenguas de Babel y los pueblos y las lenguas de América: «No es, a mi juicio, sino una opinión arbitraria la que después de tantos siglos de la dispersión de las gentes establece que son éstas o aquellas las primitivas y oriundas de Babel, y otras por el contrario las derivadas de aquellas con la marcha de los varios siglos» (Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 126).

<sup>271</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 126.

dencia entre la lengua y la raza. En este aspecto debe ser considerado precursor de este mismo principio en la teoría de Humboldt y en la influencia que tuvo en la escuela etnolingüística venezolana de finales del siglo XIX.

Señalaba Humboldt que la lengua debía ser entendida en relación con los caracteres propios de la nación que la habla: «Cada lengua debe ser tomada en el sentido que le ha conferido el genio de la nación que la formó, y no en un sentido que le sea extraño y accidental»<sup>272</sup>. También, que «la lengua lleva incorporado el espíritu de los que la hablan»<sup>273</sup>.

Similares principios quedan asentados al comienzo del libro tercero del tomo tercero de Gilij:

Está muy unida no sólo con lo físico, sino con lo moral y religioso de una nación la lengua que le tocó en suerte. De los climas y del temor de vida más o menos áspero de su gobierno depende según algunos en gran parte la suavidad o por el contrario la dureza y aspereza del habla; de ellos también o el concurso molesto de las consonantes o el dulce y amable de las vocales. Pero sea cual sea la influencia física sobre estas cualidades de las lenguas, la cual todos aceptan, la influencia moral que procede de las costumbres de las naciones y la que deriva de la religión, me parece que no puede ponerse en duda<sup>274</sup>.

## EL MODELO LINGÜÍSTICO

Cuando Gilij estudia el cuadro lingüístico del Orinoco se da cuenta, y este será el primero de sus aciertos, que dos lenguas dentro del conjunto resultan las que nuclean el panorama completo. Se da cuenta de que el tamaño y el maipure tienen una fuerza central muy por encima de las otras, haciéndolas funcionar frente a ellas en relación de obligada dependencia. Procede, mucho antes de describir el cuadro general, a estudiar a las dos lenguas nucleares, siguiendo un mismo patrón analítico, por ser el que le permita gestar comparaciones sobre bases uniformes. Concibe su estudio en tres etapas en relación con los distintos niveles de aproxima-

<sup>272</sup> Wilhelm von Humboldt, *Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972, pág. 10.

<sup>273</sup> Wilhelm von Humboldt, *Carta a M. Abel Rémusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales en general y sobre el genio de la lengua china en particular*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972, pág. 44. Gilij, como Humboldt, creía que la lengua era un ente vivo y dinámico. Véase Del Rey Fajardo, *ob. cit.*, tomo I, pág. 338.

<sup>274</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 125.

ción a la lengua: la fonética, el léxico y la sintaxis. Procede por jerarquías, logrando que fonética y léxico aparezcan en un alto grado de interrelación y que formen el estadio primario del estudio de la lengua. La sintaxis será la fase más estudiada por su complejidad y por su carácter esencial en cuanto a la definición del sistema de cada lengua. El proceder de Gilij es muy moderno.

Parte de las nociones generales y totalizadoras de las lenguas del Orinoco (tomo III, libro III: capítulos cuatro, cinco, seis, siete y ocho), para luego estudiar en concreto los elementos sintácticos de las lenguas tamanaca (en el noveno capítulo) y maipure (en el décimo capítulo).

Como observaciones fonéticas se establecen, en seguimiento del modelo: 1) la terminación de todas las palabras en vocal; 2) la eliminación de las vocales finales (principalmente en el tamanaco); 3) la carencia de algunas consonantes (tales como la *f*, la *b*, la *d* y la *s*); 4) la confusión entre *l* y *r*<sup>275</sup>; 5) la carencia, por lo general, de consonantes dobles<sup>276</sup>; 6) la formación de sílabas; 7) el rechazo o la poca frecuencia de ciertas sílabas (*da*, *de*, *ga*, *go*, *gu*); y 8) la abundancia tanto de palabras simples como de compuestas<sup>277</sup>.

Como observaciones sintácticas se establecen, en seguimiento del modelo: 1) la declinación de los nombres, pero de un modo diferente al griego o latino; 2) la presencia de dos terminaciones: singular y plural (para los seres vivientes irracionales no existe plural); 3) el uso del caso dual como en griego; 4) la presencia de los plurales inclusivo y exclusivo (*matarí*: mi campo; *amatarí*: tu campo; *imatarí*: su campo; *yumna matarí*: nuestro campo [exclusivo]; *kimatarí*: el campo de nosotros dos; *ki-matargemó*: el campo de nosotros determinado [inclusivo]; *imatargemó*: su campo de ellos)<sup>278</sup>; 5) la declinación de adverbios y otras partes de la ora-

<sup>275</sup> La confusión de las consonantes líquidas se entenderá como fenómeno propio de muchas hablas españolas en América y, por descontado, del español venezolano, cuyas evidencias de uso perviven hasta el momento presente. La anotación de Gilij permite, en otra consideración, proponer hipótesis que relacionan el funcionamiento de la lengua española en Venezuela con la ascendencia indígena de algunos de estos modos.

<sup>276</sup> Muy frecuentes en italiano, la lengua materna de Gilij, en la que escribe y con la que mentalmente evalúa las indígenas, deviene en categoría de descripción gramatical. No luce como apropiado analizar una lengua por sus carencias, sino por sus afirmaciones. La explicación, en todo caso, será un apunte a tener en cuenta.

<sup>277</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, págs. 136-143. Aunque podría observarse una contradicción entre los puntos 1 y 2, puede explicarse debido a que el punto 2 se refiere principalmente a la lengua tamanaca.

<sup>278</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 146.

ción siempre que vayan unidas a pronombres posesivos; 6) la carencia de nombres superlativos; 7) la carencia de comparativos; 8) la presencia de diminutivos; 9) la carencia de peyorativos (con excepción del tamanaco: valiéndose de la partícula despectiva *taye*: *aicá-táye* ‘mujerona’; *maipúritaye* ‘maipure despreciable’); 10) el desconocimiento de los relativos «el cual» y «la cual»; 11) la abundancia de participios; 12) la utilización de posposiciones y no de preposiciones; 13) la no formación de adverbios a partir de adjetivos, sino, por el contrario, la equivalencia entre sustantivos y adverbios (*cuné* significa tanto «un dulce» como «dulcemente»); 14) la carencia del adverbio de afirmación «sí»; 15) la utilización de particular negativas afijadas, y 16) la escasez de conjunciones e interjecciones<sup>279</sup>.

Cuando se ocupa de los ensayos particulares para cada lengua, Gilij sigue un patrón de estudio que abarca una serie de elementos descriptivos y que constituyen un mismo conjunto de apartados fijos y en un orden determinado: del nombre, del pronombre, de los verbos, de los participios, de las posposiciones, de los adverbios y de las partículas, de las interjecciones y de las conjunciones<sup>280</sup>.

En cada uno de estos apartados fijos se detiene Gilij en una descripción pormenorizada y ejemplificada de los distintos elementos integrantes. El planteamiento de estudio que se propone es científico, porque realiza el análisis del sistema particular de cada lengua valiéndose de un mismo sistema de análisis preestablecido. En Gilij el modelo de estudio coincide con el sistema de análisis. Este modelo, según piensa, debe adaptarse y modificarse en la medida en que las lenguas estudiadas exhiban mayores o menores diferencias:

Quien hace gramáticas de las lenguas americanas en español, debe, en cuanto se puede, seguir la naturaleza de esta lengua. Así hice yo en las dos gramáticas, tamanaca y maipure, en los respectivos diccionarios y en las diversas instrucciones por mí compuestas en las susodichas lenguas<sup>281</sup>.

La última acción del modelo descriptivo exige, como fase final, el ordenamiento de un sistema comparativo de estudio de los demás modelos —el contraste entre modelos—, para posibilitar la clasificación de las lenguas, eslabón final del trabajo lingüístico.

<sup>279</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, págs. 145-154.

<sup>280</sup> Otras lenguas estudiadas en la parte I, del apéndice II, del tomo III, han sido tratadas siguiendo este mismo modelo.

<sup>281</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 140.

## EL SISTEMA COMPARATIVO

Para Gilij la puesta en práctica del método comparativo respondía a la necesidad de esclarecer certeramente la historia de las sucesiones de las distintas lenguas del Orinoco. El método de comparación entre lenguas le permitirá descubrir nexos comunes en la definición de filiaciones lingüísticas. Le preocupa al misionero filólogo el conocimiento de las lenguas primitivas y derivadas (y su establecimiento), para lograr el objetivo final que es la consolidación de una clasificación de las lenguas habladas en las regiones del Orinoco, basada en criterios de maternidad y descendencia entre esas lenguas.

Emplea el sistema comparativo en dos modalidades: 1) como apoyo de la descripción gramatical; y 2) como demostración del carácter matriz o derivado de una lengua. La primera forma es aludida constantemente en los apartados descriptivos, no solamente en relación con las lenguas indígenas entre sí, sino que también en relación con las diferencias evidentes con lenguas del viejo mundo.

Son frecuentes en la discursiva científica del *Ensayo de historia americana* expresiones de claro espíritu comparativo, tanto en su gesto documental como en su tenor teórico:

Sea como sea, toda lengua de las que conozco tiene palabras de varia dimensión, y estoy por decir que en esta parte son muy semejantes a las nuestras<sup>282</sup>.

Los orinoquenses carecen aún de comparativos, y su lengua se parece en esa especie de nombres al hebreo<sup>283</sup>.

Son en cierto modo franceses los diminutivos de los orinoquenses<sup>284</sup>.

El verbo decir es puesto por todos los salvajes dentro del período, o bien al final de éste. Esta manera de hablar se parece al latín<sup>285</sup>.

La demostración de que estas reflexiones no son asunto incidental, sino que responden a fundamentaciones muy sólidas, se sustenta en el hecho de que para Gilij la comparación entre las lenguas deviene en una estación clave en la ruta para la comprensión del origen verdadero de las razas

<sup>282</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 143.

<sup>283</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 147.

<sup>284</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 147.

<sup>285</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 166.

aborígenes de América. El principio es inequívoco y axiomático: «Y prevalezca la verdad: no puede, a mi parecer, más acertadamente la tan buscada transmigración rastrear que haciendo la comparación de nuestras lenguas marítimas con las americanas»<sup>286</sup>.

Por otra parte, el elemento característico en la utilización del método comparativo en manos de Gilij, entendido como aporte de trascendencia, era sustentar el estudio en diferencias y semejanzas de orden gramatical y morfológico, y no únicamente en las de naturaleza fonética y léxica, las comúnmente más frecuentadas en las investigaciones de este tiempo.

La presencia misma del método comparativo es ya de por sí un aporte. Son muchos los estudiosos modernos de Gilij que así lo ratifican. Valgan desde ya, aunque volveremos sobre ello, la muy acertada formulación de Gabriel Giraldo Jaramillo, pues destaca algunos de los logros históricos de la doctrina comparativa del jesuita orinoquense:

El Padre Gilij fue en materia lingüística un auténtico precursor, que las ciencias filológicas se encontraban muy atrasadas en su tiempo, que aún no había nacido la filología comparada y que, cuando escribió su obra, no habían aparecido aún los trabajos de Hervás, de Adelung y Vater, quienes, precisamente, recibieron del jesuita una ayuda tan eficaz como oportuna<sup>287</sup>.

El primer aplauso lo recibiría Gilij de un contemporáneo de ilustre sabiduría y figura capital en el adelanto de la materia comparativa. Sería el célebre jesuita Lorenzo Hervás y Panduro el que primero reconocería en su afamado *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, el aporte mayúsculo de su compañero de ciencia y religión:

Y me valdré principalmente de la excelente historia que ha publicado el esclarecido señor Abate Don Felipe Gilij, que ha sido misionero de algunas naciones del Orinoco. No contento con haber observado todo lo que en dicha historia se dice sobre las lenguas, y que justamente ha merecido el aplauso universal de los literatos al señor Gilij, que frecuentemente (sic) me honra con sus cartas, pedi que me favoreciese con nuevas noticias, que pudieran ilustrar este catálogo sobre las lenguas, y me declarara algunas dudas que yo tenía sobre los idiomas de las naciones del Orinoco [...].

<sup>286</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 132.

<sup>287</sup> Gabriel Giraldo Jaramillo, «Notas bio-bibliográficas sobre el Padre F. S. Gilij y su *Saggio di Storia Americana*», en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, n.º 38 (1951), pág. 701.

Valiéndome [...] de las noticias que sobre las lenguas da el señor Gilij en su obra intitulada *Ensayo de Historia Americana*, he formado la relación, que inmediatamente haré de los idiomas que se hablan por las naciones del Orinoco. He formado esta relacion, siguiendo el orden con que el señor Gilij en el citado capítulo XII del libro III de su tomo III trata de las lenguas de Orinoco, y en sus respectivos lugares añadiré las noticias que he logrado de otros misioneros del Orinoco para ilustrar dicha relacion<sup>288</sup>.

En tiempos más recientes, el padre José del Rey Fajardo ha demostrado sobradamente el influjo que Hervás recibiera de la obra de Gilij y la penetración de esa relación de estudio: «Prácticamente, el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* sintetiza y clarifica los aportes de Gilij en el capítulo que dedica a las lenguas de Tierra-Firme, ya que su esquema fundamental está inspirado casi en su totalidad en la producción gilijista»<sup>289</sup>.

La colaboración de Gilij al *Catálogo* de Hervás adquiere aún mayor relevancia cuando se percibe que una de las obras fundamentales de la filología comparada, el *Linguarum Totius Orbis Comparativa, Augustissimae, Cura Collecta* (1786-1787), de Peter Simon Pallas, asimiló los conocimientos de lingüística americana contenidos en la obra de Hervás. Una trasvase científico de gran alcance<sup>290</sup>.

La obra de Gilij, comenzada a publicar en 1782, resulta precursora en el empleo de los métodos comparativos. Sin excepción, todos los repertorios capitales de catalogación y comparación de las lenguas del mundo son posteriores a la publicación del tomo tercero de su *Ensayo de historia americana*: 1) el primer *Catálogo* de Hervás, la edición italiana de la obra, es de 1784; 2) el *Linguarum* de Pallas, se publicó entre los años 1786 y 1877; 3) el *Mithridates oder allgemeine Sprachenkunde mit dem Vater*

<sup>288</sup> Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y clase de estas segun la diversidad de sus idiomas y dialectos*, Madrid, Imprenta del Real Arbitrio de Beneficencia, 1800, vol. I, págs. 202 y 204. Hervás cita a Gilij y a otros misioneros, los dos últimos jesuitas, en las páginas siguientes: 1) Gilij: 205, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 225 y 230; 2) Caulín: 206 y 207; 3) Tauste: 206; 4) Ribero: 219; 5) Gumilla: 223.

<sup>289</sup> José del Rey [Fajardo], «Colaboradores venezolanos al *Catálogo delle lingue* de Hervás y Panduro», en *SIC*, Caracas, n.º 309 (1968), pág. 421. Véase también *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana, ob. cit.*, tomo I, pág. 345. Además, el apartado sobre Hervás y las lenguas americanas, en Fernando Arellano, S. J., *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo I, pág. 198.

<sup>290</sup> José del Rey [Fajardo], «Catalina de Rusia y las lenguas indígenas venezolanas», en *SIC*, Caracas, n.º 306 (1968), pág. 286.

*Unser als Srpachprobe in beynahe fünfhundert Sprachen uns Mundarten*, de Johann Christoph Adelung y Johann Severin Vater, se publicó entre 1806 y 1817. La *Gramática universal* de este último, estudio comparativo, tiene fecha de 1801<sup>291</sup>.

El impacto erudito sobre la importancia de la obra de Gilij puede medirse por el hecho de que apenas un año después de publicado el primer tomo del *Ensayo*, apareció una traducción al alemán, a cargo del también jesuita Francisco Javier Veigl: *Nachricht von del Srpachen der Völker am Orinokoflusse* (1872)<sup>292</sup>.

Wilhelm von Humboldt conocerá en Roma, mientras se desempeña como embajador de Prusia, la obra del jesuita americano y, más allá de puntualizaciones y detalles críticos, reconocerá, como el primero y como el que más, que fue Gilij el fundador de la lingüística americana, al plantearse sus problemas centrales y al contribuir con no pocas soluciones para su entendimiento.

## LA CLASIFICACIÓN DE LAS LENGUAS DEL ORINOCO

Gilij comprende muy pronto y formula sin titubeos la fragmentación lingüística de la región del Orinoco. La multitud de lenguas habladas le anuncian su carácter de dependencia y su falta de autonomía. Al contrario, las observa afiliadas y formando grupos distintos.

En el tomo primero de su obra había completado un catálogo de naciones orinoquenses en relación con sus lenguas, logrando aislar un total de 46 lenguas. Este alto porcentaje permitía visualizar el complejo panorama idiomático de esta región, en donde cada nación hablaba una lengua diferente: «Todas se nos ponen delante con diversos vocablos y acentos»<sup>293</sup>. El número de estas naciones no podía ser reducido y esto le creaba a Gilij una dificultad en relación con las creencias bíblicas que religiosamente sostenía. Relataba, muy claramente, una contradicción entre las ideas lingüísticas bíblicas y la ciencia: «Porque si a proporción de los varios reinos

<sup>291</sup> Arellano, *ob. cit.*, tomo I, págs. 183, 190 y 191. Mucho antes que Gilij, habían publicado trabajos de naturaleza comparada W.F. Leibniz, *Dissertation sur l'origine des langues* (1710) y Anselm Bayly, *An Introduction literary and philosophical to Languages; especially to the English, Latin, Greek and Hebrew; exhibiting at one view their Grammar, Rationale, Analogy and Idiom* (1756).

<sup>292</sup> Giraldo Jaramillo, *ob. cit.*, págs. 704-705.

<sup>293</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 171.

de América crecen también las lenguas, tendremos un número mayor que aquel que parece conforme con las sagradas escrituras»<sup>294</sup>.

Por curioso que parezca, resuelve esta contradicción gracias al principio de que todas las lenguas están reunidas en familias y que los nexos y las diferencias hacen posible el establecimiento de las que deben entenderse como matrices o como derivadas de esas matrices. Para Gilij las lenguas matrices son aquellas que no presentan ninguna relación con otra lengua. En otras palabras, aquella lengua que no puede relacionarse con ninguna otra será indiscutiblemente una matriz. Refiriéndose al sáliva, al tamanaco y al maipure, establece el principio: «He aquí la muestra de tres lenguas, que no teniendo ninguna relación entre sí pueden llamarse matrices»<sup>295</sup>.

Progresivamente, su método le permite ir descubriendo las afinidades que emparentan a determinadas lenguas. Sobre los tamanacos, dice: «Después poco a poco me di cuenta de que en esta lengua tenía, por decirlo así, la clave de todas las naciones del mediodía. Descubrí la afinidad de hablar que hay entre ellas, y en el solo lenguaje de los tamanacos me parecía haber comprendido también los otros»<sup>296</sup>.

Clarificadas las afinidades y valiéndose del método comparativo, vio que las matrices eran muy pocas y, en cambio, muchos los dialectos:

Los dialectos son infinitos, pero las lenguas matrices en un país tan grande no son muchas. Y hablando en primer lugar de los dialectos, toda nación, como yo decía, tiene su propia lengua, pero si se hace la comparación con las otras, muchas lenguas distintas a primera vista, sustancialmente y en el fondo, digámoslo así, del hablar, se descubre que son hermanas<sup>297</sup>.

Clasifica las lenguas del Orinoco en nueve matrices que, a su vez, presentan semejanzas con otras del sur del continente americano. Las nueve matrices, con sus respectivos dialectos, producen el siguiente cuadro:

<sup>294</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 175.

<sup>295</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 136. En este punto, la influencia de Gumilla, *ob. cit.*, pág. 296, es notable: «De aquella gran copia de lenguas, unas son *matrices*, otras son derivadas (al modo que de la latina, como matriz, se derivan la española, francesa e italiana, mudado respectivamente el dialecto); de modo que, entendida con perfección la matriz, da luz y disminuye la dificultad para sus lenguas subalternas».

<sup>296</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 171.

<sup>297</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 172.

*CARIBE*: Tamanaco, pareca, uokeári, uaracá-pachilí, uara-múcuru, mujeres solas<sup>298</sup>, payuro, kikirípa, mapoye, oye, akerecoto, avaricoto, pariacoto, cumana-coto, guanero, guakíri, palenco, maquiritare, areveriana.

*SÁLIVA*: Ature, piaroa, quaquá.

*MAIPURE*: Avane, meepure, cávere, parene, güipunave, kirrupa.

*OTOMACA*: Taparíta.

*GUAMA*: Quaquáro.

*GUAHIBA*: Chiricos.

*YARURA*: Sin dialectos conocidos.

*GUARAUNO*: Sin dialectos conocidos.

*ARAUACO*: Sin dialectos conocidos<sup>299</sup>.

La clasificación propuesta por Gilij resolvería muchos problemas y gestaría el estudio de otros que serían retomados y desarrollados por la lingüística venezolana de finales del siglo XIX. Para muchos autores de ese momento la obra de Gilij pasaría a entenderse como fuente indispensable en el conocimiento de la lingüística americana. La obra de Gilij asienta, y esta es su contribución, el principio fundamental de la lingüística indígena posterior, no otro que el estudio de las afinidades lingüísticas como reflejo de las afinidades étnicas.

Evidencia de la importancia que a la obra de Gilij le atribuían estos estudiosos, la encontramos en una carta que le escribe Bartolomé Tavera Acosta, desde Ciudad Bolívar, a su amigo Lisandro Alvarado, a la sazón en El Tinaco. La emoción del etnolingüista guayanés es una declaración de admiración y de seguimiento científico. Destaca, con elocuente énfasis, la primacía de Gilij sobre notables exploradores y naturalistas posteriores en

<sup>298</sup> Este curioso nombre alude hipotéticamente a aquellas lenguas de tribus que, por exterminio de los hombres en las guerras, hablaban lenguas no conocidas por sus nuevos hombres, que quedaban en situación de inferioridad frente al bilingüismo de las mujeres. Se trata, sin duda, del mito de las Amazonas en su faz lingüística (cf. Ángel Rosenblat, *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1965). Čestmír Loukotka, en su *Classification of South American Indian Languages*, Los Ángeles, University of California, 1968, págs. 198-224, no aporta referencias sobre estas lenguas míticas.

<sup>299</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, págs. 174-175. Gumilla, *ob. cit.*, pág. 296, había clasificado las lenguas del Orinoco en ocho grupos: 1) *Betoya* y *Jirara* (situfa, ayrica, ele, luculia, jabúe, arauca, quilifay, anabali, lolaca, atabaca); 2) *Cariba* (Guayana, palenca, güiri, guayquiri, mapuy, cumanagota); 3) *Sáliva* (aturi); 4) *Guajiva* (chiricoas); 5) *Achagua* (sin dialectos conocidos); 6) *Otomaca* (sin dialectos conocidos); 7) *Arauca* (sin dialectos conocidos); 8) *Guarauna* (sin dialectos conocidos).

relación a las determinadas experiencias sobre el terreno y al saber cierto sobre las culturas indígenas:

Por fin, he logrado conseguir la obra del Padre Gili *Saggio di Storia Americana*. Es una obra rara e instructiva que pone de manifiesto que este sacerdote es el más ilustrado de cuantos vivieron en el Orinoco en los siglos XVII y XVIII. Su lectura me ha servido para aclarar muchas cosas y hasta evidenciar la leyenda de los tales *maipures*. Gili es el punto de partida del incipiente aún cuerpo de doctrina lingüística de Venezuela con referencia a dialectos indígenas. De él tomaron Humboldt, Balbi, etcétera, sin conocimientos experimentales sobre el terreno. Humboldt, pasó como un relámpago; Balbi nunca estuvo aquí; Codazzi, lo mismo que Humboldt, pasó a escape, y así, etcétera.<sup>300</sup>.

En el mismo sentido y con el mismo entusiasmo gilijano, investigadores más recientes han reforzado la modernidad en los principios de Gilij y han insistido en la certeza de sus observaciones y en la solidez de sus resultados clasificatorios<sup>301</sup>.

## LOS CATÁLOGOS Y LA LEXICOGRAFÍA

Uno de los cuerpos más sustantivos en la conformación del tomo tercero del *Ensayo de historia americana* va a ser el de los diversos catálogos lingüísticos que allí quedan registrados. A su manera y siguiendo en ello el espí-

<sup>300</sup> «Carta a Lisandro Alvarado del 8 de noviembre de 1906», en Santiago Key-Ayala (comp.), *Obra inducida de Lisandro Alvarado*, Buenos Aires, Imprenta López, 1958, pág. 92. En su libro *En el Sur*, Tavera plantea confusiones clasificatorias de Gilij en relación a los maipures: «Al clasificar como derivado del Maipures a los Uaipunabes y Caberes, Avanos y Parenos, sólo confundió los vocablos *Maipures*, *Uaipunabes* y *Cáberes* con los Banibas, Uarecas y Carúzanas; y asimismo Humboldt, Balbi, Codazzi, etc.» (cita en Rodolfo Luzardo, *Más sobre Caribes y Chibchas*, Caracas. Editorial Sucre, 1971, pág. 11). Cf. Horacio Biord-Castillo, «El contexto multilingüe del sistema de interdependencia regional del Orinoco», en *Antropológica*, Caracas, n.º 63-64 [1985], págs. 84 y 88, en donde se señalan los aciertos clasificatorios de Gilij.

<sup>301</sup> Además de los ya citados, habría que tener en cuenta las referencias afirmativas en el trabajo de Marshall Durbin: «A Survey of the Carib Language Family», en Ellen B. Basso (editora), *Carib-speaking Indians Culture, Society and Language*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977; y, muy especialmente, el esclarecedor estudio de Jesús Olza Zubiri, S.J., *El padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1989.

ritu de la descripción lingüística de su tiempo, muy dada a los registros masivos de materiales y su confrontación protocompactiva, destinará el capítulo XVI, de la segunda parte [«Reflexiones sobre las lenguas americanas»], del tomo tercero, a la circulación del «Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestros hemisferio».

Siguiendo, también, la costumbre científica de esos días compilará, juntos a los catálogos de su autoría, otros que le son aportados, bien por petición propia o no, por otros autores. A la usanza del trabajo de los grandes compiladores multilingües (Pallas, Hervás y Adelung, entre otros), Gilij va a solicitar la colaboración y el concierto de estudiosos y especialistas en esas lenguas para completar este cuerpo con el que se cierra el importante tomo dedicado a la materia lingüística dentro de su obra maestra: «Varios señores misioneros que en señal de gratitud serán nombrados por mi sucesivamente me han favorecido con mandarme a pedido mío algunos catálogos de lenguas habladas en América»<sup>302</sup>.

Catálogo de catálogos, lo componen nueve piezas en total en las que se enfrentan listas de formas léxicas en cada lengua a partir de un repertorio simétrico, que funciona como lengua de partida de la investigación catalográfica. Se vale Gilij de la confección de una lista-cuestionario que estima palabras (conceptos: «Dios, alma, demonio, hombre, mujer, padre, madre, etc., etc.») que son el motivo de la averiguación léxica, unidades de valor universal que interesa investigar, y que exigirá la determinación de las respectivas equivalencias en las lenguas que compara cada catálogo y que funcionarían como lenguas de llegada. Resulta fácil imaginar que Gilij enviaría a cada uno de sus colaboradores la lista-cuestionario para que ellos, a su vez, la completaran con las equivalencias en la lengua de su competencia científica.

El conjunto dibuja un panorama de lenguas que expresamente le interesa conocer a Gilij para abonar sus conclusiones de naturaleza comparativa, búsqueda de identidades y de pormenores léxicos en la tarea de clasificación. Anota, al final de cada catálogo, lo que cree pertinente en esta dirección. Ha seleccionado y solicitado listas de las «Lenguas regias americanas» (lengua de los incas y lenguas mejicana), de las «Lenguas salvajes americanas no inferiores a las regias» (lengua chiquita y lengua guaraní), lengua lule y lengua vilela, lengua mbayá y lengua moja, lengua guaraní y lengua omagua, lengua tamanaca y lengua maipure, lengua sáliva y lengua araucana, lengua hurona y lengua algonquina. El último de los catálo-

<sup>302</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 283.

gos, el noveno, insiste en listar en lengua tamanaca los términos para el «Hombre y sus partes», «Árbol y sus partes» y «Verbos notables».

Si se afina la observación podrá verse cómo Gilij ha concebido este repertorio de repertorios como un cuerpo sistemático en el que, además de la regularidad de tópicos de investigación y del seguimiento estructural de las materias, se pretende ofrecer una imagen irrefutable sobre distintas hipótesis filiatorias y, de esta suerte, proveer un cuadro clasificatorio confiable e ilustrativo sobre los nexos y hermandades lingüísticas. El funcionamiento estructural del repertorio, en sus facetas macro y micro, aporta resultados, tanto a lo interno de cada catálogo como en relación con el ámbito completo del catálogo general. En otras palabras, las evidencias de filiación en cada catálogo generarán una lectura sobre las cercanías y distancias de unas lenguas con otras y, en suma, un cuadro para apreciar qué lenguas se asemejan y cómo y en qué medida se asemejan. Además, un postulado geográfico recorre el repertorio haciendo que siguiéndolo recorramos, a su vez, e intencionadamente, buena parte de la geografía lingüística aborígen americana.

La lectura del catálogo macro permite al colector no solamente ofrecer un repertorio muerto de voces, sino, contrariamente, uno que sea elocuente en cuanto a la escogencia de qué lenguas se consideran y con qué lenguas se establece el contraste. La confirmación de este modo de proceder, que destierra el azar o el capricho de la motivación de este tipo de repertorios lexicográficos, estaría dada por el propio compilador en las «Notas a los catálogos», un apartado final que reúne las llamadas hechas en el cabezal de cada repertorio para ofrecer datos puntuales y reflexiones preciosas sobre origen y sentido de las lenguas que se analizan lexicográficamente y sobre la dispersión y alcance de algunas de ellas (la nota sobre el guaraní es en sí misma un ensayo condensado sobre la extensión prodigiosa que esta lengua tuvo en todo el continente: «Ninguna lengua americana se extiende a tantas partes como el guaraní»<sup>303</sup>). En el catálogo primero viaja desde México a Perú haciendo contrastar voces del náhuatl con voces del quichua (Dios 'Pacha-camac' [quichua] 'Téotl' [náhuatl]). En el segundo, chiquito frente a guaraní, lengua de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) en relación con la lengua fundamental de Paraguay y Brasil (Dios 'Tupás' [chiquito] 'Túpâ' [guaraní]). En el cuarto catálogo, el mbayá que se habla en una región del Paraguay se relaciona con el mojo de Bolivia, lengua que tanta trascendencia tuvo en los estudios de Gilij para el establecimiento continental de su investigaciones filiatorias (Dios 'conoena-

<sup>303</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 314.

tagodi' [mbayá] 'maimóna' [mojo]<sup>304</sup>). El catálogo que ocupa el sexto lugar lo dedica a sus propios resultados, al contrastar palabras del tamanaco con palabras maipures (Dios 'amalivacá' [tamanaco] 'purrúna-minari' [maipure]). Y de esta manera, el catálogo de catálogos discurre aportando información puntual concreta sobre cada lengua y, brillantemente, haciéndolo también con aquellas interpretaciones de naturaleza comparativa y clasificatoria. Rompe el esquema, para bien, el último de los catálogos, al ocuparse de listar las voces tamanacas para las partes del cuerpo<sup>305</sup>, siendo en esto pionero de los léxicos del cuerpo humano en la lexicografía americana; y de las partes del árbol, un auténtico texto precursor, asimismo, de la lexicografía naturalista americana.

La claridad como investigador y la honestidad como estudioso hacen que Gilij reconozca expresamente las autorías de los distintos catálogos, aportando auténticos créditos de esta tarea que quiere entender colectiva y no individual, más allá de los muchos aspectos de organización que son obra del propio catalógrafo. Serían sus colaboradores, entonces, muchos de sus compañeros expulsos y residentes romanos para el momento en que Gilij escribe su obra: Xuárez (incas) y Miraglia (mejicana), Camaño (chiquito y guaraní), José Ferragut (lule) y José Jolís (vilela), Juan García (mbayá) e Iraisós (mojo), Francisco Legal (guaraní) y Camaño (omagua), Roque Lubián (sáliva) y el barón de la Hontán (lenguas hurona y algonquina). La lista de voces araucanas ha sido tomada de una Historia de Chile. Finalmente, los catálogos del tamanaco y maipure (el número seis), y el del cuerpo humano, etc. (el número nueve), son obra del propio Gilij («Del autor de esta Historia»).

Se quiera o no, todo este trabajo compilatorio no es sino el resultado último de una vasta intención de estudio lexicográfico por parte de Gilij. La ha desplegado a lo largo del tomo tercero y, especialmente, cuando necesita describir cuestiones muy influyentes de las distintas lenguas de las que se ocupa. No debe olvidarse que, si bien son las lenguas del Orinoco las que lo demandan principalmente, en el esquema del Gilij lingüista son muchas y diversas las lenguas de las que se vale (observa) para llegar a sus conclusiones (clasificaciones). El elemento léxico será crucial cuando

<sup>304</sup> La *nota bene* con la que Gilij cierra este catálogo evidencia su interés por relacionar mojo y maipure. El catálogo le sirve, queda claro, como género científico para fijar sus resultados de investigación: En el catálogo de las voces mojas hay algunas en letra redonda para indicar que son semejantes a las maipures» (*ob. cit.*, tomo III, pág. 297).

<sup>305</sup> El pudor y la formación religiosa hacen que determinadas partes del cuerpo humano no formen parte de los tópicos lexicográficos a encuestar.

busque ofrecer los resúmenes de muchas y variadas lenguas, en la parte primera del segundo apéndice, en donde trata «De las más famosas lenguas americanas», del inagotable y rico tomo tercero de su obra. En suma, «una no inútil excursión por las otras comarcas de América», seña que identifica la investigación lingüística en Gilij en su intención globalizadora y no como pormenor puntual.

Interesa detenerse, como punto final del aporte del Gilij lexicógrafo, en el capítulo que trata «De la lengua haitiana» y, enfáticamente, en el vocabulario que organiza para estudiar el taíno antillano, la lengua que desde la isla de Santo Domingo se irradia a todo el Caribe y lo conquista y moldea a su manera y deja sus vestigios hasta el presente en el español americano. Asume su tarea como rescate vestigial y, ya desde tiempo, como tratamiento paleolexical: «Por lo cual esta lengua, cuyo perfecto conocimiento ayudaría mucho a la historia, puede decirse casi muerta, o muerta del todo».

Para su elaboración se ha servido de los trabajos de Pedro Mártir de Anglería (*Décadas del Nuevo Mundo*, 1511-1530), de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (*Historia general y natural de las Indias*, 1535), del Inca Garcilaso de la Vega (*Comentarios reales*, 1609), de Andrés de León («protomédico de Felipe II», autor de la *Práctica*) y de los jesuitas José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*, 1590) y Francisco Javier de Charlevoix (*Historia de Santo Domingo*, 1730); como el mismo autor lo declara en nota al pie<sup>306</sup>.

Compone un repertorio alfabético, ordenado por grafemas independientes, en donde la descripción diccionariológica parte de un conjunto de ciento veintidós tainismos incorporados al español y de cada uno aporta una definición sucinta. El texto termina con una lista de nombres propios y de nombres de deidades. El capítulo se cierra con un epílogo crítico de no poco interés en el que se apuntan temas de lingüística americana de trascendencia más que demostrada. Uno de ellos, quizá el más determinante, es el señalamiento de que la lengua taína constituía una koiné antillana, lengua común en muchas de estas regiones y cuya influencia se dejó sentir agudamente en la constitución del español americano: «Estas palabras son todas haitianas, y como ya dije antes, se han extendido de tal manera por toda la América, sobre todo meridional, que no hay español alguno que no las use»<sup>307</sup>.

Interpretar léxicamente el conjunto es una forma segura de determinar el papel destacadísimo que las lenguas indígenas jugaron en la con-

<sup>306</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 186.

<sup>307</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 191.

formación de los estratos lingüísticos del español americano. De nuevo, los materiales de Gilij se entienden fuente de primera importancia para el conocimiento lingüístico del continente. Su texto, aunque muchas de las voces ya estuvieran registradas con anterioridad, viene a entenderse registro depurado y ordenamiento confiable del elemento antillano del español y de la difusión que esas voces tuvieron muchas en otras lenguas ajenas al ámbito hispanoamericano.

El repertorio es muy rico en voces taínas emblemáticas y en muchas de las más universales: *ají*, *areitos*, *barbacoa*, *batata*, *bija*, *budare*, *cabuya*, *cacique*, *caney*, *canoa*, *caoba*, *casabe*, *cocuyo*, *cohíba*, *comején*, *guanábano*, *guayacán*, *hamaca*, *huracán*, *iguana*, *jején*, *macana*, *maíz*, *mamey*, *manatí*, *mangle*, *maní*, *nigua*, *sabana*, *sebucán*, *tabaco*, *tuna* y *yuca*, entre otras.

El procedimiento básico de definición es la equivalencia simple: *ají* ‘pimiento’, *boa* ‘casa’, *cohíba* ‘tabaco’, *macana* ‘maza india’, *sabana* ‘prado’, *tuíra* ‘el demonio’. La explicación por descripción semántica, de esencia cultural, se invoca para algunas pocas voces: *burán* [budare] ‘placa de barro cocido para cocer el cazabe’, *cabuya* ‘especie de hierba con que se hacen cuerdas, y se usa también para nombrar la cuerda misma’, *copéi* ‘un árbol de cuyas hojas los españoles se sirvieron para escribir con un punzón, a falta de papel’, *henequén* ‘nombre de una hierba con cuyo hilo se dice que los indios cortan el hierro’. La sinonimia también es ensayada como posibilidad de explicación, alimentando el repertorio con nuevas entradas: *bija* ‘en el Orinoco se dice *anóto*, otros lo llaman *achoté*’, *comején* ‘hormiga devoradora, yo la llamo *nuke*’. En el mismo sentido, el aporte de variantes enriquece el registro de voces: *casábi* ‘hoy escriben *casáve* o *cazabe*, conocido pan’. Las remisiones son en cierto modo mecanismos de explicación y de rescate de formas léxicas: *Aíti* ‘v. Haití’, *cibucán* ‘v. sibucán’.

Gilij repara en que en la lengua de Santo Domingo no se encontraban primigeniamente ciertos nombres que llegaron a esa lengua desde la América continental. Sin que dé un nombre al fenómeno, que hoy rotularíamos como de «interinfluencia», lo formula y ejemplifica dejándolo así asentado dentro del conjunto de contactos que sufrió una zona lingüística tan rica en ellos y tan atravesada por los intercambios y los aportes de muy variada condición. Al hacerlo, el jesuita filólogo preserva un puñado de nuevas voces y deja anotado un proceso de migración léxica que desde las Antillas al continente y desde este a las Antillas se había ya operado:

Anoto finalmente que los nombres de algunos frutos, de los varios granos y de lo demás que no había en Santo Domingo, fueron acaso tomados

de los indios de Tierra Firme. Oviedo no habla de la papaya, de la chirimoya, del aguacate o cura, y de otras muchísimas frutas conocidas hoy en toda América. Tampoco el nombre de páramo, que significa un monte fríísimo, se encuentra en su historia; tampoco se encuentra *tarabita*, especie de puente, ni otras voces comunes, aunque conocidísimas de los hispanoamericanos<sup>308</sup>.

El texto haitiano de Gilij fue conocido desde temprano por los estudiosos de su obra, pero, lamentablemente, no tanto por el resto de los lexicógrafos y autores de diccionarios generales. Son escasas o inexistentes las referencias ciertas que se han hecho sobre este documento, incorporado desde no hace mucho al haber de fuentes centrales sobre el taíno y sobre su repercusión en el español americano. Hoy lo consideramos como un monumento de la paleolexicografía americana, caribeña y venezolana.

## PRIMEROS RESULTADOS

Modelo y obra que no dejan de iluminar el complejo panorama de lenguas que estudió con sapiencia incomparable y la permanencia de sus aportes que siguen arrojando muchos datos a tener en cuenta. Como quiso Wilhelm von Humboldt, Gilij se plantea el problema de la lingüística americana y al hacerlo la funda como disciplina de estudio<sup>309</sup>. Establece una teoría de los indigenismos que posibilita entender el rol que jugó el taíno como lengua franca en la región del Caribe y cuya incidencia en la formación del español americano fue muy grande. Colecciona documentos lingüísticos y les ofrece rango vestigial. Elabora catálogos que serán continuadores y precursores, por partes iguales, de los viejos y nuevos Mitrídates. Con gran fe en los vínculos y relaciones que las lenguas gestan más allá de lo lingüístico, reafirma que las culturas están atadas a sus lenguas y como las lenguas canalizan las acciones de cultura más memorables. Crea un orden en el laberinto de las lenguas orinoquenses y busca comprender el funcionamiento del sistema que ellas conforman. Finalmente, sin saberlo, está claro, la vocación indigenista de su obra proyecta una influen-

<sup>308</sup> Gilij, *ob. cit.*, tomo III, pág. 192.

<sup>309</sup> Cuando estudiemos, seguidamente, los testimonios sobre los aportes de Gilij esto quedará claro, especialmente, cuando logra ver, gracias a su metodología de fe comparativa, el vínculo transterritorial que se establece entre los mojos de Bolivia y algunas de las lenguas del Orinoco; una panóptica de la lingüística del continente que nada tiene que ver con nacionalidades o regiones de límites cerrados.

cia que se perpetúa por siglos y que, con una frescura y brillantez como el primer día, sigue siendo la principal fuente para el estudio de muchas lenguas americanas.

## PRELIMINAR II

El padre Gilij tuvo dos lectores de excepción en la lingüística de 1800: Lorenzo Hervás y Wilhelm von Humboldt. Son bien conocidas las relaciones entre los dos jesuitas, aunque debe insistirse todavía mucho más en el influjo de las ideas de Gilij sobre Hervás, en numerosas materias de la ciencia del lenguaje de su tiempo y especialmente de la lingüística indígena americana. Difundidas por este último, las ideas indigenistas quedarán integradas a su pensamiento lingüístico y serán diseminadas por todo el ámbito de la ciencia comparativa decimonónica, que tanto apreció y festejó la aparición de su *Catálogo de las lenguas conocidas* (1800-1805)<sup>310</sup>.

<sup>310</sup> La primera entrega de esta obra, bajo el título *Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro afinità e diversità*, formó parte del tomo XVIII, publicado en 1784, de la monumental *Idea dell'Universo* que Hervás fue publicando en italiano durante su estadía italiana. La versión española del *Catálogo* será ampliada y estructurada en seis tomos, de los cuales el primero se refiere a las lenguas americanas. En cuanto a las relaciones entre Gilij y Hervás, deben revisar los estudios del padre José del Rey Fajardo: «Colaboradores venezolanos al *Catalogo delle lingue* de Hervás y Panduro», *ob. cit.*, y su estudio *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, *ob. cit.* Asimismo, las «Notas bio-bibliográficas sobre el Padre F. S. Gilij y su *Saggio di Storia Americana*», de Gabriel Giraldo Jaramillo, *ob. cit.* y «El P. Gilij y su *Ensayo de Historia Americana*», en *Missionaria Hispanica*, n.º 4 (1947), págs. 249-328, de J. A. Salazar. También, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Editorial Gredos, 1966, de Miguel Batllori; *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo I, de Fernando Arellano; *Los estudios sobre lenguas indígenas de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978, de Carmen Ortega Ricaurte; *El lingüista español Lorenzo Hervás*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1987, de Antonio Tovar. En el Archivo de Loyola se encuentra una obra inédita de Hervás titulada *Biblioteca Jesuítica Española de Escritores que han florecido en siete lustros: estos empiezan desde el año 1759, principio del reinado del Augusto Rei Carlos III, y acaban en el año 1793*, en donde puede leerse la interesante biografía que hizo sobre el P. Gilij y que transcribimos: «nació a 26 de julio de 1721 en Legogne de la diocesi de Espoleto, y en el año de 1740 entró en la compañía de Jesus con animo de emplearse en las misiones de la America española, para donde partio en el siguiente año. Se detubo [sic] en España para estudiar la filosofía, y en Santafe de America estudió la teolojia [sic]. Enseñó la latinidad, y habiendo recibido el orden sacerdotal, inmediatamente pasó a las misiones del Orinoco, en las que estubo [sic] diez, y ocho años, fundó un lugar llamado

Hervás reconocerá expresamente su deuda con Gilij y ello revela no solo la nobleza de su hacer científico, sino la calidad de una admiración enorme por el aporte mayúsculo que suponía la obra del sabio misionero<sup>311</sup>.

*Encaramada*; y fue superior de las misiones de las naciones tamanaca, y maipure. En Italia fue rector del colejo [sic] jesuítico de Orvieto. Murio en Roma a 10 de Marzo 1789, y fue sepultado en la iglesia del Jesus./ El señor Gilij fue varon insigne en doctrina, y virtud. No obstante de haber estado 18 años tratando siempre con naciones barbaras, en su llegada a Italia mostró en las ciencias sagradas, y fisicas un conocimiento tan grande, como si las hubiera estado enseñando todo el tiempo de su apostolado. En este no perdonó trabajo, ni fatiga por convertir al cristianismo las naciones jentiles [sic], de las que con amor tierno se acordaba en su vejez con deseo de reveerlas. En Italia vivio con el mayor retiro en meditación santa, leccion, y escritura de las obras, que publicó, y de algunos manuscritos hallados despues de su muerte. / Imprimio. 1. Saggio di storia americana [...] / Esta obra parece haberse publicado traducida en español, pues en la gaceta de Barcelona de 26 de Marzo de 1785 se lee: 'se vende la historia del Orinoco, y Tierrafirme compuesta en italiano por el *exjesuita d. Felipe Gilij* en 4 tomos con mapas, y laminas oportunas'. La experiencia adquirida por el autor misionero, que fue muchos años en aquellas provincias, el amable candor, justa critica, claridad, y orden, con que procede, le han merecido los titulos de instruido desapasionado, veraz y metodico, con que le honran los sabios de Italia. Sin adular celebra lo mucho bueno, y grandioso, que la nacion española ha obrado, y obra en las Indias. / [...] / Manuscritos. 1. Gramatica de la lengua Tamanaca. 2. Vocabulario Tamanaco-español. 3. Gramatica de la lengua maipure. 4. Vocabulario maipure-español. 5. Coleccion de doctrinas cristianas, y sermones morales en las lenguas tamanaca, y maipure. / Estos manuscritos dejó el autor en la Encaramada antes nombrada: él fue el primer escritor de la gramatica, y de los vocabularios de las lenguas tamanaca y maipure» (Vol. II, págs. 95-97). Recientemente, esta importante obra de Hervás ha sido publicada, gracias a la dedicación al tema hervasiano de Antonio Astorgano Abajo, del Instituto «Xavier María de Munibe» de Estudios del Siglo XVIII en el País Vasco (Azkoitia), en la que pueden seguirse las referencias sobre Gilij aportadas por el padre Hervás, en diversos momentos de esta magistral obra, acompañada de un profuso aparato crítico (cf. Lorenzo Hervás y Panduro, *Biblioteca Jesuítico-Española*, Madrid, Libris/Asociación de Libreros de Viejo, 2007, págs. 43, 55, 64, 76, 343, 344, 557, 582, 636, 740, 753-756, 777).

<sup>311</sup> Cf. Hervás, *ob. cit.*, vol. I, págs. 202 y 204. *Vid. supra.* otro contemporáneo de Gilij, el jesuita Antonio Julián, en su libro *La perla de la América* (Madrid, 1787), consigna un valioso testimonio, en la misma línea de Hervás, sobre el aprecio hacia la tarea de Gilij: «Omito el registrar otros diccionarios, enciclopedias y geografías, por no detener sobrado a mi lector al principio, o en el atrio de mi obrita. Pero no quiero ni debo omitir el hablar del esclarecido señor abate don Felipe Gili, el cual va dando a la luz *il Saggio di storia americana* en diversos tomos, con gran crédito y aceptación, no sólo de Roma, de la Italia, y de España, sino también de otras regiones del Norte. Este sí es autor de cuyo dicho y pluma se puede fiar uno en todo lo que por sus mismos ojos

Wilhelm von Humboldt (1767-1835) conocerá el trabajo de Gilij por intermediación de Hervás quien, antes de morir, en 1809, le provee de los resultados de sus propias investigaciones acerca de las lenguas de América<sup>312</sup>. Humboldt hará una crítica desfavorecedora desde la perspectiva de la filosofía del lenguaje (asunto bastante ajeno al interés de Gilij) y otra muy elogiosa al punto de ver en Gilij al primero en plantearse el problema de la lingüística americana<sup>313</sup>.

Más constante que Guillermo en su entusiasmo hacia Gilij lo sería su hermano, el explorador y sabio Alexander von Humboldt (1769-1859), quien llegó al estudio de Gilij, contradictoriamente, por el interés que

ha visto y observado en Orinoco. Merece repetidos elogios, por la prolijidad con que en el Orinoco observó las cosas, por la claridad con que da las noticias, por la variedad de sus asuntos, y selecta erudición en diversos puntos. Habla despacio, pero habla en muchas lenguas, que aprendió, sin perdonar fatigas, en Orinoco, para bien de aquellas bárbaras naciones. Sólo reparo que en algunos asuntos, sobre los cuales hubo de consultar a otros, por no ser cosas pertenecientes al Orinoco, no fue exactamente informado como creo deseaba el mismo don Felipe, y así nadie extrañe si alguna vez me le opongo con amigable contradicción, que sólo procede del amor de la pura verdad [...]. Mi amigo y señor don Felipe Gili ha hecho inmortal honor a Roma, su patria, que abandonó para ofrecer al Señor el sacrificio de estar casi veinte años entre bárbaros o salvajes para reducirlos a la fe: honor a España, al Nuevo Reino de Granada, y al Orinoco, por haber ilustrado con tan claras luces sus regiones, y honor a sí mismo, por habernos dado a conocer hombre erudito en noticias, curioso en las observaciones, exacto en las demarcaciones, y perito en tántas [sic] lenguas de que se hizo maestro, y por cuyas noticias le dan mil gracias singularmente los académicos del norte, que están ahora ocupados en averiguar de fijo las setenta y tantas lenguas que de los campos de Sennaar y de la torre de Babel se esparcieron por todo el mundo» (Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951, págs. 19-21). Muy interesante la observación del padre Julián en relación a la sabiduría lingüística de Gilij sobre aquellas lenguas que conoció directamente, frente a las que refiere valiéndose de las consultas de otros autores. Falla en la medida en que se aleja del Orinoco y acierta cuando se circunscribe a su dominio de investigación. Lo observado directamente resulta rico, complejo en matices y valioso en la escritura y reflexión de Gilij.

<sup>312</sup> Cf. Tovar, *ob. cit.*, pág. 70. Algunos historiadores de la lingüística han repetido el error de Vihlem Thomsen al señalar que Hervás había estado en América como misionero, sin determinar que su conocimiento de las lenguas americanas provenía de los trabajos de los misioneros jesuitas residenciados en Roma luego de la expulsión. Cf. además de V. Thomsen, *Historia de la lingüística*, Barcelona, Editorial Labor, 1945, pág. 58; Georges Mounin, *Historia de la lingüística*, Madrid, Editorial Gredos, 1979, pág. 144; Jesús-Antonio Collado, *Historia de la lingüística*, Madrid, Editorial Mangold, 1973; Helmut Gipper y Peter Schmitter, *Sprachwissenschaft und Sprachphilosophie im Zeitalter der Romantik*, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1985, pág. 25.

<sup>313</sup> Del Rey Fajardo: «Colaboradores venezolanos...», *ob. cit.*, pág. 421.

en Guillermo había despertado el antiguo misionero y muy por encima de lo que algunas de sus críticas parecieran haber apuntado<sup>314</sup>. Publicará su famoso *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (1811-1829), que contiene planteamientos y análisis de cierto interés lingüístico. Señala afinidades clasificatorias sobre lenguas indígenas americanas que serán repetidas, muy pocas veces confirmadas, por lingüistas posteriores (Balbi, Codazzi y otros repetirán sus ideas con gran fidelidad)<sup>315</sup>. Gilij será fuente permanente para el Humboldt naturalista: «Este misionero, muy instruido en las lenguas de los indios, vivió en esta soledad durante dieciocho años, hasta la expulsión de los jesuitas»<sup>316</sup>.

<sup>314</sup> Mientras Alejandro viajaba por América, entre los años 1799 y 1804, Guillermo se desempeñaba como embajador del rey de Prusia en Roma (a partir de 1802). Es en este momento cuando conoce a Hervás y hace copias de los trabajos americanistas de muchos de los misioneros expulsados tras la Pragmática Sanción de Carlos III: «En Roma, gracias a su amistad con el abate Hervás, reunió importantes materiales para el estudio de las lenguas americanas, por cuanto le permitió sacar copias de las gramáticas manuscritas que Hervás había tenido la feliz idea de recopilar de ex jesuitas que habían sido misioneros en la América española y que entonces vivían en Italia» (W. von Humboldt, *Autobiografía*; cita en Batllori, *ob. cit.*, pág. 215). Cf. sobre la actividad del embajador Humboldt en Roma, Douglas Botting, *Humboldt y el Cosmos; vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1981, pág. 164. A su regreso a Europa, en 1804, Alejandro publicaría a partir de 1811 su libro de viajes, en donde es manifiesta la influencia de Gilij, por mediación de su hermano el lingüista, cuyo pensamiento y obra logran fascinar al geógrafo, naturalista y expedicionario. Wilhelm en este momento no ha presentado al público sus trabajos y conclusiones sobre las lenguas amerindias, que serían, entre otros: 1) *Versuch einer Analyse der mexicanischen Sprache* (1821); 2) *Inwiefern lässt sich der ehemalige Kulturzustand der eingeborenen Völker Amerikas aus den Überresten ihre Sprachen beurteilen* (1823); 3) *Untersuchungen über die amerikanischen sprachen* (1826) (cf. Hans Arens, *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Editorial Gredos, 1975, tomo II, pág. 978). Sobre la influencia recíproca de los hermanos Humboldt, cf. Francisco Javier Pérez, *El lexicógrafo inadvertido. Alejandro de Humboldt y su exploración lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Konrad Adenauer Stiftung, 2005, págs. 188-191: «Las interinfluencias entre Alejandro y Guillermo no son, por otra parte, más que respuestas propiciadas por la ciencia lingüística de este tiempo que se filtran en todas las inteligencias del momento» (pág. 191).

<sup>315</sup> Adrien Balbi, *Introduction a l'Atlas Ethnographique du Globe*, París, Rey et Gravier, Libraires, 1826, tomo I, cap. VII, no hace mención alguna a Gilij en la sección IV, dedicada a las lenguas del Orinoco (págs. 294-298).

<sup>316</sup> Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, tomo III, pág. 322. Giraldo Jaramillo, *ob. cit.*,

La difusión de la obra de Gilij en su tiempo puede constatarse por otra vía distinta a la marcada por la sucesión de sus ideas lingüísticas y clasificatorias a través de Hervás (Adelung y Vater de por medio) y los Humboldt. El *Saggio de Storia Americana* que había sido publicado entre 1780 y 1784, en Roma, fue muy pronto traducido a otras lenguas: 1) el P. Blas Miner (n. 1734) cuenta entre sus obras manuscritas un *Extracto de la historia del Orinoco publicada en italiano por el ex jesuita Felipe Salvador Gilii*<sup>317</sup>; 2) en 1782, el P. Francisco Javier Veigl traduce al alemán la parte lingüística del tomo tercero: *Nachricht von den Sprachen der Völker am Orinokoflusse*, publicada luego, en 1785, formando parte del libro de Ch. G. von Murr: *Reisen einiger Missionarien der Gesellschaft Jesu in Amerika*. Veigl haría una segunda edición en 1798; 3) en 1785, Matías Cristián Sprengel publica, también en alemán, un extracto del libro de Gilij: *Nachrichten von Lande Guiana, dem Orinokofluss, und den dortigen Wilden. Aus dem Italianischen des Abbt Philip Salvator Gilii auszugsweise übersetzt*<sup>318</sup>.

En 1878, Charles Leclerc da al Gilij lingüista un relieve muy significativo en su *Bibliotheca Americana*: «Son libre, un des meilleurs à consulter pour l'histoire des Indien de l'Orénoque, est devenu très-rare. Le troisième volumen surtout mérite d'être signalé pour l'histoire de la *linguistique américaine*»<sup>319</sup>.

pág. 709, concluirá, al respecto: «Pero de una manera general, la forma como el Barón de Humboldt se refiere a la obra de Gilij, las citas numerosas que de ella hace, son prueba suficiente del interés que despertó en el ilustre viajero y del crédito que le merecían sus observaciones». Cf. sobre la influencia de Gilij en Humboldt, además, Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, *Alejandro de Humboldt (vida y obra)*, Madrid, 1960, págs. 86-218.

<sup>317</sup> Cf. Hervás. *Biblioteca Jesuítica Española de Escritores*, ob. cit., vol. II, pág. 39. También se ha generalizado la idea de una traducción española hecha por el propio Gilij.

<sup>318</sup> Cf. Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, ob. cit., tomo I, pág. 182. Giraldo Jaramillo, ob. cit., págs. 704-705. Las ediciones modernas en español del libro de Gilij han sido muy tardías: 1) Antonio Tovar prologó y tradujo los tres primeros volúmenes para la Academia Nacional de la Historia, quien los editó en Caracas, en 1965; 2) Mario Germán Romero y Carlos Bruscantini, igualmente tradujeron, y con prólogo del primero, el tomo IV y último del *Ensayo*, en 1955, para la Biblioteca de Historia Nacional (tomo LXXXVIII), en Bogotá; 3) finalmente, y de manera inconclusa, Petróleos de Venezuela y la Biblioteca Nacional, reeditaron los dos primeros volúmenes de la traducción de Tovar, revisados por Roberta Zanchi, Horacio Biord Castillo y Lulú Giménez Saldivia, y con estudios preliminares de los dos últimos más Nelly Arvelo-Jiménez; la edición y notas corrió a cargo de los investigadores Biord Castillo y Giménez Saldivia.

<sup>319</sup> Charles Leclerc, *Bibliotheca Americana. Histoire I, Géographie, Voyages, Archéologie et Linguistique des deux Amériques et de iles Philippines*, París, Maisonneuve&Cie., 1878, págs. 62-63 (n.º 238).

Catorce años después, en 1892, el conde de la Viñaza, al referirse al libro de Hervás señalará: «Para la composición de este tomo suministraron al autor excelentes y copiosas noticias y documentos el abate Clavigero de los idiomas de la América septentrional, y el abate Gilii de las lenguas de la América meridional: además en el texto indica Hervás todos aquellos misioneros que le habían comunicado, ya por escrito, ya de viva voz, noticias con que aumentar su caudal lingüístico»<sup>320</sup>.

Pero sería en los años 1886 y 1893 cuando Karl von den Steinen y Lucien Adam, respectivamente, lograrían entender a cabalidad la contribución mayúscula de Gilij a la lingüística americana<sup>321</sup>. Steinen, finalizadas sus expediciones al río Xingú, en Brasil (años 1884 y 1887), en donde se encuentra con una comunidad caribe incontaminada, confirmará el logro clasificatorio de la familia caribe por parte de Gilij<sup>322</sup>. Asimismo, el acierto del misionero por comprobar el parentesco entre los mojos de Bolivia y los maipures del Orinoco, hará que Steinen se adelante a entender la filiación caribe de los bakairí del Brasil, en circunstancias culturales análogas a los mojos bolivianos frente al progreso de los caribes y aruacas guyaneses. Las conclusiones de Steinen serían muy apreciadas y recordadas con impronta bíblica, pues iluminaba más las luces de la sabiduría de Gilij:

Wenn sich die Bakairí als Kariben erweisen, wird auch die ganz analoge merkwürdige Beobachtung Gilij's, dass die Moxos in Bolivien mit den Maipure am Orinoco sprachlich verwant sind, in ein neues Licht gerückt. Und wie die Moxos auf einer niedrigeren Culturstufe als die Orinocovölker gestanden haben, sind noch heutzutage die wilden Bakairí unzweifelhaft im Rückstande gegen ihre Verwandten in den Guyanas<sup>323</sup>.

<sup>320</sup> Conde de la Viñaza [Cipriano Muñoz y Manzano], *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, Estudio Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1892, págs. 186-187 (n.º 397).

<sup>321</sup> Más adelante se verá de qué manera la lingüística venezolana de finales del siglo XIX coincidirá con estos maestros y reconocerá el mérito de la contribución del misionero filólogo.

<sup>322</sup> Cf. Alfredo Jahn, *Los aborígenes del occidente de Venezuela*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1927, pág. 17.

<sup>323</sup> Karl von den Steinen, *Durch Central-Brasilien. Expedition zur erforschung des schingú im jahre 1884*, Leipzig, Verlag F. A. Brockhaus, 1886, pág. 290. Otras referencias en las págs. 312-313. El P. Jesús Olza S. J. ha traducido el pasaje de Steinen de la siguiente manera: «Si los Bakairí resultan Caribes, aparecerá bajo una nueva luz la completamente análoga y memorable observación de Gilij, de que los Mojós de Bolivia están emparentados con los Maipures del Orinoco. Así como los Mojós se encuentran en un nivel más bajo de cultura que los pueblos del Orinoco, de igual manera

Adam, luego de constatar el acierto de Gilij al establecer por vía comparativa la familia aruaca, propone llamarla maipure en homenaje al misionero que tanto la había estudiado<sup>324</sup>. También seguirá a Gilij en sus estudios sobre el caribe:

La famille linguistique à laquelle le P. Gilij a donné la dénomination de *Caribe* comprend les dialectes anciennement ou actuellement encore parlés par les tribus dont je vais donner la liste, en indiquant, pour chacune d'elles, la région où elle a été trouvée, les noms des missionnaires ou des voyageurs qui ont fait connaître plus ou moins complètement son parler, la date de la publication des documents à consulter<sup>325</sup>.

El P. Wilhelm Schmidt organizará, algo más tarde, todo este complejo caudal lingüístico corroborando el meritorio acierto de Gilij en torno al esclarecimiento de la lingüística indígena del continente:

Als zweite der drei größeren Sprachfamilien Südamerikas wurde die der Arawak (aruak, arowak)-Sprachen genannt. Im Gegensatz zu der Guarani-Tupi-Gruppe hat sie ihren Ausgangspunkt sicher im Norden des Amazonas. Da es aber auch im Süden desselben Stämme dieser Gruppe gab, um ihren sprachlichen Zusammenhang mit denen im Norden war bereits von dem um Ethnologie und Linguistik hochverdienten Jesuitenmissionar P. F.S. Gilij gesehen worden in seinen *Saggio di Storia Americana o sia Storia natural, civile, e Sacra dei regni e delle provincie Spagnuole di Terra-ferma nell'America meridionale* (Roma 1782, Tomo III, S. 239), der diese Gruppe 'Maipure' benannte [...].

Die Einheit auch dieser dritten Sprachfamilie (Kariben) war schon von P. Gilij [...] erkannt worden, um der Name, den sie noch jetzt trägt, wurde ihr von ihm beigelegt<sup>326</sup>.

todavía hoy en día los Bakairí salvajes están sin duda atrasados frente a sus parientes de Guayana». En 1892, en su tratado sobre las lenguas de los bakairí (*Die Bakairí-Sprache*), Steinen ratificaría con carácter permanente las conclusiones en torno a los logros de Gilij.

<sup>324</sup> Jahn, *ob. cit.*, pág. 15. Cf. Durbin, *ob. cit.*, pág. 24.

<sup>325</sup> Lucien Adam, *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire compare des dialectes de la famille Caribe*, París, J. Maisonneuve, Libraire-Éditeur, 1893, pág. 3. Cf. también el trabajo de Adam titulado *Trois Familles Linguistiques des bassins de l'Amazone et de l'Orénoque (1888-1892)*, en donde utiliza los materiales recogidos en el viaje de Jules Crevaux al Orinoco.

<sup>326</sup> Wilhelm Schmidt, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1926, págs. 243 y 250; además, 219 y 244.

La historia de la ciencia y también de la lingüística registrará la valiosa deuda contraída con los misioneros filólogos, especialmente coloniales, en la obra de reconstrucción de la lingüística americana. Robert H. Lowie en su *Historia de la etnología* (1937) destacará la confiabilidad de las fuentes misionales, haciendo expresa mención a Gilij:

La religión de los aborígenes del Brasil se capta con más lucidez de los relatos de los primeros portugueses, franceses y alemanes que visitaron aquellas regiones, que de los trabajos de etnógrafos tan prestigiosos como Karl von den Steinen y Fritz Krausse; y los informes inadecuados o confusos de Farabee y Koch-Grünberg sobre las costumbres matrimoniales de los indios de Sudamérica no se pueden comparar con los relatos de André Thévet (1575), Gabriel Soares de Souza (1587) y el padre F. S. Gilij (1781)<sup>327</sup>.

La traducción hecha por el padre Olza Zubiri sería: «Como la segunda de las tres más grandes familias de América del Sur ha sido señalada la de los idiomas Arrawak (aruak, arowak). Al contrario que los grupos Tupí-Guaraní tuvo ella su origen con seguridad al norte del Amazonas. Pero que sin embargo haya también al sur del mismo ramas de ese grupo, y su interdependencia lingüística con las del norte fue ya visto por un hombre benemérito para la etnología y la lingüística el misionero jesuita P. F. S. Gilij en su Saggio di Storia Americana, o sia Storia naturale, civile, e Sacra dei regni e delle provincia Spagnuole di Terra-ferma nell'America meridionale (Roma 1782, T. III, p. 239), el cual denominó a este grupo "Lenguas Maipures"; «La unidad de esta tercera familia lingüística (caribe) fue ya reconocida por el P. Gilij y el nombre que ella lleva todavía él se lo asignó». El P. Schmidt señaló también el aporte de Steinen, seguidor de Gilij, en cuanto a la organización de las lenguas aruacas dentro del grupo *nu-aruaca* por el prefijo *nu* característico de estas lenguas. Asimismo, ha cuestionado a C.F. PH. von Martius por el establecimiento del grupo *Guck* que creó gran confusión en torno al estudio de las lenguas aruacas a mediados del siglo XIX, al no continuar el acierto de Gilij. Creo que Martius no conoció directamente la edición italiana de Gilij, ya que en su libro *Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerika's zumal Brasiliens*, Leipzig, 1867, tomo I, pág. 117, cita solamente al P. Veigl por la obra de Murr, sin hacer mención alguna a Gilij. El P. Schmidt también vuelve sobre Gilij en su obra sobre la idea de Dios, *Der Ursprung der Gottesidee. Eine Historisch-Kritische und Positive Studie*, Münster, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, 1926, tomo I, pág. 249.

<sup>327</sup> Robert H. Lowie, *Historia de la etnología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, págs. 16-17. Este reconocido autor se apoya para lograr estos señalamientos en un estudio de Paul Kirchhoff: «Die Verwandtschaftorganisation der Urwaldstämme Südamerikas», en *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlín, n.º 63 (1931), págs. 55-193.

Georges Mounin, por su parte, también señalará las contribuciones misionales en un afán por encuadrar la lingüística americanista del genial Edward Sapir:

Sería una simplificación excesiva hacer de Sapir el fundador de la lingüística amerindia. Antes de él, desde el momento del descubrimiento de América, misioneros, españoles o no (como el P. Thévet), sabios como Hervás y Panduro (1787) o los dos Humboldt –Alejandro, el viajero que recogía los materiales, y Guillermo, el lingüista que los analizaba– produjeron obras nada desdeñables<sup>328</sup>.

Una valoración reciente del peso histórico de las contribuciones de Gilij puede leerse en el *South American Indian Languages* (1997), de Mary Ritchie Key, al colocarlo a la cabeza de su tiempo en cuanto al logro de las clasificaciones sustentadas en evidencias lingüísticas:

Classification of South American languages, with the first hint of scientific methodology of comparative linguistics, began with Filippo Salvatore Gilij (1780-84), who learned to speak an Arawakan language. He discovered correspondences among other languages, which drew him to the conclusion that the recurring correspondences gave proof of language relationships, and this justified positing a family of *Arawakan/Maipuran* languages. Examples of this work are given in the discussion of *Maipuran/Arawakan* languages. But Gilij was ahead of his times<sup>329</sup>.

Dentro del contexto antes esbozado, resultarán poderosamente relevantes los testimonios y las aproximaciones críticas producidas sobre la obra lingüística de Gilij y su significación en el dominio de las lenguas indígenas de Venezuela<sup>330</sup>.

<sup>328</sup> Georges Mounin, *La lingüística del siglo xx*, Madrid, Editorial Gredos, 1976, pág. 88.

<sup>329</sup> Mary Ritchie Key (ed.), *South American Indian Languages*, Irvine, 1997, vol. I, pág. 5. Referencias a los datos de Gilij aparecen, además, en los apartados de esta obra relativos a las lenguas que estudió el misionero filólogo.

<sup>330</sup> Referencias generales sobre el aporte de Gilij pueden encontrarse en: Daniel Brinton, *The American Race*, Philadelphia, 1901, quien elogia la clasificación de Gilij en su condición de pionero. Claudius Henricus de Goeje, *Etudes Linguistiques Caraïbes*, Amsterdam, 1909, utiliza materiales de Gilij sobre las lenguas achaguas, maipure y otomaca. Paul Rivet, «Langues de l'Amérique du sud et des antilles», en Antoine Meillet y Marcel Cohen, *Les Langues du Monde*, París, 1924, cita a Gilij en torno a la denominación maipure de la familia *arawak*. Friedrich Müller, *Grundriss der Sprach-*

## TESTIMONIOS EN EL SIGLO XIX

La lingüística indígena venezolana del siglo XIX mantendrá viva la tradición colonial por el estudio de las lenguas aborígenes. Se trabajará en la reconstrucción del pasado lingüístico y en la clasificación de los vestigios conservados, recurriendo al método comparativo propio de la ciencia de este tiempo, a fin de lograr que la investigación fije y conserve los materiales hallados y que los relacione con los aún vivos en las lenguas indígenas que todavía se hablaban. En estos dos frentes muy claros de estudio (reconstrucción paleolingüística y recolección de datos contemporáneos), la obra de Gilij, su modelo analítico y sus métodos estarán presentes.

El primer testimonio gilijano de este momento puede leerse en el capítulo XIV, tomo primero («Historia antigua»), del *Resumen de la historia de Venezuela* (1841), de Rafael María Baralt (1801-1860). El célebre historiador reconocerá en muchos pasajes de su grande obra lo que las órdenes religiosas hicieron en favor de la identificación y descripción de los pueblos indígenas. De esta suerte, viene a especificar lo que a franciscanos y jesuitas se debe en estas direcciones. No conforme con encomiar lo que estas comunidades religiosas hicieron, quiere rescatar algunos nombres (entre otros, el de Gilij), ya beneméritos en su tiempo, y hacer que

*wissenschaft*, Wien, 1876-1888, no cita a Gilij pero utiliza para referirse a los *moxos* en afinidad con los maipures el nombre italiano *mossa* con el que Gilij los menciona. Samuel Lafone-Quevedo, «Lenguas argentinas. Idioma mbyá, llamado *guayaurú-mocovi* según Hervás, Gilij y Castelnau...», en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, n.ºs 41, 42 y 44 (1896). Luis Pericot y García, *América Indígena*, Barcelona-España, 1962 (1ª ed.: 1936), presenta numerosas menciones de interés. En la introducción a la obra, titulada «Breve historia de los estudios sobre la América indígena» consigna un «Mapa bibliográfico de Sudamérica. 1700-1800. Según E. Norden-skiöld» (pág. 8), donde este famoso etnólogo americanista señala solo los aportes de Gumilla, Caulín y Gilij en los territorios venezolanos. John Alden Mason, «The Languages of South American Indians», en Julian H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, New York, 1963, tomo VI, págs. 157-317. Česmír Loukotka, *Classification of South American Indian Languages*, Los Ángeles, 1968 (cf. especialmente, el prefacio de Johannes Wilbert). Gabriel Giraldo Jaramillo, *Estudios Históricos*, Bogotá, 1954, págs. 116-117. Antonio Tovar y Consuelo Larrucea de Tovar, *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, Madrid, 1984. El gran bibliógrafo chileno José Toribio Medina dedicó a Gilij un hermoso apartado en su libro *Noticias bio-bibliográficas de los Jesuitas expulsos de América en 1767*, Santiago de Chile, 1914, págs. 141-143. Dentro del espacio de los estudios bibliográficos venezolanos, el maestro Pedro Grases ha repetido en diversas ocasiones la contribución de Gilij a la historiografía antigua del país (cf. *Obras*, Caracas-Barcelona-México, Seix Barral, 1981 y ss., 16 vols.).

con ello el elogio resulte justo y duradero. Ocurre, además, cuando estaba muy viva la leyenda sobre el perjuicio hispánico en suelo americano:

No faltaron, como no faltan en ninguna cosa humana, excepciones honoríficas al cuerpo de misioneros, tanto individuales como de comunidades. La de franciscanos se hizo notar siempre por su desinterés y mansedumbre evangélica, y los padres Gili, Gumilla, Caulín y otros varios no sólo se distinguieron entre sus hermanos por una virtud ejemplar, sino por su ciencia y sus recomendables escritos sobre la geografía, la historia natural y las lenguas del país<sup>331</sup>.

Los estudios venezolanos sobre el caribe durante el siglo XIX, sobre la base establecida por Gilij, abrirán paulatinamente el sólido proceso de lectura de la obra del misionero que verá resultados en los años finales del siglo y en los primeros del XX, al convertirse en fuente indigenista de primer orden<sup>332</sup>. Arístides Rojas (1826-1894), en 1878, determinará la posición que Gilij ocupa en el estudio de las lenguas caribes, al dedicarle completamente el apartado correspondiente a la lengua tamanaca. En su recuento histórico-bibliográfico titulado «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela» (en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, 1878, págs. 155-188; también en *Obras escogidas*, París, 1907, pág. 230-256), después de organizar una breve bio-bibliografía del misionero, resumirá su contribución a la lingüística:

La obra de Gilij, que de tanto sirvió a Humboldt en su descripción del Orinoco, es el más brillante resumen que existe hoy sobre la historia

<sup>331</sup> Rafael María Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela*, en *Obras completas*, Maracaibo, 1960, tomo I, págs. 334. Giraldo Jaramillo, *ob. cit.*, pág. 711, no acierta al señalar, desconociendo el testimonio baraltiano, que «el único historiador hispanoamericano, aparte del ya citado José Toribio Medina, que sepamos haya conocido al Padre Gilij, es el distinguido polígrafo venezolano don Arístides Rojas».

<sup>332</sup> Puede confirmarse esto por la trayectoria seguida desde la aparición del «Vocabulario caribe» (1847), de J. A. Freyre Mayobre, organizado en homenaje a Fermín Toro (cf. Julio Febres Cordero G., «Un vocabulario caribe del oriente venezolano», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 57 [1912], págs. 43-67), hasta los estudios de Lisandro Alvarado a comienzos del siglo XX (cf. especialmente, «Ensayo sobre el caribe venezolano», en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, n.º 1 [1912], págs. 43-67). El trabajo de Samuel Darío Maldonado *Introducción al estudio de la lengua caribe*, desafortunadamente perdido, hubiera permitido completar la evolución de estos estudios (cf. la compilación epistolar de Santiago Key-Ayala, *Obra inducida de Lisandro Alvarado*, Buenos Aires, 1958, págs. 139-140).

geográfica, religiosa, natural y civil del antiguo Uriaparí. El autor no se limitó solamente a estas materias, pues dedica un volumen al estudio de las lenguas del Orinoco, sobre todo el idioma tamanaco, a cuyo verbo dedica muchas páginas. En un estudio comparado, sobre las lenguas americanas, el autor complementa sus juiciosas observaciones con muchos vocabularios, entre los cuales figuran los de los tamanacos, maipures y salivas, naciones venezolanas<sup>333</sup>.

Desde una perspectiva similar a la de Rojas, el doctor Gaspar Marcano (1850-1910) nos ofrecerá un testimonio objetivo sobre la participación de Gilij en la comprensión del complejo panorama lingüístico del Orinoco, en su fundamental *Etnografía precolombina de Venezuela*, en tres tomos (1889, 1890 y 1891)<sup>334</sup>. Su visión de Gilij, aproximación crítica más que testimonio, arranca del problema de confiabilidad de las fuentes misionales estableciendo que estas no pueden dar luz sobre todas las problemáticas de la lingüística indígena posterior, sino solo de las vigentes en su tiempo («Sus búsquedas eran hechas a base de las preocupaciones de su siglo, y no podían prever que nosotros iríamos a preguntarle a sus escritos la solución de tantos problemas que ellos ciertamente no se habían planteado», págs. 167-168). Igualmente, descarta la idea de muchos estudiosos que pretendían achacar todos los errores a las fuentes antiguas («Sin embargo, no

<sup>333</sup> A. Rojas, *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Librería «Las Novedades»/Emilio Ramos, 1944, pág. 184. Giraldo Jaramillo ha valorado (*cf.* cita 22) el juicio que Rojas hace de Gilij, en 1890, en otras de sus obras. En la «Introducción» a sus *Leyendas históricas de Venezuela*, le dedica un corto párrafo: «Ha enriquecido su trabajo con catálogos muy interesantes de muchas lenguas americanas». Sin embargo, como vimos, hemos comprobado el conocimiento gilijista de Rojas ya en 1878. Será también de los primeros en entender el valor documental de los trabajos misionales en el estudio de la lingüística americana: «El acopio de materiales de difícilísima adquisición, sobre todo, los que pertenecen a los misioneros, es la base indispensable que necesita la ciencia moderna para el estudio de los antiguos idiomas de Venezuela»; «He aquí cuanto podemos decir sobre la historia bibliográfica de las lenguas y dialectos que se hablaron en Venezuela, en la época de la conquista castellana. Por de contado, que el caudal que hoy aprovecha la ciencia se debe principalmente a la constancia de los misioneros que levantaron la base de la lingüística americana. Sin el trabajo de estos hombres ejemplares, nada podría haberse hecho, cuando algunas de las naciones que éstos conquistaron han desaparecido por completo» (*ob. cit.*, págs. 160 y 192).

<sup>334</sup> Esta obra se publicaría originalmente en francés, *Ethnographie Précolombienne du Venezuela*, y en París, en donde vivió el científico venezolano la mayor parte de su vida. Los tres tomos que la componen aparecieron, respectivamente, en los años anotados. El testimonio sobre Gilij queda consignado en el tomo segundo (1890), que trata de la «Región de los Raudales del Orinoco».

sólo los misioneros fueron los responsables, también los viajeros han contribuido a redoblarlos y a aumentarlos, sin haber hecho ninguna tentativa para precisar sus significados», pág. 168). A este respecto, se verá más adelante la posición de Tavera-Acosta y otros, sobre este particular.

Para Marcano los logros metodológicos de Gilij pueden resumirse en cinco aspectos: 1) el planteamiento de la diversidad lingüística; 2) la idea sobre la existencia de un sustrato o «fondo común» lingüístico en la región y de sus variaciones dialectales; 3) la distinción entre matrices y dialectos; 4) la comparación como vía para lograr despejar toda confusión entre lenguas; 5) la clasificación en nueve familias.

Por último, lamenta que Gilij solamente pudiera aprender, aun valorando la hazaña, el tamanaco y el maipure, puesto que de conocer más lenguas en profundidad hubiera clarificado de manera absoluta todo el esquema lingüístico del Orinoco.

La crítica de Marcano merece, por su alto valor, citarse sin interrupciones:

El padre Gili, el más sabio de los misioneros del Orinoco, ayudado por sus estudios personales, admite que las lenguas de la Guayana tienen todas un fondo común y que tienen entre sí las mismas conexiones que el genovés, el veneciano, el boloñés, el napolitano y otros dialectos del italiano. Los trabajos del padre Gili han contribuido a dar un gran paso en el asunto. No se trata de dispersión de diversas naciones que se encontraban en la Guayana sino de simples modificaciones lingüísticas de un orden más natural y más fácil de comprender. Las numerosas poblaciones diseminadas en pequeñas tribus en las selvas del interior, habrían modificado su pronunciación e introducido otros cambios en una o varias lenguas, formando una cantidad innumerable de dialectos. Él únicamente admite nueve lenguas matrices. Pero, ¿qué entiende él por lenguas matrices?

Es innegable para él que todas las lenguas americanas se parecen por su sintaxis, por las partículas que se colocan antes y después de los nombres y los verbos, y por ese hecho singular de que ciertas palabras son empleadas en todo el continente con el mismo significado, particularmente aquellas con que se designan los animales y las plantas. Por lo tanto, cree imposible no admitir que esas palabras no sean todas hermanas y muy parecidas (*che non sieno simili e quasi sorelle in moltissime cose*), puesto que no presentan diferencias sino en la composición de los vocablos (*giacitura*). Es justamente de acuerdo a la diferencia más o menos grande de esos vocablos, como él establece esas lenguas matrices y sus dialectos.

Si las lenguas matrices de Gili no pueden ser asimiladas a las lenguas madres, es innegable que, con la simplicidad de su sistema han formado grupos naturales que en parte disipan la confusión. Desafortunadamente,

el conocimiento que tenía de las lenguas matrices es insuficiente. Sabía a fondo el tamanaco y el maipure, de los cuales analiza su gramática y sus vocabularios; pero a medida que avanza en sus estudios los materiales disminuyen y las sabias disertaciones del principio degeneran en simples vocabularios que resultan objeto de curiosidad. Nosotros queremos únicamente expresar cuán lamentable es que el padre Gili no haya tenido tiempo para asimilar todas las lenguas del Orinoco, como lo había hecho con el tamanaco y el maipure<sup>335</sup>.

## GILIJ Y LA LINGÜÍSTICA POSITIVISTA

La lingüística positivista, esa que floreció durante las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX, hará de la figura del misionero orinoquense emblema de la mejor lingüística indígena del pasado. Estudiará en profundidad su obra y le dará a sus contribuciones un permanente y, desde entonces, perdurable reconocimiento. Empeñada en la reconstrucción de la historia lingüística del país, esta escuela concretará una valoración merecida de los estudios coloniales, de los que empezará a entenderse como natural continuación. Uno de los nombres más representativos de esta escuela, Pedro Manuel Arcaya, reconocerá en carta a Lisandro Alvarado del 14 de mayo de 1906, la aportación lingüística de los misioneros antiguos: «Hubo entre los misioneros muchos hombres santos y sabios. Lo que se sabe de los aborígenes de América puede decirse que es a ellos a quienes se debe»<sup>336</sup>.

<sup>335</sup> Gaspar Marcano, *Etnografía Precolombina de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971, págs. 169-170. El testimonio de Marcano es cronológicamente anterior al de Adam y ello lo sitúa en un lugar honorífico entre los que vieron en la obra de Gilij un filón para el conocimiento de las lenguas indígenas venezolanas. En otro sentido, un contemporáneo de Marcano, el sabio germano-venezolano Adolfo Ernst, uno de los estudiosos más comprometidos de nuestra lingüística decimonónica, no supo entender cabalmente el interés de Gilij o, al menos, no deja testimonios que contradigan esta idea. Sus *Obras completas* solo registran algunas fugaces menciones y ninguna referencia valorativa. No obstante, una breve nota en donde ratifica el acierto del misionero al emparentar el achagua con el maipure, en contra de la opinión de Hervás, Müller y Waitz: «Este punto de vista, en lo que atañe a los Achaguas, debe ser abandonado definitivamente y difícilmente hubiera dado lugar a esta aplicación si se hubiera tenido en cuenta debidamente las indicaciones del meritorio Gilij» («Acercas de algunos lenguajes poco conocidos de la región del Meta y del Orinoco Superior», en *Obras completas*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1986-1988, tomo VI, pág. 555).

<sup>336</sup> Key-Ayala, *ob. cit.*, pág. 19.

Frente a esta posición tan abierta (defendida también por Alvarado, Alfredo Jahn y Luis R. Oramas, entre otros), manifiestan su desconfianza en general por las fuentes misionales Julio César Salas<sup>337</sup> y Bartolomé Tavera-Acosta (1865-1931); aunque no por ello esto suponga desaprecio por Gilij, en particular. Este último autor será radical en cuanto a los aportes concretos de la lingüística colonial: «Como quiera que desconfío tanto de los datos etnográficos de los primeros cronistas, porque sugestionados por los informes de los conquistadores escribieron relatos más o menos exagerados y con grandísima deficiencia de análisis crítico»<sup>338</sup>.

Su aprecio por Gilij será una excepción al reconocer que la obra del misionero es punto de partida de la filología indígena venezolana. Como se ha visto, su entusiasmo no ofrece dudas al momento en encontrar el libro de Gilij, como le comenta a Alvarado, pues considera a su autor el «punto de partida del incipiente aún cuerpo de doctrina lingüística» relativo a las lenguas indígenas del país<sup>339</sup>.

Otras consideraciones también se le deben a este estudioso guayanés. En su libro *En el sur. Dialectos indígenas de Venezuela* (1907), reprochará a Gilij su influjo en los trabajos de Humboldt, Balbi y Codazzi y, a través de estos, en toda la lingüística indígena posterior que los había seguido a pie juntillas. Sin sentido, hace responsable al misionero de contagiar sus errores a científicos y estudiosos que nunca llegaron a vivir entre los indígenas; reproche que al propio Gilij no podía hacerse, habida cuenta de sus dieciocho años vividos en la Orinoquia:

Como las obras de Humboldt son el raudal donde todos van á beber ó consultar sobre asuntos etnográficos con relación á los indios del Orinoco, debemos recordar que la fuente más común de aquel sabio, para lo que él vió, fueron los libros de Gumilla, Caulín y Gilij, que adolecen de exageraciones, de noticias inexactas y de relatos de costumbres indias muy mal interpretadas; y que Humboldt, además, tampoco tuvo tiempo de estudiar á fondo sobre el terreno estas cuestiones<sup>340</sup>.

<sup>337</sup> Julio César Salas, «Los orígenes: Sobre las lenguas indígenas americanas. Su corrupción. Falsos derroteros», en *De Re Indica*, Caracas, n.º 3 (1919), pág. 74.

<sup>338</sup> Key-Ayala, *ob. cit.*, pág. 82. Tavera insistía, de manera casi obsesiva, en los errores de transcripción fonética evidentes en los textos antiguos, y proponía, en su lugar, volver al fonetismo original de las lenguas indígenas; por otra parte, loable intención no fácil de materializar (*Ibid.*, págs. 79-80).

<sup>339</sup> Key-Ayala, *ob. cit.*, pág. 92. *Vid. supra*.

<sup>340</sup> Bartolomé Tavera-Acosta, *En el sur. Dialectos indígenas de Venezuela*, Ciudad Bolívar, Imprenta y Encuadernación de Benito Jimeno Castro, 1907, pág. 228. *Cf. ade-*

Las opiniones de Tavera no tendrían aceptación ni entre sus contemporáneos ni entre los estudiosos posteriores<sup>341</sup>. Al contrario, los investigadores de comienzos del siglo xx comprenderían el aporte de Gilij, al punto de verlo como un adelantado de sus propios destinos científicos.

Así, desde 1906 y hasta 1919, Arcaya (1874-1958) presentará en distintos estudios una visión muy distinta de Gilij. Entiende el fundamento comparativo en su doctrina y su capacidad para organizar científicamente la diversidad lingüística del Orinoco<sup>342</sup>. Destaca el aval de la disciplina moderna en cuanto a los aciertos de Gilij, quien «por extraordinaria intuición científica llegó a conclusiones cuya exactitud en casi todos sus puntos ha confirmado la lingüística moderna»<sup>343</sup>. En esta idea, Arcaya observará el alcance de la contribución clasificatoria de Gilij en relación con el establecimiento de las familias caribe («La familia caribe fué determinada por el Padre Gilij desde el siglo xviii»<sup>344</sup>) y aruaca («Un antiguo grupo de esa familia, muy conocido por los Misioneros, fue el de los Maipures del Alto Orinoco, cuyo idioma estudió el Padre Gilij, y advirtiendo su parentesco con el de otras naciones indígenas, puso con esto las bases sobre las cuales los filólogos modernos que se han dedicado a estas investigaciones, han asentado la clasificación de la familia lingüística que en recuerdo de aquel sabio Misionero jesuíta propuso Lucien Adam que se denominase familia Maipure»<sup>345</sup>).

Por si fuera poco el impulso anterior, Arcaya resumirá la posición de Gilij en la historia de la lingüística americana en el prólogo que escribe, en 1921, al estudio sobre el guajiro de su amigo Luis R. Oramas. La formulación luce como definitiva:

más, las págs. 198, 232, 242, 265 y 313. Otros cuestionamientos pueden leerse en *Rionegro. Reseña etnográfica, histórica y geográfica del Territorio Amazonas*, Ciudad Bolívar, 1906, págs. 49 y 80. En repetidas oportunidades considera a Gilij como el más erudito de los religiosos del Orinoco, pero subrayando siempre que «es la fuente de donde nace la clasificación aunque no científica del cuerpo de doctrina lingüística que hoy se estudia sin llegar en definitiva á sus exactas conclusiones» (*En el sur, ob. cit.*, pág. 264).

<sup>341</sup> Cf. la situación de Arcaya frente a Tavera, en Key-Ayala, *ob. cit.*, pág. 19.

<sup>342</sup> Al clasificar las lenguas indígenas del país tendrá muy presente la propuesta de Gilij para las lenguas del Orinoco. Cf. P. M. Arcaya, «Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela», en *De Re Indica*, Caracas, n.º 1 (1918), págs. 5 y 7.

<sup>343</sup> P. M. Arcaya, «Lenguas indígenas que se hablaron en el Estado Falcón», en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 351 (1906), págs. 485-486. Resulta la misma opinión sobre la que insistirá, en 1918, en su colaboración para *De Re Indica*, antes citada.

<sup>344</sup> Arcaya, «Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela», *ob. cit.*, pág. 5.

<sup>345</sup> Arcaya, *Historia del Estado Falcón*, Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Falconianos, 1977, pág. 52.

Apenas en el siglo XVIII vislumbró y aún lo afirmó el Padre Gilij, uno de los más claros talentos de su época, la existencia de grandes familias lingüísticas de las cuales eran á su entender, miembros dispersos los dialectos que se hablaron desde el Atlántico [sic] hasta los Andes y desde el Plata á las Antillas. Es admirable la perspicacia de aquel fraile en haber establecido los nexos que ligaban los idiomas caribes, como también los maipures, hoy llamados nuarhuacos. Pero su obra quedó después casi olvidada y durante toda la primera mitad y parte de la segunda de la pasada centuria predominaron para la clasificación del hombre americano, teorías arbitrarias como las de Orbigny, en que se prescindía de los datos de la lingüística y otras en que estos mismos eran interpretados absurdamente<sup>346</sup>.

Sin embargo, el rescate más cuidadoso sobre la figura de Gilij llegará durante el primer cuarto del siglo XX de la mano de Lisandro Alvarado (1858-1929). Su aprecio por las obras de los misioneros será rasgo característico de su producción. Los aportes jesuíticos coloniales ocuparán un lugar muy estimado:

Sin duda los jesuítas, favorecidos por su poderosa y perfecta organización, tenían mejores informaciones que las demás órdenes con las que rivalizaban á orillas del Orinoco; mas, por efecto de la expulsión de aquéllos de los dominios de España varias obras de autores españoles ó no, como Clavigero, Gilii y Hervás fueron publicadas en Italiano, y otras quedaron perdidas en poder de un Gobierno inepto y decadente<sup>347</sup>.

En esta ruta, Alvarado hace uso constante de los materiales lingüísticos de Gilij como origen y refuerzo de sus reflexiones. Sus grandes trabajos lexicográficos (*Glosario de voces indígenas de Venezuela*, 1921; *Glosarios del bajo español en Venezuela*, 1929), sus estudios y artículos («Etnografía patria», 1907-1908; «Voces geográficas de Venezuela», 1953), sus cartas y sus materiales inéditos (especialmente, los manuscritos titulados: «Yaruro», «Gramáticas tamanaca, chaima y cumanagota, y vocabularios comparados», «Gramática chaima con un índice alfabético de Arte de la Lengua

<sup>346</sup> Arcaya, «Proemio», en L. R. Oramas, «Contribución al estudio de la lengua guajira», en *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*, Caracas, n.º 19 (1912), pág. 380.

<sup>347</sup> L. Alvarado, «Etnografía patria», en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, n.º 380 (1907), pág. 617. Otros planteamientos sobre Gilij pueden leerse en la continuación de este artículo n.º 381 (1907), págs. 648-651; y n.º 389 (1908), págs. 140-141.

Chaima del R. P. Tauste», «Puinabo» y «Sáliba»)<sup>348</sup> registrarán, una y otra vez, el mérito de la obra de Gilij y su condición de lectura imprescindible en el estudio de las culturas y lenguas indígenas, afinidades, clasificación, etnografía<sup>349</sup> y, por si fuera poco, aporte al enriquecimiento del español de América y Venezuela.

El prólogo de su *Glosario de voces indígenas de Venezuela* señalará meridianamente el puesto que Gilij ocupa en el pensamiento de Alvarado. Las problemáticas ortográfica y onomástica de las lenguas indígenas le llevarán a exceptuar a Gilij por su especial talento lingüístico: «Haremos una singular excepción del R. P. Gili, cuya perspicaz ilustración le permitió clasificar muchas lenguas americanas e iniciar el análisis etimológico de los nombres geográficos venezolanos»<sup>350</sup>.

Esta justa interpretación del logro de Gilij se vería definitivamente asimilada, hacia el final de este período (hacia el año 1930) y ello se confirma en los testimonios de Alfredo Jahn y el citado Oramas.

Jahn (1867-1940), en la «Introducción» a su célebre obra *Los aborígenes del occidente de Venezuela* (1927), sintetiza el aporte de Gilij precisando la situación que ocupa dentro de la historia de la lingüística venezolana: «El establecimiento de la familia *caribe* data del siglo XVIII y fué obra del misionero jesuíta Gili, a cuya intuición científica se debe la primea clasificación de las lenguas que se hablaban en el Orinoco»<sup>351</sup>.

Cierra el período el testimonio del doctor Oramas (1896-1967), insistiendo en la notabilidad documental del libro de Gilij:

La historia de nuestros antepasados indígenas es pobre, apenas consignan sobre ellos ligeras narraciones los cronistas, excepto el padre Gilyj [sic], que dejó en su obra *Saggio di storia americana*, una importante mono-

<sup>348</sup> Cf. Jorge Carlos Mosonyi, «La obra lingüística inédita de Lisandro Alvarado», en *Boletín indigenista venezolano*, Caracas, tomo xx, n.º 17 (1981), págs. 203-207. Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela*, ob. cit., págs. 154-155. Inexplicablemente, Paul Rivet en su fundamental artículo «Lisandro Alvarado y las lenguas indígenas de Venezuela», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 135 (1959), págs. 35-48, no reporta a Gilij entre las fuentes del sabio larense.

<sup>349</sup> Cf. Alvarado, *Datos etnográficos de Venezuela*, Caracas, Ministerio de Educación, 1945. Registra este libro muchas referencias y menciones a la obra de Gilij.

<sup>350</sup> Alvarado, *Glosario de voces indígenas de Venezuela*, en *Obras completas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1953, tomo I, pág. 4. Cf. también una nota de Alvarado titulada «Bibliografía», *ibid.*, tomo VIII, pág. 271.

<sup>351</sup> A. Jahn, *Los aborígenes del occidente de Venezuela*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1927, pág. 17.

grafía acerca de las naciones indígenas del Orinoco, y otros tres o cuatro misioneros que han dejado impresas algunas noticias sobre las parcialidades que doctrinaban<sup>352</sup>.

## TESTIMONIOS ACTUALES

El rescate y estudio de la lingüística antigua de América han sido tareas decididas del tiempo presente. Los estudios venezolanos han participado cada vez más activamente en este proceso en donde la lingüística misional ha jugado papel indiscutiblemente estelar. En este contexto de investigación, el acercamiento a la obra del padre Gilij se ha hecho imprescindible por su claridad para deslindar los problemas centrales de la lingüística americana. Todo el que ha arribado al estudio de las lenguas indígenas venezolanas, desde cualquier perspectiva, ha ido a la obra de Gilij para confirmar la validez de sus planteamientos. Puede hablarse de una pasión gilijista en la cultura del país como el mejor tributo y premio a la pasión indigenista y venezolana del padre. Esta pasión es ahora, a más de dos siglos de publicada su obra, la constitución de una portentosa academia de lenguas indígenas o, mejor, de una continuada escuela jesuítica de lingüística indígena: Rojas, Marcano, Alvarado, Arcaya, Jahn, Oramas, Del Rey, Krisólogo, Olza, Jusayú y Armellada, entre otros. Hay una comprometida gilijística en la obra lingüística de estos autores.

Hacer un recuento testimonial actual venezolano sobre el Gilij lingüista sería pasar revista a prácticamente toda la bibliografía sobre lenguas indígenas producida durante los últimos cincuenta años. Las que siguen serán, en este cometido, apuntaciones sobre algunas de las influencias y motivaciones fundamentales; cumbres en la comprensión moderna sobre el aporte del misionero lingüista más prodigioso de su tiempo.

La lingüística venezolana reciente ha confirmado: 1) la validez y vigencia de los logros y métodos de Gilij, entendidos parcialmente por estudiosos anteriores, enmarcados durante el período 1880 y 1930; 2) su carácter de fuente confiable para la investigación de la lingüística del Orinoco, y 3) su ubicación en la historia de la lingüística.

<sup>352</sup> L. R. Oramas, *Civilización de Venezuela precolombina*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1935, pág. 1. Cf. Adolfo Dollero, *Cultura de Venezuela. Apuntaciones sobre la evolución de la cultura desde la Conquista. Excursiones*, Caracas, Tipografía Americana, 1933, tomo I, pág. 190, quien en su síntesis sobre los aportes filológicos venezolanos no deja de apuntar, en los años finales del período positivista, la participación modélica de los estudios del misionero de la Encaramada.

Julio Febres Cordero (1921-1992) ha resumido en una clara formulación el papel jugado por Gilij en el esclarecimiento de la lingüística indígena: «Tocó a Gilij ser el primero que sentó las bases de la clasificación lingüística científica de las lenguas americanas al establecer el parentesco que ligaba entre sí a todos los dialectos caribes»<sup>353</sup>.

Atribuiré a Gilij y a otros misioneros el acierto de clasificar sobre base lingüística los grupos humanos frente a teorías que se amparaban en otro tipo de evidencias<sup>354</sup>: «Con los misioneros, especialmente Sahagún y Gilij, las *diferencias idiomáticas* entran a formar parte esencial en el proceso clasificatorio del aborigen»<sup>355</sup>.

Marc de Civrieux (1919-2003) ha valorado al Gilij comparatista asignándole un rol precursor en el estudio del caribe:

Hacia fines del siglo XVIII, el jesuita italiano Gilij realizó el primer estudio comparativo de las lenguas indígenas habladas en la región del río Orinoco y encontró similitudes entre la lengua de los Verdaderos Caribes y de varias otras tribus. Los lingüistas posteriores, como Von Martius (1867), Von den Steinen (1886) y Adam (1893) ampliaron estos estudios, clasificaron científicamente diversos troncos lingüísticos y agruparon el conjunto de las lenguas parecidas al Verdadero Caribe en una «familia caribe»<sup>356</sup>.

<sup>353</sup> J. Febres Cordero en L. Adam, «Lengua caribe: Del hablar de los hombres y del hablar de las mujeres en la lengua caribe», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 21 (1940), pág. 19, n. 6. La traducción y notas son del doctor Febres Cordero. Cf. otras referencias gilijanas en trabajos del mismo autor: «Los Ayamán-gayón-jirajara», en *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencia Naturales*, Caracas, n.º 49 (1941), págs. 173-194; n.º 50 (1942), págs. 245-259. «Tribus independientes», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 49 (1945), págs. 52-69.

<sup>354</sup> El ejemplo de Alcides D'Orbigny se invocaba como capital en este sentido. En su célebre libro *L'Homme Américain* (1839) sustentaba su clasificación sobre consideraciones fisiológicas y morales, estableciendo razas en acuerdo con la geografía y no con la lingüística o la etnografía. Señalará en el capítulo tercero de esta obra: «Los idiomas no jugarán un papel de primera importancia en esta obra» (*El hombre americano*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1959, pág. 101). Entre nosotros, Samuel Darío Maldonado (1870-1925) presentaría algunos apuntes sobre clasificación fundamentada en datos geográficos en su estudio «Al margen de un libro» (cf. *Ensayos*, Caracas, Ministerio de Educación, 1970, pág. 36).

<sup>355</sup> J. Febres Cordero, «Algunas teorías sobre procedencia del hombre americano», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 33 (1942), pág. 7.

<sup>356</sup> M. de Civrieux, *Los Caribes y la Conquista de la Guayana Española (Etnohistoria Kari'ña)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1976, pág. 7. Señala, además, cómo la lingüística posterior a Gilij confundió el Caribe con otros grupos lingüís-

Otras síntesis han sido completadas por Césareo de Armellada<sup>357</sup>, Ramón Armando Rodríguez<sup>358</sup>, Miguel Acosta Saignes<sup>359</sup>, Marisa Van-

ticamente afines, a los que denomina «caribanos». El profesor Marshall Durbin, del Departamento de Antropología de la Universidad de Washington, en su estudio arriba citado «A Survey of the Carib Language Family» (1977), ha comprendido el aporte de Gilij, indicando su fundamento clasificatorio y su significación histórica.

<sup>357</sup> «Aunque toda la obra es digna de leerse por la erudición, amenidad de estilo y rectitud de criterio que en ella campean, y muy digna de ser traducida al español, por lo bien que enfoca las cuestiones más discutidas de la colonización, referímonos solamente al tomo III, dedicado al estudio de las lenguas. / Muéstrase Gilii admirador y panegirista de las lenguas habladas a lo largo del Orinoco, y complácese en referir sus bellezas y en refutar a los que eran de opinión contraria. Todo ello con mucho acierto y parsimonia. / Sus observaciones y análisis gramaticales son interesantísimos» («Notas preliminares sobre geografía, etnografía e historia», en *Gramática y diccionario de la lengua Pemón*, Caracas, C.A. Artes Gráficas, 1943, tomo I, pág. 22). En su discurso de incorporación como numerario de la Academia Venezolana de la Lengua, el sabio padre Armellada ha reconocido el mérito clasificador de Gilij. Cf. «Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano», en *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, Caracas, n.º 142 (1878), pág. 40: «posterior a él [Gumilla], pero superándolo, está el P. Felipe Salvador Gilii, el mayor panegirista de las lenguas indígenas venezolanas y el mayor recolector de creaciones literarias (entre ellas, todos recordamos la leyenda de Amalivaca, reproducida en mosaico al pie de las torres del Silencio)». Armellada también ha sido un constante defensor de las contribuciones de las misiones coloniales a la cultura del país. En su artículo «¿Humboldt amigo de Venezuela?», en *Venezuela Misionera*, Caracas, n.º 353 (1968), págs. 272-273, cuestiona el olvido de estas contribuciones frente a la sobreestimación de los viajeros del XIX: «Tengo para mí que los méritos de Humboldt se han exagerado; hasta se le ha llamado el descubridor de Venezuela; como si antes de él nada hubieran escrito numerosos cronistas, los gobernantes civiles y eclesiásticos, y otros escritores particulares, que nunca han faltado en esta Tierra de Gracia. / Castellanos, Pedro Simón, Gilii, Gumilla, Carabantes, Tauste, Tapia, Ruiz Blanco, Oviedo y Baños, Pedro de Aguado... ¿no escribieron sobre la geografía, las tribus indígenas y sus lenguas, sobre la flora y la fauna y sobre la historia de los descubrimientos, población y organización de lo que es hoy el territorio nacional?».

<sup>358</sup> «Esta obra comprende la historia de los Tamanacos y otros pueblos antiguos del Orinoco, con descripción de sus costumbres, ritos, tradiciones, etc., y fue enriquecida por su autor con catálogos muy interesantes de numerosas lenguas americanas» (*Diccionario biográfico, geográfico e histórico de Venezuela*, Madrid, Imprenta de los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 1957, pág. 283). Este autor también ha escrito: «Sobre la personalidad de Felipe Salvador Gilij, S. J.», en *El Universal*, Caracas, n.º 14.268, 9.3.1949.

<sup>359</sup> En distintos lugares ha presentado notas elogiosas sobre el mérito de Gilij: 1) «Aunque no muestra el Padre Carvajal poseer la mente científica de un Gilii o de

nini de Gerulewicz<sup>360</sup>, Adolfo Salazar-Quijada<sup>361</sup>, Angelina Lemmo<sup>362</sup> y Horacio Jorge Becco<sup>363</sup>.

un Gumilla, nos permite, sin embargo, conocer la fuente de sus informaciones, pues cuidadosamente señala cuanto ve y cuanto le cuentan» («Prólogo», en fray Jacinto de Carvajal, *Relación del Descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, Caracas-Madrid, 1956, p. 12); 2) «Tampoco podríamos asegurar que los Tamanacos descritos brillantemente por Gilii en el siglo XVIII»; «el *Saggio di Storia Americana* de Gilii, es obra rara y nunca traducida al castellano»; «Gilii, cronista siempre sistemático»; «La mayor parte de los autores modernos –Krickeberg, Rivet, etc.– consideran a los guaiqueríos como de filiación lingüística Caribe. Para ello se basan en la opinión autorizada de Gilii» (*Estudios de etnología antigua de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, págs. 8, 13, 95 y 171).

<sup>360</sup> «Además de tener méritos geográficos e históricos, representa un momento fundamental de la lingüística indígena. Observando cuidadosamente los idiomas usados en la vasta zona de su misión de la Encaramada, el religioso italiano logró, el primero, indicar una nueva dirección en el estudio de las lenguas americanas» (*Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*, Caracas, Oficina Central de Información, 1966, pág. 220). Destaca también el logro mojo-maipure.

<sup>361</sup> «Es uno de los cronistas más importantes de América en el siglo XVIII, a quien la toponimia debe valiosos aportes, por la precisión de los datos que proporciona, muchos de ellos verificados por Alejandro de Humboldt en su visita al continente americano. / Estudió la Hoya del Orinoco y condensó una valiosa obra con el título de *Saggio di Storia Americana*, publicada originalmente en italiano en el año 1780 en cuatro volúmenes y que incluye vocabularios y un mapa sumamente importante, profuso en nombres geográficos, obtenidos sobre la base de su experiencia personal y datos existentes para la época» (*La toponimia en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1978, pág. 83).

<sup>362</sup> «¡Qué gran servicio le hubiera prestado a la Historia si en vez de escribir un tomo, Gumilla hubiera escrito cuatro como Gilij»; «A nuestro juicio, la obra más completa que se escribió sobre el dilatado horizonte guayanés, es la de Gilij, la cual desgraciadamente, no ha merecido los enjundiosos estudios que sí ha obtenido Gumilla»; «En el campo filológico, la obra del misionero jesuita fue la base para los estudios del famoso Lorenzo Hervás y Panduro» (*Historiografía colonial de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1983, págs. 119, 121 y 141). Esta apasionada investigadora repite sustancialmente los planteamientos de Giraldo Jaramillo. Sorprende, además, la dureza con que trata al maestro Antonio Tovar.

<sup>363</sup> «La obra *Ensayo de Historia Americana* [...], es la pieza más completa dedicada a la zona orinoquense, preparada con el apoyo del padre Gumilla y los largos años de exploración cumplidos en la misma. En sus cuadros narrativos agrega minuciosos detalles sobre asuntos botánicos, etnográficos y lingüísticos, estudiando los grupos indígenas con sumo cuidado y veracidad en el marco natural de sus días» (*Cronistas y primitivos historiadores de la Tierra Firme*, Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1988, tomo II, pág. 277. Comp.).

Otro género de estudios valorativos sobre el Gilij filólogo lo muestran como la fuente más segura de la Colonia en cuanto a lenguas aborígenes. En este punto, la bibliografía se hace inabarcable. Se abre, aquí, una doble manera de utilización de los materiales lingüísticos de Gilij. Ángel Rosenblat (1902-1984) en su erudito estudio «Los Otomacos y Taparitas de los Llanos de Venezuela» (1964) ha pisado siempre sobre la base documental de Gilij, citado con recurrencia elocuente casi en las ciento cincuenta páginas de este trabajo. Se trata, en este caso, de uno de los ejemplos más claros de fidelidad a los materiales etnolingüísticos a partir de Gilij. En la sección lingüística ha logrado arribar al parentesco otomaco-taparita gracias a la juntura y comparación de datos léxicos, morfosintácticos y fonéticos tomados principalmente de fuentes misionales, con Gilij y Gumilla a la cabeza. En cierta forma, el estudio parece un homenaje no declarado hacia estos autores<sup>364</sup>.

Una segunda manera, segundo enfoque o perspectiva, observamos en el estudio del etnohistoriador y académico Horacio Biord Castillo (n. 1961), arriba citado: «El contexto multilingüe del sistema de interdependencia regional del Orinoco» (1985). Aquí la obra de Gilij es fuente de datos sociolingüísticos que permiten demostrar cómo la multiplicidad lingüística de la región no impidió la integración de los pueblos indígenas. En un análisis porcentual de la distribución de la diversidad lingüística del Orinoco en el siglo XVIII, el computado ha arrojado apenas un 19 % de lenguas mal clasificadas por Gilij. Asigna al misionero una importancia capital en la reconstrucción de las lenguas: «Su intuición sin embargo lo llevó a registrar datos que hoy nos sirven para hacer una reconstrucción hipotética del pasado lingüístico del Orinoco»<sup>365</sup>.

Los estudios sobre Gilij en nuestro tiempo han asignado a su obra un lugar de primera importancia dentro de la historia de la lingüística. Cada vez con más insistencia se le promueve como antecedente y adelantado de la concepción y empleo del método comparativo, que solo consolidaría la ciencia del lenguaje durante el siglo XIX gracias a las obras de Franz Bopp y Rasmus Rask. En el mismo sentido, Gilij debe ser catalogado como fundador de la lingüística comparada de las lenguas indígenas americanas, pues sobre sus aciertos la ciencia comparativa de estas lenguas estructura-

<sup>364</sup> Cf. en *Anuario del Instituto de Antropología e Historia* [Universidad Central de Venezuela], Caracas, tomo I, 1946, págs. 227-377. Más recientemente, Ana Cecilia Peña Vargas, en su libro *Lenguas indígenas e indigenismos. Italia e Iberoamérica. 1492-1866*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987, hace uso amplio de materiales gilijanos.

<sup>365</sup> Biord-Castillo, *ob.cit.*, pág. 84.

ría todo su sistema de relaciones y su cuadro de conclusiones. Aquí, como se ha visto, los nombres mayores son los de Steinen y Adam.

Contemporáneamente, se le debe al estudioso jesuita José del Rey Fajardo (n. 1934) el mayor esfuerzo de ubicación de la figura del misionero en la historia de la lingüística indígena venezolana y, con especificidad erudita, en la filología jesuítica de Venezuela, tanto en la incidencia europea de sus ideas y materiales luego de la expulsión de 1767. Sus trabajos han demostrado la participación venezolana en los proyectos lingüísticos del Pallas para la emperatriz Catalina II de Rusia<sup>366</sup> y en los ciclópeos cometidos de Hervás<sup>367</sup>. En el caso de Gilij, Del Rey ha organizado y reconstruido también su bio-bibliografía y enmarcado la estatura de su legado para las ciencias americanas generales.

En su libro *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana* (1971) ha completado un capítulo auténticamente miliar, bajo el título «Breve síntesis de la historia de la filología indígena elaborada por los jesuitas». Ha visto el aporte de Gilij en proporción y correlación con la lingüística comparada europea, señalando como logro mayúsculo del misionero italiano el haber comparado no las lenguas del Orinoco con lenguas europeas, asiáticas o de otros troncos (como era la costumbre científica de su tiempo), sino que comparó las lenguas del Orinoco con otras lenguas del Orinoco o con otras lenguas indígenas americanas. Este sistema de investigación propició su comprensión de la diversidad lingüística de la región y los principios filiatorios sobre los cuales establecer una organización lingüística:

Los estudios comparativos con lenguas del viejo continente y orientales tuvieron sus cultivadores sobre todo entre los jesuitas centroeuropeos. El P. Juan Nepomuceno Burckhart (1719-1758) gran conocedor del griego y del hebreo intentó formular una comparación entre las lenguas sacras, incluido el siríaco, y las orinoquenses pero sin llegar a ningún resultado. Igual problemática establecieron algunos colegas alemanes de Gilij haciendo referencia a las lenguas germánicas; y el jesuita vizcaíno Miguel Ibaseta (1719-1755) quien ensayó el estudio comparativo entre el vasco y el otomaco, pero su prematura muerte hizo que el trabajo quedara inconcluso. Dentro de la demarcación del gran río venezolano el P. Gilij contrapuso las lenguas areveriana y maquiritare a la caribe<sup>368</sup>.

<sup>366</sup> Del Rey Fajardo, «Catalina de Rusia y las lenguas indígenas venezolanas», *ob. cit.*

<sup>367</sup> Del Rey Fajardo. «Colaboradores venezolanos al *Catalogo delle lingue* de Hervás y Panduro», *ob. cit.*

<sup>368</sup> Del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, *ob. cit.*, tomo I, pág. 332.

Asigna a Gilij, también, una posición protagónica en el rescate y estudio de las lenguas indígenas venezolanas durante el siglo XVIII<sup>369</sup>. Su testimonio, en suma, justo y rotundo, es observado dentro del cuadro general de la filología jesuítica y en ese dibujo de notables aportes se desprende la figura del misionero para destacarla como la de mayor aporte: «La contribución filológica de Gilij constituye el mejor aporte hecho por los misioneros jesuitas en la Orinoquia»<sup>370</sup>.

Gilij y su legado lingüístico ha entusiasmado a otros jesuitas filólogos venezolanos. La referencia no puede recaer sino en Fernando Arellano (1908-2002) y Jesús Olza Zubiri (n. 1938). El primero de estos autores, en su *Historia de la lingüística*, publicación de la Universidad Católica Andrés Bello y pionera de esta disciplina en el país, reafirma el trasvase científico de

<sup>369</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 334.

<sup>370</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 178. Otros muchos señalamientos críticos del padre Del Rey sobre Gilij serán encontrados en su numerosísima bibliografía: «Aportes jesuíticos a la filología Colonial», en *SIC*, Caracas, n.º 304 (1968), págs. 178-180. *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1977. *Los jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979. «Estudio Preliminar», en P. Pelleprat: *Relato de las Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las Islas y en Tierra Firme de América Meridional*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965. «La gramática guajira de Olza Jusayú», en J. Olza y M. A. Jusayú, *Gramática de la lengua Guajira (Morfosintaxis)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1986, págs. 7-11. «Consideraciones sobre la evolución de la lingüística guajira», en M. A. Jusayú y J. Olza Zubiri: *Diccionario sistemático de la lengua guajira*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1988, págs. v-xvii. «Consideraciones sobre el hombre y la lengua tuneba», en M. E. Márquez *et alii*, *Gramática de la lengua Tuneba*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, págs. 5-28. «Fuentes para el estudio de las Misiones Jesuíticas en Venezuela (1625-1767)», en *Paramillo*, San Cristóbal, n.º 7 (1988), págs. 169-349. *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)* [editor], San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, 2 vols. «El Ensayo de Historia americana y la lingüística orinoquense», en *La Universidad Javeriana, intérprete de la "otredad" indígena (siglos XVII-XVIII)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009, pp. 128-142. *Los jesuitas en Venezuela*, Caracas/Bogotá/ San Cristóbal, Universidad Católica Andrés Bello/Pontificia Universidad Javeriana/Academia Nacional de la Historia/Fondo Editorial Simón Rodríguez-Lotería del Táchira, 2006-2011, 6 vols. *Estudios para una historia venezolana de la lingüística indígena*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 2012. «El aporte a las ciencias y saberes orinoquenses», en *La biografía de un exilio (1767-1916). Los jesuitas en Venezuela: Siglo y medio de ausencia*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2014, págs. 70-76. *Historiografía jesuítica en la Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2018, págs. 253-259.

Gilij en la obra de Hervás en relación a la lingüística amerindia<sup>371</sup>. En una obra posterior, su monumental tratado *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica*, el padre Arellano, además de presentar el valor documental de la obra de Gilij, ha sintetizado su labor lingüística en varias de las secciones que componen el libro. Concretamente, en el capítulo quinto («Las fuentes lingüísticas»), dirá: «Si el *Ensayo de Historia Americana* ocupa con razón un puesto tan destacado entre las fuentes históricas de Venezuela, no es menor su valor como fuente lingüística. Las obras lingüísticas del P. Gilij son el aporte jesuítico más valioso a la filología de la Orinoquia»<sup>372</sup>.

Por su parte, el P. Olza ha realizado una lectura aguda y moderna sobre el Gilij lingüista. En diversos escritos la figura de Gilij constituye soporte vitalizador de la reflexión sobre nuestras lenguas indígenas<sup>373</sup>. Ha determinado en su miliar estudio: «El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística»<sup>374</sup> la posición del misionero colonial en los estudios sobre lenguas indígenas de Venezuela, sus méritos clasificatorios, su adelantado comparatismo, la relación con Guillermo de Humboldt y las dotes lexicográficas de un estudioso que comprendió la diversidad de problemas exhibidos por el español americano, entre un variado conjunto de seductores aspectos de análisis.

En su libro más reciente, *Principios y líneas maestras de la Gramática castellana de Andrés Bello (Tres estudios)*, el padre Olza ha logrado un singular acercamiento entre el sistema gramatical de Andrés Bello y el de Gilij. El estudio se titula: «Andrés Bello y el padre Gilij: una comparación». Bastaría recorrer este estudio para sensibilizarnos con la verdad del principio que Gilij comparte con Hervás en donde se habla del valor que los jesuitas

<sup>371</sup> Fernando Arellano, *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo I, pág. 198.

<sup>372</sup> Fernando Arellano, *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica (Cultura de las Naciones Indígenas Venezolanas)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1986, pág. 334.

<sup>373</sup> Jesús Olza Zubiri. «Liminar», en M. A. Jusayú, *Diccionario de la lengua guajira (guajiro-castellano)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1977, págs. 6 y 7.

<sup>374</sup> Jesús Olza Zubiri, «El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística», en José del Rey Fajardo (editor), *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1992, tomo II, págs. 361-459 [Hay edición separata]. En otra perspectiva, la propia obra de Olza ha sido vista como continuadora de la rica tradición filológica jesuítica: «Exponente extrapolado de la gran Escuela filológica venezolano-jesuítica iniciada en el siglo XVIII por Juan Rivero, José Gumilla, Felipe Salvador Gilij y otros, constituye una honrosa excepción en la Compañía de Jesús de la Venezuela actual» (Del Rey Fajardo, «Consideraciones sobre el hombre y la lengua tuneba», *ob. cit.*, pág. 27).

daban al estudio lingüístico. Esta aproximación descarta toda duda sobre el indigenismo tradicional en Bello y establece una visión nueva que permite encaminar un estudio que determine lo mucho o lo poco (creemos, que lo primero) que Bello dejó en germen sobre su visión de las culturas indígenas de nuestro continente<sup>375</sup>. Olza se ocupa de construir la comparación entre estos dos autores y de sustentar la conexión con el generalismo gramatical. Su hipótesis, que es también su conclusión, lo deja muy bien aclarado: «La comparación no es forzada porque tienen algo en común. Ha sido una cuestión muy debatida por los estudiosos de Bello si rompió totalmente con la gramática general, concretamente con la *Gramática general y razonada* de Port-Royal o más bien es un seguidor de esa gramática. El padre Gilij y Andrés Bello, dos figuras distintas y sin embargo coincidentes al menos en dos puntos interesantes: en la autonomía de los idiomas y en que el verbo «ser» es un verbo más»<sup>376</sup>. Es, una vez más hay que decirlo, la unión entre hispanismo e indigenismo que nuestra lingüística se esfuerza en demostrar sin descanso y que observamos en Baralt, Toro, Alvarado y Rosenblat, entre otros.

Asimismo, la cronología de la historia de la lingüística en Venezuela se ha entendido y organizado, en su renglón moderno, desde la fecha de aparición del tomo tercero del *Ensayo de Historia Americana*, año 1782, síntesis y fin de la lingüística colonial y punto de partida de la lingüística indígena científica posterior<sup>377</sup>.

## GILIJ, HOY

Una reflexión final sobre la significación venezolanista del padre Gilij. Se ha visto cómo para la lingüística venezolana Gilij tiene un mérito muy alto. También, podría decirse lo mismo en cuanto a la cultura del país, ya que su nombre es representativo de una enorme pasión de entrega por el conocimiento del país (su labor misional, en otra consideración, exige no pocas vindicaciones). Su amor indigenista es una forma de devolvernos

<sup>375</sup> Cf. Francisco Javier Pérez, *Estudios sobre nuevos temas de lingüística bellista*, Valencia, Editorial Aduana Vieja, 2016. Prólogo: Iván Jaksič.

<sup>376</sup> Jesús Olza Zubiri, *Principios y líneas maestras de la Gramática castellana de Andrés Bello (Tres estudios)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2021, pág. 75. Prólogo: Francisco Javier Pérez.

<sup>377</sup> Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929, ob. cit.*, parte III, cap. I [«El modelo lingüístico de Gilij y su clasificación de las lenguas del Orinoco»], págs. 127-137.

a la fuente de la venezolanidad; sencillez y delicia de lo verdadero venezolano («germen de la nacionalidad», como formula el padre Del Rey). Cumplida en su tiempo su misión de misionero, motor y motivo de su venida al país, su obra intelectual y científica hace que podamos volver a recorrer el germen inagotable de venezolanidad que anida en ella y que podamos entender la parte esencial del verdadero espíritu de Venezuela que en ella vive.

# El mitridático Lorenzo Hervás y la cosmolingüística del Orinoco (1800)

## LA COSMOLINGÜÍSTICA

La figura del jesuita dieciochesco Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) es ampliamente conocida en la historia de la lingüística. Reconocido como uno de los autores clave para comprender el poderoso proceso de cambio que se estaba gestando en las décadas finales del XVIII y en las primeras del XIX, nada menos que el nacimiento de la ciencia del lenguaje, será Hervás el más preclaro comparatista de su tiempo y un precursor indiscutible de la interrelación entre lenguas, gracias a la aplicación inclemente de un método de trabajo que ya anticipa la modernidad. Sus dotes de catalogador inteligente le llevarán a comprender que la acumulación de datos lingüísticos no sirve de mucho si no se interpretan con sentido los materiales recogidos y si no se busca en ellos lo que está más allá de los datos mismos. Cuando cuenta con documentos esclarecedores y suficientes de las tantas lenguas que estudia, reflexiona sobre ellas para asimilar sus características, asentar parentescos y propiciar interpretaciones sobre los fenómenos que, además de trascender las prácticas habituales de análisis de su tiempo, van a ofrecer modos e insumos conceptuales capaces de alimentar muchos de los caminos por los que la lingüística iría muy pronto a transitar. En esta lectura, Wilhelm von Humboldt, a la cabeza del resto de los estudiosos de su tiempo, venerarán al jesuita conquense como solvente precursor de la segunda generación de comparatistas.

Ilustrado y enciclopedista, Hervás será un espíritu dieciochesco, por más notas que quieran acumularse sobre el adelanto de sus ideas lingüísticas. A contracorriente con esta insistencia, el jesuita vendrá a superar las enseñanzas de su tiempo demostrando ser su más perfecto cultor. Se entenderá antecedente de la nueva lingüística por haber logrado refinar los métodos ensayados en su tiempo y por creer fervorosamente en los géneros lingüísticos que su época había creado o sofisticado. Entre todos, Hervás va a creer en el universalismo lingüístico, entendiendo, aquí, por tal la elaboración de repertorios enciclopédicos multilingües sobre las lenguas del mundo, con claro sentido comparatista y clasificador, y como la muestra más que evidente posible para aportar una idea del universo; una

«cosmolingüística» (la visión del universo a través de las lenguas) en donde los idiomas funcionan como medios inestimables para comprender el universo<sup>378</sup>. También, está claro, cada idioma será el medio para comprender el universo particular al que sirve de expresión. La lengua como parte y conjunto para entender el conjunto y sus partes.

De ahí que la colección de las lenguas particulares sea el paso capital para completar el catálogo de todas las lenguas; el catálogo lingüístico como colección de colecciones de elementos gramaticales y léxicos de cada lengua y de todas las lenguas. En su método ya no resultan suficientes las colecciones de oraciones vertidas a múltiples lenguas, indiscutible logro de otras obras, ni las simples confrontaciones léxicas entre conjuntos lingüísticos, mérito de otras investigaciones. Busca, principalmente, ordenar cuerpos gramaticales (= síntesis morfosintácticas) y ofrecer lineamientos generales de comportamiento lingüístico que permitan, unos y otros, dibujar el rostro de cada lengua y definir el perfil estructural de cada una como intento de seguridad clasificatoria de base comparativa. Produce Hervás, de esta suerte, compendios gramaticales de multitud de lenguas de todas las latitudes del planeta y son estas colecciones de compendios, y no otras formas mecánicas de reunir materiales, las que en definitiva conduzcan a conclusiones filiatorias confiables.

La colaboración colectiva vendrá a calificarse como aspecto central de este método de trabajo compilatorio. Aunque todo pasará por el cedazo uniformador del sabio, y ello abisma de solo pensarlo, la obtención de la mayoría de los insumos idiomáticos será facilitada por informantes y expertos desde las más variadas zonas lingüísticas del mundo. Procede, en ocasiones, a extractar los episodios descriptivos gramaticales de obras ya existentes; en otras, se vale de las informaciones (cartas y memoriales de diverso origen), por lo general solicitadas por el propio catalogador, aportadas por conocedores y especialistas de primera mano sobre cada lengua que actuarán a modo de corresponsales científicos. La modernidad de esta

<sup>378</sup> «En la presente obra me propongo observar todas las lenguas del mundo conocidas, y consiguientemente las naciones que las hablan: y la observacion de estas me hace retroceder hasta tocar y descubrir su origen, por lo que esta obra, que intitulo de las lenguas conocidas, es histórico-genealógica de las naciones del mundo hasta ahora conocidas» (Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y clases de estas segun su diversidad de sus idiomas y dialectos*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1800, tomo I, pág. 1). Adicionalmente, debe tenerse en cuenta que en Hervás la ecuación lengua/nación es muy fuerte y está muy arraigada en toda su doctrina.

metodología de recolección de materiales y la efectividad, practicada por otros enciclopedistas lingüísticos de siglo XVIII, es más que evidente.

Señalará al conjunto todo de su enciclopédica y ciclópea producción con el título perfecto de «Idea del Universo», acentuando las mayúsculas iniciales como marca simultánea de unicidad y de globalidad. Siguiendo la impronta de una descripción y narración de la historia de la vida del hombre, signado por los elementos del cosmos que lo determinan (el cosmos arcano), tanto como por la historia de la tierra (el cosmos cercano); un viaje inmóvil al mundo de los planetas, romántico y flaubertiano (sus personajes imaginan el mundo sin moverse de la habitación en la que viven).

Los términos con los que Hervás pauta su recorrido serán los antedichos y en todas las etapas del recorrido infinito y por el infinito, serán las lenguas asunto de capital trascendencia. Incorporará su catálogo de lenguas (la voz del universo) a la obra mayor y la hará partícipe del espíritu cosmográfico (la escritura del universo), incluyendo los tomos de la tarea lingüística en el recuento de los volúmenes de la macro enciclopedia:

Tomos I-VIII: *Storia della vita dell'uomo.*

Tomos IX-X: *Elementi cosmografici.*

Tomos XI-XVI: *Viaggio estatico al mondo planetario, storia della terra.*

Tomos XVII-XVIII: *Storia delle lingue.*

Tomo XIX: *Aritmetica delle Nazioni, e divisione del tempo fra l'Orientali.*

Tomo XX: *Vocabolario poligloto con prolegomeni sopra più di Catalogo delle lingue, dove sono delle scoperte nuove ed utili all'antica storia dell'uman genere, ed alla cognizione del meccanismo delle parole.*

Tomo XXI: *Saggio pratico delle lingue con prolegomeni, e una raccolta di orazioni domenicali in più di trecento lingue, e dialetti, con cui si dimostra l'infusione del primo idioma nell'uman genere, e la confusione delle lingue in esso poi succeduta, e si additano la diramazione e dispersione delle nazioni con molti risultati utili alla storia.*

Tomo XXII: *Analisi filosofico-teologica della natura della carità ossia dell'atto di amor di Dio.*

Los veintiún tomos de que se compone *Idea dell'Universo* así lo determinan en la medida en que también determinan su propia acción de antropología enciclopédica. En 1792, publicaría Hervás, a modo de apéndice, el tomo XXII, titulado: *Analisi filosofico-teologico della natura della carità ossia dell'atto di amor di Dio*. Cuando edita la obra en español, entre los

años 1789 y 1799<sup>379</sup>, depone el sintagma titulador primigenio y lo intercambia por el ya evidente y rotundo, declaración de filosofía culturalista: *Historia de la vida del hombre*<sup>380</sup>.

Con otra mirada, el detalle sobre la materia de cada una de las obras que conforman esa biblioteca de obras que es *Idea dell'Universo* viene a ratificar que el estudio de las lenguas, su catalogación general, su descripción gramatical particular, la historia global de ellas, el vocabulario políglota y el repertorio con las versiones del *Padre Nuestro* en tres centenares de idiomas y dialectos constituyen el gran asunto de que se ocupa esta gigan-

<sup>379</sup> Los veintidós tomos, incluyendo el tomo del apéndice, de la obra en italiano se publicarían entre los años 1778 y 1792.

<sup>380</sup> Antonio Astorgano Abajo, uno de los principales estudiosos modernos del padre Hervás y editor de su *Biblioteca jesuítico-española de escritores que han florecido por siete lustros (1759-1793)* (1794), resume la materia tratada en cada una de las cuatro secciones en que los veintiún tomos están divididos: «La primera es antropológica (tomos I-VIII), la segunda cosmológica (tomos IX-X), la tercera físico-natural (tomos XI-XVI) y la cuarta lingüística (XVII-XXI)» (*Biografía de Lorenzo Hervás y Panduro*, en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com), 2008; «El autor: Biografía»). Sobre el título de la obra y su capacidad conceptual de incluir todas las materias de las que trata la macro enciclopedia hervasiana, así como de los leves cambios en la estructura inicial de la obra, comentará su biógrafo más reciente, haciendo recuento detallado del proyecto ciclópeo: «Lógicamente, con el transcurso del tiempo la planificación y estructura de la enciclopedia se va perfeccionando y sufriendo alguna alteración, aunque en lo esencial permanece. Por ejemplo, queda algo de ambigüedad sobre si todos los tomos se pueden arropar en este título de *Idea dell'Universo*: los ocho primeros, publicados entre 1778 y 1780, forman una antropología en clave enciclopédica y tratan del hombre desde su concepción hasta su muerte (*Storia della vita dell'uomo*), incluyendo una anatomía (tomo VIII. *Notomia dell'uomo*, 1780); los siguientes ocho tomos son cosmográficos (*Viaggio estatico*, tomos IX y X, ambos de 1781), con una astronomía «narrada» y diversas cosmogonías, la creación, pecado de Adán, magnitud y elementos de la tierra, para acabar con el diluvio universal, Babel y sus consecuencias (*Storia della Terra*, tomos XI-XVI, aparecidos entre 1781 y 1784). Desde el tomo XVII al XXI, el tema es filológico y cada tomo tiene ya un título individualmente: *Catálogo de las lenguas conocidas* (tomo XVII, 1785), *Origen y armonía de los idiomas* (tomo XVIII, 1785), *Aritmética de las naciones* (tomo XIX, 1786), *Vocabulario* de más de 150 lenguas (tomo XX, 1787), y el «padrenuestro» en más de trescientas lenguas (*Saggio pratico delle lingue*, tomo XXI, 1787) [...]. En 1792 publicó un apéndice, nada conexas temáticamente con lo escrito hasta ahora, el tomo XXII, de índole teológica, que lleva por título *Analisi filosofico-teologica della natura della carità ossia dell'atto di amor di Dio*» (*Lorenzo Hervás y Panduro [1735-1809]. El abate Hervás y Panduro, sabio polígrafo*, Ciudad Real, Almad Ediciones/Universidad de Castilla-La Mancha/Centro de Estudios de Castilla-La Mancha/BCLM, 2010, págs. 92-93).

tesca empresa de ordenación y reflexión sobre el universo; hogar físico y espiritual del hombre. Junto al prodigio de composición, el prodigio de revelación: el descubrimiento de la historia del género humano, el conocimiento del mecanismo de la palabra, la implantación de la lengua original, la confusión de las lenguas y la dispersión de las naciones y sus lenguas, por donde pasamos de la episteme ilustrada a la revelación bíblica, una mixtura mental de imposible superación en el modo de pensamiento dieciochesco<sup>381</sup>.

Confirmación de lo que se entendería en Hervás la teoría lingüística del cosmos se encontrará, y de sobra, en los llamados «Artículos» que, en número de once, siguen a la introducción de la obra. Los títulos de cada uno ofrecen pistas sobre los rumbos seguidos por la materia tratada y establecen pautas sobre la concepción teórica que regirá luego en el cuerpo descriptivo de los respectivos capítulos: «Medios para clasificar las naciones del mundo», «Las lenguas, distintivo claro de las naciones, son el mejor medio para clasificarlas», «Práctica aplicación de la observación de las lenguas para clasificar las naciones: utilidad de la observación de las lenguas en orden á la historia antigua, á la sociedad civil, y á la religión», «Epoca antigua ó primitiva de la observación de las lenguas: escasas noticias que de ellas dan los escritos antiguos», «Epoca moderna de la observación de las lenguas. Primera clase de sus observadores», «Segunda clase de observadores poco útiles de las lenguas», «Clase tercera de observadores de las lenguas», «Clase última de observadores de lenguas», «Medios y circunstancias para escribir esta obra: rumbo geográfico de sus observaciones», «Vista ú observación de la actual situación de las naciones mas conspicuas del mundo; y conjeturas de la primitiva situación que antiguamente tenían», «Primeras ideas, y progresivos conocimientos de las naciones sobre la población del orbe terrestre, y división que hace de este la geografía moderna en quatro partes principales: alusión de los nombres de estas, y sus respectivos confines»<sup>382</sup>.

Pero, más allá de las insinuaciones que nos facilitan los títulos, los desarrollos en cada caso van proponiendo los principios de esta lingüística de la cultura, suerte de antropología lingüística, una nueva anticipación de lo que W.v. Humboldt llamaría «antropología comparada». En este punto, nunca resultará sencillo determinar la exacta medida de la deuda que Humboldt tiene contraída con Hervás y en esta afirmación no caben sobreva-

<sup>381</sup> «Hervás publicó una auténtica enciclopedia, en la que da una versión católica de los temas de la ilustración» (Astorgano, *ob. cit.*, «El autor: Biografía»).

<sup>382</sup> Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, ob. cit.*, tomo I, págs. IX-X.

loraciones críticas de ningún tipo. Resultan del natural movimiento de avance de la ciencia, en donde los autores se van beneficiando los unos de los otros y dando continuidad a determinados principios y métodos. La «originalidad» no cuenta mucho y nunca debe depositarse en ella los méritos permanentes de las investigaciones.

De esta forma, y en el tema concreto de las relaciones entre la lengua con los conceptos de pueblo, nación y raza, puede establecerse una línea sucesoria que emparenta a Hervás con Wilhelm von Humboldt (1767-1835) y a este último con su hermano Alexander, el viajero filólogo<sup>383</sup> y, no por azar, autor del *Cosmos*, una obra colosal por muchas razones cercana a la *Idea dell'Universo*, del jesuita de Cuenca. Entre las muchas formulaciones y redefiniciones de estos conceptos (en realidad, un único empeño de pensamiento), una puede servir para congeniar en fuerza expresiva todo el sólido sentido que tuvo para la comprensión de la lingüística de este tiempo, movido ya por impulsos claramente etnográficos: «El lenguaje es, puede decirse, la manifestación externa del espíritu de los pueblos. La lengua de éstos es su espíritu, y su espíritu es su lengua: nunca los pensamientos más idénticos»<sup>384</sup>.

En relación al proyecto enciclopédico de Alexander von Humboldt (1769-1859), habría que decir que responde, como el del Hervás, al espíritu ilustrado; esa necesidad de saberlo todo y de propiciar con esos saberes la gran conexión que las cosas del mundo tienen entre sí. Del gigantesco proyecto, suma de toda la producción del barón, logró completar cinco volúmenes. Sin embargo, si de manera acumulativa se comienzan a juntar las obras publicadas en ediciones independientes, esas que están asociadas por ideología y visión, tales como los *Cuadros de la naturaleza* y los *Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, entre otras, el número de volúmenes y el volumen de la obra sería indiscutiblemente mucho mayor. Hasta aquí el nexo ciclopeo de la obra en cuanto se relaciona con la de Hervás y con muchas otras realizaciones que quisieron desgastar el género enciclopédico. Esfuerzo acumulativo y sintético a la vez, queda así determinado por uno de sus estudiosos modernos, Adolf Meyer-Abich: «*Kosmos*,

<sup>383</sup> «El científico que Alejandro de Humboldt representa para la cultura de este tiempo, sin duda, es partícipe, en apoyo o rechazo, de muchas de estas maneras de entender el fenómeno lingüístico, sus métodos y su estudio» (Francisco Javier Pérez, *El lexicógrafo inadvertido. Alejandro de Humboldt y su exploración lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Konrad-Adenauer Stiftung, 2005, pág. 186).

<sup>384</sup> Wilhelm von Humboldt, *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la Humanidad* [1836], Barcelona, Ministerio de Educación y Cultura/Anthropos Editorial del Hombre, 1990, pág. 60.

su obra básica y fundamental. En ella resumió toda la tarea de su vida y comprendió el saber de ese periodo de las ciencias naturales que abarca desde la mitad del siglo XVIII hasta mediados del XIX»<sup>385</sup>. El mismo rasgo de síntesis es subrayado por el humboldtiano mayor Cedric Hentschel: «El *Cosmos* ocupa cinco tomos voluminosos (y, sin embargo, ha quedado incompleto) y debía exponer la síntesis definitiva del universo en todos sus fenómenos»<sup>386</sup>. En palabras que el propio Humboldt hace públicas en 1834: «Me ha asaltado la locura de representar en una sola obra todo el mundo material»<sup>387</sup>

La materia desarrollada en cada uno de los tomos sería la siguiente:

Tomo I: Consideraciones sobre los diferentes grados de goce que ofrecen el aspecto de la naturaleza y el estudio de sus leyes. Límites y métodos de exposición de la descripción física del mundo. El cielo. Cuadro de los fenómenos celestes. La Tierra. Cuadro de los fenómenos terrestres. La vida orgánica. Cuadro general de la vida orgánica.

Tomo II: Reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre. Medios propios para difundir el estudio de la naturaleza. Ensayo histórico sobre el desarrollo progresivo de la idea del universo.

Tomo III: Introducción a la parte uranológica con una ojeada retrospectiva a los tomos precedentes. Consideración general y distribución de las materias. Resultados de la observación. Sistema solar. Los planetas y los satélites, los cometas, la luz zodiacal y los asteroides meteóricos.

Tomo IV: Magnitud y forma de la tierra. Ojeada general. Reacción del interior de la Tierra sobre la superficie. Exposición general.

Tomo V: Continuación de los resultados especiales de la observación en el área de los fenómenos telúricos<sup>388</sup>.

Si pudiéramos cruzar los temas que se tratan en *Idea dell'Universo* y en *Cosmos* se vería que son varios los que parecen responder a similares empe-

<sup>385</sup> Adolfo Mayer-Abich, *Humboldt* [1967], Barcelona, Editorial Salvat, 1985, pág. 148.

<sup>386</sup> Cedric Hentschel, «Sobre la síntesis de literatura y ciencia natural en Alejandro de Humboldt», en *Alejandro de Humboldt (1769-1969)*, Bad Godesberg, Inter Naciones, 1969, pág. 120.

<sup>387</sup> Cita en Andrea Wulf, *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt*, Barcelona, Debolsillo, 2019, pág. 293.

<sup>388</sup> Alexander von Humboldt, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, Madrid, 2011. Edición: Sandra Rebok.

ños explicativos del «universo» y varios, también, los aspectos en donde los acuerdos parecen no poder llegar y, menos, deber forzarse para que acuerdos inexistentes lleguen. Tanto Hervás como Humboldt, hijo contemporáneo el primero y extemporáneo del segundo de la Ilustración, tienen fe en los géneros de descripción gigantescos de formas y materias y resulta esta *ratio enciclopédica* un elemento de gran impacto en la interpretación de los códigos que en uno y otro están funcionando. Sin embargo, la distancia cronológica y mental entre ambos proyectos, su *ratio científica*, es abiertamente muy distinta. Si bien en ambos la terminología «hombre», «naturaleza», «cosmografía» y otros similares están presente y presentando fuerza conductora en el lenguaje de la ciencia, vendrá a ser en la *ratio filosófica* en donde se determinen las diferencias y semejanzas de ambas empresas de comprensión del universo y del hombre. Finalmente, una *ratio discursiva* mueve a cada uno de estos autores a proponer visiones contrastivas sobre problemáticas que son las mismas.

Los espacios de la escritura (la acción de verbalización para convencer) serán, en consecuencia, los que permitirán ordenar la especificidad en torno a la naturaleza de estas obras de genio. La clave estará en la jerarquía que en cada caso se preste a un mismo triángulo de conceptos: hombre, tierra y lenguas. En Hervás, el énfasis meridiano estará puesto en lo lingüístico, abarcando no solo el mayor número de espacio hermenéutico, sino condicionando las visiones que sobre los otros conceptos se tenga. De esta manera, la conclusión sería que Hervás edifica una «filosofía lingüística de la historia del universo» que produce la catalogación de las lenguas y con esta catalogación la del resto de los aspectos naturales, sociales y cósmicos. En cuanto a Humboldt, el énfasis incuestionable está puesto en lo literario, en encontrar un modo poético de comprender la naturaleza. De esta suerte, se podría concluir que Humboldt construye una «filosofía literaria de la naturaleza del universo» que produce cuadros literarios para alcanzar la descripción física del mundo. La ordenación tierra, hombre y lenguas vendría a determinar en Humboldt su impronta y su empeño.

No sería inexacto señalar que en este punto Hervás y Humboldt devienen en autores gemelos y contrarios, uno el haz y otro el envés, sobre la investigación del universo humano y físico. Cuando Hervás asienta su credo en las lenguas perfila el rasgo histórico y social de una doctrina que tienen al hombre como asunto de primer orden. Cuando Humboldt asienta su credo en la literatura de la naturaleza dibuja el rasgo físico de una doctrina que tiene a la tierra como asunto central.

En uno y otro sabio, la forma en el decir resulta más crucial de lo que en apariencia se creería. Para Hervás escribir resulta un logro de claridad

explicativa. Para Humboldt escribir es un modo de hacer poesía. En cualquier libro, la materia tratada escoge una forma y, aquí, no vemos excepción en este principio. Hervás explica para clarificar, aun en los apartados teóricos con los que antecede la catalogación de las lenguas. Su discursiva es la del tratado científico. Humboldt explica como si buscara demostrar la metáfora. Hervás es hijo del signo; Humboldt lo es del símbolo.

De ahí, que este último, se confronte regularmente con el problema del lenguaje científico<sup>389</sup>, mientras que Hervás se enfrenta con los problemas de las lenguas naturales. Filosofía lingüística frente a filosofía literaria parecen ser los dos polos en donde se enaltecen los códigos científicos de estos dos sabios.

La conclusión no pude estar más perfectamente intuida. La «cosmolingüística» de Hervás es una teoría del lenguaje que permite la lingüística del cosmos; su origen, descripción y catalogación. La «cosmolingüística» de Humboldt es una teoría de la literatura que permite una poética del cosmos; su dibujo metafórico y simbólico. En el centro de una y otra está la filosofía actuando como discernimiento de formalización e interpretación. Por primera vez en los tiempos modernos, dos concepciones divergentes congenian al hacer coincidir la forma y la sustancia.

## HERVÁS Y LA GENEALOGÍA MITRIDÁTICA

Un poco antes de que el conocimiento del sánscrito produjera sus frutos en el proceso de creación de una ciencia comparada, la lingüística europea venía ensayando una tipología de trabajo que pretendía el compendio de materiales lingüísticos (principalmente, gramaticales y léxicos) de la mayor cantidad de lenguas posibles de todo el orbe, con la finalidad expresa de propiciar conclusiones sobre parentescos y filiaciones. Es así como se fueron confeccionando ricos repertorios, catálogos, enciclopedias, tesauros, vocabularios, glosarios, crestomatías y bibliotecas de toda

<sup>389</sup> A. v. Humboldt quiere para el lenguaje de la ciencia la capacidad para transmitir la comunión íntima con la naturaleza para los que están presos en los límites de la vida ordinaria: «Me complazco en pensar que los temas científicos pueden tratarse en un lenguaje digno, grave y animado a la vez, y que aquellos que se ven encerrados dentro de los estrechos límites de la vida ordinaria y han permanecido mucho tiempo ajenos a una comunión íntima con la naturaleza pueden de esta manera ver desplegarse ante sus ojos las fuentes más ricas de goce mediante las cuales se vigoriza la mente, adquiriendo ideas nuevas» (F. R. Moulton y Justus J. Schifferers, *Autobiografía de la ciencia* [1945], México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 313).

especie que buscaban reunir, en grados e intereses de ordenación diversos, el conjunto ingente y superlativo de elementos lingüísticos de lenguas de variada geografía como saber cabal sobre el panorama glotológico mundial, nunca antes imaginado y, menos aún, realizado.

Mientras más globales y abarcadores fueran estos repertorios lingüísticos, más beneficios, se creía, podrían ofrecer al estudioso y al hombre culto en la meta de diseñar el panorama glotológico del mundo y, muy especialmente, en el propósito de arribar a conclusiones sobre los orígenes lingüísticos. Recibirían, en recuerdo del mítico rey del Ponto<sup>390</sup>, el nombre de «Mitrídates» y, muy a su pesar, más allá de la espectacularidad de sus trazados, no siempre lograrían cumplir con el servicio científico que se habían impuesto. La falta de criterios claros de estructuración y del sentido compilador de materiales hizo que muchas de estas obras no pasaran de ser curiosidades del trabajo lingüístico de otro tiempo. Otras realizaciones, sin embargo, tocadas por una mayor capacidad de investigación y obra de autores dotados de singulares condiciones para el trabajo lingüístico hicieron de estos Mitrídates joyas del estudio de las lenguas, cuya fascinación y veneración sigue, aun hoy, despierta.

Los Mitrídates conducían un remarcado interés por el establecimiento de los orígenes de las lenguas y este rasgo no solo alimentaría similares pasiones en investigaciones posteriores, sino que les ofrecería amparo como vertiente independiente de exploración. Esto fue posible gracias a las fuertes evidencias «originaristas» propiciadas y aportadas por la lingüística sánscrita, nacida mucho tiempo atrás y a las puertas de su definitiva consolidación. El descubrimiento del sánscrito había hecho que ganara

<sup>390</sup> Se trata de Mitrídates VI Eupator, llamado El Grande, que había nacido en Sínope el año 132 a. c. y muerto en 63 a. c. Rey afamado por su talento bélico. Sus actuaciones están teñidas de sangre y astucia. Testimonios de su época relatan cómo se protege de los posibles envenenamientos de sus enemigos, haciéndose inmune a los venenos al ingerirlos en dosis controladas. Genio de las lenguas, se lo recuerda conocedor de las que hablaban los pueblos que iba conquistando. Los historiadores de la lingüística Maurice Leroy y R. H. Robins lo patentan como políglota: «se había ganado la admiración de sus contemporáneos por sus facultades, poco comunes en la antigüedad, de polígloto: ¿no nos cuenta Aulo Gelio que era capaz de conversar sin intérprete, y con soltura, con todos los súbditos de su reino, los cuales se dividían en 25 comunidades lingüísticas?» (Maurice Leroy, *Las grandes corrientes de la lingüística*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974, pág. 19). La cifra de las lenguas que conocía varía de un autor a otro, destacando todos, al menos, su destreza en una veintena de ellas (cf. R. H. Robins, *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1974, pág. 54).

realidad la ilusión de que era posible un conocimiento completo sobre el origen de todas y cada una de las lenguas del mundo. Así, estas empresas descriptivas vendrían a ser las más ambiciosas que recuerde la historia de los estudios lingüísticos. Confección de repertorios gigantescos que implicaban no solo a sus autores principales, sino a numerosos coautores y colaboradores, estudiosos y sabios de todas partes del mundo que participarían en estas empresas. No se podría, luego de la aparición de los Mitrídates, hacerse progreso alguno en el saber lingüístico universal sin contar con sus respectivos aportes. En cierta medida, se entendieron como los primeros proyectos modernos previos a la instalación de la ciencia del lenguaje; una disciplina indológica, indogermánica e indoeuropea<sup>391</sup>.

Aunque fenómeno del siglo XVIII, una respuesta lingüística de la Ilustración y la Enciclopedia y de su gusto por el coleccionismo y las clasificaciones, la descripción mitridática puede recorrer una historia autónoma a partir del siglo XVI. Los antecedentes más eximios serían: 1) el *Diccionario de la lengua latina* (1502), de Ambrogio Calepino, el más antiguo diccionario políglota conocido, en donde entraban en diálogo cinco lenguas: latín, italiano, francés, alemán e inglés<sup>392</sup>; 2) el *Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum introductio ac legendi methodus* (1538), de Guillermo Postel, que compara alfabetos de doce lenguas; 3) el *Thesaurus polyglottus* (1603), de Jérôme Mègiser, que ponía a circular el asombroso dominio de cuatrocientas lenguas (algunas de ellas americanas); 4) el *Thesaurus* compuesto por el lingüista sueco Olof Rudbeck el joven, en el tránsito del siglo XVII al XVIII, resultado de una dedicación de años colectando léxicos de lenguas europeas y asiáticas<sup>393</sup>, y, sobresalientemente,

<sup>391</sup> Georges Mounin plantea (*Historia de la lingüística* [1967], Madrid, 1979, pág. 163) que los Mitrídates no pudieron asimilar el impacto del sánscrito: «En el cambio de siglo, la descripción de las lenguas ignora también el descubrimiento del sánscrito, que podría proporcionar una nueva base de clasificación genética». Es probable que una de las razones para ello fuera que la definitiva vulgarización de la reflexión sanscritista entre los estudiosos se generaliza a partir de la publicación del notable ensayo de Friedrich von Schlegel, *Über die Sprache und Weisheit der Indier*, que ocurre en 1808, cuando ya estos repertorios monumentales estaban concluidos o en proceso de edición sobre principios rectores diferentes.

<sup>392</sup> Leroy, *ob. cit.*, pág. 19.

<sup>393</sup> Wilfrid Blunt, *El Naturalista. Vida, obra y viajes de Carl von Linné (1701-1778)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1982, pág. 26. El padre Miguel Batllori, cuando anota los manuscritos de Hervás que se encuentran en la Biblioteca Apostólica Vaticana, consigna, en el 163 b, uno de Rudbeck, relativo a las lenguas nórdicas: «*Lengual teutonil ca*; títol autògraf al marge, en llapis; extractes autògrafs, en llatí

5) el célebre *Mitridates. De Differentiis linguarum, tum veterum, tum quae hodie apud diversas nationes in toto orbe terrarum in usu sunt* (1555), del estudioso suizo Conrad Gessner, que no solo iba a fundar y establecer el nombre para esta tipología de obras, sino que le aportaría su base comparativa al ordenar veinticinco lenguas (el mismo número de las que se creía hablada el rey Mitridates) utilizando como base de la comparación la oración del *Padre Nuestro*, rasgo metodológico del género<sup>394</sup>.

Teniendo en cuenta el fertilísimo terreno abierto por estos trabajos precursores, se compondrían los tres más admirables monumentos mitridáticos de la historia de la lingüística: el *Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinità e diversità* (1784), de Lorenzo Hervás y Panduro; el *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa, Augustissimae, cura collecta* (1786-1787), de Peter Simon Pallas, y, la tercera y más perfecta de las criaturas poliglóticas, el *Mithridates oder allgemeine Sprachenkunde mit dem Vater Unser als Sprachprobe in bey nahe fünfhundert Sprachen uns Mundarten* (1806-1817), comenzada por Johann Cristoph Adelung y terminada por Johann Severin Vater.

Como si asimilara las lecciones de Hervás, el *Linguarum* de Pallas, publicado apenas dos años más tarde que la obra del jesuita, sería el portentoso resultado de una singular iniciativa encomendada y del encargo ilustrado hecho al lingüista y naturalista berlinés<sup>395</sup> por la emperatriz Catalina II,

i italiá, trets d'O. Rudbeck, *Atland eller Manheim [...] Atlantica siue Manheim uera Iapheti posterorum sedes*, Upasla, 1679» (*Lingüística i etnología al Segle XVIII: Lorenzo Hervás*, en *Obra completa*, Barcelona, Eliseu Climent, editor, 1999, vol. XIII, pág. 59. Edición: Eulàlia Duran y Josep Solervicens. Prólogo: Bartomeu Melià). Casi dos siglos antes, Hervás había ofrecido un juicio elogioso sobre Rudbeck que, en consonancia con el tiempo, no deja de explicar la diversidad lingüística debido a razones babélicas: «Rudbekio, uno de los primeros historiadores que útilmente se han valido de la observacion de las lenguas, conoció y confesó que estas eran el medio principal para distinguir las naciones; y escibiendo en tiempo en que prevalecia la opinion de los que á todos los languages del mundo consideraban como otros tantos dialectos, con razon fundada en la observacion de las lenguas estableció, que las matrices de estas provenian de la confusión de ellas acaecida prodigiosamente en Babel» (Hervás, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, ob. cit., tomo I, pág. 59).

<sup>394</sup> Cf. Francisco Javier Pérez, *Mitridates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Fundación Julio C. Salas, 1999, pág. 18.

<sup>395</sup> Antes de publicar su obra lingüística, Pallas había dado a las prensas una veintena de tratados de botánica y zoología alabados algunos de ellos por el gran Cuvier, y que determinan su formación clasificatoria, base de sus estudios poliglóticos. Algunos de los más reconocidos, la primera edición de su *Miscellanea zoologica*, de 1766,

zarina de todas las Rusias y autora, ella misma, de las primeras listas de palabras con las que se da inicio a la ambiciosa enciclopedia de las lenguas del mundo. El trabajo de Pallas consistiría en completar las equivalencias de 285 unidades léxicas ordenadas según el alfabeto cirílico de doscientas lenguas del mundo: 149 asiáticas y 51 europeas<sup>396</sup>. El método empleado funcionó como un complejo trabajo en equipo. Por orden expresa de Catalina, gobernadores de provincias, comisionados estatales y sabios filólogos, en la vastísima extensión de su imperio, tan rico de por sí en diversidad y contactos lingüísticos, completaron las listas que se les habían remitido, a modo de encuestas léxicas, con sus propios conocimientos y las devolvieron respondidas a San Petersburgo para ser agrupadas y formalizadas por Pallas y sus colaboradores. Esta red de informantes *in situ*, activada por primera vez en la historia de lingüística de manera tan rigurosa (aunque, aquí, será determinante el aporte precursor de Hervás en torno a esta metodología, como se verá más adelante), garantizaba en gran medida la confiabilidad de la información obtenida<sup>397</sup>. El resultado final de esta apasionada vocación lingüística de la emperatriz vendría a traducirse en la comprobación de una gramática universal, toda vez que las semejanzas venían a rebasar las diferencias en relación con los principios teóricos que regían a la generalidad de las lenguas exploradas.

El trabajo de Pallas, como es natural en obras tan colosales, no podía estar exento de errores. Entre los más notorios, habría que mencionar que los preciosos datos, recogidos por informantes diestros y competentes, no

y su *Flora Rossica*, en la edición de San Petersburgo de 1784-1788. Fue, además, uno de los viajeros etnógrafos más renombrados de su tiempo.

<sup>396</sup> Al reeditarse la obra, en 1790, a cargo de Jankievitch de Mirievo, se consideraron algunas lenguas más de Asia y Europa, así como una treintena de África y veintitrés de América (cf. Hans Arens, *La Lingüística. Sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días* [1969], Madrid, Editorial Gredos, 1975, tomo I, pág. 187).

<sup>397</sup> En la biografía científica del padre Hervás se asienta su colaboración con Pallas en relación a la recogida de libros sobre lenguas de América y Asia, obra de jesuitas: «El año 1785 el señor Santini, agente imperial de la corte de Petersburgo en esta ciudad, tuvo orden de su corte para enviar á ella todas las obras de los jesuitas habian publicado en Italia sobre las naciones americanas y asiáticas, y principalmente sobre sus lenguas. Estas obras, que por encargo de dicho agente yo recogí, debian servir de materiales al señor Pallas, famoso literato y viajador por todo el imperio ruso, para que hiciera una confrontacion ó cotejo de todas las lenguas conocidas. No he visto aun esta obra, que sé haberse empezado á publicar ántes del año 1789, pues el esclarecido literato señor Francisco Alter me ha escrito desde Viena, que en su segunda parte impresa el año 1789 se cita con poca exactitud uno de mis tomos italianos sobre las lenguas» (Hervás, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, ob. cit.*, tomo I, pág. 64).

siempre fueron bien leídos ni bien transcritos en San Petersburgo. También, el desajuste de interpretación por vía de las falsas correspondencias cuando las voces rusas que servían de base a la encuesta tenían más de una acepción y, en cambio, una sola en la lengua investigada. El resultado de la encuesta certificaba un error insalvable, como ocurre en el caso de las dos significaciones del ruso *suite*: ‘luz’ y ‘mundo’, que, por ejemplo, consignaba erróneamente equivalencias para un buen número de lenguas, entre ellas el persa, en donde la voz significaba ‘mundo’ y no ‘luz’, sin que ello se aclarara expresamente en la obra. Finalmente, y quizá el más grave de los problemas tomando en cuenta el auge clasificatorio del momento, fuera que la información relativa a las distintas lenguas se repartía arbitrariamente y no por parentescos lingüísticos y, tampoco, por ubicación geográfica, como la lógica simple hubiera indicado que se debía hacer. Estos desajustes, está claro, sirvieron para que los trabajos mitridáticos siguientes no los cometieran.

Hervás y Pallas, como afluentes de un gran río, vendrían a unificarse y a perfeccionarse en las aguas oceánicas del monumental *Mithridates*, de Adelung-Vater, en el amanecer del siglo XIX. El primero de estos autores y creador de la obra muere el mismo año en que se publica el primero de sus tomos, 1806. Adelung se había granjeado respeto y fama, entre otras, con cuatro obras anteriores. Las tres primeras, de naturaleza lingüística, se ocuparán de asuntos tan determinantes como el estudio de los dialectos germánicos (*Grammatisch-kritisches Wörterbuch der hochdeutschen Mundart*, 1774-1786) y de la enseñanza del alemán (*Deutsche Sprachlehre für Schulen*, 1781; *Magazin für die deutsche Sprache*, 1782-1784), y la tercera, de ensayar una historia de la cultura, muy cercana al espíritu de la teoría cosmolingüística (*Versuch einer Geschichte der Cultur des menschlichen Geschlechts*, 1782).

Al morir, Adelung dejaba en prensa el tomo primero del gigantesco proyecto. Se encargaría de continuarlo y de darle feliz culminación un lingüista y teólogo, nacido en Altenburg (Turingia), Johann Severin Vater, quien apenas finalizar el magno encargo mitridático no descansaría hasta ver desarrollar una obra propia hija de la enorme enciclopedia políglota, y que titularía con el no menos ambicioso título de *Gramática universal*. Amigo de los hermanos Humboldt<sup>398</sup>, Vater daría curso al trabajo que

<sup>398</sup> W. v. Humboldt contribuiría con un extenso artículo sobre el vasco, lengua que había llamado su atención gracias a Hervás, para la sección de «Correcciones y adiciones», en el tomo final del *Mithridates*, el año 1817 (cf. Miguel Batllori, S.J., «El archivo lingüístico de Hervás en Roma y su reflejo en Wilhelm von Humboldt», en

Adelung había dejado iniciado hasta el segundo tomo y lo llevaría a buen puerto, cuando el año 1817, logra la publicación del tomo cuarto y último de la obra.

El *Mitridates* de Adelung-Vater era una colosal descripción de más de quinientas lenguas del mundo, reunidas geográficamente y tomando como punto de partida descriptivo la oración del *Padre Nuestro*, como ya Gessner había ensayado en el siglo XVI. No conforme con este esfuerzo mayúsculo, ofrecía para cada lengua o grupo lingüístico apartados con información léxica, con síntesis gramaticales y con observaciones lingüísticas de orden diverso<sup>399</sup>.

Adelung había establecido, al concebir una obra con tales características, un paradigma que quedaría firmemente asentado: la necesidad de aproximarse al conocimiento de una lengua o de una familia de lenguas por medio de la elaboración de gigantescos repertorios léxico-morfológicos como imagen primera de ellas. Enfatizaba la urgencia de la reconstrucción al documentar las lenguas y se acercaba a los procesos sistemáticos de clasificación lingüística, al aventurar algunas hipótesis filiatorias. Su obra proponía que las aproximaciones iniciales a una lengua debían comenzar por la confección de este tipo de macro-repertorios cimentados en la acumulación de materiales con un claro sentido comparativo<sup>400</sup>.

*La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-hispanoamericanos-filipinos, 1767-1814*, Madrid, Editorial Gredos, 1966, pág. 204. También, Mounin, *ob. cit.*, pág. 163).

<sup>399</sup> Hjelmslev plantea que la crisis en el pensamiento racionalista de Rasmus Rask, uno de los padres de la filología comparada, comenzó al entrar en conocimiento del tomo segundo de la obra de Adelung, el año 1809. El volumen corresponde a las lenguas europeas y Rask se percató de que sus investigaciones parecen destinadas a la conformación de una obra mitridática. Escuchemos el parecer de su exégeta moderno, el genial creador de la Glosemática: «se dio cuenta de que sus propios estudios, inconscientemente hasta entonces, se habían conformado a la preparación para una obra semejante, para una gramática comparada y tipológica de las lenguas del mundo y, en primera instancia, de las lenguas europeas. Parece ser también que Rask se percató de que el trabajo de Adelung era bastante inferior al que le sería posible componer valiéndose de la rica documentación que había reunido y de los resultados ya obtenidos. Rask publicó una crítica detallada de este volumen de Adelung, y todas sus empresas posteriores se interpretan de manera natural como la preparación de una obra análoga a la de Adelung» (Louis Hjelmslev, «Comentarios sobre la vida y la obra de Rasmus Rask» [1951], en *Ensayos lingüísticos*, Madrid, Editorial Gredos, 1987, págs. 29-30).

<sup>400</sup> Pérez, *Mitridates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas, ob. cit.*, págs. 18-19.

Los últimos Mitrídates fundacionales aparecerían durante la tercera década del siglo. La necesidad de enmendar los numerosos errores que fueron consignados en los trabajos de Pallas, Adelung y Vater, especialmente sobre las lenguas asiáticas, movieron a uno de los orientalistas y sinólogos más reconocidos de su tiempo, Heinrich Julius von Klaproth, a elaborar su magistral *Asia Polyglotta*, en 1823. Klaproth conocía muy bien los trabajos de Pallas y los había cuestionado por la arbitrariedad de ordenación de los materiales, donde no se tuvo en cuenta ni lo lingüístico ni lo geográfico a la hora de agrupar las lenguas (algunas, como el alemán y el indio, tan cercanas por su origen indoeuropeo, aparecen ubicadas en esta obra a una distancia de ciento treinta y siete números), y, por si ello fuera poca cosa, se encuentran numerosos y frecuentes errores de transcripción<sup>401</sup>. En 1804, la Academia de San Petersburgo lo había nombrado adjunto sobre lenguas orientales. Su maestría en ellas crecería a raíz del viaje que emprende, como acompañante del conde Golowkin, con destino a China y el Cáucaso. Escribiría las memorias de este viaje que se convertirían muy pronto en uno de sus libros más reconocidos: *Reise in den Kaukasus und Georgien* (1812-1814).

*Asia Polyglotta* da un paso en firme en relación con los estudios comparativos de lenguas orientales. Obra de elaboración rigurosa, compuesta de una profusa y exacta información lingüística, pone de manifiesto el sentido clasificador en la concepción de su autor (a quien se debe, entre otros aportes, la denominación de *indogermánico*, con la que los estudiosos alemanes prefirieron comenzar a llamar a las lenguas del tronco indoeuropeo), al proponer veintitrés troncos etnolingüísticos<sup>402</sup>, agrupando pueblos a partir del origen lingüístico diferente y dando relevancia al material lingüístico como base para la clasificación etnográfica<sup>403</sup>. La *Enciclopedia*

<sup>401</sup> Una reseña muy favorable sobre esta obra apareció en el afamado *Journal Asiatique* (París, 1924, 1.ª serie, tomo iv, págs. 46-51): «Critique Littéraire. *Asia Polyglotta*, von J. Klaproth, Paris, 1823, (en allemand) un vol. In-4.º avec un Atlas in-fol.». Firmada con la inicial «Z» y escrita posiblemente por alguno de los redactores de la publicación, deja asentadas las objeciones de Klaproth hacia el *Linguarum* de Pallas, principalmente.

<sup>402</sup> Ellos serían, en sus denominaciones francesas: Indo-germans, Semitiques, Géorgiens, Caucasiens, Samoyédes, Ieniséens, Finnois, Turcs, Mongols (Tatars), Toungouses, Kouriliens, Youkagires, Koriakes, Kamtchadales, Américains polaires en Asie, Japonais, Coréens, Tibétains, Chinois, Anam, Siamois, Avaniens y Pegouans (*Ibidem*, pág. 51).

<sup>403</sup> Ha llegado a estos resultados al aislar y estudiar veinte raíces que le permiten establecer parentescos y diferencias entre las distintas lenguas. El establecimiento

del siglo XIX, del año 1852, referirá para Klaproth la autoría de un *Nouveau Mithridate ou classification de toutes les langues connues*<sup>404</sup>, que, aunque no se cuenten con más datos, relaciona de nuevo a este autor con el precioso género de las enciclopedias lingüísticas, base indiscutible de la «vergleichende Grammatik» decimonónica.

Como corona de este tipo de empresas lingüísticas, el *Atlas ethnographiques du Globe ou classification des peuples anciens et modernes d'après leur langue*, de Adrien Balbi, irrumpirá en París, el año 1826, y hará época y dejará una nutrida descendencia. Vulgarización del trabajo de Adelung-Vater, se entenderá como su heredero más preclaro<sup>405</sup> y, también, como un continuador crítico de las investigaciones de los maestros mitridáticos. Distinguirá cinco grandes troncos lingüísticos, a diferencia de Adelung que había establecido las «lenguas monosilábicas» (familias china y tibetana) y las «lenguas polisilábica» (familiar indoeuropea, asiática, africana y americana), y complejizará la clasificación en cada una de las ramas de agrupación lingüística. Considera Balbi en su pentaclasificación de natu-

de cada raíz, aspecto central para la filología comparada, es alcanzado gracias a una praxis analítica que asocia lenguas de geografías distantes a partir de patrones similares de comportamiento lingüístico. A modo de ejemplo, la raíz «KB, KP, HB» ofrecen el siguiente e interesante resultado: latín 'caput', antiguo francés 'cap', griego 'kefale', bajo alemán 'kopp', alemán 'kopf', árabe (Asia) 'kaebb', válaco (Valaquia) 'kap', sánscrito (Asia meridional) 'kapalá', sidnei (Nueva Holanda) 'kabra', islas del sur (Oceanía) 'kabu', japonés (Asia oriental) 'kobe', kamstchadale (Asia nordeste) 'kobbel, khavel', moitai (India oriental) 'kopkok', godo 'haubit', danés 'hoved' y sueco 'hufud' (cf. Francisco de P. Mellado (ed.), *Enciclopedia Moderna. Diccionario Universal de Literatura, Ciencias, Artes, Agricultura, Industria y Comercio*, Madrid-París, Establecimiento de Mellado, 1851-1855; artículo «Lenguas». Francisco Javier Pérez, *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004, pág. 79).

<sup>404</sup> Cf. *Encyclopédie Dix-Neuvième Siècle. Répertoire Universel des Sciences, des Lettres et des Arts, avec la biographie de tous les hommes célèbres*, París, Au Bureau de L'Encyclopédie du XIX<sup>e</sup>. siècle, 1852, tomo XIV, págs. 844-845.

<sup>405</sup> Mounin, *ob. cit.*, pág. 163. W. v. Humboldt ha dejado una nota crítica sobre el uso cuidadoso que debe darse a los Mitrídates, en alusión a Balbi y a sus antecesores: «Sólo muy raras veces me he visto obligado a limitarme a usar únicamente obras tan generales como el *Mithridates* o el reciente *Atlas* de Balbi. Toda lingüística cuidadosa evitará sin duda, al juzgar la estructura gramatical de las lenguas singlares, el apoyarse sólo en esas obras, sin remontarse a las fuentes originales, aunque el valor de tales obras sea innegable en otros aspectos y aunque concretamente el *Mithridates* resulte indispensable para el estudio comparado de las lenguas» (Wilhelm von Humboldt, «Sobre el dual» [1827], en *Escritos sobre el lenguaje*, Barcelona, Ediciones Península, 1991, págs. 147-148).

raleza geográfica, lenguas asiáticas, europeas, africanas, americanas y oceánicas. Querrá que la familia de lenguas americanas se desmembre en tres grupos: lenguas de América septentrional («natchez, hurón, cherokee, mohawk, sioux, osage, tchoutchi, esquimaux, etc.»), lenguas de la región central («maya, aztéque, othomi») y lenguas de la región austral («guichua, aïmara, chiquito, xamaca, mobimi, cayubala, sapibocona, machicuy, abipon, lule, guaraní, támanac, ouragua»)<sup>406</sup>. No deja de ser curioso que, en este último grupo de lenguas, incluya al tamanaco y al arawak como lenguas australes. Quizá, la explicación no sea otra que lenguas, si bien no australes en la acepción de hoy, sí lenguas del sur continental.

Recorrido medio siglo de investigación mitridática moderna, volvamos atrás para observar y evaluar el lugar que ocupó la obra de Hervás en este complejo panorama de estudios.

El *Catálogo de las lenguas* vio dos ediciones en vida del jesuita expulso. La primera, en italiano, en 1784, y la segunda, en español<sup>407</sup>, entre 1800 y 1805. Como bien ha destacado el padre Batllori, «las traducciones suelen ser siempre mucho mejores que los primeros originales»<sup>408</sup> y, por ello, la versión española publicada en los albores del siglo XIX, el siglo de la lingüística, supone una obra más desarrollada que la edición dieciochesca en italiano, publicada en Cesena. En realidad, se trata de otra obra y no de una traducción.

Esta obra no solamente hace un cuantioso aporte descriptivo y clasificatorio de numerosas lenguas del mundo, sino que comienza a evidenciar prácticas comparativas que se entenderán después como precursoras de la lingüística comparada. Aquí, las relaciones de Hervás con los filólogos de su tiempo y con los del tiempo venidero permiten apreciar la significación que tuvieron las dos ediciones de su tarea mitridática. En cuanto a la primera, la fecha de publicación ya la proyecta a la categoría precursora de las

<sup>406</sup> Nicolás Bouillet, *Dictionnaire universel des Sciences, des Lettres et des Arts*, París, Librairie de L. Hachette et cie., 1855, pág. 911.

<sup>407</sup> Su título completo reza *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeracion, division, y clases de estas segun la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Fernando Lázaro Carreter ha destacado el hecho de que el padre Hervás haya preferido el español al latín para darle forma definitiva a sus obras, dentro del debate que se estaba dando en ese tiempo sobre la lengua preferida para la ciencia: «Pero es llamativo que el padre Lorenzo Hervás escribiese sus obras, o les diese forma definitiva, en la lengua española. Su condición de miembro de la Compañía de Jesús quizá no pudo hacerle olvidar que escribía en el siglo que había visto triunfar, en el campo científico, las lenguas nacionales» (*Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Editorial Crítica, 1985, pág. 170).

<sup>408</sup> Batllori, *ob. cit.*, pág. 207.

enciclopedias poliglóticas de su época y, por si esto fuera poco, la interpretación comparativa del material lingüístico la asocian en calidad de antecedente de la ciencia del lenguaje que muy pronto haría su potente aparición. El temprano aprovechamiento de sus materiales vendrá a entenderse elemento capital en cuanto a la recepción de esta obra en los círculos lingüísticos de su tiempo. Contribuye indirectamente con el *Mithridates* de Adelung-Vater, cuando estos autores aprovechan sus materiales y resultados en relación a las lenguas americanas<sup>409</sup>, y ofrece no pocos insumos y síntesis interpretativas que Wilhelm von Humboldt explotaría durante su estancia en Roma, en donde los dos sabios se habían conocido, mientras se desempeñaba el barón alemán como embajador de Prusia en la Santa Sede. Nombres importantes de la lingüística decimonónica, algunos para elogiarlo y otros para cuestionarlo, tendrán que ver con el Hervás catalogador (Friedrich August Wolf, Friedrich Pott, Max Müller, Vilhelm Thomsen y, por descontado, los hermanos Humboldt<sup>410</sup>).

<sup>409</sup> Batllori llegará a plantear que el *Mithridates* estableció una evidente «dependencia» con el *Catálogo* en relación con las lenguas americanas y, concretamente, se evidencia en los apartados correspondientes a las lenguas mocobí, mbaya, betoi y yarura (*ob. cit.*, págs. 205, 225-226). A este respecto, reproducirá el conde de la Viñaza el parecer del padre Diosdado Caballero, compañero de Hervás, en relación a la transferencia del manuscrito hervasiano titulado *Gramáticas abreviadas de las diez y ocho lenguas principales de América* (1874) que hizo Humboldt entre sus contemporáneos: «El cual lo comunicó, sin duda á Juan Cristóbal Adelung y á Juan Severino Vater, quienes se aprovecharon de ella, citando al autor con elogio, para la comprensión del tomo de su *Mithridates*, año de 1806, que el primero de dichos escritores publicó, y continuó después el segundo en los años de 1807-1817» (*Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa, 1892, pág. 177).

<sup>410</sup> El padre Batllori (*ob. cit.*, págs. 203-204), ha determinado con mucha agudeza el doble trato que a Hervás le ofrece W. v. Humboldt, quien tanto se había beneficiado de él («El viejo Hervás es un hombre desorientado y sin base. Pero sabe mucho, y posee un increíble caudal de noticias, y por ello es siempre útil»). En privado, no reportaba una opinión muy favorable. En público, hace elogio muy razonado. Queda escrito en la magistral *Einführung* a su *Über die Kawisprache auf der Insel Java* [1836-1840] (conocida vulgarmente como *Kawi-Werk*), cuando se ocupa de la lengua yarura y pondera la nobleza científica de abate: «Debemos las noticias sobre esta lengua al cuidado y aplicación del honorable Hervás» (Wilhelm von Humboldt, *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la Humanidad*, *ob. cit.*, pág. 286). El acercamiento que Humboldt tuvo durante su estadía romana de los materiales lingüísticos de los jesuitas expulsos será, como se sabe, de crucial importancia para la fragua de su pensamiento teórico. Además de Hervás y Gilij, dará crédito a los trabajos del misionero orinoquense José

En cuanto a la segunda, su fecha, si bien tardía para los estudios comparados europeos, será temprana para la lingüística española e hispanoamericana. Muy pronto se la entenderá como imprescindible por las mismas razones que la edición de 1784, pero esta vez desde la consideración de la cultura hispánica. No se podrá reflexionar sobre la comparación entre lenguas en suelo español sin que el nombre de Hervás sea referencia de primera data y de primer orden. Con entusiasmo irrefrenable, Marcelino Menéndez Pelayo lo rotuló en su tratado *La ciencia española* (1876) como «padre de la filología comparada»<sup>411</sup>. En la misma dirección, Julio Cejador y Frauca (1864-1927) lo hará, en 1907, cuando establece la comparativa entre Hervás y William Jones, el primero en la cronología sobre el hallazgo moderno del sánscrito. Entendiendo cuánto debe Franz Bopp, el creador de la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas, acotará los límites precursores de uno y otro:

El lingüista inglés señaló el terreno y emplazamiento de la obra con el descubrimiento de lo que el estudio del sanskrit podía dar de sí, comparándolo con las lenguas europeas, y fundó la Asiatic Society de Calcuta, seminario de obreros aparejadores que suministraron á los lingüistas europeos y en particular al mismo Bopp los materiales brahmánicos de los cuales se habían de servir. El lingüista español levantó el andamiaje reuniendo las infinitas lenguas del globo, clasificándolas, distinguiendo sus familias y entronque, y orientó las obras de fábrica fijando de una vez para siempre la dirección del estudio comparativo de los idiomas en el elemento morfológico ó gramatical, en vez del lexicológico, en el cual se había estudiado hasta entonces<sup>412</sup>.

María Forneri, nacido en Turín en 1719, que había compuesto una gramática y un diccionario del yaruro y que fue un autor muy reconocido por los filólogos jesuitas venezolanos. Forneri sería uno de los colaboradores venezolanos de los trabajos lingüísticos de Hervás. Le escribirá al estudioso conyuense una carta científica que fue la base de la sección yarura del *Catálogo*: «Carta del P. Forneri al P. Hervás y Panduro sobre los yaruros» (cf. José del Rey Fajardo, S. J., *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2006, págs. 291-292).

<sup>411</sup> «Fue el primero en asentar el principio más capital y fecundo de la ciencia filológica; es a saber: que la clasificación de las lenguas no debe fundarse (como hasta entonces empírica y rutinariamente se venía haciendo) en la semejanza de los vocabularios, sino en el artificio gramatical» (cita en Fernando Arellano, S.J., *Historia de la lingüística*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979, tomo 1, pág. 196).

<sup>412</sup> Julio Cejador y Frauca, «Sir William Jones y Lorenzo Hervás y Panduro», en *Cabos sueltos. Literatura y lingüística*, Perlado-Páez y Compañía (Sucesores de Hernando), Madrid, 1907, págs. 252-253. Aunque entusiasmado con los aportes de

El gramático colombiano Marco Fidel Suárez (1855-1927), nombre mayor del *bellismo* decimonónico (autor de los *Estudios gramaticales. Introducción a las obras filológicas de D. Andrés Bello*, 1885), recordará en los postreros años de su vida las lecturas lingüísticas de su primera etapa y, entre ellas, lucirá la de Hervás en situación de honor. La referencia no deja de abrir cauces sobre el impacto que la materia mitridática y comparatista del autor del *Catálogo* fue despertando en las tradiciones americanas de estudio de las lenguas. Al cumplirse el centenario del nacimiento de Suárez, en 1955, Rafael Torres Quintero leerá en la Academia Colombiana de la Lengua un texto que titula: «Don Marco Fidel Suárez ante el problema de la lengua» y allí deja asentada la feliz referencia hervasiana:

Sus lecturas se alejarán cada vez más de aquellos a quienes dedicó su ávida curiosidad juvenil, y en la ancianidad sólo lo acompañarán recuerdos un tanto borrosos del elocuente Max Müller o de los creadores de la romanística, especialmente Diez y Pott, vagas reminiscencias del filósofo Leibniz, comprensiva admiración por Hervás y Panduro, por Littré, por Bello, y como es natural, por sus compatriotas y protectores Caro y Cuervo, a quienes repasa con moroso deleite<sup>413</sup>.

La participación y la significación de Hervás en el amplísimo campo de los grandes repertorios sobre las lenguas del mundo, un rasgo dieciochesco que él eleva a nivel de asombro científico, ofrecerá una luz y muchas luces cuando de la lingüística americana se trate. Aquí, su proceder organizador permitirá enmendar muchos errores clasificatorios del pasado y, en consecuencia, asentar el cuadro de relaciones del que partirá la ciencia americana del lenguaje a finales del siglo XIX. La certeza de esta verdad será incuestionable para la lingüística indígena venezolana.

Hervás a la filología comparada, Cejador adoptará un punto de vista equilibrado frente al de Marcelino Menéndez Pelayo, un tanto pirotécnico, en relación al papel que jugaría el jesuita en la historia de la lingüística. Sin embargo, no deja de divorciarlo de los padres de la lingüística moderna: «De esta suerte consideraron el lenguaje los fundadores de la Lingüística, Leibnitz, Hervás y G. Humboldt, y creyeron que en su estudio hallarían solución los más intrincados é interesantes problemas de Psicología, de Etnología, de Historia» (*Ibidem*, págs. 12-13). Cejador contribuiría con la propagación del error que insistía en que Hervás había sido misionero en tierras americanas; leyenda muy difundida durante el siglo XIX: «Más escondida fué la vida de Hervás en la Compañía de Jesús, siguiendo los estudios de su Orden y trabajando como misionero en América» (*Ibid.*, pág. 249).

<sup>413</sup> Rafael Torres Quintero, «Don Marco Fidel Suárez ante el problema de la lengua», en *Obras*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1999, tomo I, pág. 302.

## LAS LENGUAS DEL ORINOCO

Las órdenes religiosas americanas en general y los jesuitas en particular entenderán que la tarea misional no podía estar desvinculada del conocimiento sobre la lengua y cultura de las naciones en las que buscaban influir. Asimismo, la enseñanza del idioma castellano sería meta fundamental para lograr que la acción misional diera sus mejores frutos. Sin embargo, nada de esto era posible si no se comprendían los modos de organización de las naciones indígenas. Es así, como muy pronto, van a determinar que las distintas comunidades indígenas establecen una relación muy estrecha con los ríos a los que se deben culturalmente. Las lenguas, sin excepción, se desarrollarán teniendo a los grandes ríos del inmenso continente como eje de organización de la vida, las costumbres, la lengua y la cultura. No serán las ciudades, sino los ríos los constructores de civilización.

Para la lingüística venezolana será el Orinoco, su gigantesca cuenca y sus incontables afluentes grandes y pequeños, el que será principal generador de la rica diversidad lingüística que en sus orillas se fue gestando con una profusión que no hace sino maravillar.

Y para dejar constancia de la maravilla de las lenguas el padre Hervás dedicará el capítulo tercero del tratado primero de su *Catálogo*, a las lenguas de las «naciones establecidas en las riberas de los ríos Apure, Meta, Casanare, Orinoco y Magdalena», destacando al Orinoco como el principal en esa región lingüística que se enmarca a partir del discurrir fluvial de dichos ríos.

La reflexión de Hervás comenzará destacando la primacía del Orinoco y su importancia lingüística al gestarse en las tierras que bañan sus aguas las lenguas más determinantes de Tierra Firme, es decir de las actuales Venezuela y Colombia. Un detalle que interesa destacar es que Hervás califica a estas lenguas como «matrices», haciendo que con esto adquiera la lingüística orinoquense una importancia aún mayor:

En las riveras del Orinoco, que es uno de los mayores rios del mundo, y de los rios que en él desaguan, estan establecidas naciones que hablan dialectos de las principales lenguas matrices que se conocen en Tierra-Firme; y porque de los idiomas de las dichas naciones del Orinoco y de sus rios colaterales, tengo noticias mas individuales y ciertas, que de las naciones de Tierra-Firme, empezaré la presente relación de los idiomas por las que se hablan en las provincias ó países del Orinoco<sup>414</sup>.

<sup>414</sup> Hervás, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, ob. cit.*, tomo I, pág. 202.

Acto seguido hará declaración de lo mucho que le debe al padre Gilij para el conocimiento de estas lenguas:

Me valdré principalmente de la excelente historia que ha publicado el esclarecido señor Abate Don Felipe Gilij, que ha sido misionero de algunas naciones del Orinoco. No contento yo con haber observado todo lo que en dicha historia se dice sobre las lenguas, y que justamente ha merecido el aplauso universal de los literatos, al señor Gilij, que frecuentemente me honra con sus cartas, pedi que me favoreciese con nuevas noticias, que pudieran ilustrar este catálogo sobre las lenguas, y me declarara algunas dudas que yo tenía sobre los idiomas de las naciones del Orinoco. El señor Gilij correspondió prontamente á mi deseo y petición<sup>415</sup>.

Gilij le ofrecerá a Hervás la imagen de la lingüística orinoquense, una que, con leves ajustes, es la que ha sido ratificada por la ciencia lingüística posterior y la que sigue siendo validada por los estudios actuales. Sin embargo, Hervás buscará complementar el saber de Gilij con noticias «que he logrado de otros misioneros del Orinoco para ilustrar dicha relación»<sup>416</sup>, haciendo que su método de investigación cumpla las facetas bibliográfica y testimonial más determinantes.

Valiéndose de los insumos recabados en las distintas fuentes, procederá el jesuita de Cuenca a dibujar el panorama y a proponer el cuadro clasificatorio de las lenguas habladas en el Orinoco y en toda la Tierra Firme. Los párrafos de esta gestión etnolingüística podrían seguirse al observar:

Primero. La supremacía de la lengua caribe:

La lengua *caribe* es la mas universal en las naciones de Tierra-Firme.

Segundo. El caribe fue la lengua hablada en las Antillas, con el nombre de taíno, que Gilij ya recuperaba:

Fué idioma de los indios que poblaban las islas Antillas.

Tercero. Muchos dialectos antillanos se relacionan<sup>417</sup> con los hablados en el Orinoco:

<sup>415</sup> *Ibidem*, tomo I, pág. 202.

<sup>416</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 204.

<sup>417</sup> El procedimiento relacional será propio de los estudios lingüísticos de los jesuitas de este tiempo. Así como Hervás lo hace entre las lenguas orinoquenses y las de toda la región norte de Suramérica y el Caribe, Gilij lo hará entre las orinoquen-

No pocos dialectos de esta lengua se hallan en las naciones del Orinoco, y de los rios de que en este desaguan.

Cuarto. El establecimiento del cuadro lingüístico de la familia caribe (a partir de Gilij, con grafía española). El catálogo caribe. El caribe, visto por otras lenguas, como lengua general:

Del siguiente catálogo, que he formado con las noticias que me ha dado el señor Gilij, y he leído en su obra, en la que los nombres de las lenguas se escriben con las letras, que segun la escritura italiana, corresponden á la pronunciacion de ellos en español; mas yo los pondré como se lee en las obras de los autores españoles.

*Dialectos caribes.* 1 Akerecoto. 2 Akiricoto. 3 Areveriano. 4 Arinacoto. 5 Avaricoto. 6 Cumanacoto. 7 Guakirié. 8 Guaikirié. 9 Guañero. 10 Kiri-kiripo. 11 Macuroto. 12 Makiritari. 13 Mapoye. 14 Nauon, llamada de mugeres. 15 Oye. 16 Palenke. 17 Pareko. 18 Pariacoto. 19 Paudacoto. 20 Payure. 21 Tamanaco. 22 Uara-múcuru. 23 Uaraca-pachili. 24 Uarinacoto. 25 Uokeari.

Las naciones *Tamanaca*, *Maipure* y otras del Orinoco usan con poca diferencia todos los nombres puestos de los dialectos caribes, exceptuando los nombres de los dialectos de los números 7,8,9,13,14 á los quales dan los nombres siguientes: *uakiri*, *wakirié*, *uaneri*, *mapoi* y *aikéambenano*. Los maipures á la nacion Caribe llaman *caripuna*; los otomácos la llaman *caripina*; y los caribes suelen decir *carina*. El nombre del dialecto del número 22 significa *hermano del oso*: y el nombre del dialecto del número 23 significa *hermana de la palma*.

Las veinte y cinco lenguas ántes puestas, me escribe el señor Gilij, son dialectos caribes, y yo sé que con poca diversidad se hablan otros dialectos caribes en la costa de Paria, en las vecindades de Caracas, y quizás también en otras partes. Efectivamente parece que sean dialectos caribes las lenguas de casi todas las naciones, que los PP. capuchinos y observantes tienen en la provincia de Cumaná [...] <sup>418</sup>.

Quinto. La geografía de la lengua caribe, más allá del Orinoco, y sus relaciones interlingüísticas (a partir de los estudios de jesuitas, dominicos, capuchinos y franciscanos):

ses y el mojo boliviano, construyendo así la armazón de las migraciones y vínculos entre lenguas.

<sup>418</sup> *Ibid.*, tomo I, págs. 204-205.

En los grandes territorios de Caracas y Maracaibo que pertenecen á la provincia de Venezuela, se hablan diversos dialectos de la lengua caribe. En la jurisdicción de Caracas estan *Vitoria*, *Turmero*, *Sombrero*, y algunas otras poblaciones de indios, que se pueden llamar antiguas. Las modernas, en que estan las poblaciones *Tinaco*, *Iguana*, y algunas otras, pertenecen á las misiones de los capuchinos de Andalucía, que en ellas tienen *guamos*, *cuacas* ó *quaquas* y *guaneros*. Se cree que sea dialecto caribe la lengua de estas naciones, como tambien la general de los indios de Caracas. Con los *salivas*, cuya lengua ciertamente no es dialecto caribe, se ha encontrado una tribu ó nación de *Cuacas*, cuya lengua se juzga ser dialecto de la saliva, porque quizá de esta haya tomado muchas palabras. Hacia el rio *Casanare* hay una nación *Guanera*, cuya lengua se cree ser dialecto caribe.

En la jurisdiccion de Barinas del gobierno de Maracaibo hay *Achaguas* y *cuacuaras*, é indios de otras naciones en las misiones de los PP. dominicos. La lengua *achagua* es dialecto de la maipure, que se habla por algunas tribus pertenecientes á las misiones de los jesuitas en el Orinoco, hasta cuyas riberas se extienden los indios gentiles de la jurisdicción de Barinas. En la jurisdicción de Maracaibo estan Capacho, Timotes, Bayladores, y otras poblaciones antiguas de indios, entre las que se nombran con particularidad Lagunillas, Misoá, Maporó y Tomoporó, situadas dentro del gran lago de Maracaibo, el qual por razon de los lugares en él fabricados, como en la ciudad de Venecia, dió á la provincia el nombre de *Venezuela*. Cerca del dicho lago estan los indios *jaquetes* ó *xaquetes*, cuya lengua probablemente será dialecto caribe. Hay tambien en la jurisdiccion de Maracaibo *guagiros* (de los que algunos se han agregado á las misiones de los capuchinos), y *cocinas* que viven errantes por las selvas, y se dexan ver pacíficamente en las poblaciones de Maracaibo. En una lengua de tierra, que se extiende por cincuenta leguas, y entra en el mar, está establecida una nacion bárbara y cruel hasta ahora desconocida, que confina con los *guagiros*. La lengua de estas tres naciones se cree dialecto caribe<sup>419</sup>.

Sexto. La geografía de la lengua caribe, más allá del Orinoco, y sus relaciones interlingüísticas (a partir de los estudios de Anton Friedrich Büsching, Charles de Rochefort, Du Montel, Gabriel de Cárdenas y otros):

A las noticias que he dado sobre la variedad de dialectos caribes que se hablan en el nuevo reyno de Granada, añado las que da el mas erudíto geógrafo que se conoce entre los modernos. Este es Busching, que en el tomo XXI de su geografia de la edicion italiana pone en el §.x de su introducción á la América los siguientes dialectos caribes, que se hablan en Tierra-firme.

<sup>419</sup> *Ibid.*, tomo I, págs. 207-208.

*Dialectos caribes.*

1 Araco. 2 Aravari. 3 Arenquepono. 4 Aricari. 5 Arvaco. 6 Avakiari. 7 Avaravaño. 8 Calibo ó caribo. 9 Canga. 10 Catapaturu. 11 Cateco. 12 Catsipagoto. 13 Eparagoto. 14 Epuremeo. 15 Evaiponomo. 16 Goto-guanchano. 17 Gujano. 18 Mayo. 19 Maranshuaco. 20 Macaono. 21 Mukikero. 22 Muraco. 23 Paragoto. 24 Salmano. 25 Samagoto. 26 Shebago. 27 Taoyo. 28 Vazevaco. 29 Urabo.

Ignoro si los indios que Busching llama *aracos*, son los que hallo nombrarse *aruacas* en las noticias que me han dado algunos ex jesuitas misioneros del Nuevo reyno de Granada. Estos *aruacas* forman una nacion grande, que está entre la boca oriental del rio Orinoco (á 318 grados de longitud), y el rio Surinam (á 323 grados). Coleti que ha estado en el dicho Nuevo reyno de Granada, en el artículo *aruacas* de su diccionario de América, dice: «Los aruacas descienden de una nacion caribe bárbara, y son amigos y confederados de los holandeses de *Berbis*, *Essequebe* y *Surinam*». El dicho Coleti, hablando de las islas Antillas, llamadas tambien Antillas menores, Camarcanas é islas de Barlovento, dice, que sus antiguos pobladores eran caribes, los quales al presente existen retirados en las islas Becoya, Dominica y San Vicente. Convienen los autores en que era caribe la lengua que se hablaba en todas las islas Antillas; mas discuerdan sobre el pais de donde salieron los primeros caribes que las poblaron; y sobre esta duda, de que no traté en la edicion italiana de esta obra, expondré las siguientes observaciones, en gran parte sacadas de la historia que Rochefort escribió de las Antillas.

Este autor [...] dice: Los indios originarios ó naturales de las islas Antillas (de las que las principales son veinte y ocho) se han reducido á las islas de Santo Domingo y de San Vicente. Esta es la mas poblada de caribes. En la Martinica habia indios; y una colonia de estos que habia en la isla de San Christobal, fué llevada á la Martinica en año 1635. En Santo Domingo hay muchos indios con su cacique. Hay tambien caribes en la isla de Guadalupe, que sus naturales llaman *curucueira*.

A los primeros habitantes de las islas Antillas llamamos *cannibales*, *antropófagos* y *caribes*. Se dice que los españoles hayan puesto el nombre de *caribes*, como tambien a los indios de Tierra-firme, llamados *caribes*. Lo cierto es, que los indios solamente en la embriaguez se llaman *caraibe*: y fuera de ella se llaman *calinago* los hombres, y las mujeres se llaman *caliponan*: y estos mismos nombres usan los indios de Tierra-firme. Los indios isleños entre sí se llaman tambien *oubao-bonon* (de islas-habitantes): y los de Tierra-firme entre sí se llaman *baloue-bonon* (de tierra-firme-habitantes): estos son los que habitan la Cayena y en Berbice.

[...]

Los indios de la isla de San Vicente, y de otras islas, dixéron á Du-Montel (como se lee en sus memorias), que todos los caribes estaban antiguamente baxo del dominio de los *arouagues*, y que parte de ellos, no pudiendo sufrir el yugo del cacique de estos, se rebeláron, y retiráron á las islas Antillas, esto es, se fueron primeramente á la de Tobago, una de las islas vecinas á Tierra-firme. Añadiéron que los calibitos se rebeláron despues contra dicha nacion de los *arouagues*, eligiéron su cacique, y fuéron amigos de ellos, y enemigos de los *arouagues*.

Los isleños de Santo Domingo dicen que sus antenados, unidos con los calibitos, salieron de Tierra-firme para hacer la guerra á los *arouagues*, que estaban en las islas: y que los caribes mataron á todos los hombres *arouagues*, y quedáron allí con las mujeres de estos: y por esto las mujeres de las islas Antillas hablan una lengua, que en muchas palabras se diferencia de la de los hombres, y en alguna cosa se asemeja á la de los *arouagues* de Tierra-firme.

Segun estas relaciones, los caribes de las Antillas provienen de Tierra-firme de América, en donde ciertamente hay no pocas naciones, que usan lenguas algo semejantes á la caribe. Puede haber sucedido, que algunas de dichas naciones hayan mezclado sus idiomas primitivos con el de los caribes, ó que estos hayan mezclado el suyo con el de los *arouagues*, á que estuvieron sujetos; y que por razon de esta mezcla no se distingan bien los idiomas primitivos. Del idioma tamanaco, que se cuenta entre los dialectos caribes, he cotejado muchas palabras con la lengua caribe, que se hablaba en las Antillas, y he hallado tanta diferencia, que me inclino á juzgar, que los tamanacos no descienden de los caribes.

El inglés Bristok juzga, que los caribes de Tierra-firme y de las Antillas, provienen de los caribes que hay en la Florida. En el ensayo cronológico, que para la historia de esta desde el año de 1512, en que la descubrió Juan Ponce de Leon, hasta el de 1722, escribió el docto Cárdenas, se lee, que entre el Nuevo México y Panzacola hay naciones bárbaras de caribes que impiden la comunicación.

He tratado prolijamente de los caribes, que parecen ser una especie de fenices americanos, porque he querido unir las noticias principales, que hasta ahora se han publicado para determinar el país de su origen, que otros autores con nuevas pruebas podrán determinar acertadamente<sup>420</sup>.

Séptimo. El sáliva y sus afinidades:

La lengua *saliva*, que se cree matriz, se habla por algunas tribus, y se juzga que sus dialectos conocidos son el *ature*, el *piaroá*, y el *quaqua* ó *cuaca*.

<sup>420</sup> *Ibid.*, tomo I, págs. 208-213 y 218.

Ignoro si la lengua *cuaca*, que e dialecto de la *saliva*, segun las noticias que me ha dado un ex jesuita misionero del Orinoco, tenga afinidad con la *quaqua* de las misiones, que en la provincia de Caracas tienen los PP. capuchinos de Andalucía: si tuviese afinidad, conjeturo que no será dialecto de la *saliva*, mas de la caribe, que es muy comun á los indios de Caracas<sup>421</sup>.

Octavo. La familia maipure:

De la lengua de los *maipures*, convertidos por el señor Gilij, son dialectos los idiomas *avane*, *meepure*, *cavene* ó *cabre*, *parene*, *guipunave*, *kirrupa* ó *kirruba*, y otros de naciones escondidas en el Alto Orinoco, en el rio Negro y en el Marañon. Hoy, añade Gilij, se tiene por cierto que la lengua *achagua* es dialecto de la *maipure*; y así lo juzgó el jesuita Gumilla (en su Orinoco ilustrado) [...] Dudo si los *achaguas*, que estaban con los *omaguas* y *amarizanos* en la mision de los jesuitas, hablaban un dialecto *maipure*: porque los *omaguas*, sus compañeros, hablaban un dialecto *guaraní* [...] Gilij dice, que los *amarizanos* son algo semejantes á los *achaguas* en el hablar: y en la relacion que hace del viage de Lubian, advierte, que este habló á los *betois* por medio de los *amarizanos*, que habia tomado en la *Quebradita* para que le sirviera de intérpretes. Parece pues que la lengua *amarizana* era algo semejante á la *betoi*. El señor Don Manuel Alvarez<sup>422</sup>, que ha sido misionero de los *achaguas* en el pueblo llamado San Juan Francisco Regis, en la ribera del rio Meta, me ha dicho, que los *Achaguas* le decian que entendian bastante bien á los *guamos* del rio Apure, á los *guajivos*, y á los *cabres* ó *caveres*: y este dicho del señor Alvarez parece probar que todas estas lenguas son dialectos *maipures* [...].

Ultimamente, entre los dialectos *maipures* se debe poner la lengua *ature*, de una nacion del mismo nombre, la qual, como dice Gilij, en los descubrimientos hechos el año 1766 en la provincia del Orinoco, se halló habitar una isla que hace el rio Padamo<sup>423</sup>.

<sup>421</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 218.

<sup>422</sup> Jesuita nacido en Medellín el año 1721, fallecerá en Roma en 1801. Se había dirigido a Italia después de conocer el decreto de expulsión de Carlos III. Se sabe que escribió unos *Apuntes sobre las lenguas orinoquenses*. Vivió entre los *achaguas* y por ellos sintió entrañable afecto, tal como lo refiere el propio Hervás: «Estos *achaguas* pertenecen sin duda á la nacion de los *achaguas*, de que era misionero el señor Alvarez ántes nombrado, el qual no puede hablar, y ni acordarse de sus *achaguas* sin enter necerse, por las excelentes calidades que tenian: ellos, dice el señor Alvarez, eran de los indios mejores que se han descubierto hasta ahora en América» (*Ibid.*, tomo I, pág. 229) (cf. Del Rey Fajardo, *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, ob. cit., págs. 100-101).

<sup>423</sup> *Ibid.*, tomo I, págs. 219 y 220.

Noveno. La lengua otomaca:

Las lenguas otomaca, taparita y kirikiripa son dialectos caribes<sup>424</sup>.

Décimo. La lengua guarauna:

La lengua *guarauna*, que en la edicion italiana de esta obra creí yo ser matriz, probablemente es dialecto caribe, y se habla por una nacion bárbara del Orinoco, de la que hay algunas tribus dispersas en las islas de la embocadura del dicho rio<sup>425</sup>.

Undécimo. La lengua betoi:

En el Casanare está la nacion *betoi*, que habla la lengua *betoi*, y con esta tienen afinidad las lenguas *jirara* y *ele*, que del idioma *betoi* se diferencian tanto, como los idiomas español, francés é italiano entre sí. No podré decir á v. qual de las tres lenguas dichas sea la matriz. Me parece que con el idioma *betoi* tienen afinidad las lenguas *airica* y *situja* que se asemejan mucho entre sí, y quizá tambien la *jirara*<sup>426</sup>.

Duodécimo. Las lenguas tuneba, guanera y achagua:

Las lenguas *tuneba*, *guanera* y *achagua*, entre sí son muy diferentes, y tambien de las demas del Casanare: y no tengo dificultad en creer que la lengua *achagua* sea dialecto de la *maipure*<sup>427</sup>.

Décimo tercero. La lengua manare:

El señor Alvarez, misionero de los *Achaguas*, me ha dicho, que habiendo tenido ocasion de tratar con los indios *manares* ya christianos, y pregun-

<sup>424</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 221; glosa.

<sup>425</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 221.

<sup>426</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 222. Fragmento de una carta, de fecha 17 de julio de 1783, que el padre Manuel Padilla, S. J., le dirige a Hervás. Este jesuita bogotano, nacido en 1715 y fallecido en Pérgola-Italia en 1785, estuvo entre los betoyes por más de dos décadas. Fue en San Ignacio de Betoyes donde recibe la noticia de la Pragmática Sanción decretada por Carlos III, en 1767. Escribió *Elementos gramaticales de la lengua betoy* y *Arte y vocabulario de la lengua betoy*, además de una biografía del padre Gumilla (cf. Del Rey Fajardo, *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, ob. cit., págs. 527-528).

<sup>427</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 222. Igualmente, se trata de una referencia tomada de la misma carta del padre Padilla.

tándoles sobre la lengua nativa, no le supieron dar idea de ella, porque unos la habian olvidado, otros no la habian aprendido, y todos ellos hablaban español<sup>428</sup>.

Décimo cuarto. Las lenguas guama y cuacará:

Las lenguas *guama* y *cuacará* tienen afinidad entre sí, y quizá son dialectos de la caribe: porque las naciones que las hablan, confinan con la *palenke*, nacion grande, que habla dialecto caribe, y con los *paos* ó *paes*, que quizá descienden de los *palenkes*<sup>429</sup>.

Décimo quinto. Las lenguas guaiva y chiricoa:

Las lenguas *guaiva* ó *guariba*, y la *chiricoa*, tienen afinidad entre sí, y se hablan por dos naciones errantes, establecidas al sur de la misión *yaruros*, en que yo estaba<sup>430</sup>, ó en la banda opuesta del rio Meta. Estas dos naciones, aunque errantes, tienen países propios y separados, en que comunmente estan<sup>431</sup>.

Décimo sexto. La lengua yarura:

La lengua *yarura*, ó por mejor decir *japoen*, es matriz de buen artificio, y tiene algunas palabras *otomacas*; por lo que, quien entienda algo de estas dos lenguas, fácilmente se puede equivocar juzgando que tengan afinidad, ó sean dialectos de una lengua matiz; mas su afinidad consiste en algunas palabras, que á las dos naciones han sido comunes por su trato, que será antiguo<sup>432</sup>.

<sup>428</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 225.

<sup>429</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 226.

<sup>430</sup> El que habla en este pasaje no es Hervás, sino es el padre José María Forneri, S. J., misionero italiano del siglo XVIII, al que Hervás le había solicitado informaciones sobre los yaruros, donde ejercía su labor apostólica orinoquense, y de cuya lengua había compuesto obras gramaticales y lexicográficas. Hervás transcribe la carta íntegra y deja que Forneri, como ha hecho con otros de sus colaboradores se exprese directamente y con sus propias palabras. Murió desterrado en Italia después de la expulsión (cf. Del Rey Fajardo, *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, ob. cit., págs. 290-293).

<sup>431</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 226. Fragmento de una carta que el padre Forneri le dirige a Hervás.

<sup>432</sup> *Ibid.*, tomo I, pág. 226. Fragmento de una carta que Forneri le dirige a Hervás: «Hasta aquí el señor Forneri por escrito, y después de palabra en esta ciudad de Roma, en que reside» (pág. 227).

Si se lee con atención, el cuadro (o los cuadros) relacionales que Hervás ha explanado a partir del caribe, entendida como una lengua general de toda la región centro-norte, oriental y occidental de Venezuela, los llanos venezolanos y colombianos, el Caribe, la Florida, la Guyana, etc., permiten hacerse una idea de la rica fragmentación lingüística de toda esa gran región y de cómo la lengua caribe logró, en consonancia con las naciones que la hablaban, hacerse fuerte y establecer vínculos de cultura y lengua con otras lenguas no caribes de la región. Se percata, con sobrada evidencia, de la existencia de otras lenguas matrices, además de la caribe: maipure, sáliva, betoi, yarura, guarauna (sobre esta tiene la intuición y la duda, en porciones iguales). Sus interpretaciones a partir de sus fuentes producen resultados ciertos, con muy pocas excepciones (entre otras confusiones o inadvertencias: la asignación caribe para el guajiro, que es lengua aruaca o arawak y cuyo esclarecimiento será logrado a finales del siglo XIX; sus dudas sobre la adscripción caribe del tamanaco, que el padre Gilij había dejado muy bien aclarada; o la clasificación caribe para el guarauno; y el silencio sobre la afinidad del mojo del Perú, pues aun no existía Bolivia, cuando lo cataloga en el capítulo IV del tratado I, con las lenguas del Orinoco, como Gilij había señalado). Sin proponérselo como intención científica inicial, dibuja el complejo panorama lingüístico y asienta una clasificación de las lenguas indígenas de Venezuela y de buena parte de Colombia<sup>433</sup>, que sigue siendo útil.

## MITRIDÁTICO Y COSMOLINGÜÍSTICO

La presencia de Hervás en la reflexión sobre lenguas indígenas venezolanas resulta muy frecuente y sus opiniones y datos útiles más que necesarios. Como es natural, van casi siempre de la mano de las hechas por otros hermanos en la religión, del que él se nutrió ampliamente. En cierta manera, desde la perspectiva jesuítica, él representa la consagración científica de cualquier autor que lo haya precedido. Una referencia de cualquiera

<sup>433</sup> Al finalizar la catalogación de las lenguas del Orinoco, se ocupará de las que anidan en el interior neogranadino, dejando claro que la lingüística orinoquense toca a su fin y que por su importancia la ha descrito con profusión de informaciones: «Con alguna prolixidad he referido las noticias que he podido lograr de los misioneros de las naciones últimamente convertidas sobre los idiomas y poblaciones de ellas. He nombrado no pocas naciones, de que poquísimo se ha escrito, por lo que no debía yo omitir las pocas noticias que de ellas he adquirido. Paso ahora á lo interior del nuevo reyno de Granada para observar la variedad de naciones que en él hay, y de lenguas que se hablaban» (*Ibid.*, tomo I, págs. 227-228).

de ellos en la obra de Hervás resultaría poco menos que consagratória. Entre los eruditos y científicos, en el nombre de Hervás culmina cualquier asunto de interés o de su nombre parte cualquier línea nueva de trabajo.

La recepción de la obra de Hervás en el ámbito de la lingüística en Venezuela correrá paralela de la que también fue objeto el padre Gilij y, en gran medida, se asimilan la una a la otra. En otras palabras, para la mayoría de los estudiosos de las lenguas indígenas venezolanas destacar los logros del jesuita italiano exigía destacar también los del jesuita español o, al contrario, si tenemos en cuenta que la popularidad internacional de Hervás había sido alcanzada mucho antes que la de Gilij.<sup>434</sup> Hervás será un inteligente y agradecido promotor de sus colaboradores, a quienes cita y de quienes transcribe extensamente las cartas e informes que le han remitido. De Gilij, resulta más que evidente, Hervás ha tomado el cuadro clasificatorio de las lenguas del Orinoco, esa concepción cosmolingüística que él perfeccionará, para hacer suya la idea del tamanaco (caribe) y el maipure (arawak) como las dos grandes familias lingüísticas de la región.

Un comportamiento receptivo similar será el que se observa en los trabajos de los hermanos Humboldt en relación con los aportes del binomio Gilij-Hervás. Si bien Wilhelm von Humboldt ofrecerá juicios críticos de importancia sobre la tarea de los jesuitas expulsos en Roma y cuyos trabajos conoció de primera mano, mientras ejercía de diplomático ante la Santa Sede, será su hermano Alexander, el viajero y explorador, el que se valga de las enseñanzas clasificatorias de estos sabios jesuitas en su monumental relación *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. El aprovechamiento de estos materiales en esta obra será continuo y ello abrirá camino para la definitiva instalación en la ciencia lingüística decimonónica de estos nombres tan determinantes. Una confirmación de ello, entre otras muchas, puede verse en el «Vocabulario comparado parene-maipure», en el capítulo XXI del libro VII, de la obra de Alejandro de Humboldt antes mencionada, en la que su autor declara que «las voces de la lengua maipure se han sacado de las obras de Gili y Hervás»<sup>435</sup>.

Durante el siglo XIX el nombre de Hervás se hará familiar en los estudios sobre las lenguas. Destaca, en la primera mitad de la centuria, una refe-

<sup>434</sup> Sobre la interinfluencia entre los dos jesuitas, en ocasiones muy del estilo de la que los hermanos Humboldt llevaron a cabo cuando se ocupaban de los mismos asuntos, y la recepción recíproca que ejercieron, remito al capítulo sexto de este libro, donde estudio «El modelo lingüístico de Felipe Salvador Gilij».

<sup>435</sup> Alejandro de Humboldt, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente* [1814], Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, tomo IV, pág. 106.

rencia que hemos podido aislar en el *Diccionario matriz de la lengua castellana*, de Rafael María Baralt (1810-1860), el año 1850. Ocurre cuando Baralt establece el cuadro de las fuentes que le serán capitales para la construcción de su repertorio histórico de la lengua, elaborado a partir de las raíces léxicas de las palabras y cuyo asidero comparativo está abiertamente confirmado. Mencionará en la introducción al «Prospecto» de este diccionario, el catálogo italiano de Hervás<sup>436</sup>.

Se ha cuestionado la insistencia de querer ver a Hervás como padre del comparatismo. En el ánimo de muchos autores de su tiempo las ideas comparatistas están presentes, aunque el método no estuviera en marcha todavía (habría que esperar un par de décadas hasta que Franz Bopp lo ensayara y difundiera en sus lineamientos fundacionales). Esto, sin embargo, no le resta mérito a ninguno de sus procedimientos, aunque pudieran estos inducir a error, cosa que le ocurrió en variadas oportunidades. Esto nos lleva a señalar que el principal motivo del *Catálogo de las lenguas conocidas*, en su versión cuasi definitiva en español en seis volúmenes (la edición italiana es casi un esbozo en un solo tomo), no ha querido ser un tratado de filología comparada, sino un repertorio que cataloga (clasifica) las lenguas del mundo en cuanto a sus afinidades y parentescos, para los que muchas veces recurre a comparaciones entre formas léxicas. Sus vínculos con Pallas, Vater, Rudbeck y otros son claros, en este punto. Se distinguirá parcialmente de los anteriores, pues su proceder será etnográfico y lingüístico al mismo tiempo, pues intenta comprender las culturas por medio de sus lenguas, y por ello su gesta catalográfica (mitridática) será, insistentemente, cosmolingüística.

Mientras transcurre el siglo XIX su presencia en los estudios etnolingüísticos venezolanos se hará habitual y, así, cualquier exploración sobre lenguas aborígenes tendrá que evaluar sus propuestas clasificatorias. El *Catálogo* de Hervás será una obra deseada, aunque no se la encuentre siempre con facilidad en las bibliotecas del país. Es el tiempo en que la Biblioteca Nacional, en Caracas, apenas está siendo creada (aunque su fundación fue decretada en 1833, no sería hasta finales del siglo cuando comenzaría a consolidarse como tal). Solo muy contados estudiosos podrán hacer uso del Hervás en su biblioteca personal. Sin embargo, Hervás irá creciendo dentro de la ciencia lingüística venezolana en compañía del resto de los filólogos coloniales, sean jesuitas o no.

Aunque la lista es profusa en figuras de importancia segura, integrada por científicos de la lengua, de la cultura y de la naturaleza, quisiera centrar

<sup>436</sup> Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela, desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, pág. 89.

todo en la de Lisandro Alvarado (1858-1929), el gran inductor y Hermes de nuestros idiomas indígenas; y en la de Julio Cesar Salas (1870-1933), el gran compilador y Mitridates de las lenguas aborígenes del mundo.

La citación hervasiana en la obra de Alvarado resulta muy numerosa y de rasgo esencial. En una de sus obras lexicográficas mayores, *Glosario de voces indígenas de Venezuela* (1921), podemos encontrar eventuales referencias a Hervás (cuyo nombre aparece consignado en la bibliografía que elabora la comisión editora de las *Obras completas* del sabio larense). Asimismo, encontramos el nombre del jesuita en sus escritos y ensayos de tema lingüístico y antropológico. Dirá, en el apartado dedicado a las «Lenguas» en sus *Datos etnográficos de Venezuela* (1945 post.), que: «Podemos hoy estudiar con mayor fruto el *Catálogo de las lenguas* del abate Hervás, a beneficio de la moderna colaboración de los exploradores y misioneros, en lo tocante a Venezuela y a los idiomas vernaculares de ella»<sup>437</sup>.

En el conjunto de materiales lingüísticos que dejó inéditos Alvarado, se halla un grupo voluminoso de manuscritos que contienen transcripciones y anotaciones léxicas y gramaticales que fue tomando de las distintas fuentes coloniales y modernas que revisó con miras a la elaboración de sus trabajos mayores. Constituyen a día de hoy un valioso repertorio de textos que no solo hacen aportes descriptivos concretos sobre las lenguas tratadas, sino que informan sobre las fuentes y métodos que el sabio ponía en práctica en sus investigaciones lingüísticas. Uno de los primeros estudiosos modernos en reparar y divulgar la dorada lista de trabajos sería el etnógrafo Paul Rivet (1876-1958), el autor de *Los orígenes del hombre americano* y gran admirador de la obra del naturalista venezolano. Lleva por título: «Lisandro Alvarado y las lenguas indígenas de Venezuela». El padre Hervás será la fuente de varios de estos manuscritos. Entre otros, los titulados «Yaruro» (Vocabulario según Tavera-Acosta, Crevaux, Chaffanjon, Forneri, Gili, Hervás, Oramas, Tulio Vásquez, Delfín Aguilera y Alvarado); «Gramática chaima con un índice alfabético del Arte de la Lengua Chaima del R. P. Tauste» (incluye un vocabulario comparado tamanaco, chaima y cumanaquito según Gili, Hervás, Tauste, Humboldt,

<sup>437</sup> Lisandro Alvarado, *Obras completas*, Caracas, La Casa de Bello, 1989, tomo II, pág. 394. En uno de sus estudios inéditos, el titulado «Etnografía venezolana», Alvarado ofrece casi la misma redacción, pero explicitando y completando títulos y autores: «Podemos hoy estudiar con mejor método el *Catálogo de las lenguas* del abate Hervás, y el *Mitridates* de Adelung y Vater, en lo tocante a Venezuela, según los principios expuestos en los diversos trabajos lingüísticos de Luciano Adam, especialmente en sus *Materiales para servir a la fundación de una gramática comparada de los dialectos de la familia caribica*» (*Ibidem*, tomo II, pág. 415).

Yangües, Ruiz Blanco, Tapia y Caulín), y «Sáliba» (Voc. según Tavera-Acosta, Gilii, Hervás, Lubián y Jesús Martínez). Habría que valorar la presencia de Hervás en unos manuscritos que, para Rivet, «representan, poco más o menos, la Suma de nuestros conocimientos acerca de diversos idiomas hablados en Venezuela durante el período precolombino, muchos de los cuales han sobrevivido hasta la época moderna»<sup>438</sup>.

Alvarado será entendido como la figura central de un movimiento de estudio, rescate y reconstrucción de las culturas indígenas gracias a sus lenguas. Cuando el erudito y ensayista caraqueño Santiago Key-Ayala (1874-1959), encargado de la edición de las *Obras completas* de Alvarado, a mediados del siglo xx, se encuentre en el archivo del sabio el singular epistolario, no podrá sino titular el nutrido volumen como *Obra inducida de Lisandro Alvarado* (1958). Lo integran un conjunto de importantes misivas que ha recibido Alvarado desde distintos puntos del país, remitidas por un plantel de corresponsales de élite en la ciencia venezolana de ese momento. A todos ellos, sin proponérselo, Alvarado los ha ido entusiasmando con los temas más cruciales para la comprensión del tiempo aborigen; una prehistoria que pacta sus orígenes en una cronología difusa, previa a la llegada de los conquistadores españoles, en el que pareciera que los indígenas contemporáneos de estos autores estuvieran aun viviendo.

Uno de los corresponsales inducidos, muy similar y muy diferente al del resto de los correligionarios alvaradianos, será el sociólogo y etnógrafo merideño Julio César Salas. Nos interesa verlo como un nombre mayor dentro de esta generación de estudiosos de excepción, pues él, a diferencia de los otros, ha sido tocado por una bendición mitridática que lo conduce a compendiar el más grande proyecto venezolano en esta materia. Lo titula *Orígenes americanos. Gran diccionario comparado*, cuya finalización en 16 volúmenes, anuncia su autor en el XXIII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Nueva York, el año 1928.

Como un Hervás moderno, Salas construirá un repertorio de lenguas cuyas cifras asombrarían como proyecto en preparación y que consternan hoy como proyecto culminado. Escuchemos al autor hablarnos sobre ellas:

Como puede verse de la transcripción inglesa del discurso con que presenté mi obra, ésta comprende actualmente diez y seis volúmenes, en que más de doscientas mil palabras de quinientos cinco idiomas y dialectos de toda la América han sido colocadas en riguroso orden alfabético

<sup>438</sup> Paul Rivet, «Lisandro Alvarado y las lenguas indígenas de Venezuela», en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n.º 135, 1959, pág. 35.

y comparadas con las correspondientes de cerca de seiscientos idiomas de Europa, Asia, África y Oceanía. Este trabajo no ejecutado hasta hoy, representa veinticinco años de constante labor, pero se puede considerar básico respecto a la prehistoria de América, pues se demuestra claramente la unidad de las Religiones y Lenguas del mundo, obteniéndose por comparación el valor semántico de las voces y raíces de cualquier idioma con respecto a los factores sociológicos o del mundo físico, asistiendo, podemos decirlo, al nacimiento de los Dioses, de las Religiones y del Habla y Escritura que tienen la misma cuna<sup>439</sup>.

Salas y Alvarado alcanzarán el sueño de Hervás y construirán, como siguiendo sus pasos, la cosmolingüística en la que había creído el catalogador dieciochesco. Nada en el conocimiento de las lenguas puede completarse sino reuniendo el saber de todas. La investigación particular es solo una acción preliminar de estudio, pues será el conjunto en sus distintos conjuntos el que produzca verdades lingüísticas capaces de explicar el misterio que cada lengua lleva consigo. La concepción cosmolingüística<sup>440</sup> se concibe como un universo que forma parte del universo. Para Hervás, el *Catálogo de las lenguas conocidas*, definido como el universo de las lenguas, forma parte de su *Idea del Universo*, definido como el universo de todos los universos naturales, espirituales y mentales (astros, naturaleza, pensamiento, religiones, costumbres, ciencias, culturas). Para Salas y Alvarado, herederos de los haberes de la filología colonial jesuítica, el estudio de las lenguas indígenas de Venezuela (caribeñas, guayanesas, occidentales, llaneras, deltanas y andinas) no será sino la manera primigenia y primera de nuestros universos, parte formante de los universos criollos por donde se llegaría a la comprensión de los «orígenes americanos», el universo final. «Cosmos» de lenguas para arribar al «Cosmos» de las culturas. Hervás y Humboldt como las dos más potentes admoniciones de la lingüística del cosmos; modelos impostergables por donde transcurrieron todas las investigaciones mitridáticas<sup>441</sup>.

<sup>439</sup> Julio César Salas, «Página autobiográfica», en *Estudios americanistas*, Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1934, págs. 14-15.

<sup>440</sup> «Perspectiva cósmica», en relación con Humboldt y su escuela, la determina Andrea Wulf, *ob. cit.*, pág. 294.

<sup>441</sup> Aunque no creo que haga falta volver a recordarlo, debe tenerse en cuenta que este término que hemos acuñado en nuestros trabajos sobre Salas, tiene su origen en el nombre que Adelung y Vater dieron a su célebre repertorio y que se inspiraba, a su vez, en el nombre del mítico rey de Asia, el más legendario conocedor de lenguas en el mundo antiguo.

## Postliminar

La historia lingüística de los jesuitas en Venezuela no termina con la obra de Hervás. Al contrario, el jesuita expulso de Cesena representa la perfecta bisagra entre los estudios coloniales y los modernos. De esta suerte, la segunda parte de nuestro proyecto (siglos XIX, XX y lo que va del XXI), concentrará la descripción historiográfica en los aportes de Juan Luis de la Cerda, autor excepcional del siglo XVII, nacido en Toledo en 1558 y fallecido en Madrid en 1643, cuya presencia en los estudios gramaticales decimonónicos le ofreció una nueva vida más allá de su tiempo cronológico, en un período de ausencia de los jesuitas en el país. La historia continuará después de 1916, cuando la Compañía de Jesús vuelva a restaurarse en el país<sup>442</sup>, y la filología renazca en un grupo muy selecto de cultores, entre los que destacaríamos a Manuel Aguirre Elorriaga (1904-1969), Pedro Pablo Barnola (1908-1986), Fernando Arellano (1908-2002), José del Rey Fajardo (1934) y Jesús Olza Zubiri (1938). De esta suerte, todo el trayecto quedaría cerrado, al menos en relación con las grandes figuras, a la espera de poder conocer y destacar los cientos de nombres de los primeros siglos en la vida venezolana de los jesuitas, tiempo fundacional de gran impacto científico.

El recorrido anterior resulta más que elocuente en relación con los alcances que tuvo la investigación lingüística de los jesuitas hasta 1800. La siguiente centuria lo sería sin la presencia física de los miembros de la Compañía, pero no sin la presencia ideológica y, rotundamente sí, con el seguimiento de los muchos aportes en nuestra disciplina<sup>443</sup>. El estudio sobre la recepción de las ideas lingüística jesuíticas permite concluir que nunca se interrumpió la guiatra y la influencia del legado de los filólogos ignacianos. Evidencia de ello estará asentado en la polémica en torno

<sup>442</sup> Para la comprensión del largo período de supresión de los jesuitas en Venezuela, remito a dos importantes libros del padre José del Rey Fajardo: *Expulsión, extinción y restauración de los jesuitas en Venezuela, 1767-1815*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2014; *La biografía de un exilio (1767-1916). Los jesuitas en Venezuela: Siglo y medio de ausencia*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2014.

<sup>443</sup> Quizá, el primer autor que debería estudiarse sería Alejandro de Humboldt, como seguidor seglar de las enseñanzas filológicas de los jesuitas venezolanos coloniales, en los albores del siglo XIX.

a la implantación de un texto único para la enseñanza del latín en la Universidad de Caracas hacia mediados del siglo XIX, en donde el debate se focalizaba en relación a la permanencia de la gramática latina de Nebrija implicando a un jesuita del siglo XVII, el padre Juan Luis de La Cerda (1558-1643) que había adaptado, en 1601, el Libro Quinto de las *Instituciones de gramática* del humanista renacentista para servir de texto en la Universidad de Salamanca. Editado repetidamente en Caracas, a partir de la edición de Valentín Espinal del año 1833, correría la obra del padre La Cerda encriptada bajo el sintagma digno y sonoro de «El Nebrija» (*Aelii Antonii Nebrissensis de institutione grammatica libri quinque*)<sup>444</sup>. Frente al texto del padre La Cerda se buscaba contraponer el *Método para estudiar la lengua latina* de Bournouf, un gramático francés muy afamado en su tiempo. La discusión se polarizaría en relación a si se debía estudiar el latín con un texto en latín (= latín con explicaciones en latín) o si debía hacerse con uno en la lengua del estudiante (= latín con explicaciones en español, latín con explicaciones en francés, etc.). Fue tan importante el debate que en él intervinieron para apoyar una u otra situación autores tan destacados como Juan Vicente González, que traducirá y editará el libro de Bournouf, y Cecilio Acosta, que redactará su magistral ensayo «Informe sobre texto latino» (1850) en apoyo al trabajo del jesuita. Otros nombres abonarían esta discusión, la más trascendente en toda la lingüística venezolana del siglo XIX: el historiador Felipe Larrazábal, y los latinistas y traductores Manuel Antonio Carreño y Manuel María Urbaneja<sup>445</sup>.

Sin embargo, serían los etnolingüistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX los que darán uso, brillo y reconocimiento a los muchos aportes ofrecidos por los jesuitas coloniales, al punto de erigirlos, en la mayoría de los casos, como las fuentes indiscutibles para el estudio de las lenguas aborígenes del país. A este respecto, los seguidores más comprometidos serían Arístides Rojas, Adolfo Ernst, Pedro Manuel Arcaya, Julio César Salas y Lisandro Alvarado; y Gumilla, Gilij y Hervás los autores seguidos con mayor compromiso.

La historiografía moderna pautaría las rutas definitivas de asentamiento e investigación sobre la significación de los estudios sobre las lenguas por parte de los religiosos jesuitas. Con ánimo selectivo y no exhaustivo, serían

<sup>444</sup> Cf. Pedro Grases, *Investigaciones bibliográficas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1968, tomo I, pág. 236. Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela, desde 1782 hasta 1929*, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 1988, pág. 44.

<sup>445</sup> Cf. Francisco Javier Pérez, *Las raíces de la modernidad lingüística en Venezuela. El siglo XIX*, Mérida, Universidad de los Andes, 2006, págs. 18-19.

cinco las figuras contemporáneas que no pueden dejar de mencionarse. El primero en cronología e importancia sería Pedro Pablo Barnola, gramático e investigador de la literatura venezolana, numerario de la Academia Venezolana de la Lengua y su director por ocho años, segundo rector de la Universidad Católica Andrés Bello. En materia sacerdotal, sería el primer venezolano en ingresar en la Compañía de Jesús. En materia lingüística, destacaría por sus orientaciones sobre el uso del español en el país, gracias a su columna «Noto y anoto», luego convertida en libro, y por sus contribuciones a la comprensión del venezolanismo verbal. Están allí sus notas léxicas sobre la novela *Zárate* (1882) y sus notas lexicográficas sobre Lisandro Alvarado, un autor que estudió y admiró generosamente. Una investigación que enmarque el trayecto específicamente literario de los jesuitas venezolanos evaluará la labor antigua y moderna, y en esta última, además de Barnola, tendrán cabida los trabajos de creación y crítica literaria obra de los padres Ángel Damboriena, Manuel Briceño Jáuregui (el jesuita colombiano tuvo un impacto notable en los estudios clásicos venezolanos), Fernando Arellano, Carmelo Salvatierra, Carmelo Vilda, Pedro Trigo, Jesús María Aguirre y Francisco Javier Duplá, entre otros.

Aunque de rango episódico, no deben dejar de mencionarse, aquí, los señalamientos que encontramos en el ensayo fundador del padre Manuel Aguirre Elorriaga: *La Compañía de Jesús en Venezuela*, del año 1941, en donde el tópico lingüístico y también el literario se invocan como noticia afirmativa en los tiempos de la primera Compañía venezolana. Cuando resume la misión del Orinoco formula los «Méritos literarios de los jesuitas misioneros del Orinoco» y considera las lecturas de Rivero, Gumilla y Gilij desde el ángulo de las lenguas.

El padre Fernando Arellano, un poco después que el académico Barnola, dedicaría muchos esfuerzos a la didáctica de la historia de la lengua y a la divulgación universitaria de la lingüística general. Sin embargo, su contribución mayor estaría centrada en la instalación en el país de la «Historia de la lingüística» como disciplina de estudio e investigación. Completaría un manual para explicar esta especialidad y al hacerlo entraría en el saldo de los pioneros que en lengua española se dedicarían a escribir en clave de divulgación científica sobre el decurso de la ciencia del lenguaje. Su *Historia de la lingüística*, en dos volúmenes, será publicada por la Universidad Católica Andrés Bello, en los años 1977 y 1979.

En cuarto lugar cronológico, el padre Jesús Olza Zubiri, ofrecería su sabio y demorado magisterio en las aulas de la Escuela de Letras de la UCAB como profesor de «Morfosintaxis del español» y de «Historia de la lingüística», disciplina esta última con la que rescata, como Arellano

mismo, la vieja tradición historiográfica de los maestros jesuitas coloniales. En correlación con sus investigaciones sobre lenguas indígenas, principalmente del guajiro y del pemón, esas que le llevan a firmar un conjunto muy valioso de gramáticas y diccionarios de esas lenguas, estudia en contextos de alta reflexión teórica la significación de Gilij para la historia de la lingüística. Bellista venerador, logra instalar, además, la gramática del sabio caraqueño en cotas muy altas de comprensión filosófica.

Finalmente, el padre José del Rey Fajardo, hace de la historia de la Compañía de Jesús venezolana y colombiana su dominio de investigación y la vocación cúspide de toda su carrera de estudioso. Moviéndose entre los límites humanísticos trazados por la provincia neogranadina jesuítica del tiempo hispánico, produce el cuerpo de conocimientos más extenso y complejo sobre la gesta de estudio de las lenguas indígenas obra de autores jesuitas. Reconstruye, así, el trayecto de la lingüística llanera y orinoquense colonial, recupera la bio-bibliografía de los muchos cultores filológicos, edita las obras de los autores inadvertidos, compila los textos canónicos de la lingüística jesuítica venezolana, ofrece lecturas generosas en vías de comprensión sobre la ciencia jesuita de la lengua e ilumina el pasado de la investigación lingüística de la Compañía para dar luz sobre los procesos presentes. Todo este apasionado proyecto de erudición nace hace más de cuarenta años cuando publica los dos volúmenes de sus *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, y transforma con esta obra el estado de la investigación indigenista y la situación de la historiografía colonial en materia de lenguaje, dando visibilidad al protagonismo de las órdenes religiosas en la reconstrucción del origen de nuestra lingüística más remota.

Los jesuitas filólogos creyeron firmemente en que no era posible conocer las culturas y las sociedades sin entrar primero en el conocimiento material o espiritual de las lenguas. Lengua y cultura serían las dos entidades iniciales a las que habría que prestar atención por lo que tienen las lenguas de creación, tanto literaria como cultural. La lingüística venezolana firmada por los jesuitas del tiempo hispánico no hizo sino hacerse eco de estos principios y, en consecuencia, producir el cuerpo de materiales más creativo que pueda recordarse en toda la historia de los estudios venezolanos sobre el lenguaje. A la evaluación sobre el valor de estos corpus de materiales e ideas ha estado dedicado el presente libro, así como a los constructores de una tradición humanística y científica que llega hasta nuestros días. La segunda parte, como ya se ha podido anticipar, estará centrada en la evaluación de la lingüística jesuítica moderna y de su contribución a los estudios sobre la lengua y las lenguas de Venezuela.